

EL
REY
DE
WALL
STREET

LOUISE BAY

Phoebe

LOUISE BAY

EL
REY
DE
WALL
STREET

Traducción de María José Losada



Phoebe

OceanofPDF.com

Título original: *King of Wall Street*

Primera edición: agosto de 2020

Copyright © 2016 by Louise Bay

© de la traducción: M^a José Losada Rey, 2020

© de esta edición: 2020, Ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-17683-96-2

BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®

Fotografía del modelo: ESB Professional/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

OceanofPDF.com

ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

OceanofPDF.com

1

HARPER

«Diez-putos-minutos».

No parecía mucho tiempo, pero mientras estaba sentada frente a Max King —más conocido como «el rey de Wall Street»—, y él leía en silencio el primer borrador de un informe que yo había elaborado sobre la industria textil en Bangladesh, me sentí como si estuviera pasando toda una vida.

Me obligué a resistir el impulso de volver a comportarme como cuando tenía catorce años y preguntarle qué le parecía. Miré a mi alrededor, tratando de encontrar otra cosa en la que fijarme.

El despacho de Max era exactamente igual que él: el aire acondicionado estaba a la temperatura media de un iglú; las paredes, techos y suelos poseían un blanco deslumbrante, lo que contribuía a crear aquel ambiente ártico; su escritorio era de cristal y acero, y el sol de Nueva York, que se filtraba a través de las persianas opacas, parecía intentar descongelar sin éxito la escarcha que se había instalado alrededor. Me espantaba. Cada vez que entraba en aquel lugar sentía la urgente necesidad de enseñarle mi sujetador o de ponerme a pintar las paredes con un labial de color rojo intenso. Era un lugar donde la diversión parecía no tener cabida.

El suspiro de Max hizo que fijara mi atención sobre el largo dedo índice con el que seguía la página de mi investigación. Negó con la cabeza. Mi corazón dio un vuelco mortal. Sabía que impresionarlo sería una tarea imposible, pero eso no significaba que no esperara secretamente haberlo conseguido. Me había esforzado mucho en ese informe; era mi primera investigación para Max King y apenas había dormido, por lo que había tenido que trabajar el doble para no descuidar el resto de mis obligaciones en el trabajo. Había imprimido y había examinado todo lo que se había escrito sobre esa industria en la última década. Había analizado las estadísticas, tratando de encontrar patrones para sacar conclusiones. Luego había rebuscado en los archivos de King & Associates para tratar de dar con

cualquier dato de las investigaciones previas que hubieran hecho sobre el tema y que pudiera explicar cualquier inconsistencia. Había cubierto bien todas las bases, ¿no? Y cuando lo había imprimido esa mañana, mucho antes de que llegara nadie, me había sentido feliz, incluso orgullosa; había hecho un buen trabajo.

—¿Has hablado con Marvin sobre los últimos datos? —preguntó.

Asentí, aunque como él no miró hacia arriba, tuve que verbalizar la respuesta.

—Sí. Todos los gráficos están basados en las últimas cifras. —¿Estarían mal? ¿Esperaba otra cosa?

Solo quería que dijera: «Buen trabajo».

Había estado deseando trabajar para Max King desde antes de inscribirme en la escuela de negocios. Él era sinónimo de poder; el trono que se escondía detrás de muchas de las historias de éxito de Wall Street en los últimos años. King & Associates proporcionaba a los bancos de inversión minuciosas investigaciones de mercado que los ayudaban en sus decisiones de inversión. Estaba enamorada de la idea de que había una tonelada de banqueros con trajes a medida proclamando lo ricos que eran, y el hombre que lo había hecho posible se sentía feliz de dedicarse tranquilamente a su negocio, a pesar de que lo que hacía era asombroso. Discreto, decidido, y con mucho éxito; justo lo que yo quería. Cuando recibí una oferta durante el último semestre en la universidad para ser becaria en King & Associates, me sentí encantada, pero también me vi inundada por la extraña sensación de que el universo simplemente se estaba comportando como debía hacerlo, como si ese fuera el siguiente paso en mi destino.

Aunque la realidad en ese momento era que al destino me estaban dando ganas de mandarlo a la mierda... Las seis primeras semanas en mi nuevo puesto no habían sido nada de lo que esperaba. Había supuesto que estaría rodeada ejecutivos ambiciosos, inteligentes y bien vestidos de veintitantos años, y en eso había tenido razón. Y los clientes para los que trabajábamos —casi todos bancos de inversión de Manhattan— eran increíbles y satisfacían todas las expectativas que yo me había formado. Max King, sin embargo, estaba resultando ser una gran decepción. El hecho era que, a pesar de ser muy inteligente, de ser respetado por todo el mundo en Wall Street y de tener un físico digno de haber colgado de la pared de mi dormitorio en un póster cuando era adolescente, también era...

Frío.

Demasiado directo.

Intransigente.

Un auténtico gilipollas.

Era tan guapo en la vida real como en la foto que había aparecido en la portada de *Forbes* o en cualquiera de las otras imágenes publicitarias con las que había babeado cuando estaba haciendo el máster en Berkeley. Una mañana que fui muy temprano a las oficinas lo había visto llegar de correr, sudoroso, jadeante, con ropa deportiva de licra. Poseía unos muslos tan fuertes que parecían hechos de mármol. Hombros anchos; una potente nariz romana; pelo castaño oscuro y brillante —cualidad desperdiciada en un hombre— y un bronceado que gritaba: «Me voy de vacaciones cuatro veces al año». En la oficina lucía trajes a medida, y sabía que eran trajes hechos especialmente para él porque se ajustaban de esa manera particular a sus hombros, algo que había aprendido de los pocos encuentros que había tenido con mi padre. La cara y el cuerpo de Max King estaban a la altura de todas las expectativas que yo me había formado. Pero trabajar con él, no tanto.

No había esperado que fuera tan tirano.

Cada mañana, mientras atravesaba entre la multitud de escritorios de la oficina, no nos deseaba ni los buenos días. Acostumbraba a gritar tan fuerte cuando hablaba por teléfono que se le oía desde el vestíbulo del ascensor. Por no hablar de lo que había ocurrido el martes pasado, que, cuando pasé a su lado y le sonreí, las venas de su cuello comenzaron a abultarse como si estuviera reprimiéndose para alargar las manos y estrangularme.

Me pasé las manos por la falda de Zara, alisando la tela. Tal vez lo había irritado porque no era tan elegante como las otras mujeres que trabajaban en la oficina. No iba vestida de Prada. Aunque tampoco importaba, porque no podía permitirme nada mejor en ese momento.

Como miembro más joven del equipo, ocupaba la parte inferior de la jerarquía. Lo que significaba que lo mismo me encargaba del pedido de sándwiches del señor King como de desatascar la fotocopidora, y que tenía a todas las compañías de mensajería en marcación rápida. Pero eso era de esperar, y me sentía feliz porque podía trabajar con el tipo al que llevaba años admirando.

Y allí estaba él, negando con la cabeza al tiempo que empuñaba un

bolígrafo con la tinta más roja que jamás había visto. Con cada círculo, con cada histriónico y exagerado signo de interrogación que escribía, yo me encogía un poco más.

—¿Dónde están las referencias? —preguntó sin levantar la vista.

«¿Referencias? Cuando había examinado otros informes de la empresa, no incluían las fuentes en el informe».

—Las tengo en el escritorio.

—¿Ha hablado con Donny?

—Estoy esperando a que me responda. —Cuando me miró, traté de no poner un gesto de dolor. Había hecho dos llamadas al contacto de Max en la Organización Mundial para el Comercio, pero no había conseguido que aquel tipo hablara conmigo.

Movió la cabeza, irritado, cogió el móvil y marcó.

—Hola, colega —dijo—. Necesito conocer la postura de Everything But Arms. He oído que tus chicos están presionando a la UE.... —Max no puso el altavoz del teléfono, así que tuve que limitarme a mirar cómo garabateaba notas sobre el papel—. Sí, me ayudaría mucho con el informe que estoy haciendo sobre Bangladesh. —Sonrió, levantó la vista brevemente, pero miró hacia otro lado cuando sus ojos cayeron sobre mí, como si mi mera presencia lo irritara.

«Guay, lo que faltaba...».

Max colgó.

—He llamado dos veces y...

—La recompensa se obtiene con los resultados, no con el esfuerzo —dijo en tono seco.

¿Así que no daba valor a intentarlo? ¿Qué otra cosa podría haber hecho salvo presentarme en el lugar de trabajo de aquel tipo? Yo no era Max King. ¿Por qué alguien de la Organización Mundial para el Comercio iba a responder a la llamada de una becaria mal pagada?

Dios, ¿es que no podía darme un respiro?

Antes de que tuviera oportunidad de responder, el móvil vibró encima de su escritorio.

—¿Amanda? —ladró al teléfono. Dios mío. Aquella era una oficina pequeña, así que sabía que Amanda no trabajaba en King & Associates. Sentí una extraña satisfacción al ver que no solo era borde conmigo. No le veía interactuar mucho con los demás, pero de alguna manera su actitud

hacia mí me parecía algo personal. Y sonaba como si la tal Amanda recibiera el mismo trato brusco que yo.

—No vamos a discutirlo otra vez. He dicho que no —le estaba diciendo.

¿Su novia, quizá? En Page Six nunca habían mencionado que Max saliera con alguien. Pero tenía que ser eso. Un hombre con esa planta, fuera gilipollas o no, no podía estar solo. Y parecía que Amanda tenía el honor de soportarlo fuera de las horas de trabajo.

Después de colgar, lanzó el teléfono bruscamente encima del escritorio, y miró cómo se deslizaba por el cristal hasta detenerse junto al lateral del portátil. Continuó con la lectura mientras se frotaba la frente con sus largos y bronceados dedos como si Amanda le hubiera dado dolor de cabeza. Sinceramente, mi informe no le iba a servir de mucha ayuda.

—No tolero los errores ortográficos, señorita Jayne. No existe excusa para no ser excepcional en algo que solo requiere esfuerzo. —Cerró mi informe de golpe, se sentó en la silla y me miró fijamente—. La atención al detalle no requiere ingenio, creatividad ni pensamiento transversal. Si no puede hacer bien lo básico, ¿por qué debería confiarle algo más complicado?

¿Ortografía? Había leído ese informe miles de veces.

Juntó las yemas de los dedos ante su cara.

—Revíselo siguiendo las anotaciones que he hecho al margen, y no me lo devuelva hasta que no haya errores. La multaré por cada error que encuentre.

«¿Me multará?».

Quise responderle que si pudiera multarlo yo cada vez que fuera un capullo, me haría rica en solo tres meses. Menudo imbécil.

Lentamente, cogí mi informe, preguntándome si tendría algo más que añadir, ya fuera una palabra de aliento o de agradecimiento. Pero no. Así que fui hacia la puerta con el montón de papeles bajo el brazo.

—Ah..., y señorita Jayne...

¿Había más? ¿No me iba a dejar ni un poco de dignidad? Me volví hacia él, conteniendo la respiración.

—Pastrami en pan de centeno, sin pepinillos.

Me quedé pegada al suelo, asimilando el golpe en el estómago.

«¡Menudo gilipollas!».

—Es lo que quiero de almuerzo —añadió, como si no entendiera por qué no me había ido ya.

Asentí y abrí la puerta. Pensé que si no me alejaba en ese momento, me lanzaría por encima del escritorio y le arrancaría aquel pelo perfecto.

—¿Cómo te ha ido? —me preguntó Donna, la asistente de Max, cuando cerré la puerta.

Puse los ojos en blanco.

—No sé cómo consigues trabajar para él. Es tan... —Me puse a hojear el informe, buscando los errores ortográficos que había mencionado.

Donna hizo rodar la silla lejos del escritorio y se puso de pie.

—Perro ladrador, poco mordedor. ¿Vas a la tienda de *delicatessen*?

—Sí. Hoy quiere pastrami.

Donna se puso la chaqueta.

—Te acompañaré. Necesito un descanso. —Cogió la cartera y fuimos al centro de Nueva York. Por supuesto, a Max no le gustaba ninguno de los negocios que ofrecían sándwiches cerca de las oficinas. Así que teníamos que desplazarnos cinco manzanas al noreste, al Joey's Café. Al menos hacía sol, y era demasiado temprano para que la humedad convirtiera aquel trayecto al restaurante en una caminata al mediodía por las calles de Calcuta.

—Hola, Donna. Hola, Harper —dijo Joey, el dueño, cuando traspasamos la puerta de cristal. Aquel sitio era exactamente lo contrario del tipo de lugar al que cualquiera esperaría que Max King pidiera el almuerzo. Se trataba claramente de un negocio familiar que no había sido remodelado desde antes de que los Beatles se separaran. Allí no parecía haber cabida para la persona ingeniosa, moderna y despiadada que era Max King.

—¿Qué tal el jefe? —preguntó Joey.

—Oh, ya sabes... —dijo Donna—. Trabajando demasiado, como siempre. ¿Qué es lo que ha pedido hoy, Harper?

—Pastrami en pan de centeno. Con extra de pepinillos. —Nada como una venganza pasivo-agresiva.

Joey arqueó las cejas.

—¿Con extra de pepinillos? —¡Joder!, por supuesto que Joey conocía las preferencias de Max.

—Vale, vale... —Hice una mueca—. Sin pepinillos.

Donna me dio un codazo.

—Yo tomaré un sándwich de ensalada de pavo con pan de masa madre —dijo, y luego se volvió hacia mí—. Vamos a sentarnos, podemos hablar

mientras comemos.

—Que sean dos —le indiqué a Joey.

El lugar poseía unas cuantas mesas con sillas desparejadas. La mayoría de los clientes recogían los pedidos y se iban, pero ese día me venían bien unos minutos extra fuera de la oficina. Seguí a Donna mientras me guiaba a una de las mesas de atrás.

—¿Extra de pepinillos? —preguntó, sonriendo.

—Lo sé. —Suspiré—. Ha sido muy infantil. Lo siento. Ojalá no hubiera sido tan...

—Cuéntame lo que ha pasado, anda.

Le hice un resumen de la reunión, la irritación que había mostrado Max King al saber que no había hablado con su contacto en la Organización Mundial para el Comercio, el sermón sobre los errores ortográficos, así como su falta de aprecio por mi trabajo.

—Oye, dile a Max que los Yankees se merecían todo lo que han obtenido este fin de semana —dijo Joey mientras nos ponía el pedido delante, sobre la superficie de melamina, acompañándolo de dos latas de refresco, aunque no hubiéramos pedido ninguna bebida. ¿Joey hablaba de béisbol con Max? ¿Se conocían bien?

—Se lo diré —dijo Donna, sonriendo—, pero es posible que, si lo hago, deje de ser tu cliente. Ya sabes lo susceptible que es cuando les va bien a los Mets.

—Va a tener que acostumbrarse a eso esta temporada. Y no me preocupa que deje de venir. Lleva comiendo aquí más de una década.

«¿Más de una década?».

—Ya sabes lo que él respondería a eso, ¿verdad? —preguntó Donna, abriendo el paquete de papel que Joey había puesto en la mesa.

—Sí, claro: «Nunca des por seguros a los clientes». —Joey fue tras el mostrador—. ¿Sabes con qué lo hago callar siempre? —preguntó por encima del hombro.

Donna se rio.

—¿Cuando le dices que vuelva después de que su negocio perdure después de tres generaciones y siga en marcha?

Joey señaló a Donna.

—Ahí lo tienes.

—Así que Max viene a comer aquí desde hace mucho tiempo, ¿eh? —

pregunté mientras Joey se volvía al mostrador para atender a la fila de gente que se había formado desde que habíamos llegado.

—Desde que trabajo para él. Y van casi siete años.

—Una persona de hábitos. Lo entiendo. —Por lo que había visto, no había mucha espontaneidad en Max.

Donna inclinó la cabeza a un lado.

—Más bien es que posee un enorme sentido de la lealtad. Cuando fue creciendo esta zona y se abrieron locales para almorzar en cada esquina, el negocio de Joey perdió clientes. Pero Max nunca ha ido a ningún otro sitio. Incluso ha traído amigos aquí.

La descripción de Donna no casaban bien con el ególatra frío que acababa de dejar en su despacho. Di un mordisco a mi sándwich.

—Puede que sea desafiante y exigente, un auténtico coñazo, pero esas características forman parte de lo que lo ha llevado a alcanzar el éxito.

Yo quería tener éxito, pero también quería seguir siendo un ser humano decente. ¿Era acaso muy ingenua al pensar que eso era posible en Wall Street?

Donna apretó la rebanada superior de pan sobre el pavo con la punta de los dedos, juntando las capas.

—No es tan malo como crees. Es decir, si te hubiera dicho que tu informe estaba bien, ¿habrías aprendido algo? —Cogió el sándwich—. No puedes pretender que te salga bien a la primera. Y, con respecto a los errores tipográficos: ¿estaba equivocado? —Dio un mordisco y esperó a que yo respondiera.

—No. —Me mordí el interior del labio—. Pero tienes que admitir que su estilo da asco. —Saqué un trozo de pavo de debajo del pan y me lo llevé a la boca. Había trabajado muy duro y esperaba algún tipo de reconocimiento por ello.

—A veces. Hasta que le hayas demostrado tu valía. Pero una vez que lo hayas hecho, te respaldará por completo. A mí me contrató sabiendo que era madre soltera, y se ha asegurado de que nunca me perdiera un partido, función o reunión de la asociación de padres. —Abrió la lata de refresco—. Cuando mi hija tuvo la varicela justo después de que empezara a trabajar con él, intenté cumplir el horario de todos modos, y te aseguro que nunca lo he visto tan enfadado. Cuando me vio llegar, me hizo salir del edificio y me envió de vuelta a casa. Mi madre estaba cuidando a mi hija, así que estaba

bien atendida, pero él insistió en que me quedara en casa hasta que ella pudiera volver al colegio.

Tragué saliva. Eso no encajaba con el Max que yo había conocido.

—Es un buen tipo. Está concentrado y motivado con su trabajo. Y se toma en serio la responsabilidad para con sus empleados, en especial si tienen potencial.

—No veo que se tome muy en serio ninguna otra responsabilidad que ser un gilipollas condescendiente.

Donna se rio.

—Estás en King & Associates para aprender, para mejorar. Y él te va a enseñar, pero diciéndote que has hecho un buen trabajo no te va a ayudar.

Cogí una servilleta del anticuado dispensador que había en el borde de la mesa y me limpié las comisuras de la boca.

—¿Cómo me ha ayudado hoy, si ha destrozado por completo mi seguridad en mí misma?

—Si hubieras sabido cómo se desarrollaría la reunión de hoy, ¿qué habrías hecho de forma diferente? —preguntó Donna.

Me encogí de hombros. Había hecho un buen trabajo, pero él se había negado a reconocerlo.

—Venga ya. No puedes decirme que lo harías todo exactamente igual.

—Vale, no. Habría imprimido las referencias y las habría llevado a la reunión.

Donna asintió.

—Bien. ¿Y qué más? —Dio otro mordisco a su sándwich.

—Probablemente hubiera intentado hablar con el contacto de Max en la Organización Mundial para el Comercio unas cuantas veces más, tal vez le habría enviado un correo. Podría haberme esmerado más para ponerme en contacto con él. Y habría hecho una revisión final del documento. — Teníamos servidor nocturno, pero como había trabajado hasta tarde en el informe, me había pasado de la hora límite. Debía haberme asegurado de que estuviera listo a tiempo.

Levanté la vista al coger el sándwich.

—No digo que no haya aprendido nada. Solo que creía que sería más amable. Hace mucho tiempo que quiero trabajar con él, y no me imaginaba que querría darle un puñetazo en la cara tan a menudo.

Donna se rio.

—Eso, Harper, es lo que pasa cuando se tiene jefe.

Vale, aceptaba que Max fuera amable con Donna y Joey; por lo que parecía así era. Pero no había sido amable conmigo. Lo que solo servía para empeorar la situación. ¿Qué le había hecho yo? ¿Me había elegido para darme un tratamiento especial? Sí, mi informe podía estar mejor, pero a pesar de lo que había dicho Donna, no me merecía la reacción que él había tenido. Podría haber reconocido lo que estaba bien.

La consecuencia de todo ello era que mis expectativas de trabajar con Max se habían volatilizado, y no me quedaba más remedio que concentrarme en sacar en claro lo que pudiera de la experiencia y seguir adelante. Revisaría el informe y se lo haría llegar perfecto. Aprendería todo lo que pudiera trabajando para King & Associates, establecería un montón de contactos, y dentro de dos años estaría preparada para establecerme por mi cuenta, o para trabajar directamente en un banco.

No tenía ni idea de cómo había convencido a mi mejor amiga, Grace, para que me ayudara a mudarme a mi nuevo apartamento. Habiéndose criado en Park Avenue, no estaba preparada para trabajos físicos intensos.

—¿Qué hay ahí dentro...? ¿Un cadáver? —preguntó mientras el sudor que le perlaba la frente reflejaba la luz del ascensor.

—Sí, el de mi última mejor amiga. —Hice un gesto con la cabeza señalando el viejo cofre de pino que había a nuestros pies y lo que quedaba en el camión—. Ahí hay espacio para otra. —Me reí.

—Será mejor que haya vino en la nevera. —Grace se abanicó la cara—. No estoy acostumbrada a hacer tanto ejercicio con la ropa puesta.

—Entonces deberías estar agradecida. Estoy expandiendo tus horizontes —respondí con una sonrisa—. Así es la vida de las chicas normales.

Había estado viviendo en casa de Grace desde que me trasladé de Berkeley a Nueva York, hacía casi tres meses. De hecho, Grace había sido muy comprensiva cuando mi madre envió todas mis pertenencias a su apartamento en Brooklyn, pero ahora que la había convencido para que me ayudara a llevarlo todo a mi nuevo hogar, su paciencia se estaba acabando.

—Y soy demasiado pobre para tener nevera y vino. —El alquiler de aquel estudio era carísimo. Pero se encontraba en Manhattan, y eso era todo lo que me importaba. No iba a ser una neoyorquina que viviera en Brooklyn. Quería disfrutar la experiencia por todo lo alto, así que había renunciado al

espacio en favor de la ubicación: un discreto edificio victoriano en la esquina de Rivington y Clinton en Lower Manhattan. Los edificios a ambos lados estaban cubiertos de grafitis, pero ese lugar había sido recuperado en los últimos tiempos, y me habían asegurado que estaba lleno de jóvenes profesionales, pues se encontraba muy cerca de Wall Street. ¿Profesionales de qué? ¿Sicarios?

—Va a quedar... acogedor —dijo Grace—. ¿Estás segura de que no quieres que pregunte cuánto cuesta el que hay enfrente del mío?

El apartamento que había tenido en Berkeley era al menos dos veces más grande que mi nuevo hogar. La casa de Grace en Brooklyn podría considerarse un palacio en comparación con ese estudio, pero a mí no me importaba que fuera pequeño.

—Sí. Esto es lo que realmente forma parte de la experiencia de vivir en Nueva York, ¿no crees?

—También lo son las cucarachas, pero no tienes que convivir con ellas. La idea es evitarlas. —Grace era la típica persona que intentaba mejorar en lo posible la vida de los demás, y esa era una de las razones por las que la adoraba.

—Sí, pero quiero estar en el meollo de todo. Además, hay gimnasio en el sótano, así que me ahorro ese dinero. Y tampoco voy a gastar en los traslados entre Brooklyn y Manhattan. Desde aquí puedo ir andando al trabajo. ¡Joder!, prácticamente puedo ver la oficina desde la ventana de mi dormitorio.

—Pensaba que odiabas el trabajo. ¿No sería mejor que estuvieras más lejos? —preguntó mientras la puerta del ascensor se abría en mi piso.

Me incliné para sujetar el fondo de la caja de madera.

—No odio el trabajo. Odio a mi jefe.

—¿El sexy? —preguntó Grace.

—¿Puedes cogerla bien por tu lado? —pregunté. No quería que me recordaran la posición que ocuparía mi jefe en una lista de hombres sexis. Moví una pierna para intentar detener el cierre de las puertas automáticas —. Mierda... ¿Lo tienes? —Nos tambaleamos hacia delante, girando a la izquierda hacia la puerta de mi apartamento.

—Para estas cosas necesitaríamos a un hombre —afirmó Grace mientras yo buscaba las llaves.

—A los hombres los necesitamos para el sexo y para que nos den masajes

en los pies —respondí—. Podemos mover los muebles nosotras mismas.

—A partir de ahora, tú puedes mover muebles. Yo me buscaré un hombre.

Abrí la puerta y deslizamos la caja hasta el salón.

—Déjala aquí hasta que decida si debe ir o no a los pies de la cama.

—¿Dónde está el vino que me has prometido? —Grace me empujó a un lado y se desplomó en el pequeño sofá de dos plazas.

A pesar de lo que había dicho antes, tenía nevera, y lo único que contenía era dos botellas de vino y un trozo de queso parmesano.

—¿Qué decías del jefe sexy? Creía que te habías convertido en una adepta de Max King mientras estabas en Berkeley. ¿Qué ha cambiado?

Le ofrecí a Grace una copa de vino, me senté y me quité las zapatillas. No quería pensar en Max ni en la forma en que me hacía sentir: inútil, fuera de lugar e incómoda.

—Creo que necesito actualizar mi vestuario de trabajo. —Cuanto más pensaba en lo que me había puesto para reunirme con Max, más me daba cuenta de que debía sobresalir de forma no muy agradable entre los modelos de Max Mara y de Prada tan habituales en Wall Street.

—Estás bien. Siempre tienes buen aspecto. ¿Acaso estás tratando de impresionar a tu jefe, el cachondo?

Puse los ojos en blanco.

—Eso sería imposible. Es el hombre más arrogante que hayas conocido jamás. Para él, nada es lo suficientemente bueno.

La conversación con Donna en el almuerzo del día anterior había aplacado temporalmente la furia que sentía contra Max, pero al levantarme había vuelto a ponerse en pleno apogeo. Puede que fuera el mejor en lo que hacía y que estuviera tan bueno que te derretías si te acercabas demasiado, pero eso no excusaba su condescendencia. No iba a dejar que me usara de *sparring*. Lo odiaba. Decidida a demostrarle que se había equivocado conmigo, me había llevado a casa el informe de Bangladesh para trabajar en él durante el fin de semana. Muchos de los comentarios que había hecho indicaban que sabía mucho más sobre la industria textil en Bangladesh que yo, incluso después de la investigación que yo había estado haciendo. ¿Todo este proyecto no sería solo una prueba? Lo fuera o no, iba a pasar el resto del fin de semana rehaciendo mi trabajo para que se convirtiera en el mejor que él hubiera visto en su vida.

—¿Nada es nunca lo suficientemente bueno? —preguntó Grace—. Me es

familiar.

—Puede que sea un poco perfeccionista, pero no tengo nada personal contra él. Créeme. Puse todo mi empeño en un trabajo que me encargó, y luego lo hizo pedazos. No dijo nada bueno al respecto.

—¿Por qué dejas que te trate así? —Se encogió de hombros.

¿Por qué permitía que su trato me molestara tanto? Porque quería ser buena en mi trabajo; porque quería que Max se diera cuenta de que era buena en mi trabajo.

—Me esforcé mucho y fue un buen trabajo. Es un imbécil.

—¿Y? Si es un mamón, ¿por qué su opinión te importa tanto? —Grace vivía en Estados Unidos desde los cinco años, pero aún conservaba algunas expresiones muy británicas, típicas de su familia. Una de mis favoritas era «mamón». En especial porque a Max King le sentaba como un guante.

—No digo que me importe. Solo que estoy cabreada por ella. —Aunque sí me importaba, por mucho que lo negara.

—¿Qué esperabas? Un hombre tan rico y guapo está destinado a tener algún defecto. —Se encogió de hombros y tomó un sorbo de vino—. No puedes dejar que te afecte tanto. Tus expectativas con los hombres son demasiado altas. Vas a pasarte toda la vida de decepción en decepción.

Comenzó a sonar mi móvil.

—Hablando de decepciones. —Le enseñé a Grace la pantalla. Era el abogado de mi padre.

—Aquí Harper —respondí.

—Señorita Jayne. Soy Kenneth Bray. —¿Por qué me llamaba en fin de semana?

—Sí, señor Bray. ¿En qué puedo ayudarlo? —Puse los ojos en blanco mientras miraba a Grace.

Al parecer, mi padre me había creado un fondo fiduciario. Las cartas que recibía al respecto estaban guardadas en el baúl que acabábamos de sacar del camión. No había respondido a ninguna de ellas porque no quería el dinero de mi padre. Había empezado a aceptar su dinero en la universidad. Pensaba que me debía mucho, pero después de un año, busqué un trabajo y dejé de cobrar los cheques que me enviaba. No podía aceptar dinero de un extraño, aunque estuviera genéticamente relacionado conmigo.

—Nos gustaría que se pasase por el bufete para que podamos contarle en detalle las condiciones del fondo fiduciario que su padre ha creado para

usted.

—Agradezco su persistencia, pero no me interesa el dinero de mi padre.

—Lo único que siempre había querido era un hombre que estuviera en mis cumpleaños, que asistiera a las funciones del colegio o a cualquier otro evento importante. Grace estaba equivocada: mis expectativas con respecto a los hombres estaban por los suelos. Y lo había provocado que mi padre fuera una figura ausente en mi infancia. No esperaba nada de los hombres, salvo decepciones.

El señor Bray trató de convencerme para que me reuniera con él y me resistí. Al final le dije que leería el papeleo y que lo llamaría.

Colgué y respiré hondo.

—¿Estás bien? —preguntó Grace.

Limpié el borde del vaso con el pulgar.

—Sí —afirmé. Era más fácil todo cuando podía fingir que mi padre no existía. Cuando tenía noticias de él, o incluso de su abogado, me sentía como Sísifo viendo rodar la roca por la colina. Me ponía de nuevo en el punto de partida, y todas mis fantasías de cómo hubiera sido tener un padre diferente, una vida diferente, una familia diferente, fantasías que normalmente me las arreglaba para encerrar bajo llave, salían apresuradamente a la superficie.

Mi padre había dejado embarazada a mi madre; luego se había negado a hacer lo correcto, a casarse con ella. Nos había abandonado a las dos. Nos enviaba dinero, así que se había encargado de nosotras financieramente. Pero lo único que yo realmente quería era un padre. Al final, todas las promesas rotas se habían convertido en una montaña que no podía traspasar. Fiestas de cumpleaños en las que siempre vigilaba la puerta, esperando que apareciera, se habían cobrado su precio. Había habido demasiadas navidades en las que lo único que le había pedido a Santa Claus era a mi padre. El verdadero problema había sido su ausencia en mi vida, porque me sentía como si siempre hubiera alguien por delante de mí, otro lugar en el que prefiriera estar. Me había quedado con la sensación de que no merecía el tiempo de nadie.

—¿Quieres hablar sobre ello? —preguntó Grace.

Sonreí.

—Por supuesto que no. Quiero emborracharme con mi mejor amiga para estrenar mi apartamento nuevo. Tal vez cotillear de todo un poco y tomar

helado.

—Esa es nuestra especialidad —respondió Grace—. Y ¿podemos hablar de chicos?

—Podemos hablar de chicos, pero te advierto que si intentas liarme, te daré una patada en el culo que te mandará de vuelta a Brooklyn.

—Pero aún no sabes con quién será.

Me reí. Era tan fácil de adivinar sus intenciones...

—No me interesa salir con nadie. Estoy centrada en mi carrera. Así no podré resultar decepcionada.

Las palabras de Max King, «La recompensa se obtiene con los resultados, no con el esfuerzo», resonaron en mis oídos. Tenía que hacerlo mejor, trabajar más duro. No me quedaba tiempo para citas o salidas.

—Eres tan cínica... No todos los hombres son como tu padre.

—No he dicho que lo sean. No ejerzas de psicóloga aficionada conmigo. Solo quiero adaptarme a vivir aquí en Nueva York. Las citas no son una prioridad. Eso es todo. —Tomé un sorbo de vino y me senté encima de mis piernas.

Conseguiría impresionar a Max King si me mataba a trabajar. Había seguido su carrera con tanta atención que me sentía como si lo conociera. Pero me había imaginado a mí misma como su protegida. Había fantaseado con la idea de que empezaría a trabajar para él y me diría que nunca había conocido a nadie con tanto talento. Había supuesto que al cabo de unos días podríamos terminar las frases del otro y chocaríamos los cinco al vernos. Y, lo admito, puede que hubiera tenido un par de sueños húmedos con él.

Pero todo eso había sido antes de que lo conociera en persona. Había sido una idiota.

—Para el sexo —dije en voz alta—. Para eso sirven los hombres. Quizá me busque un amante.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Grace.

Pasé el dedo por el borde de la copa.

—¿Para qué más los necesitamos?

—¿Para ser amigos?

—Ya te tengo a ti —le contesté.

—¿Para que nos den apoyo emocional?

—Insisto, esa es tu labor. Compartes conmigo helado, vino y un exceso de gasto ocasional en diversas tiendas.

—Y es una labor que nos tomamos muy en serio. Pero ¿qué pasará cuando quieras tener hijos? —preguntó Grace.

Los niños eran lo último que tenía en la mente. Mi madre había cambiado de carrera, de trabajar en un banco a ser profesora, para poder pasar más tiempo conmigo. Estaba segura de que yo no sería capaz de hacer tal sacrificio.

—Si alguna vez me pongo a pensar en esas cosas, iré a un banco de esperma. A mi madre le funcionó muy bien.

—Tu madre no fue a un banco de esperma.

Tomé un trago de vino.

—Bien podría haberlo hecho. En lo que a mí respecta, no tengo padre.

—Pásame el iPad. Quiero echarle otro vistazo a ese jefe tan sexy que tienes.

Gemí.

—No, por favor... —Cogí la *tablet* de la mesita que había junto al sofá y se la entregué, a mi pesar.

—Max King, ¿verdad?

No respondí.

—En serio, es ridículamente guapo. —Grace amplió la pantalla. Me negué a mirarlo. No merecía mi atención.

—Cierra eso. Ya es suficiente con que tenga que lidiar con él de lunes a viernes. Déjame disfrutar del fin de semana sin tener que mirar esa cara de arrogancia. —Eché un vistazo a la imagen de la portada de *Forbes* que Grace había encontrado en Google. Brazos cruzados, expresión severa, labios carnosos.

Un mamón.

Un golpe sobre mi cabeza me llamó la atención y miré hacia el techo. La preciosa lámpara de cristales se balanceaba de lado a lado.

—¿Acaba de estallar una bomba? —pregunté.

—Parece que tu vecino de arriba acaba de tirarle un yunque al Correcaminos.

Me llevé el dedo a los labios y escuché con atención. Los ojos de Grace se abrieron de par en par, ya que lo que había empezado como un murmullo incoherente se había transformado en el inconfundible sonido de una mujer teniendo sexo.

Jadeando. Gimiendo. Suplicando.

Luego otro golpe. ¿Qué coño estaba pasando allí arriba? ¿Había más de dos personas involucradas?

Golpes de cachetes seguidos por el sonido de una mujer gritando. Noté que me subía el rubor por el cuello y que se me extendía por las mejillas. Alguien se estaba divirtiendo mucho más que nosotras esa tarde de sábado.

Una voz inequívocamente masculina gritó «¡Joder!» y los gritos de la mujer se volvieron más urgentes y desesperados. El golpe de un cabecero contra la pared se oía cada vez más fuerte. El gemido ahogado de la mujer sonaba casi histérico. La lámpara comenzó a balancearse con más intensidad, y noté que las vibraciones de cualquier mueble pegado a la pared bajaban por el techo y llegaban directamente a mi ingle. Apreté los muslos justo cuando el hombre clamó al cielo y ella dio un último y agudo alarido que resonó en mi nuevo apartamento lleno de cajas.

En el silencio que siguió, el corazón casi se me salió del pecho. Estaba medio admirada por lo que había escuchado; y medio avergonzada por haber sido testigo involuntaria de algo tan personal.

Alguien, a menos de tres metros de mí, se había corrido por todo lo alto.

—Creo que me gustaría conocer a ese tipo —dijo Grace cuando quedó claro que las relaciones sexuales habían terminado—. Sin duda parecía que sabía lo que estaba haciendo.

—Creo que son muy... compatibles. —¿Alguna vez había estado tan desesperada durante el sexo, tan necesitada de un orgasmo? Sabía cómo eran los sonidos de una mujer que exageraba en la cama. La mujer del piso de arriba no había estado fingiendo. Al igual que los sobresaltos en las partes de sustos de una película de terror, los sonidos de esa mujer habían sido involuntarios.

—Ahí arriba acaban de disfrutar de un sexo excelente. Tal vez deberías llamar a su puerta y sugerirles un trío.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, y de paso les pido una taza de azúcar.

Las pisadas resonaron en el techo.

—Ni siquiera se ha quitado los tacones —anunció Grace—. Qué evocador...

El golpeteo resonó en el techo hasta llegar sobre el baúl de madera. La puerta de arriba crujió y luego se cerró de golpe. El sonido de pasos desapareció.

—Bueno, ella ha conseguido lo que quería y se ha marchado. No vas a necesitar tele en este lugar. Puedes sintonizar el culebrón que será la vida de tu vecino.

—¿Crees que era una prostituta? —pregunté. No era normal que una mujer se fuera menos de cinco minutos después de un orgasmo de ese calibre. Seguramente se quedaría para coger oxígeno o para un segundo asalto, ¿verdad? Joder, ni siquiera estaba segura de que yo hubiera podido levantarme, y mucho menos andar con tacones, ni siquiera una hora después de haber experimentado algo así.

—¿Una prostituta? Pues qué afortunada... —se rio Grace—. Pero no lo creo. Un tipo que puede arrancar esos gemidos de una mujer no necesita pagar por sexo. —Se inclinó hacia delante y dejó el vaso vacío en una de las docenas de cajas que había en el apartamento—. Bueno, me voy a casa para disfrutar un rato con mi vibrador.

—Demasiada información para mí.

—Mantenme informada de las andanzas de tus vecinos. Y si te tropiezas con ellos, trata de hacerles una foto.

—Sí, porque si te vas a masturbar pensando en mis vecinos, te iría bien tener imágenes. —Asentí sarcásticamente—. Eres una perversa. Lo sabes, ¿verdad?

Grace se encogió de hombros y se puso de pie.

—Es mejor que el porno.

Tenía razón. Solo esperaba que no fuera a disfrutar de ello como de un espectáculo habitual. Ya me sentía bastante inepta en el trabajo. No necesitaba tener la misma sensación en casa.

2

MAX

Harper Jayne me estaba irritando mucho.

Me había irritado desde el momento en que empezó a trabajar en las oficinas hacía casi dos meses. Hasta el momento me las había arreglado para mantener la distancia.

Era inteligente; el problema no era ese.

Y se llevaba bien con sus compañeros de trabajo; no podía quejarme.

No parecía importarle ayudar a Donna con la fotocopidora. No hacía ostentación de delirios de grandeza por los que quejarme.

Estaba ansiosa por aprender. Esa había sido una de las primeras cosas que me irritó. Se mostraba demasiado ansiosa. La forma en que me miraba con esos grandes ojos castaños como si estuviera dispuesta a hacer cualquier cosa que yo le sugiriera me volvía loco. Cada vez que la miraba, incluso aunque fuera echarle solo un vistazo mientras estaba en el *office* cuando salía del despacho, la imaginaba de rodillas delante de mí, abriendo su roja y húmeda boca mientras me rogaba que le dejara chuparme la polla.

Y eso sí era un problema.

Siempre había mantenido una estricta separación entre mis negocios y mi vida personal, y nunca había hecho ninguna excepción. Yo era el jefe, y tenía una reputación que proteger. No quería que mi vida personal fuera más interesante que mi carrera.

Di unos golpecitos con el bolígrafo en el escritorio. Tenía que resolver el tema. O la despedía o me olvidaba de ella. Pero era necesario hacer algo.

Me encontré pasando cada vez más tiempo en mi despacho con la puerta cerrada en un intento de crear algo de distancia entre Harper y yo. Normalmente, estaba mucho tiempo en las oficinas con el resto de la gente, comprobando cómo iban las cosas. Pero la sala del personal me parecía en ese momento tierra contaminada. Cuando tenía que interactuar con ella, me dirigía a ella como «señorita Jayne» para mantener las distancias. Aunque

eso no estaba funcionando. Me pasé las manos por el pelo; necesitaba un plan. No podía permitir que una becaria influyera en mi forma de trabajar, porque la rutina conseguía que King & Associates fuera la mejor en lo que hacía, y todo Wall Street lo sabía.

Lo último que necesitaba en ese momento era tener una distracción. Mi concentración ya se hallaba lo suficientemente mermada. Vivir con Amanda todo el tiempo resultaba más desafiante de lo que esperaba, y significaba pasar mucho más tiempo alejado del despacho, ya que vivía más días en Connecticut. Además, estaba tratando de conseguir una nueva cuenta en un banco inversor con el que King & Associates no había trabajado antes, y tenía una reunión clave con una persona de dentro que quería acercar posiciones.

—Adelante —dije ante el golpe en la puerta, esperando que no fuera Harper con el informe revisado.

—Buenos días, Max —dijo Donna al entrar en mi despacho, cerrando la puerta.

—Gracias. —Cogí la taza de café doble que me ofreció, tratando de leer su expresión—. ¿Estás bien?

—Sí, claro. Pero tenemos mucho que resumir. —Manteníamos una reunión informativa diaria a la hora del almuerzo.

Me llevé un dedo al cuello de la camisa.

—¿Soy yo, o aquí hace más calor de lo normal?

Donna negó con la cabeza.

—No, y tampoco voy a bajar la temperatura del aire acondicionado. Es ridículo el frío que hace.

Suspiré. No valía la pena discutir con Donna. No valía la pena discutir con ella sobre nada. Eso era lo que había aprendido de las mujeres de mi vida: a elegir mis batallas.

—Entonces —empezó Donna mientras se sentaba al otro lado de mi escritorio. En la misma silla que Harper había ocupado el viernes. Harper se había acomodado con las piernas cruzadas y los brazos apoyados en los brazos de la silla, casi como si se preparara para recibir un buen golpe. Y eso me había ofrecido una vista perfecta de sus altos y tersos pechos, y del largo pelo castaño que le caía suavemente sobre los hombros.

—¿Qué te pasa? —preguntó Donna.

—¿Eh? —Levanté la vista para mirarla.

—¿Estás bien? Pareces distraído.

Negué con la cabeza y me recliné hacia atrás en el sillón. Necesitaba concentrarme.

—Estoy bien. Es solo que tengo un millón de cosas en la cabeza. Va a ser una semana muy complicada.

—Vale, entonces, empecemos. Tienes un almuerzo mañana con Wilson en la Consultoría D&G. Está fijado a las doce en Tribeca Grill.

—Imagino que no podemos cancelarlo, ¿verdad? —Wilson era un competidor, y tan ególatra que cancelar cualquier encuentro se convertiría en un problema. Y como no podía evitar ser tan soberbio, normalmente obtenía información muy útil de él en nuestros almuerzos.

—Sí, es demasiado tarde. Has cancelado las tres últimas citas.

—¿Y no podemos ir a Joey's?

Donna arqueó las cejas. Suspiré mientras me recordaba a mí mismo que esa era otra batalla que no valía la pena luchar.

—Y Harper quería que le dedicaras algo de tiempo esta tarde para revisar su informe.

Me puse a hojear el calendario. Había estado con Harper el viernes. Necesitaba verla menos, no más.

—¿Qué estás haciendo? Tengo aquí tu horario. —Señaló el iPad—. Tienes tiempo esta tarde a las cuatro.

—No creo que necesite reunirme con ella. Debería dejarte a ti lo que ha hecho, y ya lo miraré cuando pueda. —Miré el calendario y escribí «Almuerzo con Wilson», sin ninguna razón en particular.

—Normalmente te gusta hacer el seguimiento de los informes.

—Estoy ocupado y no tengo tiempo para hacer un trabajo que es probable que no sea lo suficientemente bueno. —Estaba siendo injusto. El trabajo de Harper no había sido malo. Tenía algunos errores, pero nada que no esperara de alguien que no había trabajado antes conmigo. La calidad a la que estaba acostumbrado en los becarios era mucho peor, y yo era muy exigente, lo sabía. Harper no había logrado contactar con Donny, pero yo era consciente de que se trataba de un cabrón. Pedirle que hablara con él había sido una tarea casi imposible.

Resultaba que era buena en su trabajo, incluso había tenido algunas ideas muy creativas, así que no parecía que fuera a darme una razón para despedirla.

Eso iba a ser un problema.

—¿Tan malo ha sido el informe? —preguntó Donna.

—No, pero tampoco necesito que esté delante mientras yo lo leo. —El viernes me había distraído mucho tenerla a un par de metros de distancia. Apenas podía concentrarme porque había estado tratando de situar su olor, una mezcla almizclada y sexy. La forma en que se había agarrado las manos y cómo se había aferrado luego a los brazos de la silla... me había hecho pensar en esas manos deslizándose por mi pecho y alrededor de mi polla.

Joder, ¡estaba convirtiéndose en un problema!

—En especial si me vas a hacer almorzar con Wilson —añadí mirando a Donna mientras ella me observaba con los ojos entrecerrados. No quería que me hiciera más preguntas sobre Harper, aunque fuera sobre la calidad de su trabajo.

Respiró hondo.

—Mira, no quiero meterme en lo que no me llaman...

—Entonces no lo hagas —estallé. ¿Qué iba a decir? ¿Podría darse cuenta de que estaba tratando a Harper de manera diferente? ¿Que me sentía atraído por ella?

«¿Atraído?». Mierda. Necesitaba retroceder. Harper era una cara bonita con unas tetas fantásticas y un buen culo. Conocía a muchas mujeres así. En la agenda del teléfono tenía el número de un montón de mujeres con esa descripción en marcación rápida que aparecerían en cuanto las llamara y me ayudarían a sacarme a Harper de la cabeza esa misma noche si fuera necesario. No era nada especial.

—Estás siendo muy duro con ella, y no creo que sea por su comportamiento en el trabajo.

Noté que se me crispaba la mano como si se me hubiera quedado atrapada en el bote de las galletas. Me quedé paralizado, pues no quería reaccionar de una forma que confirmara cualquier sospecha que Donna tuviera.

—¿Esto tiene algo que ver con Amanda? —preguntó, con la cabeza inclinada hacia un lado.

Relajé los hombros. No podía leer en mi comportamiento nada de lo que yo pensaba de Harper, después de todo.

—Debe de ser algo duro para ambos ajustaros al otro. ¿Cuánto tiempo hace que se fue Pandora? —preguntó.

—Unas seis semanas. Sí, es un ajuste. —Arqueé las cejas. La madre de

Amanda, Pandora, y su marido, Jason, se habían largado a Zúrich porque Jason tenía un nuevo trabajo—. Siempre he estado involucrado en su vida; no me di cuenta de lo mucho que cambiaría todo. —Siempre había compartido la custodia de mi hija de catorce años, pero para mí eso significaba que estaba con ella fines de semana y vacaciones. Me di cuenta rápidamente de que durante los catorce últimos años había tenido la parte fácil, los momentos divertidos con Amanda. No había necesitado preocuparme por los deberes, el tinte del pelo o el maquillaje.

—Nos estamos acostumbrando el uno al otro. Y el proceso es un desafío.

Estaba acostumbrado a quedarme en Connecticut solo los fines de semana, pero había acordado con Pandora que Amanda debía seguir asistiendo al mismo colegio. Así que ahora yo me quedaba en Manhattan solo dos noches a la semana, mientras Amanda se quedaba con sus abuelos. Trabajaba en el tren y después de que Amanda se fuera a la cama, pero no podía seguir el mismo ritmo al que estaba acostumbrado.

Tampoco lo era la actitud que estaba recibiendo de mi hija.

—Quiere teñirse el pelo. Le he dicho que no un millón de veces, pero no se rinde. —Suspiré. No estaba acostumbrado a tener que repetir siempre lo mismo—. Estoy seguro de que un día llegaré a casa y descubriré que lo ha hecho de todas formas.

Donna se rio.

—Las adolescentes son un desafío. No sabes lo contenta que estoy de que todavía me queden unos años para eso. Quiero decir, sé lo que me pasaba por la cabeza a los catorce años. No es ideal precisamente...

Yo no tenía ni idea de lo que pasaba por la cabeza de Amanda.

—No estoy seguro de querer saber qué piensa —respondí, frotándome la cara con las manos.

Donna sonrió.

—Créeme, mejor que no lo sepas. Trata de ceder a veces, así no todo supondrá una pelea. ¿Qué te dice Pandora?

—Que si le dejo teñirse el pelo, me cortará las pelotas.

—Bueno, al menos estáis de acuerdo.

Pandora y yo coincidíamos en la mayoría de las cosas cuando se trataba de nuestra hija. Como los dos éramos muy jóvenes cuando Pandora se quedó embarazada, partíamos de cero. No había reproches entre nosotros. No había malos sentimientos. Lo habíamos hecho lo mejor que habíamos

podido. Contemplamos durante un tiempo la idea de intentar que las cosas funcionaran entre nosotros, pero ninguno de los dos puso mucho empeño. Había sido una aventura preuniversitaria y nada más.

No estaba seguro de si había sido una decisión consciente, pero desde el momento en que Amanda nació, supe que mi hija se había convertido en mi vida. Sí, la empresa era importante, pero lo que me impulsaba era la necesidad de apoyar a Amanda, de querer que disfrutara de todas las ventajas que pudiera proporcionarle. Estaba decidido a que a pesar de que Pandora y yo habíamos cometido un error al quedarnos embarazados, tener una hija no lo sería. Ella era lo único importante en mi vida y la razón por la que no había lugar para nadie más.

El apoyo de nuestros padres había conseguido que los dos hubiéramos terminado la universidad. Pandora había conocido a Jason en el segundo curso y se habían casado poco después de la graduación. Me habían invitado a la ceremonia, en la que Amanda estuvo sentada en mi regazo. Era una situación extraña, pero había funcionado durante todos estos años. Sin embargo, al mirar hacia atrás, me daba cuenta de que Pandora había cargado con el día a día de criar a Amanda. Y ahora me había pasado a mí el bastón de mando.

—Sí. Sin embargo, se trata más de un cambio en mis expectativas. Antes, si me hubiera pedido que le dejara teñirse el pelo, le habría dicho que se lo pidiera a su madre, o le habría dicho que no y la habría dejado en la puerta de casa para que Pandora lidiara con las consecuencias. Ahora todo depende de mí.

—Recuerda una cosa: es probable que Amanda eche de menos a su madre.

—Fue idea suya que se fueran sin ella. Jason estaba dispuesto a rechazar ese trabajo en Zúrich.

—Lo sé, pero está en esa edad en la que a veces puedes comprender el punto de vista de un adulto y aun así comportarte como un niño.

Asentí y mi corazón se conmovió de esa manera que solo Amanda podía conseguir. Solo tenía catorce años. Dios, ninguna cifra de dinero sería suficiente para regresar a esa época. Todo había sido muy incómodo.

—Hablan por Skype a todas horas. Creo que nunca había visto tanto a Pandora. Ayer por la noche estuvimos hablando con ella por Skype toda la cena. —Me reí—. En realidad, fue agradable. Creo que a Pandora le

preocupa no haber hecho bien al dejarla conmigo.

—Estoy segura de que todo irá bien. Solo necesitáis acostumbraros el uno al otro.

Asentí.

—Sí, espero que ella... —Empezó a sonar el tono de FaceTime—. Es ella.

—Cogí el teléfono—. Hola. Donna está aquí, salúdala.

—Hola, Donna —respondió mi hija.

—Hola, Amanda. Qué guapa estás...

—Pero me quedaría mejor el pelo rubio, ¿verdad?

Donna se rio y se puso de pie.

—No me voy a meter en eso. Vuelvo dentro de unos minutos.

—Hola, cacahuetito, ¿qué tal? —pregunté mientras Donna cerraba la puerta.

—Me preguntaba a qué hora vas a volver a casa.

Miré la hora en el reloj del portátil. Apenas era mediodía.

—No antes de las ocho. Marion está ahí, ¿verdad?

El ama de llaves conocía a Amanda desde que era un bebé, así que se había convertido en la niñera perfecta para después del colegio y durante las vacaciones. Esa semana, Amanda estaba de vacaciones.

—Sí, está aquí. Pero creía tal vez hoy volverías pronto.

Mi corazón se conmovió de nuevo. El noventa por ciento del tiempo Amanda me volvía loco, pero vivía para momentos como ese. Aunque tuviera ya catorce años, a veces todavía necesitaba a su padre.

—¿Qué tal te va la mañana?

—Aggg... No quiero hablar de eso.

—¿Sigues enfadada con Samantha? Estoy seguro de que te sentirás mejor si arreglas las cosas. Las discusiones son una caca...

—Papiiii...

Me reí entre dientes. No le gustaba nada ningún comentario que involucrara intestinos o pedos, así que me burlaba de ella cada vez que podía.

—A Samantha ya la han invitado al baile —murmuró.

Eso me llamó la atención.

—¿Qué quieres decir con «invitar»? ¿La ha invitado un chico? ¿Es una cita? —Noté que se me cerraba la garganta y empecé a toser—. Estáis en secundaria, por el amor de Dios, no podéis tener citas. —Mi hija en esos

momentos solo pensaba en el baile de octavo. Hubiera preferido que se centrara en matemáticas o en geografía.

—Tengo catorce años, no doce.

¿Había alguna diferencia?

—Pero tú vas a ir con Patti y el resto de tus amigas, ¿no? —Intenté evitar que el creciente pánico que sentía se reflejara en mi voz.

—Claro, pero...

—¿Acaso quieres que un chico te lo pida y no lo ha hecho? —Necesitaba desesperadamente que dijera que no, que negara que mi peor pesadilla no estaba a punto de hacerse realidad.

—No. Todavía no. Gracias por recordármelo. Voy a llamar a mamá. Hablaré contigo más tarde.

—Amanda, espera... —¿Qué coño...?

Colgó. Dios, ¿qué había hecho ahora? Parecía que no daba una a derechas. Las cosas eran mucho más fáciles cuando Amanda vivía con su madre. Desde la mudanza, no hacía nada bien. Antes de eso solo tenía que hacerle cosquillas, contarle un chiste o leerle un cuento para dormir y ella pensaba que yo era increíble. Ahora todo lo que hacía conseguía que pusiera los ojos en blanco y que me gritara «Papiiii...».

¡Joder! Tenía que llamar a Pandora. ¿Tal vez podría enviar a Amanda a Zúrich durante el fin de semana del baile? De esa manera, no habría chicos ni citas y no tendría que preocuparme de ir a la cárcel por asesinato. Mi hija tenía catorce años, no estaba preparada para lo que era en realidad la especie masculina.

—¡Adelante! —grité cuando sonó un fuerte golpe en la puerta. Harper entró mi despacho y gemí por lo bajo. Lo último que necesitaba era estar en la misma estancia que ella.

—¿Qué quiere? —pregunté mientras se acercaba a mi mesa.

—Traigo el informe revisado de Bangladesh. —Sostuvo en alto algunos papeles.

—Podría habérselo dejado a Donna.

Puso el informe en mi escritorio con un golpe brusco.

—Estoy segura de que si se lo hubiera dejado a Donna, usted me habría dicho que debería habérselo entregado directamente.

«¡Oh, mierda!». No esperaba eso. Tuve que reprimir una sonrisa. Harper tenía razón: le estaba haciendo pasar un mal rato. Pero no era personal.

Vale..., puede que fuera un poco personal. Ella me irritaba. Me sentía orgulloso de no dejarme llevar por las emociones en el trabajo. Siempre había sido capaz de separar las diferentes áreas de mi vida, de cerrar un mundo mientras estaba en otro. Harper difuminaba las líneas. Durante nuestros encuentros me fijaba en la curva de su cuello, o en la forma en la que se tensaba un jersey sobre sus pechos. Me quedaba tratando de entender su olor o me imaginaba qué sentiría si tuviera su piel debajo de los dedos. Y trataba de bloquear esa parte de mi imaginación. Una y otra vez.

Me quedé mirando la pantalla del portátil.

—Bueno, ya que está aquí, déjelo en mi escritorio. Trataré de ponerme con él más tarde.

—Entonces, le dejaré también su sándwich a Donna —sentenció mientras se daba la vuelta. ¿Llevaba un vestido nuevo? Le quedaba bien, hacía que resaltaran su trasero y el movimiento de sus caderas, aunque era de cuello alto y recatado.

No tuve tiempo de responderle, pues salió dando un portazo.

Dios, estaba enfrentándome a féminas con carácter en todas partes. ¿Había luna llena? Cogí el móvil y llamé a Amanda. No obtuve respuesta.

Tenía muchos papeles que revisar, pero quería llegar al fondo de la situación con Amanda. Si ella esperaba ir al baile con una cita, teníamos mucho de qué hablar. Recogí mis cosas. Trabajaría en el tren. Salir del despacho tenía varios pluses: estar con mi hija y poner algo de distancia con Harper. No era una solución a largo plazo. No podía dejar de acudir al despacho para evitar a Harper. Necesitaba maquinarse un plan para mantenerla alejada de mí. Buscar la forma de asegurarme de que no quería tener nada que ver conmigo.

El viaje de vuelta a Connecticut resultó una liberación, pues había sido capaz de concentrarme mejor con cada kilómetro que me separaba de Harper.

—¿Tortitas? —preguntó Amanda mientras se metía en la cocina. Las puertas correderas estaban abiertas y una ligera brisa nos envolvía. A pesar de que no éramos una familia al uso, siempre me había gustado que la casa tuviera un ambiente familiar tradicional. No se veían las líneas elegantes ni el brillo y el *glamour* de mi apartamento de Nueva York, aunque me gustaban ambos estilos y me sentía en casa de cualquier manera.

Asentí, rompiendo un huevo en un tazón. Desde que Amanda había hecho la transición a la comida sólida, compartíamos tortitas los domingos por la mañana y hablábamos. Las tortitas se nos daban de vicio.

—Has llegado pronto —dijo. Aunque había insinuado por teléfono que quería que volviera pronto a casa, no se lo había esperado. Resultó agradable poder sorprenderla. Ella entendía que el trabajo era importante; sin embargo, era consciente de que ella estaba primero. A pesar de que en muchos sentidos era madura, de vez en cuando me recordaba que aún tenía catorce años.

Volví a asentir.

—Como medio día antes —añadió.

—Se me ha ocurrido que podía pasar algo de tiempo con mi chica favorita. Le he dicho a Marion que se fuera a casa, así podemos hacer tortitas. —Marion hacía la cena para los dos en las noches que yo estaba en casa. Había dos noches a la semana en las que las dos parejas de abuelos de Amanda se peleaban por ella. Como había pasado tanto tiempo con ellos cuando era pequeña, era casi como si tuviera tres padres, y mis dos hermanas eran unas tías muy guays para ella.

Amanda se sentó en uno de los taburetes de la cocina, y se puso a ver cómo hacía la masa.

—¿Has hablado hoy con tu madre? —Había aprendido que no podía lanzarme y preguntarle a Amanda quién esperaba que la invitara al baile y por qué. No, tenía que esperar a que ella me lo dijera. Por suerte para mí, Amanda era habladora.

—No. Todavía no.

Me quedé en silencio, tratando de animarla a hablar.

—Bobby Clapham ha invitado a Samantha al baile.

Apreté el batidor con más fuerza, pero mantuve la boca cerrada. Tenía que escucharla.

—Y pensaba que Callum Ryder me lo pediría a mí, pero no me ha dicho nada.

Catorce años. Nadie me había dicho que las citas empezaban tan pronto. ¿Podría llamar a Pandora y acordar con ella que encerraríamos a Amanda en su habitación hasta que cumpliera veintiún años? Podía dejar de trabajar y educarla en casa durante unos años; luego podía hacer un curso a distancia de la universidad. Era una opción.

—Callum Ryder... ¿va a clase contigo? —No la había oído hablar de él. O tal vez lo había hecho y no había prestado atención. Como a Amanda le gustaba hablar, ignoraba muchas partes de lo que me decía. Era demasiado esfuerzo asimilar todas las amigas, las peleas y las preocupaciones cuando sabía que apenas durarían cinco segundos. No podía seguirle el ritmo. Las cosas que hacía pasaban rápidamente por mi cerebro, apenas retenía casi nada de sus amistades del colegio. Empezaba a darme cuenta de que tal enfoque podría haber sido un error.

—¡Oh Dios mío! ¿Es que no escuchas nada de lo que digo? —se quejó—. Callum llegó de San Francisco el semestre pasado. ¿No te acuerdas de que te lo conté?

—Oh, claro. —Asentí, tratando de ocultar que no tenía ni idea de lo que estaba hablando. ¿Por qué no la habíamos enviado a un colegio solo para chicas?—. ¿Y quieres que te invite al baile?

Cuando noté que se ruborizaba, un dolor punzante me atravesó el pecho. Era demasiado joven para todo eso.

—A lo mejor —dijo—. Pero solo porque es gracioso, y lo vi bailar una vez durante el almuerzo y parecía capaz de moverse al ritmo de la música.

—Entonces, ¿todo el mundo va en pareja? —Traté de no estremecerme mientras lo decía. ¡Mi niña...!

—¿Qué quieres decir? —preguntó, cogiendo una uva de frutero de la encimera.

—Si Callum te invitara al baile, te recogería y...

—No, no, Samantha y yo vamos juntas. Me dijiste que nos llevarías. ¿No te acuerdas? —Separó los brazos como si yo fuera el hombre más estúpido del mundo.

—Sí, claro que lo recuerdo —mentí—. Pero pensaba que Samantha y tú ya no erais amigas.

—Eso fue la semana pasada, papá. No me sigues...

—Vale, pues explícamelo, porque no sé cómo funcionan estas cosas. ¿Así que te encontrarás con Callum allí?

Se encogió de hombros.

—Supongo.

La velocidad de mi pulso se redujo. Tal vez considerar todo eso de las citas había sido demasiado dramático. Vertí la masa de las tortitas en la plancha mientras trataba de ocultar mi alivio.

—¿Ya tienes el atuendo para el baile? —pregunté.

—¿Atuendo? ¿Te refieres a un vestido? No es una fiesta de disfraces.

Suspiré.

—Dame un respiro. ¿Ya tienes vestido?

Sonrió.

—Me preguntaba si querías compañía en la ciudad esta semana. Ya sabes, podríamos ir de compras juntos...

—¿En Manhattan? —No estaba seguro de estar cualificado para llevarla de compras para un baile. No tenía ni idea de lo que era apropiado. No me gustaba que Amanda fuera a la ciudad, y trataba de desalentarla cada vez que intentaba visitarme cuando estaba en el apartamento de Manhattan. Nueva York no era sitio para una niña. Existían demasiadas influencias malas.

—Sí —respondió.

—¿No te gustan las tiendas de por aquí?

—Quiero llevar algo que no lleve nadie más. —Algo en mi expresión debió de llamarle la atención—. Que tenga catorce años no significa que no me parezca importante encontrar el vestido perfecto, si es lo que estás pensando. Tal vez si alguna vez salieras con alguien, lo entenderías.

«Allá vamos...».

Una situación de crisis siempre se superponía a otra. Amanda siempre me insistía en que debía tener novia. O esposa. Las mujeres eran agotadoras. El trabajo era mucho más fácil. O al menos lo era antes de que Harper empezara a trabajar para mí.

—Quiero que vayas muy guapa. Por supuesto que lo entiendo. Hay muchas mujeres en mi vida.

Con dos hermanas, una hija y Pandora, no había falta de estrógenos en mi mundo.

—Siempre piensas en ello de forma muy egoísta. —Amanda suspiró y se bajó del taburete. Empezó a recoger los platos y los cubiertos. Estaba ayudando en la cocina sin que se lo pidieran... Eso era nuevo. Recibía constantes recordatorios de lo mucho que estaba creciendo, y aunque me sentía orgulloso, también era como si nos precipitáramos cuesta abajo sin frenos. Quería hacer una pausa durante un segundo, disfrutar del aquí y el ahora un par de años.

—¿Estoy siendo egoísta al no tener citas? —pregunté mientras les daba la

vuelta a las tortitas.

—Sin duda. Ya sabes cuánto he querido siempre tener una hermana. Mamá lleva toda la vida casada con Jason, y han ignorado mis súplicas por completo, así que depende de ti. No entiendo a qué que estás esperando. ¿No quieres casarte?

—Oye, espera... Hace un minuto me decías que saliera con alguien y ahora no solo tengo que salir con alguien, sino que tengo que casarme con una mujer y dejarla embarazada. —Debía de haber estado hablando con mis hermanas. Siempre me estaban molestando para que tuviera alguna cita, tratando de emparejarme con sus amigas. El hecho era que no necesitaba ayuda para conseguir mujeres. Pero no tenía que rendir cuentas ni a Amanda ni mis hermanas sobre mi vida sexual.

Se rio.

—¿No piensas nunca en ello? Estamos aquí en una casa enorme, solo los dos, y pronto iré a la universidad.

—¿Es que quieres que me dé un infarto? Te queda unos años para ir a la universidad. —Ella tenía razón; la universidad estaba a la vuelta de la esquina. Por supuesto que quería que fuera, pero tal vez podría seguir viviendo en casa. No estaba listo para renunciar a ella por completo.

—Creo que sería bueno para ti tener a alguien. Y si saco una hermanita de esto, mejor que mejor. —Puso los platos en la encimera y colocó los cubiertos a ambos lados.

—¿A qué se debe esto? Hace tiempo que no me largas este sermón en particular, cacahuetito. —¿Esto era solo por influencia de mis hermanas o echaba de menos a Pandora? Le serví tortitas después de apagar la vitrocerámica. ¿No era suficiente para ella?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. La madre de Samantha me preguntó si salías con alguien o no, y eso hizo que me lo preguntara yo.

«¿La madre de Samantha?».

¿Por qué pensé que había mucho más detrás de la pregunta de la madre de Samantha —que acababa de divorciarse, todo sea dicho— que un interés casual? Desde que Amanda vivía conmigo, las madres de sus amigas encontraban excusas para venir. Y eso que nunca le había dado a ninguna de ellas una razón para pensar que estaba disponible.

—Creo que sería guay que encontraras a alguien, eso es todo. Y quiero

una hermanita.

Había encontrado a muchas mujeres, y con eso me refería a tener sexo, mucho sexo. Pero siempre ocurría en Nueva York. Nunca había llevado a nadie a Connecticut. Mantenía mis dos mundos separados. Solo eso. Tenía lo mejor de ambos mundos, mi familia en Connecticut, y King & Associates y mi carrera en Wall Street. No necesitaba nada más. No había otras necesidades en mi vida en lo que a mí respectaba. Pero, al parecer, Amanda no estaba de acuerdo.

—¿No echarías de menos el tiempo que pasamos juntos como padre e hija? ¿Comiendo tortitas, viendo los partidos?

—¿Por qué tendríamos que dejar de hacer eso? Podríamos hacerlo los tres juntos, y cuando Chelsea tuviera edad suficiente, también podría comer tortitas con nosotros.

—¿Chelsea? —La miré confuso.

—Mi hermanita. O tal vez Amy sería mejor. Me gusta la idea de que los nombres de las dos empiecen por A.

«Claro...».

Me reí entre dientes mientras Amanda me sonreía.

—Estás loca, pero te quiero.

—Podría buscarte una cita si quisieras.

—Olvídate del tema, y cómete las tortitas.

—Si aceptas que te concierte una cita, no le diré a mi madre que me das tortitas un lunes por la noche. Sabes que le daría un soponcio. —Guau..., quizá le había pasado algunas de mis habilidades de negociación por los genes.

—Dime que no estás tratando de chantajearme. —La despeiné mientras me sentaba a su lado en la encimera—. Correré el riesgo con tu madre. Sabe que a veces el azúcar es la única solución.

—No eres divertido.

—Soy tu padre. No tengo que ser divertido.

—Por favor, piensa en llevar a una mujer a cenar. Tinder está genial para encontrar a alguien.

«¿Tinder?».

—Júrame que no estás en Tinder, o te quitaré el teléfono y no te lo devolveré hasta que cumplas treinta y cinco.

—Papá, por supuesto que no estoy en Tinder. ¿Estás loco? Solo tengo

catorce años. —Por fin una frase que tenía sentido—. Eso está bien para los ancianos como tú. —Amanda sostuvo el bote de jarabe de arce sobre el plato y el pegajoso líquido color ámbar comenzó a caer.

¿Estaría Harper en Tinder? Tal vez debía tratar de averiguarlo. ¡Joder, no! ¿Por qué estaba pensando eso?

—Hazlo, papá. Prométemelo.

—No te pienso prometer nada —respondí, pero no estuve seguro de lo convincente que podía haber sonado.

OceanofPDF.com

3

HARPER

Llevaba tres días esperando tener noticias de Max sobre el informe de Bangladesh. Había trabajado muchísimo durante todo el fin de semana para poder entregárselo el lunes, y no debería haberme molestado siquiera. Estábamos a miércoles por la noche y él había cancelado ya dos veces la reunión para mirarlo. Me quité los zapatos y me desplomé en el sofá. Podía oír a Ben —o quizás era Jerry— llamándome desde el congelador.

—Ya basta, chicos —grité. No podía pasarme la noche comiendo helado. No. Sería más productivo aprovechar el gimnasio del sótano. Eso me haría olvidar al mamón de mi jefe. Me lo había cruzado antes en el pasillo y me había ignorado por completo. Vale, quizás el informe podría ser mejorable, pero castigarme con su silencio no me parecía la actitud más profesional. Tenía que seguir recordándome a mí misma que no era el hombre que yo pensaba que era, aunque eso no significaba que no pudiera sacar el máximo provecho de trabajar para King & Associates.

Me puse la ropa de deporte, cogí una botella de agua y bajé las escaleras. Tener gimnasio en el edificio era más de lo que esperaba cuando empecé a buscar un apartamento en Manhattan, y aún no había tenido la oportunidad de visitarlo. El trabajo podía no ser todo lo bueno que quería, pero mi hogar era una burbuja, un refugio de cualquier cosa mala. Podía relajarme y concentrarme en otras cosas.

Treinta minutos en la elíptica me despejarían la cabeza y me impedirían maquinizar todas las formas de hacer daño físicamente a Max King.

Cuando entré en el gimnasio, noté que ya había allí tres hombres; uno entrenaba con las pesas, otro estaba en la bicicleta estática y el tercero en la máquina de remo. Si quitaba los sonidos apagados de la CNN que emitía el televisor fijado en la pared de la esquina, el lugar estaba tranquilo. Revisé el resto del espacio. No había espejos, así que no tenía que ver cómo una parte de mí vibraba mientras me movía. Perfecto. Era como si hubiera diseñado

aquel lugar yo misma.

Me acerqué a una elíptica vacía, evitando la mirada descarada del tipo que hacía pesas. Puse el botellín de agua en el soporte de la máquina, que estaba justo detrás del hombre de la bicicleta. Justo lo que necesitaba para no pensar en la oficina: un entrenamiento duro y una buena vista.

Encontré un programa en la máquina que adiviné que sería duro, pero quería centrarme en otra cosa que no fuera la decepción que King & Associates estaba resultando ser. Necesitaba poder desconectar cuando no estaba en la oficina o me volvería loca. Durante el primer día de trabajo, acabó doliéndome la mandíbula por sonreír tanto. Por fin había alcanzado mi sueño, y lo había hecho todo por mi cuenta. Sentí como si hubiera llegado al primer peldaño hacia un futuro brillante, donde convergían todos mis planes. En ese momento me había embargado la emoción, pero el brillo había desaparecido rápidamente, en algún momento de la primera semana, cuando me presentaron a Max King, y él apenas había levantado la vista del escritorio para saludarme.

El tipo de la bicicleta jadeó y se volvió a sentar en la bici antes de relajar los hombros, y luego inclinó su cabeza a un lado y a otro mientras continuaba pedaleando. Tenía la espalda ancha y el pelo negro azabache empapado de sudor. Iba a necesitar una ducha de verdad. Pensé que si era el hombre que había escuchado teniendo sexo en el ático, no me importaría hacerle compañía.

—¿Vives en el edificio?

Pegué un brinco cuando el tipo que había estado usando las pesas puso el brazo sobre mi máquina. No lo había visto acercarse. Era bajito, demasiado musculoso, y estaba tan bronceado que me dieron ganas de preguntarle si había perdido una apuesta o algo así. Parecía como si viviera en la costa de Jersey y no en el centro de Manhattan. Asentí, esperando que el hecho de que no hablara lo disuadiera.

—Tienes un buen culo, si no te importa que te lo diga.

«¿En serio?».

Levantó las manos en el aire cuando le lancé una mirada de asesina en serie.

—No hay necesidad de ponerse borde. Me gustan los buenos culos y lo digo.

Clavé la mirada en el panel de la máquina, aunque lo que quería era darle

un puñetazo a aquel tipo.

—Creo que es mejor que vayas a lo tuyo —dijo un hombre desde detrás del chico de Jersey.

—¿Eh? —respondió él—. Solo le estaba haciendo un cumplido a la chica. Mantuve la cabeza baja, sin querer llamar más la atención.

—No le interesas, ¿verdad? —respondió mi salvador. Conocía esa voz. Mi cerebro no sabía si sería porque era una persona famosa.

Cuando el chico de Jersey se alejó, yo levanté la vista con una sonrisa.

—Gracias.

Y quise se abriera el suelo a mis pies.

El puto Max King estaba justo delante de mí.

«Mátame, camión».

El tipo por el que había ido allí y del que quería escapar estaba en el medio del gimnasio de mi edificio. Eché un vistazo alrededor. El chico de Jersey se había ido, y el remero seguía su marcha. Max King era el hombre del culo bonito. Sin duda la vida no era justa.

Mis miembros dejaron de funcionar y medio me caí, medio me bajé de la elíptica, por lo que me apoyé contra la pared detrás de las máquinas.

«¿En serio?».

Los golpes seguían llegando.

—¿Estás bien?

Me separé de la pared de yeso mientras se acercaba a mí.

Asentí, sin estar segura de lo que podría llegar a decir si realmente lograba formar palabras. ¿Cómo era posible? Se suponía que mi apartamento era mi santuario contra el comportamiento de este hombre en las oficinas. Y ahora tenía que preocuparme de encontrármelo por los pasillos de mi casa mientras iba borracha o sin maquillaje. No importaba si me veía sin maquillaje o sudada; solo sería otra razón para que pensara peor de mí.

—Vale, bueno. Supongo que vives en el edificio —dijo, y luego apretó los dientes y clavó los ojos en la puerta como si quisiera escapar.

A mí esa opción me parecía bien.

—Sí, me acabo de mudar.

Miró a un lado y se rascó la frente, como había hecho al revisar mi informe sobre Bangladesh.

—Ya.

Y eso fue todo. Antes de que se me ocurriera decir algo más, salió pitando

por la puerta como si tuviera las pelotas en llamas.

Por lo que veía, no tenía más modales fuera de la oficina que dentro. Seguía siendo un tipo frío y grosero.

A pesar tener un culo bonito.

Me apoyé en la pared de nuevo, tratando de darle sentido a todo aquello. Un año antes, habría pensado que mi vida había llegado a su cénit si hubiera estado a menos de quinientos metros de Max King. Ahora no solo me estaba torturando en la oficina, sino que acababa de convertir el gimnasio de mi edificio en un área prohibida. Agarré la botella de agua y me fui al apartamento. ¿Podría empeorar el día?

Después de casi sufrir un aneurisma al encontrarme con Max en el gimnasio, me duché con el agua más caliente que pude resistir sin tener que ir a urgencias por quemaduras de tercer grado, me sequé el pelo y me envolví en mi bata de seda blanca, la que había comprado en Barney's. Esa prenda siempre me hacía sentir mejor. Como si todo estuviera en orden. Necesitaba un encuentro con mi mejor amiga y estaría de vuelta en el camino correcto.

—Hola, Grace —dije cuando ella respondió a mi llamada.

—Tienes una voz como si estuvieras a punto de meter la cabeza en el horno —repuso mientras comía algo, o al menos eso parecía por el sonido.

Quería preguntarle si podía venir a pasar la noche. Durante el tiempo que durara mi contrato de arrendamiento.

—Ha sido un mal día en el trabajo. —Si le dijera que Max vivía en el mismo edificio, me haría volver a Brooklyn antes de poder terminar de decir «subarrendadas». Tendría que conformarme con una sesión de quejas generales, así que le expliqué que aún no sabía nada sobre el informe de Bangladesh.

—¿Alguna vez has pensado en dejar ese trabajo? A lo mejor no vale la pena.

—No puedo dejarlo. Es el trabajo de mis sueños. Por el que me he esforzado tanto. Solo necesito dos años ahí en mi currículum, y luego valdré mi peso en oro. —Y ¿quién sabe? Podría habérmelo ganado ya cuando él revisara el informe de Bangladesh. A lo mejor iba a la oficina al día siguiente y descubriría que había pasado página.

Ya..., y también me convertiría en la próxima Beyoncé.

—Dos años es mucho tiempo en un trabajo que no te gusta. Siempre puedes hablar con tu padre.

¿Lo decía en serio?

—¿Por qué dices eso? —Grace sabía que yo era la única de mis hermanos que no trabajaba en J. D. Stanley, el banco de inversiones que poseía mi padre. Mis tres medios hermanos habían empezado el curso de posgrado en septiembre, después de terminar en la universidad. Pensaba que tendría la satisfacción de rechazarlo, pero nunca me lo había pedido. ¿Por qué Grace se imaginaba que se me ocurriría llamarlo? No quería nada de él.

—Haces el tipo de trabajo que su empresa necesita, ¿no? ¿Acaso no posees las habilidades precisas para trabajar para él?

—No importa. —Los gritos de Ben & Jerry (mi marca de helado favorita) desde la cocina eran cada vez más fuertes—. No trabajaría para él aunque fuera el último hombre en la Tierra. Y, por si no te acuerdas, nunca me ha ofrecido un trabajo. No tengo el «equipo» reproductor adecuado.

—Seguramente nunca ha pensado que lo querías. —Eso no significaba que no pudiera haberme preguntado—. No te conoce, no sabe lo brillante y ambiciosa que eres. Tiene como cien años. Es probable que sea un antiguo. ¿No es de una generación diferente que pensaba que las mujeres debían quedarse en casa y cuidar de los niños? Si alguna vez me conociera, sabría que yo no soy así.

—En serio, no puedo creer que estemos teniendo esta conversación. No voy a renunciar al trabajo de mis sueños, y no voy a pedirle nada a mi padre. —Subí las piernas al sofá y me tumbé de espaldas mirando al techo—. Me está empezando a molestar que lo estés defendiendo.

—En realidad no estoy haciéndolo. Solo trato de ofrecerte una salida.

Grace siempre intentaba resolver mis problemas. Y los problemas de todos los chicos con los que salía. Pero no había nada que Grace pudiera hacer para arreglar esa situación.

Unas pisadas en el piso de arriba hicieron que la lámpara se balanceara suavemente de un lado a otro. Dios, lo último que necesitaba era que mis vecinos volvieran a hacerlo. No quería que me recordaran mi falta de vida sexual.

—Gracias, pero no necesito una salida. Estoy exactamente donde quiero estar. —No era una desertora.

—Pero eres desgraciada.

—No lo soy. —Debía quejarme menos. Solo me había frustrado encontrar a Max en el gimnasio—. Tengo unas expectativas demasiado altas. —El ruido de arriba indicaba que alguien se paseaba de un lado para otro—. Voy a borrarlas y a reiniciar, y todo irá bien.

Unos acordes de música clásica, Bach, tal vez, sonaban arriba. Habían puesto la música tan alta que mi apartamento había empezado a vibrar. Se suponía que eran los adictos al *heavy metal* o al reguetón los que ponían la música a todo volumen y molestaban a sus vecinos, no los aficionados a la música clásica.

—¿Oyes música clásica? Dios, llevas menos de una semana en Manhattan y ya nos estamos distanciando.

Me reí entre dientes.

—No, no soy yo. Es arriba.

—¿Los conejos?

—Sí. Aunque no están follando. Uno de ellos debe de haberse puesto unas botas de hormigón y de estar bailando como un elefante encima de mi techo. —La música no había ahogado el sonido de pasos—. No sé siquiera si hay dos personas ahí arriba.

—¿Brooklyn comienza a parecerte más atractivo? —Grace no pudo ocultar el tono engolado de su voz.

—Estoy segura de que la música se apagará en un rato. Tal vez han tenido un mal día y están tratando de desahogarse, como yo lo hago con...

—¿Taylor Swift?

Me encogí de hombros, sin avergonzarme de mi predilección por Taylor.

—Iba a decir Stevie Wonder, pero Taylor Swift también me vale.

—¿No te molesta el ruido?

Cualquier otro día estaría furiosa, pero si me cabreaba también con mis vecinos del ático, no me quedaría nada de paz. El trabajo en la oficina me estaba resultando tan decepcionante que me dejaba hueca por dentro. Toda la emoción que había sentido por él se había evaporado, y se había convertido en algo parecido a mi curro de camarera en la universidad: un medio para un fin. Y ahora que había visto a Max en el edificio donde estaba mi apartamento, el único lugar en el que me sentía segura era detrás de mi puerta. Así que preferí esperar que mis vecinos dejaran de pasearse y bajaran pronto el volumen de su música.

—Cuéntame qué tal tu cita —pregunté—. Por eso te he llamado.

Grace tenía debilidad por los músicos sin dinero, los artistas o cualquiera que no tuviera sus asuntos en orden. Eso significaba que siempre había alguna historia dramática en su vida, siempre tenía a alguien a quien ayudar.

—Ahhh... —suspiró—. Tiene mucho talento. Solo tiene que encontrar el camino adecuado y seguirlo, ¿sabes? —Había olvidado lo que hacía este. Lo cierto era que todos parecían tener en común que su segundo nombre era «perdedor».

—¿Crees que tiene lo que hay que tener? —A Grace le encantaba la idea de descubrir a un tipo antes de que lo hicieran los demás y ser la que estaba apoyándole desde el principio. El problema era que nunca lo lograba. Se limitaba a ir de un perdedor a otro.

—De verdad que sí. Este tipo es el próximo Damien Hirst o Jeff Koons, te lo juro.

¡Ah, claro! Este era un artista. Miré al techo mientras la lámpara se balanceaba aún con más violencia.

—Va a montar una instalación en Nueva Jersey la semana que viene. Deberías asistir. Te encantará.

No estaba segura de que Nueva Jersey fuera el lugar adecuado para que exhibiera su obra el próximo Jeff Koons, pero, bueno, me sacrificaría.

—Claro. Pero cuando dices «instalación», ¿qué quieres decir?

—Se trata de una pieza interactiva en la que está trabajando. No quiere enseñármela antes, pero estoy segura de que es increíble.

Grace era sensata y práctica en todos los sentidos, pero siempre quería creer lo mejor de todo el mundo. Era algo tan entrañable como molesto.

—Y tiene un amigo que quiero presentarte.

—Grace... —suspiré.

—En serio, te gustará este tipo. Lleva traje.

Arriba subieron el volumen. No sabía de música clásica, aunque a mi madre le encantaban las *suites* de violonchelo de Johann. De acuerdo, pero ¿tenía que ponerla a tanto volumen?

—Puedo ponerle un traje a mi perro, pero eso no significa que quiera salir con él.

No era la riqueza lo que me atraía de los hombres, sino su energía. No me importaba que llevaran traje, aunque no había nada comparable a un hombre que pudiera rellenar un traje hecho a medida. Puede que odiara a Max King, pero, Dios, sabía cómo llevar un traje. Y, al parecer, también

sabía llevar ropa de deporte. Verlo en el gimnasio no me había hecho cambiar la idea de que estaba en los primeros puestos de la fila cuando repartieron el don de la elegancia.

—No tienes perro —señaló Grace.

—Eso da igual. —No quería salir con nadie, no quería que el amor me distrajera. Había visto que varias de mis amigas que impulsaban con ambición sus carreras de repente metían el freno porque se habían enamorado de un tipo, y luego, cuando retiraban el pie del pedal, el tipo las había abandonado. Incluso le había ocurrido a mi madre. Y yo no iba a cometer el mismo error.

—Este tipo tiene éxito. Se dedica a algo de finanzas, o quizá a la arquitectura.

—Sí, ya, no entiendo cómo puedes confundirte. —Lo último que quería era mantener una relación con un hombre que se dedicara a las finanzas. Ahí medraban los hombres como mi padre, los de la peor clase.

Grace se rio.

—Ya sabes lo que quiero decir. ¿Vendrás?

—Solo si me prometes que no me tendrás preparada una encerrona con nadie. No me interesa.

—No te estoy preparando una encerrona. Pero ¿qué puedo decir? Él estará allí, tú estarás allí....

—Te voy a colgar. Necesito un sueño reparador. —Colgué y lancé el móvil sobre la mesa. Eran poco más de las diez, pero todavía no iba a poder dormir; era imposible hasta que mis vecinos amantes de Bach apagaran la música.

Un vaso de leche caliente y un Benadryl me hubieran ayudado a conciliar el sueño, pero solo disponía de vino, y no tenía Benadryl.

Me serví un vaso de Pinot Noir, me metí en la cama y encendí la televisión.

Después de cuarenta y cinco minutos apenas podía oír mi televisión por culpa de la música, y el estruendo de los pasos no habían disminuido. ¿Qué coño pasaba allí arriba? ¿Alguien se estaba entrenando para escalar el Kilimanjaro? Comencé a temblar de irritación. Quienquiera que viviera arriba no parecía que fuera a bajar el volumen de la música pronto, y yo quería dormir. Había sido más que paciente. ¿Podía llamar a la policía? ¿No había alguna cláusula en el contrato de alquiler que decía que no se podía

hacer ruido después de cierta hora? ¿Dónde había metido mi contrato?

Aparté las sábanas y salí de la cama; luego abrí la caja de madera que Grace y yo habíamos subido cuando me mudé. Era la caja de la negación, donde guardaba toda mi documentación administrativa. Por fin encontré los papeles que había firmado hacía una semana, y empecé a hojearlos, casi rompiéndolos por la mitad. ¿Cómo podía existir alguien tan egoísta? Tener sexo ruidoso era una cosa, pero poner música a ese volumen y practicar marchas marciales era otra. Pasé las páginas, cada vez más impaciente. Sí. Decía que no se permitía molestar a ningún otro vecino después de las diez de la noche. La gente de arriba estaba incumpliendo su contrato de arrendamiento. Con los papeles en la mano, fui a la puerta, cogí las llaves y subí el tramo de escaleras. Eché un vistazo a mi alrededor. Solo había una puerta. Bueno, al menos no tenía que preocuparme por molestar a la persona equivocada.

Golpeé la hoja metálica, tratando de tragarme la ira que burbujeaba pugnando por salir a la superficie. Era demasiado. Primero había encontrado el trabajo perfecto solo para que se hubiera visto arruinado por el verdadero Max King, luego no podía olvidarme de él en mi casa. Y para rematarlo, mis ruidosos vecinos me impedían dormir. Todo me parecía muy injusto.

Llamé de nuevo, más fuerte esta vez. ¿Es que no sabían el ruido que estaban haciendo? ¿A quién trataba de engañar? Estaba segura de que se podía oír la música desde los Hamptons.

El sonido de pasos continuó subiendo y bajando, de un lado para otro. Y nadie se acercó a la puerta.

Golpeé con los puños la fría superficie de metal.

—¡Abran inmediatamente la puta puerta! —grité.

Casi al momento, los pasos se detuvieron y luego cambiaron de rumbo. Mi corazón comenzó a latir, acelerado, en mi pecho. ¿Me había pasado? Podía estar llamando a la puerta de un asesino en serie o de un traficante de drogas con debilidad por Bach.

Quien fuera comenzó a descorrer los cerrojos, y yo crucé los brazos, preparada para soltarle a mi ruidoso vecino un ejemplo de lo que pasaba por mi mente. Quizá debía haberme puesto un suéter por encima de la bata de seda.

La puerta se abrió de par en par, y, por segunda vez en el día, me encontré

cara a cara con Max King donde menos esperaba encontrármelo.

Y, por supuesto, tenía que estar sin camisa.

—¿Es una broma?! —grité, alzando los brazos en el aire, presa de la exasperación.

Él tenía los ojos muy abiertos, y los deslizaba por mi cuerpo. Seguí el rumbo de su mirada; ¡mierda!, la bata había empezado a abrirse. Agarré los bordes y me la cerré, tratando de ignorar que estaba casi desnuda delante de mi jefe.

Sus cejas casi llegaban al techo cuando me tendió la mano.

—Pasa —dijo al tiempo que me cogía por los codos—. No estás vestida.

Intenté mantenerme firme, pero me agarró con tanta fuerza que me estrellé contra él, y entramos a trompicones en su apartamento.

—Jesús, Harper —gruñó mientras seguía tirando de mí sin soltarme los brazos. Me di cuenta de que era la primera vez que le oía llamarme por mi nombre de pila. Normalmente me llamaba «señorita Jayne». Vi que cerraba los ojos y apretaba los dientes—. ¿Qué cojones estás haciendo aquí? —preguntó.

4

MAX

Estar tan cerca de ella me volvía loco. Como le había hecho cosas tan eróticamente perversas en mi cabeza, siempre intentaba no estar demasiado familiarizado con ella en carne y hueso. Y ahora que la tenía entre mis brazos, no sabía qué hacer. Solo que no quería soltarla.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba? —Trató de sostener unos papeles que llevaba, pero yo le puse los brazos a los lados, empujándola contra la pared—. Está a punto de caerse el techo sobre mi apartamento por todos esos golpes.

Mi cerebro no era capaz de reaccionar. ¿Qué hacía ella en mi apartamento? ¿Por qué estaba gritando?

Ver a esa mala imitación de capo de la mafia intentando entrarle a Harper en el gimnasio me había hecho olvidar la sorpresa que me produjo verla en mi edificio; solo quise golpearlo y echarlo a patadas. Luego, cuando él se fue, me fijé en que la ropa deportiva de Harper se ceñía a su cuerpo con tanta precisión que bien podría haber estado desnuda, así que salí corriendo del gimnasio, pues notaba algunos hormigueos en mi piel que me decían que tenía que irme antes de quedar en evidencia.

Y ahora la tenía contra la pared de mi apartamento. Cabreada. Y solo a medio vestir.

Me había dejado sin palabras.

Siempre se mostraba muy controlada y educada en el trabajo. Me resultaba extraño verla tan... agitada. Estaba claro que no la conocía bien, seguramente porque apenas estaba con ella, pues me concentraba sobre todo en mantener la mayor distancia posible entre nosotros. Pensé que no me gustaría nada que ella adivinara lo que estaba pasando por mi pervertido cerebro, que supiera todas las cosas que imaginaba hacer con ella.

—Y la música. Cualquiera pensaría que tienes a la Filarmónica de Nueva York aquí dentro. ¿Qué demonios está pasando?

Me ardieron las manos donde le tocaba los brazos, así que aflojé el contacto, pero no pude soltarla del todo.

—¡Contéstame! —gritó—. Tengo que aguantar que me ignores en la oficina, pero aquí no firmas mi nómina. Estás incumpliendo el contrato de alquiler.

Tenía el presentimiento de que había mucho más debajo de esa fachada profesional de lo que normalmente veía. Ella había insinuado un par de veces que pensaba que yo era imbécil. Había sido un alivio, porque, si me odiaba, las cosas serían más fáciles. Haría que la distancia fuera mayor.

Pero ahora, con ella allí mismo, casi desnuda frente a mí, nada era fácil. Notar su piel suave y caliente bajo mis dedos no ayudaba. Su olor a almizcle y a sexo se filtraba por mi cuerpo y llegaba directamente a mi polla. La forma en que sus pezones pugnaban contra la seda de su bata... Nada de eso ayudaba. Cerré los ojos, tratando de recuperar algún tipo de control sobre las sensaciones que me embargaban.

—¿Me estás escuchando?

No escuchaba nada. Percibía que parecía irritada, pero no podía procesar lo que decía. Mis pobres sentidos estaban demasiado sobrecargados.

Eché la cabeza hacia atrás, exponiendo su largo y blanco cuello, y suspiró, exasperada. Antes de que pudiera detenerme, le solté un brazo y le pasé el dedo índice por la mandíbula y el cuello. Ella jadeó, conteniendo la respiración, pero no podía contenerme. Bajé el dedo hasta la base de su garganta; era como una droga. Cada caricia me hacía ansiar más. Empecé a subirlo...

—¿Qué estás haciendo, imbécil?

Sus palabras me hicieron dudar. ¿Imbécil? Me quedé quieto y levanté la mirada. ¡Mierda!, estas cosas se las hacía en mi imaginación, no en persona.

—Mmm... Lo siento. —La solté y retrocedí, pasándome las manos por el pelo. ¿En qué estaba pensando? Era padre. Un hombre de negocios. No importaba nada más.

Me miró con el ceño fruncido.

—En la oficina eres odioso conmigo —dijo, en voz baja y algo vacilante. Asentí.

—Ya lo sé. —Era algo deliberado.

Clavé la mirada en sus labios llenos, con los que estaba haciendo un mohín. Pensé en todo lo que me había imaginado que me hacían esos

labios... Ella tenía razón. Era imbécil.

—Y crees que soy idiota —dijo.

—¿Idiota? —Si eso fuera cierto, no me resultaría tan atractiva. Sí, seguiría siendo hermosa, pero había muchas mujeres hermosas en el planeta—. No creo que seas idiota.

—Entonces, ¿por qué me tratas como a una mierda? —Me señaló con el dedo y alzó la voz—. Actúas como si yo no existiera. —Me clavó el dedo en el pecho. Fue como si hubiera presionado un botón con la palabra «polla» escrita en él, porque mi erección vibró en respuesta a cada contacto de ella.

Le agarré el dedo, obligándola a dejar de apretar su piel contra la mía, y me quedé paralizado, sin querer soltarlo..., y tampoco ella retiró la mano. En vez de eso, nos miramos, sin saber qué podía pasar después, como necesitando respuestas del otro. ¿Ya había terminado ella de gritar? ¿Podría yo mantener las manos quietas un segundo más?

Para mi sorpresa, dejó caer los papeles, dio un paso adelante, me puso la mano libre alrededor del cuello y apretó los labios contra los míos. El alivio atravesó mi cuerpo, y, en vez de apartarla, le metí mi codiciosa lengua en la boca. Ella gimió, y el sonido reverberó por todo mi cuerpo. Me tocó como si estuviera practicando, como si hubiera pensado en mí tanto como yo en ella.

Me retiré un segundo, y una mirada de confusión atravesó su rostro. Era justo el estímulo que necesitaba. La empujé contra la pared y dejé posar mis labios sobre su clavícula.

—Te odio —susurró.

No actuaba como si me odiara, no intentaba escapar. ¿Estaba interpretándola mal? Levanté la vista, y ella frunció el ceño.

—No te detengas —dijo.

Sonreí e incliné la cabeza hacia delante. Ella quería eso.

—¿No quieres que me detenga? —pregunté contra su cuello. Me hundió los dedos de una mano en el pelo y me puso la otra en el hombro. Me tocó gemir a mí. Un solo contacto de ella y mis peores temores se confirmaron: deseaba a esa mujer. No, era más que eso. Había encontrado atractivas antes a muchas mujeres, pero nunca había sentido un deseo tan abrumador de estar cerca de ellas todo el tiempo. Y menos cuando apenas sabía nada de ellas. Nunca me había encontrado pensando en una mujer cuando debía

concentrarme en una conferencia o una presentación. Nunca quería hacerlas sonreír, descubrir todos sus secretos. Le separé las piernas con las rodillas y ella apoyó las caderas en mi pierna.

Esa chica podría ser mi perdición.

Lo había sospechado en cuanto la vi. Lo había sabido en el momento en el que la vi trabajar.

Tenía talento. Era hermosa. Aguda. Sexy.

Y yo lo quería todo.

Había muchas razones por las que no podía haber nada entre nosotros: ella trabajaba para mí y yo no tenía relaciones con mujeres, solo las quería para el sexo... Y lo recitaba como un mantra en silencio, una y otra vez.

Me retiré y ella me miró con la boca abierta. Apoyé las manos contra la pared a ambos lados de su cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Soy tu jefe.

—No te preocupes. Pase lo que pase, presentaré la reclamación por acoso sexual por la mañana. Metió la mano en mis pantalones y me envolvió la polla —cada vez más dura— con los dedos—. Puedes hacer que esto cuente.

Sonreí. Iba a provocarme al máximo.

Cuando solté el cinturón de su bata, esta se deslizó desde sus hombros. Luego pasé las manos por su piel, evitando sus pechos, y las bajé por su estómago hasta su coño bien depilado. Allí hice una pausa.

Arqueó la espalda, empujando su cuerpo hacia mí, queriendo más.

—Pero si me odias —me burlé.

—Veamos qué puedes hacer para que cambie de opinión. —Apretó mi mano con la suya, hundiendo mis dedos en su humedad.

Estaba claro que Harper no tenía ni idea de lo que había ideado para ella ni cuánto tiempo lo llevaba planeando.

Después de una vacilación casi inapreciable, deslicé los labios contra los de ella. Y a pesar de mis fantasías, me encontré poniéndome de rodillas. Necesitaba saber que podía volverla tan loca como ella a mí. Intenté colocarme su pierna sobre el hombro, pero ella se resistió y me animó a levantarme.

—¿Has olvidado quién es el jefe? —pregunté.

—En la oficina, tal vez.

Casi a la fuerza, la apreté contra la pared y le levanté la pierna. Sabía que una vez que sintiera mi lengua, se rendiría. Y tenía razón, como siempre la tenía. Arqueó las caderas hacia delante y balanceó la pierna por mi espalda mientras yo movía la lengua sobre su clítoris, una vez, y luego dos veces. Si pensaba que yo no iba a ser también el jefe en el dormitorio, estaba muy equivocada.

Le coloqué una mano en una cadera y apreté la palma de la otra contra su estómago mientras le lamía desde el clítoris hasta la fuente de donde procedía su humedad, disfrutando de su dulce sabor. Deleitándome. Era como si hubiera estado mojada para mí desde que nos habíamos conocido. Noté sus uñas en mi cuero cabelludo mientras su coño vibraba contra mí. No era capaz de recordar la última vez que me había tirado a una mujer, y ni siquiera era capaz de acordarme de que tuviera un sabor tan bueno, tan cálido, tan húmedo.

A pesar de que la sostenía, ella parecía tener dificultades para mantenerse erguida.

—No puedo —gritó.

Aunque yo tenía la sensación de que no había nada que Harper no pudiera hacer si se lo proponía, no me iba a poner a discutir con ella. Me detuve y ella me miró, medio aturdida, medio decepcionada. Antes de que tuviera la oportunidad de decirme otra vez cuánto me odiaba, me la cargué sobre el hombro y la llevé a mi dormitorio.

La tendí sobre la cama, con su cabello castaño esparcido a su alrededor. La sujeté por las piernas y separé sus firmes muslos, luego hundí los dedos en ella mientras mi lengua giraba alrededor de su clítoris. Ella gritó, arqueando las caderas. La agarré por la cintura y la arrastré hacia mí. No iba a irse a ninguna parte sin un orgasmo con el que recordarme. ¡Dios!, unos minutos antes estaba ideando muchas estrategias para pasar menos tiempo con ella y allí estaba, desnuda en mi cama, empapándome la mano y la lengua con sus jugos.

Emitió pequeños quejidos y sonidos incoherentes que se oyeron por encima del ruido de los vecinos y los candelabros. No podía entender lo que decía, lo único lo que me importaba era su coño dulce y caliente, que vibraba contra mi lengua. Su respiración se hizo más intensa y todo su cuerpo empezó a temblar antes de que sus movimientos se volvieran salvajes.

—¡Max! —gritó, presa del éxtasis.

Oír mi nombre en sus labios mientras se corría hizo un agujero en la armadura que no sabía que llevaba, y de repente no me importó ser su jefe o tener una reputación que proteger y una familia en la que concentrarme. Me sentía abrumadoramente atraído por ella, y en ese momento era lo único que importaba. Estar con ella era perfecto.

Su jadeo se hizo más ronco, hasta que se detuvo. Debí haberle pedido que se fuera, que nos detuviéramos antes de que fuera demasiado tarde, pero en vez de eso le cogí la mano y me subí a su lado.

Me puse de espaldas, pues necesitaba concentrarme en otra cosa que en las redondeces de sus pechos tensos, en la forma en que su cuerpo se hundió entre mis sábanas, en mi cama, en mi apartamento.

Estaba allí. Justo donde no debería estar.

—¡Oh, Dios mío! —Dejó caer el brazo sobre mi pecho—. *Forbes* sabía lo que decía cuando publicó que tenías talento.

No pude reprimir la risa que se me escapó de la garganta. Me volví para verla rodar hacia el otro lado, al parecer ignorando lo extraño que era ese escenario. Me besó la mandíbula y traté de no mirarla, pero temía no poder evitarlo.

Noté sus dedos alrededor de mi polla, todavía dura como una roca. ¡Dios mío! ¿Cómo iba a decirle que se fuera? Deslizó la mano sobre el glande. Había pocas esperanzas de que me deshiciera de ella, y menos mientras ella estaba apretándome con tanta habilidad. Me di por vencido y la miré para encontrármela observándome, estudiándome como si estuviera tratando de resolver una definición de un crucigrama.

—¿Tienes un condón?

Todo era una mala idea.

—Sí —dije mientras me arrastraba hasta la mesilla de noche.

Ella se sentó a horcajadas y me arrebató el preservativo.

—Esto es Las Vegas, ¿verdad? —preguntó.

—¿Las Vegas? —indagué mientras me cubría la polla con el condón y me la apretaba al llegar a la base.

—Esta habitación. Es Las Vegas. Lo que pase aquí se queda aquí. —Puso mi polla en su entrada—. ¿Estás de acuerdo? Tal vez si hacemos esto, pueda dejar de odiarte. Y puedas ser mi jefe.

En ese momento habría aceptado incluso que me hubiera cortado las dos

piernas con un cuchillo sin filo, pero me gustaba lo que decía; que después de lo que fuera que estábamos haciendo, todo volvería a la normalidad o, mejor que a la normalidad, a como deberían ser las cosas.

—Las Vegas —respondí, y se hundió en mi polla, centímetro a centímetro. Apreté los puños para evitar aferrarle las caderas y moverla sobre mí. Apreté los dientes cuando echó la cabeza hacia atrás buscando el equilibrio. Entonces apoyó las manos en mi pecho y se hundió un poco más.

—Cómo me gusta... —susurró—. Ahí..., ahí..., profundo...

¡Dios!, ¿cómo se suponía que iba a quedarme allí tumbado soportando eso? Era demasiado. Necesitaba ser el que marcara el ritmo, o me correría en menos de diez segundos.

El pelo le caía alrededor de los hombros, y yo lo recogí con la mano, llevándolo detrás de su espalda, sin querer que nada me impidiera ver sus altos y redondeados pechos ni sus rosados e hinchados pezones que sobresalían como picos, reclamando atención. Me puse a tirar de ellos, de uno y de otro, y ella se estremeció antes de caer sobre mí al final. Era perfecta, mucho mejor de lo que yo había imaginado, y había estado pensando mucho en ella, preguntándome cómo sería tenerla encima de mí, desnuda, con las piernas abiertas y los ojos nublados por la lujuria. Estaba tan ajustada a mi alrededor que el instinto se apoderó de ella, y antes de darle la oportunidad de cabalgarme la puse de espaldas y la penetré más profundamente.

—Ya basta —dije—. Ya estoy harto de tus constantes provocaciones diarias. —No sabía si quería ser provocativa. No era tan obvia como otras mujeres. Su ropa no era llamativa ni particularmente ajustada; no coqueteaba ni intentaba conversar conmigo. Me retiré y empecé a follármela porque por fin la tenía debajo de mí, desnuda. Y cada vez pensaba que penetrarla sería más fácil, que no estaría tan apretada, que no sería deliciosa, pero cada vez me equivocaba. Estaba excediendo cada una de las fantasías que había tenido con ella.

Me rodeó la parte superior de los brazos con las manos; sus dedos eran tan pequeños que me resultaban fascinantes. Quise detenerme un segundo para asegurarme de que eran reales, pero el cabecero golpeando contra la pared me hizo concentrarme en que quería que se corriera. Era perfecta, completamente hermosa, y si solo teníamos esa noche, iba a tener que aprovecharla.

Quería llegar más lejos, hundirme más profundamente, con más rapidez. Necesitaba marcarla, poseerla, hundirme dentro de ella.

Era como si cada imagen inapropiada que había enterrado en el fondo de mi cerebro se hubiera escapado y cobrado vida.

Le levanté una pierna más alto, desesperado por clavarme más en su interior. Percibí la forma en que abrió la boca un poco más cuando el cambio de ángulo aumentó el placer para ambos. Incliné la cabeza para besarla y ella me folló la lengua con avidez. A pesar de no haberme dado ninguna señal en la oficina, me tocaba como si yo hubiera vivido en sus fantasías igual que ella en las mías. Había un reconocimiento entre nosotros, una familiaridad que resultaba desconcertante pero que al mismo tiempo quería saborear.

Ella se interpuso entre nosotros y me apretó la base de la polla. Casi exploté. Tuve que hacer una pausa.

—Eres un imbécil. —Sonrió y me limpió el sudor de la frente con la punta de los dedos.

—Pareces obsesionada con ese concepto. Tal vez deberíamos probar tu trasero a continuación y ver si eso te cura.

—No te atreverías. —Impulsó las caderas hacia arriba para buscar las mías, y yo arqueé una ceja.

—¿Que no me atrevería a qué? —pregunté—. Esto es Las Vegas. Todo vale.

—Cállate y concéntrate en follarme a conciencia.

Me encantaba su boca, la forma en que me hablaba, la forma en que me reclamaba.

Necesitaba que le dieran una lección.

—No estoy pensando en otra cosa. —Me hundí en ella, y entrecerró los ojos. Empecé a penetrarla más y más profundamente, clavándola en el colchón. Quería hacerlo bien, necesitaba sentirla a mi alrededor, así que me puse de nuevo de rodillas y tiré de ella hacia mis muslos, oportunidad que aproveché para ver sus pechos rebotando con cada empuje.

—¿Crees ahora que te odio? —pregunté. ¿No sentía la química que crepitaba entre nosotros? ¿No entendía que tenía que mantener la distancia, o de lo contrario acabaría ocurriendo lo que estaba pasando?

—No me importa. Soy demasiado...

Se arrastró y me ciñó con más fuerza en su interior, creando una fricción

entre nosotros que me calentaba la sangre en las venas. Me ofreció una pequeña sonrisa, y la quise tener más cerca. La levanté, poniéndonos cara a cara con sus piernas alrededor de mi cintura, y la moví de arriba abajo sobre mi polla. Ella me rodeó el cuello con los brazos y apretó los labios contra los míos. Fue un gesto tan íntimo, tan normal, tan perfecto, que parecía que éramos amantes desde hacía tiempo, que nos conocíamos desde hacía años.

Harper aumentó el ritmo, mientras mis manos impulsaban sus caderas con facilidad y la clavaban en mi polla.

—Despacio —le advertí. No duraría mucho tiempo si seguíamos así.

—No puedo parar —susurró, pasando los dedos por mis hombros—. No puedo parar, no quiero hacerlo. —Sus movimientos se hicieron más profundos, más salvajes, y usé las manos en sus caderas para mantener aquel ritmo constante y su coño lleno de mí. Noté que me clavaba las uñas en los hombros mientras se echaba hacia atrás para mirarme.

—¡Max! ¡Sí, Max! —gritó mientras sus músculos internos me absorbían, y en dos envites profundos de caderas me derramé en ella, mirando cómo su orgasmo se desbocaba mientras yo recuperaba el control.

Me desperté con el ruido del tráfico y el sol que entraba por la ventana. ¿Era sábado? No, jueves.

¡Joder, Harper!

Debía de haberme quedado grogui.

Me incorporé de golpe, pero estaba solo. ¿Había soñado lo que había pasado la noche anterior? El dolor de mis músculos, las sábanas arrugadas a los pies de la cama, las mariposas en el estómago... No, había sucedido.

—¡Harper! —grité. Se había ido. Me froté la cara con las manos y luego miré el reloj. ¡Mierda! Eran las ocho y media. Normalmente a esas horas ya estaba hasta las cejas con el papeleo de encima de mi escritorio. Me levanté de la cama para ducharme.

Estaba a pocos minutos de la oficina, y atravesé las puertas correderas de King & Associates a las nueve menos dos minutos, con el pelo aún mojado por la ducha.

No tenía ni idea de cómo iba a manejar a Harper en la oficina. Tenía muchísimas cosas que hacer, y no me sobraba espacio en el cerebro. Pero la creciente oscuridad que reinaba en mi cabeza me decía que la noche pasada había sido una mala idea, la peor idea. No podía tener sexo casual con una

empleada. Hacía que traspasara demasiadas líneas. Tener sexo con mujeres con las que me podía encontrar fuera del dormitorio nunca había sido una opción para mí. Ya había suficientes mujeres en mi vida. Y Amanda merecía toda mi atención cuando no estaba en el despacho: era el trato que había hecho conmigo mismo tan pronto como nació. Que fuera un padre joven no significaba que fuera un padre malo. Ella siempre sería mi prioridad.

Aunque la noche con Harper había sido todo lo que había fantaseado, había sido una idea estúpida.

Mantuve la cabeza gacha mientras iba hacia mi despacho, pero no pude resistirme a echar un vistazo al escritorio de Harper. Ella sí había llegado a tiempo. Llevaba el pelo recogido, y se lo había sujetado de alguna manera en lo alto de la cabeza, lo que dejaba a la vista su largo cuello.

—Aquí estás —dijo Donna—. He estado intentando contactar contigo por el móvil.

Harper se volvió hacia mí justo cuando miraba a Donna; no me había dejado una nota por la mañana. ¿Se habría quedado a pasar la noche? ¿Se arrepentiría de lo que había pasado?

—¿Has venido desde Connecticut? —preguntó Donna mientras me seguía a mi despacho.

—No, es que tenía algunas cuestiones que resolver. —Como quitarme el olor a sexo y a Harper de la piel. Necesitaba poner mi cabeza en orden.

—Bien, bueno, ha llamado Amanda. Y no te olvides del almuerzo. —Asentí y Donna se fue.

Puse el móvil en el altavoz y marqué el número de casa mientras me quitaba la chaqueta y la colgaba en la parte de atrás de la puerta.

—Hola, cacahuetito. Donna me ha dicho que me has llamado. ¿No vas hoy a gimnasia? —Me senté tras el escritorio y encendí el portátil.

—Mmm, no. Se ha cancelado.

¡Qué raro! Estaba seguro de que Marion me lo habría dicho.

—¿De verdad? —pregunté mientras revisaba los correos.

—Sí, así que he pensado que..., quizá..., podría ir a la ciudad esta noche para ir mañana a comprar vestidos. —Su tono era tan entusiasta que supe que ella lo daba por hecho. No podía decirle que no cuando usaba la voz de chica buena—. Se me ha ocurrido que podrías ayudarme a elegir.

—¿Marion ha confirmado que te acompañará en el tren? —Esperaba que

no pensara que iba a venir por su cuenta.

—La tía Scarlett me ha dicho que ella me llevaría, y podré volver a casa contigo, mañana.

—¿Scarlett te ha dicho que se quedaría a dormir? —Lo último que quería era que mi hermana se entrometiera en mi apartamento.

—No, ella tiene una cita.

¿Una cita? No me había dicho nada al respecto. Pensaba que todavía pasaba de los hombres después del divorcio.

—Deberías imitarla, papá.

La sonrisa satisfecha de Harper brilló por mi cerebro. Tal vez salir con ella me ayudaría a olvidarla.

—Tú ya me mantienes muy ocupado —respondí—. ¿A qué hora tienes pensado llegar esta noche con Scarlett?

—¿Puedo ir?

Imaginé la sonrisa de Amanda, y no pude evitar reírme. Me encantaba su sonrisa.

—No voy a dejar que mi niña vaya sola a comprar el vestido del baile de octavo, ¿no?

Ella soltó un grito y yo bajé el volumen del teléfono, con un gesto de dolor.

—Tienes llave, así que, si yo no estoy, puedes entrar.

—¿Podemos pedir la cena a domicilio?

Puse los ojos en blanco.

—Es posible.

—¿Y ver una película de la mafia como hicimos la última vez?

Me reí entre dientes. Como Amanda no tenía demasiadas pertenencias en mi apartamento, cuando me visitaba normalmente terminábamos pidiendo la comida por teléfono y viendo películas. Me encantaba.

—No prometo nada. Quiero que me jures que practicarás piano antes de irte. Si no apruebas el examen, tu madre te mandará a Zúrich.

—Trato hecho. —El piano comenzó a sonar de fondo—. ¿Lo oyes? Ya he empezado.

Negué con la cabeza.

—Hasta luego, cacahuetito.

—Te quiero, papá.

Esas eran las tres mejores palabras del planeta.

—Te quiero, Amanda.

Cuando colgué, entró Donna.

—Si mañana vas a salir temprano para ir de compras, debemos hacer un rápido repaso de tu agenda de hoy y mañana.

Me recliné en la silla.

—Veo que las mujeres de mi vida saben lo que hago antes que yo mismo.

—¿Alguna vez te cupo alguna duda?

Suspiré.

—Supongo que no. —En días como ese sentía que mi vida no me pertenecía. Tener mi propia empresa era una labor dura y ocupaba casi toda mi energía, pero normalmente las recompensas de trabajar para mí mismo superaban las desventajas. Ese día la balanza se inclinaba en la otra dirección. Solo quería ignorar las constantes demandas de tiempo que tenía para pasar el día en internet, ir en bicicleta, hablar con Harper. Aunque no tenía ni idea de lo que le diría. Tal vez me disculparía.

—¿Hay que cancelar algo? —pregunté.

—No, pero la reunión con Andrew y su contacto en J. D. Stanley es a las diez, y supongo que no querrás perdértela.

Ella tenía razón; no quería perdérmele. Esperaba adquirir un poco de conocimiento sobre el funcionamiento interno de J. D. Stanley, el único de los grandes bancos inversores con el que King & Associates no trabajaba.

—No, Amanda puede quedarse en el apartamento hasta mañana después del almuerzo. ¿Tenemos algo por la tarde?

—Una reunión con Harper a las tres, pero puedo aplazarla hasta la semana que viene. —Cuando Donna dijo su nombre, noté la cara caliente y la sangre pareció acelerarse en mis venas.

Me pasé un dedo por el cuello. ¿Cómo iba a acercarme a ella? ¿Debía pedirle perdón? Ella había parecido tan dispuesta a hacer todo lo que hicimos como yo, pero yo era su jefe. No quería que pensara que podía volver a pasar. Tal vez debía ser sincero con ella, decirle que era genial, pero había sido un rollo de una sola noche. ¿O debía fingir que no había pasado? No tenía ni idea.

—Sí, está bien. —Seguro que yo era la última persona a la que quería ver. Después de todo, ella pensaba que era imbécil.

Estaba concentrado en el iPhone, atendiendo asuntos de negocios mientras

Amanda estaba en el probador de una pequeña *boutique* del centro de Manhattan. Deslicé los dedos por los correos. ¿Debía enviarle un mensaje a Harper? No tenía ni idea de lo que me diría. Por eso las reglas del sexo casual deben establecerse antes de que cualquiera de los dos se desnude. Pero había sido ella la que había mencionado lo de Las Vegas. Quizá no era necesario mantener una incómoda conversación para establecer lo que ya nos habíamos dicho. Me metí el teléfono en el bolsillo y traté de evitar el contacto visual con los vendedores.

—¿Qué te parece? —preguntó Amanda, saliendo del probador.

—¿Estás de coña? —pregunté, dando un paso atrás por la sorpresa. Ir de compras no era mi actividad favorita, era Pandora quien solía comprar la ropa de Amanda, pero no me iba a quedar más remedio que participar en todas las salidas de compras desde ese momento hasta la eternidad si pensaba que iba a llevar eso.

Amanda puso los ojos en blanco.

—Papá, no digas palabrotas.

¿Que no dijera palabrotas? Tenía suerte de que no matara a nadie. Como, por ejemplo, al diseñador del vestido que llevaba puesto.

—Quítate eso, ahora mismo. Tienes catorce años, no veinticinco. —El vestido dejaba demasiada piel a la vista, parecía que no iba a mantenerse en su lugar y era muy corto. Una toalla la cubriría más.

—No soy una niña.

No necesitaba un recordatorio de que estaba creciendo demasiado deprisa.

—Sí, lo eres. Con catorce años se es una niña. Y una niña no puede usar vestidos que no tengan mangas.

—Se llama palabra de honor.

—No me importa cómo se llame, apenas te cubre el trasero. No lo vas a llevar. —Parecía que había sido ayer cuando se negaba a ponerse otra cosa que un tutú. Esa obsesión en particular había durado tres meses. Solía dormir con el tutú puesto. Me había reído cuando Pandora me pidió que intentara convencerla para que se lo quitara. Me había encantado. Se la veía adorable y la hacía muy feliz; ¿qué más podía desear? Un tutú sería ideal en ese momento. Amanda me miró fijamente—. Lo digo en serio, ve a cambiarte.

—No trabajo para ti. No puedes darme órdenes.

Le sostuve la mirada con firmeza, arqueando las cejas. No existía ninguna

manera de que cambiara de idea.

—Si quieres ir al baile, vas a volver a entrar ahí para quitarte el vestido.

—Señalé con la cabeza el probador que había detrás de ella—. Mientras, yo intentaré encontrar algo apropiado que puedas ponerte.

—Gracias, Coco Chanel.

Quise reírme, pero necesitaba hacerle entender que bajo ninguna circunstancia iba a permitir que llevara algo hecho para una chica de veinticinco años que intentara echar un polvo. Dejando aparte todo lo demás, Pandora me cortaría las pelotas. Iba a tener que ser más imaginativo.

—Perdón —le dije a la dependienta—. ¿Puede enseñarme vestidos apropiados para mi hija de catorce años? —Había dejado que Amanda eligiera su propia ropa. Pero eso había sido un error. Podría haber evitado ese problema antes de que se hubiera hecho más grande.

—Por supuesto, señor —dijo la mujer, alta y rubia—. Es muy agradable ver que un padre lleva a su hija de compras. —Sonrió como si quisiera que yo respondiera, pero no estaba de humor para charlas. Quería encontrar un vestido y llevar a Amanda a Serendipity, donde podríamos ponernos al día ante un helado y olvidar que estaba creciendo.

—¿Qué le parece este? —dijo la dependienta sosteniendo un vestido de color azul bebé muy corto.

—Algo más largo —dije.

—Papá —me llamó Amanda. Me volví y la vi con un vestido que se ajustaba a su cuerpo y que parecía hecho de tiras horizontales de tela cosidas.

Me acerqué a ella.

—Quítate eso. Ahora mismo.

—Tiene mangas —adujo, abriendo los brazos.

Cierto, pero no dejaba nada a la imaginación, se aferraba a su cuerpo adolescente y apenas le cubría el trasero. No iba a permitir que saliera en público con eso.

—Quítatelo —estallé.

Soltó un gruñido de frustración y volvió a entrar en el probador.

—Este —dijo la dependienta, sosteniendo un vestido de encaje color rosa—. Es un modelo muy popular esta temporada.

Me dio la impresión de que llegaría al suelo cuando Amanda se lo probara, así que eso me pareció una ventaja. También tenía manga larga.

Me acerqué más.

—¿Es transparente? —pregunté, mirando el vestido. Durante un segundo, imaginé a Harper con el vestido. Aquel color le quedaría bien.

—Lo es, pero el encaje cubre todas las partes estratégicas, por lo que parece más revelador de lo que es —dijo la dependienta, haciendo que se disolvieran todos mis pensamientos sobre Harper.

Pero ¿qué le pasaba a la gente?

—Mi hija tiene catorce años. Su vestido no puede ser revelador ni siquiera tapando las partes estratégicas. —Me volví hacia el probador—. ¡Amanda! —grité—. Vístete. Nos vamos a otra tienda. —Estaba claro que en esa tienda solo había vestidos que hacían que las niñas parecieran prostitutas, no sabía qué hacíamos allí.

Amanda no dijo nada cuando salió de los probadores; pasó junto a mí y salió por la puerta hacia el calor de la calle. La seguí mientras se dirigía al este.

—¿A dónde quieres ir ahora? —pregunté.

—A casa.

—Pensaba que querías un vestido.

—No si vas a gruñir a los dependientes y a decirme que parezco una putilla con todo lo que me pruebo.

Suspiré.

—Yo no gruño.

Arqueó las cejas.

—Y tú nunca podrías parecer una putilla.

Negó con la cabeza.

—Estoy creciendo, papá. Tienes que empezar a asumirlo.

Prefería que Amanda gritara y llorara a que se resignara y se sintiera decepcionada conmigo. Todo lo que quería era que ella fuera feliz. Vestida con un burka, pero feliz.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —pregunté—. Y que solo quiero lo mejor para ti.

Se encogió de hombros.

—Y ahora te pones profundo. Podemos hablar si quieres, ¿sabes? Solo tienes que usar la lógica en lugar de estar al borde de un infarto.

Sincronicé mis pasos con el ligero patrón de los suyos.

—Sí, tienes razón. Podría haber enfocado las cosas de una manera

diferente. —Me sentía aturdido, pero no quería que tuviéramos una de esas relaciones en la que solo estuviéramos discutiendo hasta que se fuera a la universidad—. No quiero que crezcas demasiado rápido, eso es todo.

—Lo sé, papá. Pero está sucediendo.

Mi hija se estaba comportando como una psiquiatra.

—Vale, bueno, ten paciencia conmigo e intentaré no fibrilar. ¿Qué te parecen esas condiciones para que hagamos las paces?

—Podemos intentarlo —dijo, encogiéndose de hombros.

Hicimos una pausa en la esquina de la Cincuenta y Seis con Park Avenue.

—¿Vamos a Serendipity? —pregunté.

Ella asintió. Al menos en eso no había cambiado. Todavía.

—¿Vas a ponerme ladrillos en la cabeza? —preguntó.

Así era como me reía de ella cuando era más pequeña y estaba creciendo. Entonces parecía que crecía quince centímetros al mes. Era como ver pasar el tiempo delante de mis ojos.

—Si tuvieras novia, esto sería más fácil.

Me reí, tratando de ignorar los destellos de la sonrisa de Harper que parpadeaban en mi mente mientras Amanda decía la palabra «novia».

—¿Por qué lo crees? —pregunté mientras Amanda enlazaba su brazo con el mío.

—Ella te diría que esos vestidos me quedaban muy bien —aseguró mientras cruzábamos la calle, tratando de esquivar la mezcla de ejecutivos y turistas que venían en dirección opuesta.

—Amanda, estarías guapa con cualquier cosa. Ese no es el tema. Una novia no me haría cambiar de opinión sobre que esa ropa es para mujeres mucho mayores que tú. —Me gustaba verla vestida como estaba ahora, con vaqueros y una camiseta.

—Pero una chica, una adulta, podría ser capaz de convencerte.

—Sinceramente, nadie podría hacerme cambiar de opinión, y, de todos modos, tienes a tus tías, y a la abuela King y a la otra abuela. Y a tu madre. Son chicas.

—Mamá no cuenta porque no está aquí. Y nunca has hecho caso a nada de lo que te han dicho tus hermanas.

—A Violet le hago caso. —No podía precisar con exactitud la última vez que seguí un consejo suyo, pero estaba seguro de que había algún ejemplo—. Y no dispongo de tiempo para tener novia. —Ni siquiera tenía tiempo

de hablar con Harper o de pensar en qué decir cuando hablábamos.

—El abuelo dice que siempre puedes encontrar tiempo para hacer las cosas que quieres hacer.

Mi padre era un hombre muy sabio, pero no me valía su consejo en este caso. Tal vez porque cortaba demasiado cerca del hueso.

—Deberías ir a cenar con la amiga de Scarlett.

—¿Qué amiga? —pregunté mientras me vibraba el móvil en el bolsillo.

—Ya sabes, la que Scarlett ha mencionado antes.

Evidentemente, había desconectado cuando mi hermana estaba hablando. No recordaba que ella hubiera mencionado a nadie.

—No lo recuerdo.

—Sí, hombre. La amiga de la universidad que vivía en Los Ángeles. —Me tiró de la chaqueta—. Por favor, papá...

—¿Por qué es tan importante para ti? —No entendía por qué estaba tan empeñada en que tuviera una cita con esa mujer. ¿Acaso intentaba distraerme, esperando que si salía con alguien cambiaría de opinión sobre el tinte para el pelo y sobre cuál era la ropa apropiada?

Se encogió de hombros.

—Es solo una noche de tu vida.

Dios, eso lo podría haber dicho mi madre.

—Y ensayaré al piano durante toda semana sin que tengas que pedírmelo. Piensa en ello como en una de las condiciones de nuestro trato.

Tal vez cenar con una mujer podría sacarme a Harper de la cabeza. Después de todo, no era la única mujer inteligente, valiente y hermosa de Nueva York.

—No debería tener que obligarte a tocar el piano.

—Depende de ti. —Se encogió de hombros—. A mí me parece un buen trato.

—Un mes. Y tienes que dejar de pedirme que te deje teñirte el pelo.

Sonreí.

—Trato hecho.

Cualquier cosa para mantener a mi hija feliz... Bueno, cualquier cosa menos un vestido corto, ajustado o escotado para ir al baile de octavo.

5

HARPER

¡Maldito Max King!

Creía que ya lo odiaba, pero su gilipollez había alcanzado nuevas y vertiginosas alturas. Entré en mi dormitorio, levanté la tapa de la cesta de la ropa sucia y empecé a sacar cosas para lavar. Necesitaba canalizar mi energía en algo productivo.

Bueno, tuve que asumir la responsabilidad. Me lo había tirado. Había querido follármelo. Y había sido una gran liberación. No, más que eso: había sido increíble, como si él hubiera sabido lo que yo necesitaba antes que yo. Tenía el equipo adecuado y sabía cómo usarlo. Pero no me había vuelto a hablar desde esa noche, hacía ya dos días. Ni siquiera me había mirado. Habíamos estado de acuerdo en lo de Las Vegas; de hecho, lo había sugerido yo. Sin embargo, eso no significaba que tuviera que ignorarme.

Los hombres arrogantes deberían estar prohibidos. O deberían enviarlos a una isla sin mujeres para morir de frustración sexual.

Venir a rescatarme en el gimnasio me había sugerido que no era tan imbécil como yo creía. ¿Y luego lo de verlo sin camisa, y la forma en que me había gruñido, como un animal? No sabía qué me había pasado, pero cualquier brizna de fuerza de voluntad que hubiera tenido se había disuelto, y me había dejado llevar por el deseo.

Pero ¿qué había estado pensando? Tirarme a mi jefe era una mala idea por muchas razones. Para empezar, quería desesperadamente que pensara que era buena en mi trabajo, no que conociera mis hábitos depilatorios. Había trabajado mucho para obtener ese puesto, y no quería que me considerara tonta. Sin duda no quería que se supiera y que la gente empezara a cotillear de que estaba subiendo a la cima pasando por la cama del jefe o que era una facilona.

Gracias a Dios que era viernes y no tendría que verlo durante dos días enteros. Tampoco era algo que me preocupara, ya que había cancelado tres

reuniones conmigo solo para evitarme. Que era el comportamiento que tendría un chico de quince años. No esperaba un anillo, ni siquiera una cena. Pero, ¡joder!, un «Hola, ¿cómo estás? Estuvo bien el polvo» habría sido más educado.

Agarré la ropa, la metí en una enorme bolsa de Ikea y la lancé hacia la puerta, preparada para ir a la lavandería. Solo tenía que encontrar el sujetador que me había quitado cuando estaba viendo la tele a principios de esa semana. Cuando entré en el salón, el techo retumbó con el repiqueteo de unos tacones. ¡Dios!, solo habían pasado dos días desde que había tenido la polla de Max dentro de mí y ya se estaba tirando a otra. Me compadecí de cualquier chica lo suficientemente tonta como para follar con Max King. Lo que, al parecer, me incluía a mí.

Solté un grito de frustración, y luego me cubrí la boca. ¿Me habría oído? No quería que pensara que me importaba que tuviera a otra en su apartamento.

¡Me importaba una mierda!

Pero lo último que quería hacer era quedarme allí sentada a escuchar cómo mi jefe se tiraba a otra persona. Tal vez no era una mujer. Tal vez a Max le gustaba disfrazarse. Ya no podía sorprenderme nada de ese hombre. Sonreí, feliz con esa realidad particular que estaba imaginando.

Metí la mano debajo de los cojines del sofá, agarré el tirante del sujetador y lo lancé hacia la bolsa con la ropa. Cogí las llaves de la mesa del vestíbulo, un informe del trabajo y el detergente que había comprado de camino a casa desde la oficina. Tenía ropa sucia para poner al menos tres lavadoras, y si me quedaba allí abajo, no tendría que enterarme de las aventuras sexuales de Max King. Mientras iba al ascensor, arrastrando la bolsa de ropa conmigo, el estruendo de los tacones pareció seguirme hasta la puerta.

El ascensor no tardó tanto como de costumbre, y me di cuenta de que había venido directamente del ático. Cuando las puertas se abrieron, me encontré cara a cara con la certeza de que no había sido Max el que se había puesto los tacones altos al final. Solo había un apartamento encima del mío, así que la mujer con la que Max King se había acostado estaba delante de mí.

Quería poseer el tipo de superpoder que me permitiera detener el tiempo y reorganizar las cosas. Entonces podría esconderme y asegurarme de que

cuando el ascensor se detuviera en mi piso, la belleza que había frente a mí se preguntara por qué se había detenido. En vez de eso, tuve que entrar en el ascensor toda sudada, y me obligué a mirar hacia arriba para sonreír cuando la hermosa mujer me saludó.

—Buenas noches.

—Hola —respondí mientras la estudiaba discretamente. Siempre había querido ser rubia. Una vez intenté teñirme el pelo, pero acabé pareciendo un algodón de azúcar naranja. Y esa mujer era al menos diez centímetros más alta que yo, lo que me hizo sentir como un *hobbit* junto a Arwen. En cualquier momento me revolvería el pelo y me diría: «Eres una cosita muy mona».

Max King podía ser imbécil, pero tenía mucho gusto para las mujeres, aunque fuera yo quien lo dijera.

No esperaba nada de Max, pero me dolía un poco encontrarme con su última conquista cuando ni siquiera me había dado la hora. Menudo imbécil...

—¿Otro glamuroso viernes por la noche en Nueva York? —preguntó, sonriendo mientras señalaba mi bolsa de ropa sucia.

¡Qué zorra! Sabía de sobra que no tenía una cita.

—Algo así —respondí—. Pero mejor eso que perder el tiempo con hombres que no me merecen.

Se rio.

—Sí, lavar la ropa es preferible a pasar el tiempo con la mayoría de los hombres con los que he salido.

Vale, quizás estaba siendo simpática en vez de ser una zorra. ¿Se habría dado cuenta de lo gilipollas que era Max? ¿Debería advertirle?

—Esperemos que mi cita de esta noche suba el listón —dijo—. Parece agradable hasta ahora, y de vez en cuando hay que arriesgarse, ¿no?

No pude responder, pero sonreí como una psicópata. ¿Pensaba que Max era agradable? ¡Oh, sí, un tipo agradablemente imbécil!

Las puertas del ascensor se abrieron y ella salió.

—Pásalo bien —dijo con un gesto de despedida.

Max King era notoriamente celoso de su vida privada. Nunca se mencionaba a nadie en los artículos que había leído sobre él. Había habido algunas especulaciones sobre si era gay. Si lo era, sin duda causaba una gran impresión como heterosexual. Y no me debía nada, pero que

hubiéramos acordado «lo de Las Vegas» no significaba que quisiera que hiciera el mismo «viaje» con otra persona tan pronto.

Salí del ascensor cuando llegó al sótano, y arrastré la bolsa con la ropa sucia. Quizá no fuera tan mala idea pensar en subarrendar mi apartamento y mudarme a Brooklyn.

Había dejado la bolsa de Ikea en el suelo, mientras murmuraba para mis adentros, cuando me di cuenta de que no era la única ocupante de la lavandería. Había una adolescente sentada en la larga mesa larga ubicada frente a la hilera de lavadoras y secadoras.

—Hola —dije mirándola.

—Hola —repuso con una sonrisa. Tenía papeles esparcidos a su alrededor, y parecía que estaba haciendo los deberes.

—¿Te estás escondiendo? —pregunté. Cuando tenía su edad, me encantaba escapar de la vida real. Nunca había habido paz en mi casa en mis años de adolescencia, y yo anhelaba tranquilidad.

Frunció el ceño como si tuviera que pensarse mucho la respuesta a mi pregunta.

—En realidad no. Estoy lavando la ropa y haciendo los deberes al mismo tiempo.

—¿Te lavas tu propia ropa? —Abrí la lavadora y luego empecé a sacar las toallas de mi bolsa.

Se encogió de hombros.

—Solo en ciertas épocas del mes. Cuando estoy en casa de mi padre hay algunas cosas que...

—Entiendo. Los chicos lo tienen más fácil, ¿eh?

Cuando puso los ojos en blanco, quise reírme. Era una chica muy guapa, con la piel bronceada y el pelo largo y oscuro que le caía sobre los hombros.

—Y tanto... Es decir, ¿por qué ellos no tienen la regla? ¿Cómo decidió Dios que eso era justo?

Cerré la primera lavadora y abrí la segunda.

—Bueno, hay que asumir que Dios es hombre, ¿verdad? —Saqué las prendas de color y cargué la máquina—. Y supongo que sabía que los hombres eran tan inmaduros que no podrían enfrentarse a algo así.

—Bebés inmaduros, sin duda. Solo saben gritar cuando algo no sale como quieren, igual que los bebés.

Me reí.

—Tienes toda la razón.

—Y siempre piensan que lo que ellos dicen va a misa. Mi padre se puso furioso ayer porque el vestido que elegí para el baile de octavo no le gustó.

—Se inclinó hacia delante, haciendo círculos en el aire con las manos—. Le dije que estoy creciendo y que llevar un vestido sin tirantes no me convierte en una putilla.

—No, por supuesto. Pero supongo que los padres tienen una visión diferente. No puedo decir nada al respecto, porque mi padre no estuvo a mi lado cuando crecí. —Siempre había querido un padre sobreprotector. Alguien que les dijera a mis novios que me trataran bien y que mantuvieran las manos quietas. Mi padre no había sabido cuándo había sido mi baile de octavo, ya no digamos nada de tener un opinión sobre mi vestido.

—¿No? ¿Está muerto? —preguntó, al parecer sin darse cuenta de lo personal que era su pregunta.

Sonreí.

—No. Pero no estaba interesado en mí.

La chica hizo una pausa antes de seguir hablando.

—Bueno, mi padre está demasiado interesado. Y pensaba que mi madre era estricta...

—¿Qué ha dicho tu madre sobre el vestido?

Se encogió de hombros.

—Mi padre tiene la última palabra. Antes ella podía hablar con él y convencerlo, pero ahora... —Negó con la cabeza—. Sigo diciéndole que necesita echarse novia. A veces necesita un adulto que le diga que tengo razón.

—¿Quieres que tu padre tenga novia? —¿Me había perdido algo? ¿Acaso no querían los hijos de padres divorciados que sus progenitores volvieran a estar juntos en lugar de seguir adelante con su vida?

—Claro. Lleva solo mucho tiempo, y quiero que sea feliz. No recuerdo que haya tenido novia, y mi madre ya tiene a Jason; están juntos desde siempre. No quiero que mi padre esté solo.

¿Tal vez su padre todavía estaba enamorado de su madre?

—¿Tu padre se lleva bien con tu padrastro?

—Sí. Solían jugar al baloncesto todas las semanas.

Vale, quizás su padre no estuviera colgado de su madre.

—Vaya, eso suena a un divorcio amistoso —comenté.

Ella frunció el ceño.

—Mis padres no llegaron a casarse.

Eso me sonaba familiar. Pobre chica. El padre perdedor que no quería asumir la responsabilidad... Sabía cómo iba eso. Me quedé callada, sin querer hacerle sentir mal.

—Mi padre trabaja demasiado, y nos divertimos juntos, pero creo que necesita divertirse con una novia. Ya sabes... Además, me gustaría tener alguien con quien pasar el rato, ir de compras... Y sobre todo, me gustaría tener una hermanita. Siempre he sido la única niña entre un montón de adultos. Siempre soy la más pequeña, y eso es un asco.

Me reí.

—¿Estás intentando que tenga otro hijo? Tienes que tener mano izquierda con él. —Empecé a cargar una tercera lavadora con la ropa blanca—. Probablemente sería igual si estuviera casado. Suena como si se preocupara por ti. Y como es un hombre, tu padre sabe lo que pasa por la cabeza de los chicos. —Que pensaban mucho en el sexo. Lo cierto era que entendía las preocupaciones de su padre. Era inocente y muy guapa.

—¿Tienes novio? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No. Ahora estoy centrada en mi trabajo. —Lo que era cierto. No me interesaba la distracción que supondría un hombre en mi vida en ese momento. Con Max King había sido solo sexo, que era exactamente lo que yo quería. Necesitaba encontrar a alguien para follar que no fuera mi jefe y que no fuera gilipollas.

—Esa es siempre la respuesta de mi padre.

—No se me da bien elegir chicos. —No estaba segura de si no era buena para elegirlos o si no estaba buscando al más adecuado. Sabía lo que no quería. Sabía que era importante para mí que fuera alguien que pusiera a la familia en primer lugar, y la mayoría de los hombres que conocía eran impulsivos y ambiciosos. No quería un hombre que no entendiera las prioridades. No quería un hombre como mi padre.

—Me imagino que trabajaré mucho, ganaré mi propio dinero y me divertiré, y ya veremos si el Príncipe Azul aparece inesperadamente. —Parecía improbable, pero no había perdido del todo la esperanza—. La cuestión es que con los chicos puedes pensar que van a ser de una manera y resultan ser completamente diferentes. —Max King era el ejemplo perfecto.

Todavía no sabía realmente quién era. ¿Era imbécil? ¿Alguien que se preocupaba por un negocio de sándwiches cutre en el centro? ¿O solo un hombre que sabía cómo follar? Tal vez fuera todo lo anterior.

—¿En serio? —preguntó, con los ojos bien abiertos.

—Claro. Ten cuidado y evita a los tipos que no hacen más que decir lo geniales que son. Yo estoy buscando a un hombre que me demuestre lo maravilloso que es. —Al ignorarme, Max me había confirmado que era un imbécil—. Juzga a la gente por sus acciones, no por sus palabras.

—Todo el mundo me dice que le gusto a Callum Ryder, pero no me ha invitado al baile.

—¿Ya ocurre eso en octavo? ¿Vais en parejas?

Se puso el pelo detrás de la oreja.

—No *vamos* juntos. Supongo que solo significa que *bailaremos* juntos cuando estemos allí.

Eso tenía más sentido.

—Vale. ¿Y quieres que Callum Ryder te lo pida?

—Bueno, ya que le gusto, pensaba que lo haría.

—Pero la cuestión es: ¿te gusta a ti? No te conformes con un chico solo porque le gustes. —Eché detergente en las máquinas.

—Es popular y se le dan bien los deportes.

—¿Sientes mariposas en el estómago cuando lo ves? —pregunté. Era posible que no me gustara, pero Max era muy sexy. Y follaba genial. Y tenía que admitir que sentía alguna que otra mariposa diminuta cuando nuestros ojos se encontraban.

—No estoy segura. No creo —respondió.

—Si no te provoca mariposas, no vale la pena que te enfrentes a tu padre. Parece un hombre protector.

Terminé de meter la última moneda y puse en marcha las tres máquinas.

—No me malinterpretes, adoro a mi padre, pero no es bueno con las mujeres.

Me reí.

—Ninguno lo es. Es la primera lección que debes aprender ya.

—Y quiere que siga siendo una cría. No quiero ir al baile de octavo con un vestido de volantes que pondrían a una niña de tres años.

—¿Tienes una foto del palabra de honor?

Sacó el móvil, revisó las fotos y levantó el aparato. El vestido era un poco

revelador.

—Es bonito, pero creo que se puede mejorar dejando un poco más a la imaginación —comenté—. ¿Puedo? —Le tendí la mano para que me dejara el teléfono.

Me senté a su lado y empecé a navegar por Internet.

—¿Qué te parece uno de esos vestidos que tiene una falda larga sobre otra falda corta? Eso podría gustarle.

Me sonrió.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Harper. Buscadora de vestidos de baile para octavo.

—Yo, Amanda. Necesito un vestido de baile para octavo.

—Es el destino —aseguré, tocando la pantalla del teléfono.

—¿Crees que podría ser palabra de honor si es largo?

El padre de Amanda no parecía un hombre que quisiera que su hija enseñara piel.

—No creo que un escote palabra de honor sea el estilo más favorecedor para ti. Creo que puedes enseñar algo por aquí —dije, pasándome la mano por debajo del cuello—, sin cabrear a tu padre. Tenemos que buscar algo de tirantes. Se adaptan a todas las mujeres, jóvenes y no tan jóvenes.

Amanda me sonrió.

—Me parece que eso podría funcionar.

—Y que sea largo, pero con una abertura en la pierna. —Levanté la vista del teléfono para mirar a Amanda.

Pasamos la siguiente hora considerando diferentes estilos, deduciendo qué sería lo suficientemente recatado como para complacer a su padre pero lo suficientemente bonito para que le gustase a ella.

Por fin estuvo lista la ropa de Amanda.

—Será mejor que vaya a casa. Volverá a casa del trabajo y se preguntará dónde estoy. Le he dejado una nota, pero no la leerá. —Puso los ojos en blanco. Su teléfono empezó a vibrar, y la palabra «Papá» parpadeó en la pantalla—. Hablando del rey de Roma... Hola, papá. —Puso los ojos en blanco—. Sí, ya subo. Tiene la cena lista —me dijo—. Será mejor que me vaya.

Caray... Un hombre tan pendiente de su hija que no salía con nadie y encima cocinaba. Sonaba muy protector.

—Nunca digas que no a un hombre que sabe cocinar. Y recuerda: sé

amable con él. Esa es la manera de conseguir lo que quieres. Los hombres se dejan engañar fácilmente con unos pocos cumplidos. —Le guiñé un ojo.

—Muchas gracias. —Me rodeó el cuello con los brazos y me quedé paralizada; su gesto me había cogido por sorpresa.

—Voy a ir de compras de nuevo la semana que viene —dijo mientras le apretaba la espalda—. Ayer fue un fracaso total, pero al menos intentaré no cometer los mismos errores de nuevo ni entrar en la misma discusión.

—Muy bien pensado. Los hombres tienen que creer que han ganado, aunque no permitas que eso suceda; así te saldrás con la tuya.

Amanda se rio.

—Necesito que me des lecciones de esas.

—Estoy soltera —le recordé, poniéndome una mano sobre el pecho—. No tengo ni idea.

—Eso no es cierto. No voy a fijarme en las palabras que dicen los chicos a partir de ahora. Solo voy a ver lo que hacen.

—Llegarás lejos si lo recuerdas. Ha sido un placer conocerte, Amanda. Diviértete en el baile.

Cogió su montón de ropa limpia y doblada y me dejó con mis tres lavadoras y mi informe, pensando en mi padre. ¿El padre de Amanda estaba tan involucrado en su educación porque pertenecía a una generación más joven que el mío? Cuando yo era una adolescente, de vez en cuando mi padre intentaba involucrarse en mi vida. Incluso lo recordaba viniendo a ver un par de mis obras escolares. Pero sus intenciones no duraban mucho tiempo, y luego no lo veíamos durante meses. Desaparecía tan pronto como empezaba a esperar algo de él. Con el tiempo, me negué a tener cualquier expectativa.

O tal vez no. Todavía quería que me pidiera que fuera a trabajar para él, incluso sabiendo que acabaría decepcionándolo. Supongo que todavía quería que me demostrara con sus acciones que me quería. Sería como si hubiera aparecido en cada cumpleaños y en cada función escolar. Mi madre siempre me decía que me adoraba, pero nunca había visto ninguna prueba. Así que cuando me gradué y no me ofreció trabajo, dejé de responder sus intermitentes llamadas. Y ahora las únicas comunicaciones que tenía con él eran a través de su abogado.

—¿Eso es una polla? —le pregunté a Grace con toda franqueza después de

que me convenciera de asistir a la exposición en Nueva Jersey. El espacio no era una galería de Chelsea bonita y bien iluminada, sino un enorme almacén en medio de una zona industrial. Estaba casi segura de que si buscábamos lo suficiente, encontraríamos un cadáver.

—No, no es una polla. ¿Por qué mi novio iba a pintar una pilila gigante?

—Los hombres son raros. Y están obsesionados con su polla —respondí. Pensaba que eso era obvio. Siempre me sorprendía que los artistas masculinos no pintaran sus atributos. Estaba segura de que Van Gogh tenía muchos dibujos de pollas escondidos en el ático.

—Muchos de los grandes artistas pintaron mujeres hermosas —adujo Grace.

—Exactamente. Porque estaban obsesionados con su polla. Caso cerrado.

—¿Cómo van las cosas con el gilipollas de tu jefe? —preguntó Grace mientras íbamos hacia un zócalo con un estuche de plexiglás vacío. No le había dicho a Grace que había terminado desnuda en la cama de Max. ¿Cómo podía explicárselo si yo misma no lo entendía? Pensaría que me había vuelto loca.

—Sigue siendo un imbécil. —Lo cual era cierto, y ahora todavía más, ya que me ignoraba después de verme desnuda.

—¿Qué vas a hacer? —insistió.

Me encogí de hombros y tomé un sorbo de vino blanco caliente.

—¿Qué voy a hacer? Voy a dejar que me haga costra y luego me la arrancaré. —Y trataría de no volver a follar con él. (Tacha eso; definitivamente, no iba a volver a tirármelo). No le había mencionado a Grace que vivía en el mismo edificio que yo. No había ninguna razón para ocultar esa información, pero no me apetecía compartirlo.

—Genial. Así que voy a tener que escucharte quejarte sobre él durante los dos próximos años, ¿no?

—Has sacado tú el tema, y, de todos modos, yo soporto cosas como esta por ti. —Hice girar el dedo en el aire, y luego me acerqué a la caja que teníamos delante. Era como si alguien hubiera robado la obra de arte que deberíamos estar mirando—. ¿No se han olvidado de poner algo aquí? —pregunté.

—No, se supone que es una especie de comentario en un *reality show* y cómo el público verá cualquier cosa que las cadenas produzcan. —Grace frunció el ceño—. Creo que se trata de eso. O puede que hayan olvidado el

arte.

Nos reímos antes de que nos interrumpiera el nuevo novio de Grace, Damien, y su amigo.

—Harper, este es George —dijo Grace con los ojos brillantes.

George tenía una de esas caras que la gente describe como amistosa. Con su uno ochenta, con el pelo castaño bien cortado, una camisa azul y vaqueros, resultaba bastante atractivo. No había nada en él que me hiciera pensar en pulsar inmediatamente el botón rojo de emergencia y correr hacia la puerta, lo que había sucedido muy a menudo cuando Grace me había presentado a algún hombre.

—George, esta es Harper, mi mejor amiga. ¿Le haces compañía un rato? Damien quiere que vaya a ver sus grabados. —Grace tiró del brazo de Damien, dejándonos a George y a mí solos y avergonzados.

La palabra «amaño» resonó en el aire.

¿No se podían haber quedado a hablar con nosotros?

—Disculpa a Grace. Recibió un golpe en la cabeza... —dije.

—¿Cuando era un bebé? —preguntó George.

Negué con la cabeza.

—No, se lo propiné yo. Le doy uno cada vez que trata de acorralarme.

Se rio.

—Sí, no parece de este mundo. —Siguió medio segundo de incómodo silencio antes de que George tomara la palabra—. ¿Te gusta el arte?

—Sinceramente, no. No lo entiendo. —Hice una mueca mientras lo miraba a los ojos.

—Gracias a Dios que no soy el único... —respondió, sonriéndome—. No le digas a Damien que lo he dicho, pero ¿qué coño? ¿Has estado en el cuarto negro? —Señaló al otro lado del local, a una parte seccionada del almacén—. Está lleno de mujeres que se sujetan la cabeza y gritan.

—¿En serio? —pregunté, intrigada—. ¿Son mujeres cansadas de tener malas citas? Lo siento, salvando la compañía presente, por supuesto.

Se rio de nuevo.

—Tal vez. No he reconocido a ninguna, así que espero que no esté allí una de mis ex. —Me guiñó un ojo y, por primera vez en mi vida, en lugar de sentir la necesidad de meterle una cuchara en el ojo a un hombre, pensé que era un gesto simpático—. ¿Otra copa?

—El bar me gusta. —Fuimos hacia el punto donde se concentraba la

mayor cantidad de gente, la que parecía tener un gusto similar por el arte, la que olía a vino—. Bueno, háblame de ti. ¿Era tu madre una admiradora de Wham!?

—No, me llamo así por mi abuelo, no por George Michael. Aunque sí me gusta Wham!, en especial el período de la ropa brillante y estrafalaria.

No había muchos hombres que me hicieran reír. Tal vez esto no resultaría ser la peor trampa del mundo. Conseguimos pedir un vino y buscamos un lugar libre, lejos de la multitud y del arte.

—Soy arquitecto, he nacido en Ohio y no me gustan los gatos. ¿Y tú?

—Soy de Sacramento —respondí—. Tampoco me gustan los gatos y trabajo de becaria en una consultoría.

—Grace me ha dicho que eres recién llegada a la ciudad. ¿Te has mudado por motivos de trabajo?

—En parte. —Me había trasladado solamente para aprovechar la oportunidad de aprender en King & Associates. Aunque me habría mudado a cualquier sitio para trabajar con Max King—. También me apetecía vivir en Nueva York.

—Y ahora que lo estás haciendo, ¿es como pensaste que sería?

—No me llevo bien con mi jefe.

—Oh... —Asintió—. Pero ¿alguien lo hace? Es decir, ¿no es como una regla odiar a tu jefe? ¿No está ahí para interponerse entre tú y tu hábito de navegar por internet?

Incliné la cabeza a un lado.

—No estoy resentida porque me interrumpa cuando estoy haciendo compras *online*. Disfruto de lo que hago. Mi jefe es sencillamente un grosero... —Que está muy bueno—. Y un arrogante... —Que folla de vicio—. Y un desagradecido... —Que besa como si fuera su especialidad en la universidad. Max King era un hombre que tenía todo el derecho de estar orgulloso de su polla.

George tenía un hoyuelo que apareció en su mejilla izquierda cuando sonrió.

—Yo tengo mi propio estudio. Me pregunto si alguno de los tipos que trabajan para mí estará en una fiesta manteniendo exactamente la misma conversación sobre mí.

Hice una mueca de dolor.

—¡Dios, lo siento! Estoy segura de que eso no está pasando...

—No te preocupes. Como he dicho, creo que forma parte del trabajo. A algunas personas nunca les vas a caer bien.

—¿Y estás de acuerdo con eso? —pregunté, genuinamente interesada.

—No estoy seguro de haber pensado en ello. Esté o no de acuerdo, sucederá igualmente, ¿no? Tú tampoco le caes bien a todo el mundo, ¿verdad?

Me reí.

—Oye, solo me conoces desde hace unos minutos y ya crees que todo el mundo me odia.

—No es nada personal. Y cuando estás firmando el cheque del sueldo de alguien, las cosas se magnifican. Por lo general, si no te llevas bien con la gente, si no tienes química con alguien, puedes evitar a esa persona. Pero en el trabajo estás obligado a pasar tiempo con ellos, así que eres más consciente de que alguien no te cae bien.

En realidad, tenía sentido, aunque yo no había sabido lo imbécil que era Max King.

—Supongo.

—¿Qué tal si te hago olvidarte del trabajo una noche esta semana? Puedo llevarte a cenar y demostrarte que no todos los jefes son malos.

Mordí el borde del vaso de plástico.

—¿Esta semana? —pregunté.

—Sí, a menos que ya estés ocupada.

—No. No tengo nada previsto... —¿Quería ir a cenar con George? El recuerdo de las caderas de Max clavándose en la pared de su apartamento pasó por mi cabeza. Me toqué el cuello, como si aún pudiera sentir su aliento susurrando gemidos contra mi piel—. Lo de ir a cenar me parece muy bien.

Necesitaba nuevos recuerdos para reemplazar los de Max King.

El lunes estuvimos más ocupados de lo que esperaba en King & Associates. Me habían metido en un nuevo proyecto de investigación importante sobre artículos de lujo en China. Estaba tan emocionada que casi me había olvidado de que Max King era mi jefe. Por primera vez en mucho tiempo, salí del trabajo con una sonrisa en la cara, a pesar de que eran más de las ocho.

—Hola, Barry. —Saludé al portero cuando pasé por delante de su mesa y

apreté el botón del ascensor. Quería darme un baño caliente, meterme en la cama y quizá ver algún capítulo de *Juego de tronos*.

Cuando las puertas se abrieron, Max apareció ante a mí en ropa de deporte, alto, guapo y mirando el teléfono.

¡Maldita seas, licra!

Me quedé paralizada, sin saber qué hacer. ¿Salía o bajaba al sótano? En ese momento levantó la vista y, por primera vez desde que me había hecho correrme un millón de veces, me miró a los ojos.

—Harper —dijo, en tono de sorpresa.

¿Pensaba que no me volvería a ver? Trabajaba para él, vivía en el mismo edificio, por el amor de Dios. Tal vez no era tan inteligente como la gente creía.

—¿Subes? —pregunté.

—No, sí... —Parecía confuso—. Sube. Quería hablar contigo.

—Bueno, sabes dónde vivo y sabes dónde trabajo, así que no estoy seguro de que te hayas esforzado en encontrarme. —Me di un golpecito en la frente—. Solo tenías que poner a trabajar un poco la mente.

Me agarró el codo con una de sus manos enormes, e inmediatamente el calor atravesó mi cuerpo. Me metió en el ascensor tal como lo había hecho cuando me presenté en la puerta de su apartamento para quejarme del ruido y me envolvieron por completo su olor, la cercanía de su aliento, su lengua y su polla.

6

MAX

—Quítame las manos de encima —escupió ella, retorciendo el brazo y obligándome a soltarla.

—Pensaba que tendríamos la oportunidad de hablar en el trabajo...

—Es lo más gracioso de cuando cancelas las reuniones que tienes con la gente: implica que no la ves.

¿Había cancelado las reuniones con ella?

—La semana pasada fue complicada. Y Donna controla mi agenda. No lo he hecho a propósito...

—No malgastes el aliento.

El ascensor se detuvo al llegar al sótano y las puertas se abrieron. Yo iba al gimnasio.

—Vivimos en el mismo edificio. Podrías haber llamado a mi puerta. —Se cruzó de brazos.

Tuve que esforzarme mucho para no sonreír. Era muy guapa, a pesar de su mal humor. Tal vez incluso por ese mal humor.

—¿Vas a salir o no? —me presionó.

Negué con la cabeza, y ella apretó el botón del séptimo piso.

—No he podido llamar a tu puerta. Sé que vives en el séptimo piso porque te quejaste del ruido en el techo, pero hay cinco apartamentos en esa planta. Créeme. —Le levanté la barbilla con el dedo índice—. Los conté el jueves por la noche.

Me miró con expresión neutra.

—Estamos a lunes, Max.

Me resultó extraño escuchar mi nombre en sus labios otra vez. La última vez que lo había oído estaba a punto de llegar al clímax.

Alargué la mano y le acaricié el pelo.

—Lo siento. —Era verdad. Desde el día en que Amanda nació, me había jurado a mí mismo que no sería el tipo de hombre que se aprovechaba de las

mujeres. Si no quería que nadie se pasara con mi hija, no podía hacérselo yo a otras. Puede que solo tuviera relaciones casuales, pero nunca fingía que fuera algo más—. No te estaba ignorando. Francamente, no esperaba que te hubieras ido cuando me desperté; pensaba que hablaríamos antes del trabajo.

—Ya, bueno, es que quería llegar a tiempo. —Se encogió de hombros y yo di medio paso hacia ella cuando se abrieron las puertas. Me gustaba su descaro. Los empleados de King & Associates me mostraban seriedad y obediencia absolutas. Dejando aparte a Donna, todos se limitaban a asentir y a decir que sí. En casa, sin embargo, todo el mundo iba a por mi cabeza, y era un milagro si conseguía que alguien dijera que sí a algo. Harper continuaba desdibujando los límites entre el trabajo y mi vida personal.

—Me hiciste llegar tarde —dije. No quería que la conversación terminara.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Harper mientras la seguía al salir del ascensor—. Este no es tu piso.

—Quiero hablar contigo. —No estaba seguro de lo que estaba haciendo. ¿Qué podía decirle?—. Quiero disculparme —dije con decisión—. Por lo de la otra noche. No debí aprovecharme de la manera en que lo hice. —Todas las fantasías que habían llenado mi cerebro desde que Harper empezó en King & Associates habían regresado rápidamente cuando estuvo medio desnuda frente a mí.

Abrió la puerta principal, entró en su apartamento y se giró para mirarme.

—¿Aprovecharte? ¡Dios, eres un auténtico imbécil! —Intentó cerrar la puerta de un portazo, pero yo me interpose en su camino.

—¡Vete a la mierda! —gritó.

—Creo que eres preciosa —dije. Abrí la puerta y entré—. Preciosa, pero extremadamente irritante.

Me miró fijamente, con la boca abierta, como si le hubiera robado todas las palabras. Entonces se dio la vuelta, lanzó su bolso a un rincón y se fue hacia la cama. Eché un vistazo a mi alrededor. Su apartamento era diminuto y estaba lleno de cosas por todas partes, lo que incluía montones de libros apilados en el suelo y zapatos allá donde mirara. La cama estaba a un lado, donde el suelo se encontraba ligeramente elevado. Allí mismo se quitó los zapatos y empezó a desabrocharse la blusa. Me puse duro al instante. ¿Se estaba desvistiendo?

—Harper —dije mientras la seguía.

—¿Irritante? —preguntó.

No sabía cómo reaccionar. Quería sujetarla y que me escuchara. Besarla. Follármela.

—¿Soy irritante? —Negó con la cabeza con incredulidad y se volvió hacia mí—. ¿Soy extremadamente irritante?

¿Cómo podía hacerle entender lo que quería decir? Le agarré una mano y la arrastré hacia mí para besarla. Se liberó y me empujó, pero la rodeé con mis brazos para que no pudiera escapar. Por fin, dejó de intentar alejarse de mí, aceptó que estaba atrapada y se quedó quieta.

—Bésame, Harper —le dije—. Haz lo que te digo.

—Eres imbécil —dijo mientras me golpeaba en el hombro.

Llevé las manos a su cara y acerqué mis labios a los suyos. No se resistió. Le metí la lengua en la boca y busqué la suya, que encontré cálida y preparada. Gemí contra sus labios y deslicé la mano hasta su culo para pegarla a mí y que pudiera sentir mi erección mientras sus dedos se hundían en mi pelo. Los besos se volvieron frenéticos, salvajes y codiciosos.

Cuando dejó de besarme, se alejó.

—¿Max?

No estaba seguro de lo que venía después. ¿Por qué se había ido de mis brazos? ¿Iba a pedirme que me fuera?

—¿Qué? —respondí.

—Desnúdate y fóllame —dijo.

Sonreí cuando empezó a desabrocharse el resto de los botones de la blusa, rebuscando con los dedos cada uno de ellos.

—Ven aquí —dije, apartándole las manos del camino.

—Ten cuidado. Esta blusa es nueva y no puedo permitirme una nueva.

Le desabroché los botones antes de que terminara la frase y se la deslicé por los hombros. Su piel parecía tan suave que me incliné para besar la superficie bronceada que quedaba expuesta, desesperado por sentirla bajo mis labios. Ella echó la cabeza hacia atrás, haciéndome sonreír contra su piel.

—Así que imbécil, ¿eh? —Me quité la camiseta de correr y los pantalones deportivos cortos.

—¿Quieres que cambie de opinión? —Ella movió las caderas mientras hacía que los tirantes del sujetador cayeran por sus hombros.

—No vas a cambiar de opinión —aseguré al tiempo que me acercaba a

ella para bajarle la falda al tiempo que metía la mano en su ropa interior.

—No —dijo, jadeante—. No estropees la falda. Acabo de comprarla. — Hundí los dedos entre sus pliegues, y aunque ella no estaba luchando contra mí, noté que estaba preocupada por su ropa. ¿Por qué?

—Tumbate —ordené mientras la guiaba hasta la cama, donde rápidamente me deshice de su falda y sus bragas.

—Max...

Quería recrearme en la forma en que decía mi nombre.

—¿Sí? —Le besé el interior del muslo, todo a lo largo de la suave y tensa piel, hasta llegar a su coño. Le di una larga lamida a su raja, pero luego continué subiendo por su vientre y entre sus pechos. El ritmo era más lento que la semana pasada. Su ira había disminuido y solo parecía recordarla de vez en cuando, entonces me clavaba las uñas en los brazos o me susurraba «Eres imbécil», mientras yo seguía besando, lamiendo y chupando todo su cuerpo.

Subió la mano encima de la cabeza, hasta señalar la mesilla de noche.

—Preservativos —indicó. Puede que pensara que yo era gilipollas, pero le gustaba mi polla. Cogí un condón y me lo puse tan rápido como pude. Mientras estaba tumbada de espaldas, Harper se levantó de la cama e intentó sentarse a horcajadas sobre mí.

—De eso nada —dije, empujándola hacia atrás—. Te voy a follar yo a ti, no tú a mí. —Le separé las rodillas con las piernas y la penetré. Frunció el ceño como si se concentrara en no gemir por el placer que yo sabía que vibraba bajo la superficie de su piel. Me retiré y me hundí de nuevo, queriendo liberar ese gemido.

—Si vas a follarme tú, será mejor que lo hagas bien —advirtió.

Jodida y extremadamente irritante.

Ella sabía que iba a ser excepcional. Le cogí la pierna y se la levanté, hundiéndome más para demostrarle lo bueno que era.

Se mordió el labio, tragándose aún sus reacciones.

—¿En serio? ¿No vas a decirme lo maravilloso que es? —pregunté, jadeando, al tiempo que me clavaba dentro de ella y sentía su placer debajo de mí—. ¿No vas a decir que esto es lo mejor que has tenido? —Embestí contra ella, empujándola hacia el cabecero con los dientes apretados.

—Vete a la mierda —escupió.

—Sabes que sí. Adoras tener mi polla dentro de ti, adoras correrte

conmigo. No te sacias nunca.

Un profundo gemido retumbó desde lo más profundo de su pecho.

«Por fin».

—Así, ¿ves? Solo tienes que ceder y darte cuenta de lo bien que te hago sentir.

Se ciñó a mi alrededor, arqueando las caderas para adaptarse a mis envites. En mi garganta vibraba un largo gemido ante la sensación de mareo.

—Así, así... Joder. Bien.

Me pasó las uñas con tanta fuerza por la espalda que interrumpió mi ritmo. Cuando la miré, sonrió. Le bajé los brazos y puse mis manos contra las suyas, para inmovilizarla contra el colchón mientras empezaba a penetrarla de nuevo.

—Cuide sus modales, señorita Jayne. Si no tiene cuidado, no permitiré que se corra.

Arqueó una ceja.

—Como si pudieras impedírmelo.

No tenía ni idea.

Me quedé quieto.

—¿Quieres poner a prueba esa teoría? —Se retorció debajo de mí, desesperada por mi polla—. Ya me parecía que no.

—Eres un cerdo arrogante —dijo, y giró la cabeza a un lado.

—Creo que lo que querías decir es «Gracias por follarme». —Me moví encima de ella, retorciéndome en su interior. Puede que estuviera provocándola, pero en realidad quería gritar lo perfecta que era, lo bien que me hacía sentir. Tantos meses negándome lo que quería, y Harper Jayne era tan sexy, apasionada y codiciosa como había imaginado.

Sus jadeos eran cortos y ahogados, y sus gemidos más fuertes y menos controlados.

—Eres preciosa. Y sexy y... —Hice una pausa de un segundo. Tenía que tener cuidado para no ser el primero en correrme—. Y me vuelves loco en el trabajo. —Embestí de nuevo—. Porque quiero ponerte sobre mi escritorio y clavarte mi polla. De-es-ta-ma-ne-ra.

Ella gritó mientras se corría, vibrando a mi alrededor, haciendo que mi polla estallara al succionarla ella con su sexo, al poseerla. No pude resistirme a ella y me corrí rugiendo su nombre.

Me desplomé encima de ella y saboreé la sensación de mi piel caliente cubriendo la suya.

Giré y me puse boca arriba y estiré los brazos con intención de abrazarla.

—¿Quieres chocar los cinco? —me preguntó, y me reí.

—Deja de ser irritante durante cinco segundos y ven aquí —dije. Se acercó unos centímetros más y se acomodó contra mí—. Tan tremendamente irritante. —Le besé la coronilla.

Después de unos minutos, se apoyó en un codo.

—¿De verdad has pensado en follarme sobre tu escritorio?

Gemí.

—No puedes hacerme preguntas sobre lo que digo mientras estoy follándote.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Se trata de alguna regla que desconozco?

—Sí, es una regla. La primera regla de las guarradas que se dicen en la cama es que después de correrse uno no se habla lo que se ha dicho en el calor del momento.

Esperaba un insulto como respuesta, pero ella se quedó callada durante unos segundos antes de hablar.

—Oh. No lo sabía. —Me pareció una respuesta tan poco característica de ella que quise preguntarle qué estaba pensando, pero a pesar de que tres minutos antes estábamos follando, me pareció que sonaría demasiado entrometido.

La acerqué más a mí.

—¿Has mirado el informe de Bangladesh?

¿De verdad me acababa de preguntar eso?

—No.

—¿No? —preguntó—. Está en tu poder desde hace casi una semana. —Me pasó las yemas de los dedos por el pecho.

—No, no estamos hablando de eso ahora. Maldita sea, Harper, acabo de correrme hace cinco segundos. No quiero que me recuerdes que follar contigo es totalmente inapropiado.

—¿Inapropiado?! —gritó. ¿Ya habíamos vuelto a los gritos?—. Sal de mi cama, joder. —Trató de empujarme del colchón.

¡Dios!, no daba una a derechas con esa chica. Salvo, al parecer, para conseguir que se corriera.

Le sujeté las muñecas y empezó a darme patadas, así que la hice girar

hasta quedar de espaldas sobre la cama y le clavé los muslos en el colchón para que dejara de golpearme

—Joder, mujer, pasas de cero a cien en un milisegundo. —Cerró los ojos y giró la cabeza a un lado.

—Quítate de encima.

—No hasta que me digas qué te pasa y por qué estás tan enfadada.

—Es increíble...

Al menos se giró y me miró.

—¿Qué? —pregunté.

—Me acabas de decir que follar conmigo es inapropiado. Como si tu cuerpo hubiera actuado sin tu consentimiento. ¿Y esperas que no reaccione a eso? Eres un...

—... imbécil —dije, terminando la frase por ella—. Sí, te he oído las primeras quince mil veces que lo has dicho. —La solté y me dejé caer a su lado en la cama, enfadado, porque me estaba haciendo pasar un mal rato cada segundo de cada minuto de cada día. Era su jefe; por supuesto que era inapropiado que me acostara con ella. Cogí los pantalones cortos y mi camiseta y me vestí con rapidez.

—¿Y ahora te largas? —preguntó, apoyada en los codos, con aquellas tetas perfectamente redondas rogándome que volviera a la cama.

—¿Has olvidado que me has ordenado que salga de tu apartamento?

—Lo que tú digas... —Saltó de la cama y se metió en el baño, cerrando la puerta.

¡Joder! Era un dolor de cabeza. Hermosa. Con talento. Sexy. Y perfectamente exasperante.

¿Había sido imbécil? Era irritante, pero quizá no debía haberle dicho que follar con ella era inapropiado justo después de tener sexo. No estaba acostumbrado a que me importara lo que les decía con las mujeres con las que me acostaba.

Me senté en el borde de la cama, donde esperé veinte minutos a que regresara.

—Hola —me dijo cuando por fin salió envuelta en una toalla. Bajó la mirada al suelo.

—Hola —repuse—. No he querido molestarte. —Nunca quería molestar a las mujeres de mi vida, pero me ocurría a menudo.

—Quisieras o no, lo has hecho. —Negó con la cabeza—. No sé por qué.

Tal vez no te das cuenta de cómo te sale.

Me froté la cara con las manos.

—Es algo que no se me da bien. ¿No te he dicho ya que no estoy acostumbrado a tener que interactuar fuera del dormitorio con las mujeres con las que me acuesto?

—¿«Mujeres», en plural? —preguntó, arqueando la ceja.

—No quiero cabrearte, Harper. —Sí, sería incómodo en el trabajo, pero en realidad me gustaba esa chica—. Soy quien te paga el sueldo. Eso es lo que intentaba decir.

—Tienes que pensar en lo que dices antes de decirlo.

Asentí.

—Lo haré mejor en el futuro.

Se acercó a mí.

—Vale. El futuro empieza ahora, ¿verdad?

La senté en mi regazo, le puse la mano en el cuello y apreté los labios contra los suyos. Inmediatamente la deseé de nuevo. Además, no estábamos en la oficina, ¿no? Allí éramos vecinos, no compañeros de trabajo. Tiré de la toalla, y esta se desprendió de su cuerpo.

—Sí. El futuro empieza ahora mismo.

A la mañana siguiente entré en la oficina muy temprano. Quería terminar de revisar el informe de Harper sobre Bangladesh. No deseaba darle ninguna otra razón para que pensara que era un imbécil.

—Donna, he dicho que no me interrumpas —ladré al altavoz, y luego colgué.

La puerta se abrió de golpe y di un golpe en el escritorio con la mano mientras miraba hacia arriba.

—Max, vas a querer responder a esta llamada —dijo Donna. Lo dudaba seriamente. Salvo que le estuviera ocurriendo algo a Amanda—. Línea uno.

En lugar de dejarme a solas para ocuparme de la llamada, cerró la puerta y se apoyó en ella, con una gran sonrisa en la cara. Amanda debía de estar bien si Donna estaba sonriendo. De hecho, probablemente se trataría de Amanda diciéndome que la habían invitado al baile.

—Es Charles Jayne —me informó Donna mientras presionaba la línea uno y cogía el auricular.

¡Joder!

Charles Jayne era el fundador y socio principal de J. D. Stanley. Ese banco de inversiones no usaba firmas externas, pero yo quería que hicieran una excepción con King & Associates. Llevaba años acosándolos.

—Max King —respondí, tratando de mantener la voz neutra mientras golpeaba con el pie la pata del escritorio.

—Me han dicho que han estado molestando continuamente al director de investigaciones del banco —dijo un hombre con una voz profunda al otro lado del teléfono.

Mierda, ¿había llevado las cosas demasiado lejos? Un contacto me había dado el nombre de Harold Barker. Al parecer, le gustaba el tenis, así que le había sugerido que me hiciera compañía en mi palco en el Open de Estados Unidos a finales de verano. Lo había invitado al Met cuando me lo encontré en un cóctel, pero se negó educadamente. Esperaba dar en el blanco con el tenis.

—Es un placer hablar con usted, señor. No estoy seguro de describirme como una molestia. Solo se trata de que podríamos hacer mucho por J. D. Stanley, y me gustaría tener la oportunidad de demostrarle que es posible.

—Sí, bueno, eso lo ha dejado claro —respondió—. Por eso le llamo. Venga por aquí el día 24 y hablaremos un poco sobre lo que hace King & Associates.

¡Santo cielo...!

—Sí, señor. ¿Qué...?

—A las diez en punto. Y será mejor que esté a la altura de su fama.

Antes de que pudiera preguntarle de cuánto tiempo disponíamos, quién estaría presente o qué quería saber, la línea se cortó. Supuse que cuando uno era Charles Jayne, no se perdía ni un segundo.

Colgué y me quedé mirando el teléfono.

Donna atravesó la habitación.

—¿Y bien? ¿Qué quería?

—Darme la oportunidad de mi carrera. —¿Realmente acababa de suceder? ¿Era así de sencillo? Charles Jayne me llamaba y me invitaba a una reunión.

—¿Va a contratarte?

Me encogí de hombros.

—Quiere que tengamos una reunión el día 24.

—No puedo creerlo... —dijo Donna—. Parece que contratar a Harper fue

una decisión inteligente.

¿Qué? La miré fijamente, esperando que se explicara.

—Estoy segura de que tu red de contactos ha ayudado, pero contratar a Harper ha sido todo un espaldarazo.

—¿Y eso qué importa?

—Bueno, es su hija, ¿no?

¿Harper? Harper Jayne. Nunca había hecho la conexión.

—¿No lo sabías? —preguntó Donna—. ¿No la has contratado por esa razón?

—Dios, debes de pensar que soy un verdadero imbécil. No contrataría a alguien solo porque tiene una conexión con Charles Jayne. ¿Y desde cuándo me involucro en la contratación de los becarios?

¿Era eso lo que pensaba Harper? Pero ¿cómo iba a imaginar tal cosa? Ella no conocía mi obsesión con J. D. Stanley.

—¿Estás segura de que Charles Jayne es el padre de Harper? —pregunté—. Quiero decir, ¿lo ha reconocido? ¿Ha hablado de ello?

Donna parpadeó.

—No, solo lo imagino, por el apellido... Nunca lo ha mencionado.

—Podría ser una coincidencia —pensé en voz alta.

—¿Quieres que se lo pregunte?

¿Quería? Quería saber si había una conexión. ¿Habría organizado el encuentro?

Mi mente estaba hecha un lío. ¿Estaba Harper en mi empresa para espiarme antes de que Charles Jayne decidiera considerarme?

—No, le preguntaré yo. ¿Puedes llamarla?

Pasé las palmas de las manos por la parte delantera de los pantalones. No estaba seguro de si estaba nervioso por hablar con Charles Jayne o porque estaba a punto de hablar con Harper.

Unos minutos después, Harper entró en mi despacho con Donna detrás de ella.

—Donna, ¿puedes cerrar la puerta, por favor? —Me miró con ojos suplicantes, claramente desesperada por conocer la respuesta.

Harper miró cómo Donna cerraba la puerta y luego se volvió hacia mí, observándome con los ojos entrecerrados. ¡Joder!, mi polla empezó a despertar. Necesitaba concentrarme.

—Toma asiento, Harper. —Hice un gesto señalando una de las sillas que

había frente a mi escritorio. Ella se sentó en la que yo no le estaba indicando..., por supuesto.

—Tenemos que hablar —dije.

Hizo una mueca. Pensaba que me refería a nosotros, a «lo nuestro».

—Es por una llamada telefónica que acabo de recibir.

—Ah... —dijo, y sonrió.

Iba a tener que decidirme y preguntarle ya.

—¿Eres pariente de Charles Jayne?

Arqueó las cejas y entrelazó las manos.

—No estoy segura de qué tiene que ver mi apellido con nada.

Me senté en mi silla y exhalé aire. Ahí tenía mi respuesta. Era la hija de Charles Jayne. Donna tenía razón.

—¿Eres su hija? —pregunté.

Se puso de pie.

—No estoy aquí para hablar de mi padre.

—Acaba de llamarme —informé, ignorando su mirada—. Quiere que me reúna con él, y hace mucho tiempo que quiero que sea mi cliente.

—¿Por eso me has contratado? —Elevó la voz mientras hablaba.

Supe que estaba manejando mal la situación.

—¿Por eso has follado conmigo?

Hice un gesto de dolor. Dios, ¿cómo podía verse de esa manera? Rodeé el escritorio y me apoyé en el otro lado, sin querer acercarme demasiado, a pesar de que era lo que deseaba. Tenía que evitar acercarme y tocarla.

—No has respondido a mi pregunta —dijo.

—No lo sabía.

Puso los ojos en blanco.

—Lo digo en serio. Donna me lo acaba de decir. Y, de todos modos, yo no me dedico a reclutar... —¿Cómo podía decir que su puesto era demasiado bajo para que yo tuviera algo que ver?—. No me involucro en los asuntos de Recursos Humanos.

Se rodeó el cuerpo con los brazos.

—Sé sincero. ¿Cuánto tiempo llevas queriendo trabajar con J. D. Stanley?

—Harper, J. D. Stanley es uno de los bancos de inversión con más éxito de Wall Street, por supuesto que quiero trabajar con ellos. Y sabes mejor que nadie que protegen sus cuentas como si fueran lingotes de oro. Por eso lo hacen casi todo en casa. Cualquier persona en mi posición querría

trabajar con ellos. Me vendría muy bien su conocimiento interno.

Me miró fijamente como si fuera una persona tóxica.

Di unos golpecitos en el escritorio con los dedos. Esa podría ser una situación en la que todos ganáramos algo.

—Necesito tu ayuda —dije. Ahora que ella estaba conmigo, podía usarla en mi beneficio—. Quiero que trabajes el caso conmigo. Ayúdame a conseguir esa cuenta.

—Vaya. No pierdes el tiempo, ¿verdad? Anoche estuvimos follando y ahora crees que te ayudaré a obtener lo que quieres.

No era esa mi intención. Pensaba que le gustaría tener la oportunidad de trabajar en una cuenta tan importante.

—No, solo pensaba que querías...

—¿Que querría ayudar a un hombre que desea tanto conseguir un nuevo cliente como para acostarse conmigo?

Se dio la vuelta y salió de mi despacho antes de que pudiera responder. Una vez más me las había arreglado para decir lo que no debía. Se estaba convirtiendo en todo un hábito cuando se trataba de Harper.

7

HARPER

Llamé a Grace después de salir del despacho de Max, y quedamos en un bar de Murray Street, en Tribeca.

—¿Puede traernos otra ronda de cócteles y un aperitivo? —le pedí al camarero—. Algo con queso como componente principal. —El camarero asintió y yo me volví hacia Grace.

—Vale, ahora estoy totalmente confusa. ¿Te has estado tirando a Max King, la persona a la que más odias en el mundo?

—Estás enfocando el tema en la dirección equivocada.

—Pues rebobina y dime qué coño ha estado pasando.

Me miraba como si le hubiera dicho que había decidido mudarme a Alaska.

—Creo que en King & Associates me han contratado por quién es mi donante de esperma. —Debí haberme cambiado de apellido. Nunca habíamos tenido ningún tipo de contacto, así que no se me había ocurrido.

—¿El donante de esperma es tu padre? —preguntó Grace, y yo asentí—. ¿Cómo lo sabes?

—Y él se acostó conmigo, como una especie de gigoló. —Me estremecí—. Lo bueno es que Max no sabe que mi padre y yo solo nos comunicamos a través de sus abogados.

¿Cómo podía haber sido tan frío? Debí haber confiado en lo que me decía mi instinto sobre él.

—Llegaremos a lo del sexo más tarde. No has respondido a mi pregunta. —Grace me dio un golpecito en el brazo, intentando que me concentrara—. ¿Quién te ha dicho que te han contratado por quién es tu padre?

—Él mismo, en su despacho. —Di un sorbo a mi mojito.

Grace inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Te dijo: «Te he contratado por quién es tu padre»?

—Por supuesto que no. Afirmó que no lo sabía. Pero fue evidente que

estaba mintiendo. —Él mismo había dicho que quería trabajar para J. D. Stanley desde hacía tiempo.

—Vale. —Grace se quedó callada y arqueó las cejas—. ¿Y Max y tú os habéis acostado? ¿Cómo ocurrió? —Movié las cejas inquisitivamente—. ¿Una noche de sexo salvaje en la oficina?

—Vive en el mismo edificio que yo. Es el vecino del ático.

Grace abrió mucho los ojos.

—¿La pareja que follaba como conejos? ¿Te has tirado a ese tipo? Dios, me das envidia... —Sacó la sombrilla de cóctel de su martini y mordisqueó la aceituna que tenía clavada.

Me esforcé por no sonreír. De hecho, debía tener envidia. Max sabía lo que se hacía con la polla, eso estaba claro. Probablemente debería haberse tirado a Grace. Después de todo, las conexiones de su familia eran mucho más impresionantes que las mías.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó—. ¿Tiene madera de novio?

—No tengo ni idea. Y por supuesto que no. —Apoyé los codos en la barra y me pasé las manos por el pelo—. ¿En qué estaba pensando al tirarme a mi jefe? Ahora tengo que dejar el trabajo.

—Te dije que no sabía quién era tu padre. ¿No habría dicho algo al respecto si lo hubiera sabido? ¿Es del tipo de hombres que mienten? ¿Es un trolero?

—¿Un trolero? —La miré por el rabillo del ojo.

—Trolero, mentiroso... Está en el «Diccionario de Grace». Búscalos.

No creía que Max fuera un mentiroso; era demasiado directo. Pero también era perfectamente posible que me hubiera dejado engañar por su duro cuerpo y sus hermosos ojos verdes. ¿Me habían seducido su increíble cerebro y su pasión por lo que hacía? ¿Importaba eso?

—Ahora lo sabe. Mi padre lo ha invitado a una reunión.

—¿Y te ha dicho que tu padre se lo dijo?

Agité las manos.

—No, al parecer sumó dos y dos, y luego me pidió ayuda para conseguir que mi padre sea su cliente.

—¿Y no quieres trabajar para tu padre?

—No por mi apellido.

Grace asintió con energía; era evidente que el alcohol relajaba algunas partes de su cuerpo.

—Lo entiendo, pero trabajas allí. Max te asegura que no lo sabía. ¿Vas renunciar a eso solo para fastidiarle?

—Definitivamente no me voy a flagelar, pero creo que tengo que dejarlo. Es todo demasiado humillante. Ahora todo el mundo va a saber quién es mi padre, y pensarán que por eso conseguí el trabajo, y no puedo trabajar con el hombre que folló conmigo para conseguir algo.

—Estás pensando como mujer. Necesitas pensar como si tuvieras polla. —Dio una palmada en la barra y el camarero se sobresaltó antes de dejar un plato con queso ante nosotras—. Da igual cómo has conseguido ese trabajo: debes demostrar que lo mereces porque eres buena en lo que haces, no por tu apellido ni porque te estés tirando al jefe. —Tomó un sorbo de su cóctel—. Los hombres se han adelantado aprovechándose de las circunstancias durante años. Ahora te toca a ti, aprovecha las oportunidades cuando te surjan. Así que no solo no puedes renunciar, sino que tienes que ir allí y decirle a Max que deberías trabajar en la cuenta de tu padre por tu apellido.

No tenía sentido.

—¿Cómo podría ayudar eso? Solo empeorará las cosas.

Grace soltó su cóctel en la barra, y la bebida se derramó por los lados.

—«Eso», como tú dices —levantó las manos en el aire y las movió—, es un triunfo, triunfo, triunfo.

Negué con la cabeza y comprobé la hora en el móvil. Debía irme a casa, tuviera pensado o no ir al trabajo al día siguiente.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Grace.

No, porque no tenía sentido, pero solté mi teléfono y le dediqué toda mi atención.

—En King & Associates hacen el tipo de trabajo que a ti te gusta, ¿verdad?

—Correcto. —Asentí.

—Y son buenos en ello, ¿verdad?

¿Por qué estábamos recapitulando sobre ese tema?

—Correcto de nuevo. Otro punto más y ganarás un juego de cuchillos de carne.

—Entonces, ¿por qué renunciar a trabajar en una compañía como esa? —Me interrumpió antes de que pudiera hablar—. Solo tienes que cambiar el chip. —Cogió mi taburete y lo acercó a ella—. Necesitas cambiar el enfoque. King & Associates es el mejor lugar para sumergirte en el

capitalismo, para alimentar la avaricia corporativa y todas esas frikadas tuyas. ¿No es cierto?

Puse los ojos en blanco y tomé otro sorbo de mi bebida.

—Así que quédate allí. Exige trabajar en ese proyecto. Porque tu padre es el mejor en lo que hace, así que la persona que consiga esa cuenta va a recibir grandes elogios, ¿verdad?

—Correcto. Has conseguido los cuchillos de carne, ¡enhorabuena!

—Así que sé inteligente y quédate allí. Y, de paso, demuéstrole a tu padre por qué debería haberte ofrecido un puesto en su empresa antes que a sus hijos varones.

Dejé la copa vacía mientras asimilaba lo que ella decía. ¿Tenía razón?

—¿Estás diciendo que siga trabajando en King & Associates? —¿Podría soportar seguir trabajando con Max?

—Sí, porque da igual cómo hayas conseguido el trabajo, estás dentro. Así que aprovecha al máximo esa oportunidad.

—¿Y pido trabajar en la cuenta de mi padre?

—Te convertirás en una estrella si la consigues, ¿verdad? Y al mismo tiempo le das en las narices a tu padre. Como he dicho, sales ganando en todo. —Grace le indicó al camarero que queríamos la cuenta.

—A menos que no consigamos nada. —Eso sería aún más humillante.

—¿Cuándo has perdido en algo que querías? —preguntó ella mientras se bajaba del taburete y le tendía la tarjeta negra de American Express al camarero.

—No tienes que pagar tú —protesté.

—No lo he hecho. Ha sido cortesía de mi padre.

—¡Gracias, señores Park Avenue! —grité—. Puede que tengas algo de razón. Esta podría ser la oportunidad de demostrarle a mi padre que puedo hacer algo más que quedarme en casa y preparar cenas durante el resto de mi vida. Le demostraré que valgo para más, y que debería rogarme que trabaje para él y su estúpido banco inversor. —Salté de la silla—. Sí. Eso es exactamente lo que voy a hacer.

Encerré la cara de Grace entre las manos y le rocé los labios.

—Eres un genio.

De forma inexplicable, entre que salí del bar y volví a casa, desapareció toda mi paciencia, y los cócteles que había consumido a lo largo de la noche

me hicieron llegar a la conclusión de que era una gran idea decirle inmediatamente a Max que trabajaría con él en la cuenta de J. D. Stanley.

—Lo haré —espeté cuando Max abrió la puerta de su casa.

—Hola, Harper. —Se frotó los ojos y bostezó—. Quería hablar contigo antes, pero te fuiste corriendo.

¿Qué estaba haciendo allí? ¿Ante la puerta de mi jefe en medio de la noche, un poco borracha? ¿Acaso quería que me despidieran? Retrocedí hasta que me tropecé con la pared, pero dejé los ojos clavados en el duro torso desnudo de Max y seguí el rastro de vello que bajaba desde su ombligo para desaparecer bajo la parte inferior del pijama.

—Creo que será mejor que entres —me invitó, con su voz grave y profunda.

Negué con la cabeza de forma exagerada y me puse las manos a la espalda. Se acercó a mí y me cogió del codo.

—Te he dicho que entres.

Perdí el equilibrio y caí hacia él. Al alargar la mano en busca de equilibrio, apreté las palmas de las manos sobre la piel cálida y tensa del pecho de Max. Me alejé, pero él me acercó hacia él, giró conmigo en sus brazos y me metió en su apartamento.

—Estás borracha —afirmó mientras me apretaba contra la pared de la entrada y cerraba la puerta de una patada. Su cara estaba a solo un par de centímetros de la mía. Lo quería más cerca.

—Un poco —confesé.

—¿Por qué te fuiste? Te advierto de que no vas a presentar la dimisión, así que bórralo de tu cabeza —dijo mientras paseaba la nariz por mi barbilla.

—Dime cuándo lo supiste —pedí al tiempo que le ponía las manos sobre sus hombros desnudos.

—¿Cuándo supe qué? —preguntó mientras empezaba a besarme el cuello.

—Quién es mi padre.

Se retiró un poco hacia atrás y se apoyó contra la pared, con las manos a ambos lados de mi cabeza.

—Te juro que me he enterado hoy. Creo que Donna supuso desde el principio que había cierta conexión, pero no me lo mencionó hasta que recibí la llamada de tu padre. —Se quedó callado mientras me examinaba la cara con los ojos, como si tratara de averiguar si le creía—. ¿Por qué no me

dijiste nada?

Me deslicé por debajo sus brazos y me acerqué a la entrada.

—No me hablo con mi padre. No tengo nada que ver con él. —Me puse a jugar con mi pulsera.

—Vale. Bueno, si no quieres, no tienes que trabajar en este proyecto. Es que pensé..., ya sabes, J. D. Stanley es el único banco inversor de Wall Street con el que nunca he hecho negocios.

—Entonces... —respondí, y levanté la vista.

—No puedo rechazar la oportunidad —dijo él.

—No quiero que la rechaces.

Arqueó las cejas.

—Quiero que obtengas esa maldita cuenta, y voy a ayudarte a hacerlo.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Clavé los ojos en el suelo.

—No importa. Ya tienes lo que quieres.

Dio un paso adelante.

—Dímelo, Harper. —Sabía que no debía decir nada más, pero había algo en su tono que hacía imposible que me callara.

Resoplé.

—Tiene muchos hijos, ¿verdad?

Me miró con intensidad.

—Yo soy la única chica... y la única a la que no le ofreció un trabajo al salir de la universidad.

—¿Porque eres una chica? ¿O porque no os habláis?

Dejé que sus preguntas se colaran en mi cerebro. ¿Tenía buenas relaciones con sus otros hijos?

Max me tendió la mano.

—Ven...

Con demasiada complacencia, posé la palma de mi mano en la suya, y sus dedos me sujetaron con fuerza mientras me llevaba por el pasillo hacia el interior de su apartamento. ¿Qué estaba haciendo? No me gustaba ese hombre. Debía bajar a mi casa—. Lo siento. Es tarde. No debería estar aquí.

—Shhh... Vamos a hidratarte.

Me guio hasta un taburete frente a una isla de cocina en una habitación enorme que no había visto antes. La otra noche solo había vislumbrado el contorno oscuro de su dormitorio y la entrada. No había apreciado el

tamaño del lugar ni lo glamuroso que era. Max tenía un gusto increíble, o quizá había contratado a un gran diseñador de interiores.

—Bebe —indicó, poniendo un vaso de agua en la encimera de mármol blanco ante mí.

Tomé un sorbo y de repente me sentí mucho más sobria de lo que estaba cuando llamé a su puerta.

—Más —gruñó. ¡Dios, era muy mandón! Pero obedecí y tragué un par de sorbos de agua más.

Rodeó la encimera y se puso a mi lado, apoyándose en el mármol.

—Háblame de tu padre. ¿Por qué crees que no te ha contratado nunca?

—Porque tengo tetas.

Arqueó las cejas.

—¿En serio?

—Me ofreció una gran cantidad de dinero. —Dejé el vaso—. No es que niegue mi existencia, ya que me invita periódicamente a cenar.

—¿Así que hablas con él de vez en cuando?

Tenía que irme ya.

—No le he vuelto a dirigir la palabra desde que mi hermanastro pequeño empezó a trabajar en J. D. Stanley el día que cumplió veintidós años. Tres semanas después de que yo me graduara en la escuela de negocios. Aunque antes tampoco le hablaba mucho.

Max frunció los labios.

—En su momento pensé que tal vez estaba esperando a que terminara la escuela de posgrado. Por supuesto que habría rechazado el puesto, pero...

Noté los dedos de Max acariciándome el brazo, y mis pensamientos se dispersaron.

—Nos ha dado dinero a mi madre y a mí, pero lo que yo quería era una familia.

Max retiró la mano.

—Lo siento, debería dejar de hablar.

—Me gusta escuchar, y tú tienes mucho que decir. —Su voz era tranquila, e incluso parecía sincero, como si no estuviera hablando con una mujer borracha que pensaba que era imbécil.

Arqueé las cejas.

—He estado bebiendo. Tengo más que decir en la oficina, pero no estás tan interesado allí en mis palabras.

Me rozó la cara.

—Qué equivocada estás...

Sus besos fueron suaves al principio, y yo cerré los ojos para saborear cada uno de ellos.

—No podemos hacer esto —protesté en su boca, pero mis manos se deslizaron por su espalda desnuda, y sus cálidos músculos se tensaron bajo mi toque—. No podemos...

—Lo sé —dijo—. Si vamos a ir a por la cuenta de J. D. Stanley, no puedo estar follando con la hija del jefe. —Pero me subió la falda como si su cuerpo no siguiera las órdenes de su cerebro—. Aunque con este culo, estas piernas... Me tienes bajo algún tipo de hechizo. —Pasó las manos por mis caderas hasta llegar a mi culo, donde las deslizó dentro de mis bragas. Luego me bajó del taburete y me pegó a su cuerpo.

—Vamos a trabajar juntos. —Envolví su cuello con mis manos—. No necesito tener la cabeza llena... —«... de pensamientos sobre ti». No podía decirle eso. No quería que pensara que no podría concentrarme si estábamos juntos en la oficina, pero, francamente, iba a ser un gran problema—. Deberíamos concentrarnos en el proyecto.

Asintió antes de capturar mi labio inferior entre sus dientes. Sin pensarlo, retorció las caderas contra su creciente erección.

—Si mi padre sospechara... Tengo que demostrarle que soy excelente en mi trabajo, no que llegué a trabajar en King & Associates porque me estoy acostando con el jefe.

—Sí, concentrarnos... —dijo—. No acostarse con el jefe...

—Lo digo en serio. —Le di un empujón—. Deja de pensar con la polla.

—Yo también hablo en serio, pero me estás animando. —Sonrió. Fue una sorpresa, porque que sonriera ocurría muy de vez en cuando, y por un momento se me detuvo el corazón.

—No me sonrías, imbécil. —Intenté zafarme de sus brazos, pero él solo me apretó con más fuerza.

—Solo esta noche. Esto es Las Vegas. Empezaremos con una pizarra en blanco mañana por la mañana. No volveremos a follar después de esta noche.

—¿Las Vegas? ¿Solo por esta noche? —Lo miré fijamente a los ojos, tratando de adivinar si decía la verdad. Me pregunté si quería que lo hiciera... Sí. Esa noche sería la última que pasaría con Max King.

Trabajaría en esa cuenta y le demostraría a mi padre lo que se había perdido por no arriesgarse conmigo. Incluso se lo demostraría al rey de Wall Street.

Puso una mano en mi coño y luego hundió los dedos en mis pliegues.

—Solo esta noche —susurró.

Se me aflojaron las rodillas y perdí el equilibrio.

—¿Ves lo que te provocó un solo roce? ¿El poder que tengo sobre tu cuerpo? —Retiró los dedos y la decepción me hizo contener el aliento. No tuve que responder—. Has venido aquí para que te folle, y no voy a decepcionarte. —Se inclinó y me cargó sobre su hombro.

—¡Yo he venido a decirte que trabajaré en el proyecto! —le grité a su espalda mientras daba patadas con las piernas.

—Has venido a que te folle.

Bueno, tal vez en eso tenía razón. Aunque sobria nunca me hubiera arriesgado a tropezarme con una de sus otras amantes.

—Las Vegas —murmuró otra vez—. Solo una noche más.

Me lanzó sobre su cama, y mi trasero rebotó en el colchón antes de que me agarrara una pierna y tirara de mí hacia él.

—Si solo voy tenerte una noche más, necesito tener un recuerdo de esa bonita boca alrededor de mi polla.

Me senté, con los pies colgando por el borde de la cama; él se colocó entre mis piernas y me agarró la cabeza con la mano.

—No me puedes exigir que te haga una mamada.

Levantó una ceja como si no estuviera de acuerdo.

Negué con la cabeza y le bajé el pantalón del pijama por los lados hasta que llegué a los tobillos. Su polla saltó, dura y gruesa.

—Parece que funciona...

Tenía tantas ganas de metérmela en la boca que pude sentir cómo me empapaba entre los muslos al pensar en tenerla entre mis labios. Pero si lo hacía inmediatamente, se lo habría puesto demasiado fácil, y no podía permitirlo.

Me eché hacia atrás en el colchón, separando las piernas para que la falda se me subiera hasta las caderas, y luego me separé la ropa interior. No quería que tuviera dudas de lo que estaba haciendo, así que doblé una pierna sobre la cama para que me viera bien y llevé mis manos más arriba, buscando mi abertura.

—¿En serio? —preguntó mientras se acariciaba la polla, subiendo la

mano hacia la punta.

—Pídemelo por favor.

Se rio, negó con la cabeza y dejó de sostener su erección. Su talante cambió y se echó hacia delante para quitarme la ropa. Primero fue la falda, luego las bragas. Luego jugueteó con los botones de la blusa. Me miró, y al final llegó el momento de mirarlo yo con una ceja arqueada.

—¿Te resulta difícil? —pregunté.

Sin apartar los ojos, me arrancó la blusa. ¡Joder!, era de seda y solo me la había puesto tres veces.

—¡Idiota!

—Lo que tú digas —respondió, llevando las manos a mi espalda para desabrocharme el sujetador—. Si solo tengo esta noche, necesito ver esto —dijo, mirándome las tetas mientras me acariciaba y me pellizcaba los pezones. Arqueeé la espalda hacia su contacto. Max era enérgico y decidido en el sexo como en todo lo demás. Tener esa capacidad concentrada en mi cuerpo era casi demasiado para poder soportarlo.

Sus manos abandonaron mis pechos y fueron hacia abajo, a través de mi estómago, hasta que encontraron mi clítoris. Gemí cuando se puso a girar el pulgar al tiempo que apretaba, arrancándome el placer segundo a segundo. Hundió los dedos entre mis pliegues, y yo subí las manos por encima de mi cabeza, necesitando que me enviara más allá del borde.

—Max —susurré, separando más las piernas para invitarlo a profundizar.

—Estás desesperada por mí. Tengo la mano empapada con tus jugos.

Gemí al oírle hablar así. Pero tenía razón. Estaba desesperada por él.

—Mírame —gruñó.

Abrí los ojos. Tenía la misma mirada que cuando se concentraba en el trabajo, como si nada fuera a impedirle conseguir lo que quería.

Se contuvo y retiró la mano antes de ponerse de pie.

—Quiero que me chupes la polla. Por favor. —Su voz rezumaba lujuria.

¿Me había estado excitando para que le chupara la polla? Había jugado sucio.

—Ahora... —añadió.

Hice una pausa mientras pensaba en mi próximo movimiento. ¿Iba a ceder ante él? La cosa era que no era ceder si se trataba de lo que yo quería. Y sí quería tenerlo en mi boca, para hacerle sentir siquiera la mitad de lo que él me hacía sentir a mí.

Me moví para sentarme en el borde de la cama. Separé los muslos y le di una palmadita al colchón justo delante de mi coño al tiempo que inclinaba la cabeza a un lado.

—¿Confías en que no te la voy a morder?

Se rio.

—No. Pero eso solo lo hace más divertido.

Le puse las uñas en la parte exterior del muslo, y él dejó caer la cabeza hacia atrás con un jadeo ahogado.

Su polla era gruesa y se mantenía firme contra su estómago. Subí la mirada desde su erección a sus ojos, preguntándome cómo iba a enfrentarme a eso. Me pasó el pulgar por el pómulo, y esboqué una pequeña sonrisa mientras me inclinaba hacia delante para pegar la lengua a la base de su polla. Luego la subí por el eje.

—¡Dios! —gritó.

Giré la lengua alrededor del glande y capturé solo la punta con la boca. No iba a ser capaz de metérmela profundamente; era demasiado grande. Moví la mano alrededor de la base, y la agarré con fuerza. No pude evitar que recordarlo dentro de mí me hiciera soltar un gemido mientras me llenaba. Mis pezones se erizaron, y él debía de estar observándolo, porque los pellizcó entre los pulgares y los índices, apretándolos y tirando de ellos, lo que activó unos intensos circuitos de placer que iban de mis pechos hasta mi ombligo y luego bajaba hasta mi clítoris.

La introduje entre mis labios más profundamente, abriendo la boca todo lo que pude.

—Sí, así. Es justo como lo imaginaba...

Volví a girar la lengua, y esta vez lo introduje más. Gimió, antes de ponerse a susurrar obscenidades sobre mi boca y mi lengua. Hundió los dedos en mi pelo. Sin empujarme ni dirigirme, era como si solo quisiera tocarme para estar más conectado a mí. Me eché hacia atrás, rozando su erección solo levemente con los dientes.

—Eres muy mala —gruñó, y le acaricié la polla con ambas manos mientras le chupaba la punta del glande—. Pero no es suficiente. —Me levantó la barbilla y aparté las manos. Estaba más que segura de que le estaba haciendo una gran mamada. ¿Qué coño le pasaba?—. Separa las piernas —ordenó. Estiró el brazo hacia la mesilla de noche, cogió un condón y se lo puso en unos segundos—. Más —ladró al tiempo que me

separaba los muslos—. Te la voy a meter tan profundamente que te vas a olvidar de qué día de la semana es.

Antes de que tuviera la oportunidad de discutírselo, me penetró. La pura fuerza de su cuerpo, de su polla, me dejó sin aliento, a pesar de estar preparada para él y empapada por el deseo. Lo miré a los ojos, queriendo que entendiera que era casi demasiado.

—Estás bien, Harper. Estoy contigo.

En el momento justo, supo ser dulce.

—Relájate y siénteme. —Como si hubiera podido hacer otra cosa... Era como si hubiera perdido la pelea. Mi cuerpo colapsó, y respiré hondo. Me rodeó la cintura con las manos y tiró de mí hacia él mientras impulsaba sus caderas hacia delante. Si esto era Las Vegas, estaba segura de que no iba a querer irme nunca.

Puse las manos en sus brazos, y le apreté los bíceps con suavidad. Lo quería sobre mí, tocándome, presionando su cuerpo contra el mío. No tuve que decir una palabra. Retirándose de mí un segundo, me cogió desde abajo, me llevó al centro de la cama y luego puso su cuerpo sobre mí y volvió a entrar profundamente.

Por lo general, me gustaba estar arriba, controlar el ritmo para asegurarme de que todo iba bien, pero Max no dejaba tiempo para eso. Y, de alguna manera, no lo necesitaba. Era perfecto. No tenía espacio para pensar; todo era sentimiento, todo eran sensaciones.

—¡Oh, Dios, Max! —grité.

—Otra vez. —Me penetró más profundamente todavía—. Grita mi nombre otra vez.

Era como si tuviera el dedo puesto en un botón en lo hondo de mi ser y lo mantuviera presionado hasta llegar al tope de su capacidad y me hiciera explotar.

—Max, Max. ¡Oh, Dios, Max!

La cama se inclinó y la habitación se iluminó en tonos rosados y azules mientras se hundía en mí tres veces más, con mi nombre resonando en la habitación.

Las Vegas era ahora mi lugar favorito de América.

8

MAX

Presioné los pulgares con fuerza contra la madera, asegurándome que la cinta de la parte trasera del cartel se pegara bien a la puerta de la sala de reuniones.

—¿Sala de guerra? —preguntó Donna, que estaba de pie con los brazos cruzados delante de Harper. Las dos estaban mirando el cartel. Tuve que reprimir la sonrisa que amenazaba con curvar las comisuras de mi boca cuando me fijé en los labios enrojecidos de Harper y en el rubor de sus mejillas. ¡Dios, era toda una distracción! Tal vez invitarla a trabajar en este proyecto no había sido tan buena idea. Iba a tener que controlarme, porque ella sería un recurso muy útil.

Me volví hacia la puerta.

—Sí, esto es la guerra. Y tenemos que prepararnos.

—Vale. —Donna me tendió un café y me dejó a solas con Harper.

—Lo primero que tenemos que hacer es reunir información —informé. Harper asintió. La noche pasada habíamos estado juntos en Las Vegas que era mi casa. Lo correcto entre nosotros era olvidarnos de cualquier cosa personal, pero me costaba cada gota de autocontrol que tenía no acercarme a ella y tocarla—. ¡Jim, Marvin! —grité. Necesitaba distraerme, dar con el interruptor de apagado de mi cuerpo para que desapareciera el deseo de besarla, de tocarla, de poseerla.

Jim y Marvin abandonaron sus escritorios y se acercaron a nosotros.

—Donna...

—Estoy aquí —dijo Donna desde atrás, casi haciéndome saltar.

—Deja de darme sustos.

Puso los ojos en blanco y llevó la bandeja de agua y fruta que había a mi lado a la sala de reuniones. O, más bien, a la sala de guerra.

El equipo se sentó, y yo relajé los hombros, reclinándome en el respaldo de la silla.

—Tenemos menos de tres semanas. Ya sabéis lo mucho que significaría trabajar con J. D. Stanley para King & Associates, y para mí personalmente. Ahora que por fin se ha presentado nuestra oportunidad, vamos a darlo todo. —No quería crear expectativas. Sabía que nuestras posibilidades de conseguir esa cuenta eran escasas o nulas. Podríamos haber sido convocados solo porque yo había estado presionando. Así que bien podrían decirnos que nos retiráramos. Y J. D. Stanley podría estar usándolo como una oportunidad para obtener información adicional, clave en la geopolítica, sin revelar nada y sin contratarnos. Y por supuesto, existía la posibilidad de que el padre de Harper quisiera una oportunidad para llamar la atención de su hija. ¿Quién podía saberlo?

Todo lo que me importaba era que teníamos una oportunidad, e iba a aprovecharla al máximo. Fueran cuales fueran las intenciones de Jayne, iba a hacer difícil, si no imposible, que me dijera que no.

—Necesitamos dividir el tiempo con cuidado. Primero vamos a averiguar lo que sabemos sobre J. D. Stanley, Jayne y los demás gerifaltes del banco. Quiero saberlo todo sobre ellos, desde lo que les dieron de comer a sus perros para desayunar hasta los segundos nombres de sus amantes. —Le eché un vistazo a Harper. Eso había sido insensible. ¡Joder! Pero era la guerra, y ya no estábamos en Las Vegas. No estaba acostumbrado a tener que cuidar lo que decía en el trabajo, porque mi enfoque era único, y tenía que mantenerlo y fingir que Harper era una empleada más.

Su expresión era neutra, lo que suponía un alivio.

—Luego examinaremos su historia comercial. Quiero entender a qué reaccionan, por qué invierten donde lo hacen, por qué prefieren ciertos productos sobre otros. Buscad patrones.

Marvin levantó una mano.

—He comenzado a estudiar algunos episodios de su historial de inversiones y preferencias de productos. Lo he hecho en mi tiempo libre. Sabía que este momento llegaría en algún momento. —La capacidad de Marvin para la investigación era la mejor que había visto, y no me sorprendió que hubiera tenido esa previsión. Era muy trabajador.

—Vale. Jim y Harper, trabajaréis juntos en las cosas más personales. Usad la agencia si es necesario. —Había conseguido que Harper estuviera de acuerdo en contar al equipo su conexión personal, pero quería asegurarme previamente de que entendieran que estaba ahí por sus habilidades.

Obviamente, era un tema delicado para ella. Sin embargo, a menos que surgiera, no iba a plantearlo.

—Puede que tenga algunas ideas útiles sobre sus decisiones a la hora de invertir —intervino Harper. Se acercó al maletín donde llevaba el portátil y sacó un grueso fajo de folios, que dejó en el escritorio ante ella—. He estado rastreando sus inversiones durante los cinco últimos años y he notado algunas elecciones interesantes. Estaré encantada de compartirlas con el equipo.

¡Dios!, parecía como si se hubiera saltado el paso por la escuela de negocios y hubiera dedicado esos cinco años a investigar a J. D. Stanley.

—Me gustaría trabajar con Marvin en ello, ¿puede ser?

—Marvin, trabajarás con Harper —me limité a ordenar.

Marvin prácticamente salivó al ver esos papeles.

—Claro —accedió, sonrojándose cuando ella le sonrió. Conocía esa sensación. Había algo en ella que desarmaba por completo a su interlocutor y que no se percibía como algo afectado cuando estaba en la oficina. No tenía el duro barniz de tantos trabajadores de Wall Street.

«Concéntrate, King».

—Podemos reunirnos las siete y media todas las mañanas para poner al equipo al día. Quiero que empecemos a pensar en propuestas, a considerar otros ángulos. Esto no es una investigación cualquiera. No queremos que el análisis se quede paralizado. —Las cabezas asintieron alrededor de la mesa—. También tenemos que decidir el método de presentación. ¿Hacemos un PowerPoint? ¿Es probable que nos lleven a un auditorio o a una sala de juntas? Hablad con vuestros contactos. Necesitamos más información de la que tenemos, chicos.

—Deberías solicitar una reunión preliminar para almorzar —sugirió Harper, mirándome a los ojos—. Ponte en contacto con su asistente personalmente. Dile que quieres llevarlo a La Grenouille. Es su restaurante favorito.

El recuerdo de la suave piel de sus pechos bajo mis manos me paralizó la lengua durante un segundo, y tuve que mirar hacia otro lado antes de poder responder.

—¿No crees que eso es ser demasiado insistente?

Ella negó con la cabeza.

—No entiende el concepto de «demasiado insistente». Estará poniendo a

prueba tu temple. No te dio mucha información sobre la reunión, ¿verdad?

—Ninguna —respondí.

—Está tratando de lanzarte a una búsqueda inútil. No pierdas el tiempo. Toma tú el control. Pregúntale qué es lo que quiere.

Asentí. Por supuesto, ella tenía razón.

—Donna, haz un hueco en mi agenda para eso. —Harper parecía triste, pero le agradecí su perspicacia, a pesar de que odiaba el restaurante que había sugerido. Nunca lo había frecuentado porque me parecía muy aburrido.

—Y entonces, hablando ya en términos de quién hará la presentación, seremos yo y Harper. Necesitaremos tiempo para ensayar.

Miré a Harper. Sus ojos estaban muy abiertos, como si no esperara que la llevara.

—¿Crees que es una buena idea? —preguntó—. Por supuesto que quiero, pero nunca he defendido un proyecto antes.

Respiré hondo y tamborileé con los dedos en el respaldo de las sillas. Podría ser útil, como una zanahoria que colgar ante Charles Jayne.

—Donna, ¿qué proyectos tenemos en marcha?

—Tenemos el Asia-Pac para Goldman —dijo—. En una semana a partir del miércoles.

—Vale. Harper, estudia esa propuesta. Puedes ser mi segunda en esa reunión. Te proporcionará algo de experiencia. Tomaré una decisión en firme después de eso.

—¿Para Goldman Sachs? —preguntó.

—Sí. Están buscando a alguien que los ayude con un proyecto en Asia.

—De acuerdo. —El ligero temblor de su voz fue lo único que traicionó su falta de confianza. Dudaba que nadie más se hubiera dado cuenta—. Hablaré con...

—Jean —nos interrumpió Donny—. Ella te lo facilitará todo.

—De acuerdo. Quiero que lo deis todo, chicos. Vamos a conseguirlo. —Di un golpe en la mesa con el puño—. Nos vemos aquí mañana por la mañana a las siete y media.

La gente salió del despacho en silencio, y yo crucé los brazos. Trabajar con Harper ayudaría a que mi cerebro la redefiniera como una colega en lugar de alguien con quien quería follar, alguien de quien era mi misión lograr que hiciera su mejor trabajo. Necesitaba que esas barreras entre mis

mundos se restauraran y repararan. Dejar a Harper en Las Vegas, como parte de mi historia con las mujeres, sería el primer paso para mantener la distancia.

Primera reunión hecha.

Así sería más fácil dejar de centrarme en su cuello, en sus piernas, en su culo, ¿verdad? Mi polla dejaría de saltar al pensar en sus manos apoyadas en el cristal de la puerta de mi despacho mientras me la follaba desde atrás. Pronto dejaría de preocuparme si su ceño fruncido ocultaba algo que yo pudiera facilitar o resolver. Éramos compañeros de negocios, e iba a funcionar. Tenía que funcionar.

Comenzar la preparación para el proyecto de J. D. Stanley había encendido al competidor que había en mí, pero pasar la noche con mi hija y mi hermana puso las cosas en perspectiva.

—No puedes prohibirme que use maquillaje —lloriqueó Amanda mientras daba botecitos sobre el taburete frente a la encimera de la cocina. Scarlett había traído a Amanda a la ciudad para que los tres pudiéramos ir el sábado a comprar el vestido de Amanda. Con un poco de suerte, sería la última salida para comprar la indumentaria para ese baile, y Scarlett me apoyaría en todo el asunto de la edad.

—Estoy segura de que no está queriendo decir que no te maquilles nada —intervino Scarlett.

Las ignoré a ambas y continué revolviendo la salsa de los espagueti. El apartamento de Manhattan había sido una especie de santuario para mí a lo largo de los años; en él todo estaba como yo quería. En la casa de Connecticut siempre estaban mis padres, los padres de Pandora, mis hermanas y algunos amiguitos de Amanda. No estaba quejándome; me encantaba ese lado de mi vida, pero era aún más bonito porque podía escapar de él cada semana y venir a mi tranquilo y moderno apartamento de Manhattan, donde podía ver el partido sin interrupciones y follarme a cualquier de las mujeres que entraban y salían de mi vida.

—¿Estás diciendo que no puedo usar nada de maquillaje, papá?

—Por supuesto que no —interrumpió Scarlett de nuevo, y yo aproveché otra vez la oportunidad para quedarme callado. Cuanto menos dijera, menos posibilidades había de provocar una discusión.

Adoraba a mi hija y a mi hermana, y había sitio para estar todos ahí, en el

ático en Manhattan. Pero eso significaba que no me quedaba ningún espacio personal, que no podía descansar después del día de trabajo. Los bordes que separaban mis mundos se difuminaban, se suavizaban y se volvían borrosos.

Todo estaba cambiando.

—Hablaré con tu madre —concedí, cogiendo el orégano de la encimera.

—No vamos a comer pasta, ¿verdad? —preguntó Scarlett.

—¿No acabas de verme hacer la salsa?

—No estaba fijándome, estaba hablando. Ya sabes que ahora no tomo gluten.

Cerré los ojos, respiré hondo y miré a Scarlett.

—¿Por qué debería saber que no tomas gluten?

—Porque he estado quejándome de ello sin parar durante el último mes.

—Vamos, papá. Tienes que saber que no está tomando gluten —dijo Amanda.

¿Por qué las mujeres de mi vida tenían la capacidad de hacerme sentir desesperado? En mi trabajo era un hombre respetado, algunos incluso dirían que admirado. Con mi familia, era solo un tipo que se olvidaba de que a su hermana le sentaba mal el gluten.

¡Dios!

—Pues no lo tomes —estallé—. Tengo algunos polos en el congelador.

Scarlett puso los ojos en blanco de la misma forma en que lo hacía Amanda.

—No tengo cinco años. No puedo cenar polos.

—Perfecto. Así que comerás espaguetis —respondí.

Scarlett se bajó de un salto del taburete.

—Cenaremos fuera —anunció.

—Acabo de hacer salsa de espaguetis.

Se encogió de hombros.

—Congélala. Vamos, Amanda. Cálzate. Podemos ir a ese restaurante de la esquina. Me gusta cómo preparan la lubina.

«Increíble...».

En la oficina, si gritaba «Salta», una cacofonía de voces me preguntaba hasta qué altura. En casa ponían los ojos en blanco y se encogían de hombros, eso si alguien me oía.

Pero, como me recordó la frase que se estaba convirtiendo en mi mantra,

algunas batallas no valían la pena. Apagué la vitrocerámica y cogí la cartera y las llaves antes de seguirlas a los ascensores.

Amanda se colgó de mi brazo, y me sentí mejor al instante. Tenía catorce años que parecían veintisiete la mayor parte del tiempo, pero de vez en cuando se sentía feliz de ser mi hija.

Entramos en el ascensor.

—¿Mañana podemos volver a la tienda de la última vez? —preguntó Amanda.

—¿En la que me espantó todo lo que te probaste? —No iba a cambiar de opinión. No iríamos a tener la misma discusión delante de Scarlett esta vez, ¿verdad?

—El otro día coincidí con una chica en la lavandería. Me dio una idea para el vestido que creo que te gustaría, y recuerdo haber visto algunos de ese estilo en esa tienda —dijo Amanda.

—¿En la lavandería? —pregunté. ¿Por qué Amanda había ido a la lavandería? Pagaba a un ama de llaves para que hiciera la colada.

—Sí. El otro día.

—¿Por qué estabas tú lavando la ropa? —pregunté, mirando a Scarlett, que se observaba a sí misma en el espejo del ascensor mientras se aplicaba brillo de labios.

—A veces las chicas tenemos que lavarnos la ropa —respondió Amanda como si fuera obvio.

Miré a Scarlett de reojo, y luego a Amanda, esperando que una de ellas me ofreciera una explicación más detallada.

El ascensor se detuvo antes de tiempo, las puertas se abrieron y apareció Harper. Percibí como si fuera a cámara lenta cómo le sonreía a mi hija. Su boca se quedó helada cuando sus ojos coincidieron con los míos y luego miró a Scarlett, que estaba detrás.

Debí haberlo visto venir.

De la misma manera que había un lapso de tiempo entre el impacto de una bala y el dolor que reconocía el cerebro, saboreé las pocas décimas de segundo antes de saber que las cosas se pondrían feas. Harper estaba preciosa. Se había recogido su brillante cabello castaño en una cola de caballo que hacía fijar la atención en su largo cuello. Viéndola vestida con su ropa de deporte, me resultó difícil no tocarla.

—¡Harper! —dijo Amanda.

No comprendía lo que estaba pasando. ¿Cómo sabía Amanda que...?

—Papá, es de quien te estaba hablando. —Me miró fijamente, y, como no podía ser de otra manera, notó la confusión total que apareció en mi cara—. En la lavandería... —insistió antes de saludar a Harper.

Miré a Harper, que aún no había entrado en el ascensor.

—Hay mucho espacio —dijo Scarlett mientras hacía retroceder a Amanda, dejando más espacio a mi lado—. Hola, nos conocimos el otro día —dijo Scarlett.

¿Qué coño estaba pasando? Mis mundos separados estaban literal y figuradamente chocando entre sí.

—Harper, este es mi padre —dijo Amanda—. Papá, esta es Harper.

Me aclaré la garganta, esperando que eso ayudara a que mis palabras salieran en un tono normal cuando respondiera.

—Sí, conozco a Harper. Trabaja para mí.

Amanda abrió los ojos de par en par.

—¿En serio? Bueno, eso tiene sentido. Es inteligente. Ya te he dicho que tenía muy buenas ideas sobre vestidos.

Las puertas se cerraron.

—Tienes razón. Es inteligente —repuse, mientras miraba a Harper tratando de captar su reacción. No teníamos una relación personal exactamente, pero, teniendo en cuenta todo lo que había pasado entre nosotros, el hecho de no haberle hablado de Amanda de repente me parecía mal. Harper lucía la misma expresión que en la sala de guerra cuando le di las tareas de investigación sobre J. D. Stanley a quemarropa.

—Esto es perfecto —dijo Amanda encantada—. Como dice Scarlett, es el destino.

—No deberías creerte todo lo que dice tu tía. Usa la regla de 80-20. Ya hemos hablado antes de eso. —Scarlett me dio un puñetazo en el brazo, y capté una reacción en la cara de Harper que no pude descifrar—. Harper, esta es mi hermana, Scarlett.

Los preciosos ojos castaños de Harper se suavizaron un poco cuando sonrió.

—Me alegro de volver a verte —dijo.

—Pobrecita, tienes que trabajar con mi hermano. Supongo que es un auténtico tirano, ¿no?

Harper se encogió de hombros.

—Te tiene calado, hermano —concluyó Scarlett.

—No es un tirano —intervino Amanda—. A mí me deja tener todo lo que quiero.

—Puede que no sea un tirano, Amanda, pero tampoco soy un idiota que pueda ser fácilmente manipulado por la adulación. No te dejes, ni te dejaré, ir al baile vestida como una veinteañera.

Amanda me ignoró.

—Por eso esto es perfecto. —Sonrió y se volvió hacia Harper—. ¿Estás ocupada mañana?

Harper entrecerró los ojos, y yo intenté con todas mis fuerzas mantener el hilo de pensamientos de mi hija.

—No la harás trabajar un sábado, ¿verdad, papá? —No esperó mi respuesta para soltarme el codo y juntar las manos en posición de súplica—. Por favor, por favor, ¿puedes venir mañana de compras con nosotros? Podemos buscar uno de esos vestidos que vimos en internet. Y ni siquiera me he puesto a buscar zapatos. Por favor... Si estoy sola con él, me hará ir en bailarinas...

¿Qué me estaba pidiendo? Necesitaba pasar menos tiempo con Harper, y mantener mis mundos más separados.

—Amanda, no puedes imponerte así a la gente —interrumpí—. Harper no querrá pasar su tiempo libre recorriendo Manhattan para encontrarte un vestido. Y ya viene Scarlett con nosotros. —Pasar el día tratando de no tocar a Harper era lo último que quería que figurara en mi agenda para el fin de semana.

—Te he dicho que mañana no contarás conmigo, ¿no? —preguntó Scarlett—. Tengo que coger el primer tren de vuelta porque voy a llevar a Pablo al veterinario.

—¿En serio?

Scarlett se encogió de hombros. ¿Por qué no me había dicho que no iba a venir? De hecho, ¿por qué estaba en Manhattan?

—Lo siento —dijo Scarlett—. Creía que te lo había dicho. El veterinario me ha llamado esta mañana. No se le ha puesto ninguna de las inyecciones que se suponía que tenía que ponerse.

Amanda se encorvó contra la pared del ascensor justo cuando las puertas se abrieron en el vestíbulo.

—No tiene sentido ir mañana si Scarlett no viene, y no puedo pedírselo a

Harper... Vamos a terminar discutiendo —dijo.

—Todo irá bien —aseguró Scarlett.

Acaricié el pelo de mi hija.

—Venga. Encontraremos algo, te lo prometo. —Salí del ascensor después de Scarlett, sujetando a Amanda por el codo mientras miraba a Harper, que estaba estudiando a mi hija con el ceño fruncido.

—Por favor, Harper... ¿Puedes venir con nosotros? Te prometo que no tardaré más de una hora. Solo dos tiendas, máximo.

Harper inhaló aire, y las puertas del ascensor comenzaron a cerrarse con Amanda todavía desplomada contra el espejo.

—Vamos, Amanda —insistí mientras mantenía las puertas abiertas—. Estoy seguro de que Harper ya tiene planes. —Me volví hacia Harper—. Lo siento.

Negó con la cabeza.

—No pasa nada... Mmm... Me gustaría que encontraras el vestido perfecto, y tengo un par de horas libres mañana por la mañana.

—¿En serio? —Amanda juntó las manos—. ¿Vas a poder venir?

Me comenzaron a sudar las palmas de las manos. Era la última respuesta que esperaba. Trabajar con ella esa semana me había resultado muy difícil. Me habían acosado imágenes de ella inclinada sobre la mesa de la sala de conferencias mientras le subía la falda hacia arriba para revelar su alto y apretado trasero.

—Amanda —ladré—. No puedes esperar que la gente lo deje todo y haga lo que tú quieras.

—¿Por qué? —respondió ella—. Es lo que haces tú.

Pillé a Harper tratando de reprimir la risa.

—No me importa. De verdad. Será divertido. —Le sonrió a Amanda—. Pero ahora tengo que ir al gimnasio.

Amanda salió disparada del ascensor.

—¿Y no vas a cambiar de opinión?

—Si lo hace, es su...

—No cambiaré de opinión —me interrumpió Harper—. Te lo prometo. Buenas noches.

Harper me miró mientras las puertas del ascensor se cerraban, y tuve que luchar contra el impulso de abrirlas, empujarla contra la pared y apretar los labios contra los suyos.

Me pellizqué el puente de la nariz. La idea de pasar tiempo un sábado por la mañana con Harper y Amanda me había levantado dolor de cabeza. ¿Qué iban a decirse? No quería que mis empleados conocieran mi vida fuera la de la oficina. Y aunque Harper y yo nos habíamos acostado, no era como si hubiéramos ido a cenar y yo hubiera confesado todos mis secretos. A pesar de ser hermosa, sexy, valiente y tener un toque de ternura que añadir a su amargura, era mi empleada. Y Las Vegas había quedado atrás: ahora estábamos en Manhattan a tiempo completo.

OceanofPDF.com

9

HARPER

Me desplomé en el sofá con el móvil pegado a la oreja. Ya me había vestido y estaba preparada para ir a comprar el vestido para el baile con Amanda y mi jefe, que llamarían a mi puerta en cualquier momento.

—Estoy curada. He estado soñando con su polla y, así como así, se ha ido. Cualquier atracción que sintiera por él ha desaparecido porque nunca lo he conocido.

—¿Así de simple? —preguntó Grace en tono de sospecha.

—Lo digo en serio. No puedo encontrar atractivo a alguien para quien no he sido lo suficientemente importante como para contarme que tiene una hija, que no ha sido lo suficientemente hombre como para casarse con la mujer a la que dejó embarazada. He vivido toda mi vida con las consecuencias de ese tipo de comportamiento egoísta. —Encontrarme con Max en el ascensor la noche pasada había supuesto un *shock*. Cuando vi a aquella mujer con él, supuse que me estaba topando con él, con su mujer y su hija, y casi rocío de vómito todas las paredes. El alivio de que la rubia despampanante solo fuera su hermana duró lo que tardé en asimilar que tenía una hija.

Era padre y no me lo había dicho. ¿Qué más me estaba ocultando?

Vale, no estábamos saliendo; no me debía nada, pero el hecho de que fuera tan reservado al respecto... me parecía una gran falta de sinceridad. Nunca mencionaba a su hija en las entrevistas ni en la oficina, ni siquiera tenía fotografías encima del escritorio. Era como si la estuviera escondiendo. Como si estuviera avergonzado. Y eso me había hecho sentir náuseas. ¿Había sido eso lo que mi padre había sentido con respecto a mí? ¿Se había avergonzado de mí o de que yo existiera? Pobre Amanda...

—Pero Max no es como tu padre. Quiero decir, ¿cuándo te ha llevado Charles Jayne a comprar un vestido?

Hundí la cabeza en un cojín y clavé los ojos en el techo.

—Que tenga a su hija con él un fin de semana de vez en cuando no significa que quiera tenerla cerca. De todas formas, me dio la impresión de que era su hermana la que la cuidaba. —Suspiré—. Pero tiene su parte buena. Ahora ya no disfruto de la atracción que siento por Max. No me gustaba la idea de haberme acostado con mi jefe. Así que ya estoy curada.

Ser un gilipollas controlador era una cosa. Darle la espalda a tu familia era otra muy distinta. Que Max fuera un tirano en la oficina parecía algo ligado a su éxito en Wall Street, así que tal vez había sido capaz de perdonarle eso en lo profesional. Quizá incluso lo disfrutaba. Un poco. Pero el hecho de que ocultara la existencia de su hija había cambiado mi visión de él por completo.

Eché un vistazo a mi reloj. Amanda me había dicho que se pasaría a las diez. Era una chica dulce e inocente, y no quería imaginarme cómo sería para ella tratar de elegir un vestido con un hombre que estaba resentido por su existencia. Se merecía más, así que, a pesar de querer pasar el día en la cama recuperándome de mi agotadora semana de trabajo, había aceptado ir de compras.

—Todavía no entiendo por qué has dejado de querer saltarle encima cada vez que lo ves porque has descubierto que es padre. La mayoría de las mujeres lo encontrarían excitante —razonó Grace.

—Ya, bueno, yo no soy la mayoría de las mujeres. Y dudo que él vaya a ganar el premio al padre del año en un futuro próximo.

Y tampoco iba a ganar el premio a ser humano decente del año en un futuro próximo. Parecía que podía renunciar a Las Vegas sin mirar atrás. Yo no le alteraba nada en la oficina. Ni siquiera esa primera mañana después de que apareciera borracha en su puerta. Había preparado la sala de guerra y habíamos tenido la primera reunión sobre J. D. Stanley. No había habido compasión en su voz, solo fríos cálculos. Había visto la oportunidad de hacer dinero con mis conexiones y nada más. Bueno, yo también habría aprovechado eso a mi favor. Y ganaría la presentación de Goldman para que no pudiera negarse a dejarme trabajar en el proyecto de J. D. Stanley. Pensé que si podía presentarme delante de mi padre como una adulta, una mujer de negocios, y demostrarle en lo que me había convertido sin su ayuda, tal vez se borraría de mi mente y no volvería a pensar en él. Sería libre.

—¿Así que no vas a volver a acostarte con el jefe? —preguntó Grace.

—Sin duda no voy a volver a acostarme con el jefe. No dejaré que mi

padre se entere y asuma que la única razón por la que he conseguido el trabajo ha sido porque al jefe le gustaba mi culo. —Era lo único en lo que creía que las mujeres eran buenas.

—Creía que habías dicho que ya no encontrabas atractivo a Max.

—Y así es.

—¿Eso quiere decir que, si todavía lo encontraras atractivo, te volverías a acostar con él?

—¿Por qué me lo haces pasar tan mal? Tengo más de una razón para no acostarme con él.

—¿Significa eso que vas a llamar a George?

Mi cerebro tuvo que rebuscar a fondo para situar el nombre. Oh..., el tipo de la galería de arte.

—Tal vez.

—Me comentó que tienes su número. —Se lo había pedido yo. Me había caído bien.

Entonces, ¿por qué no lo había llamado?

Salté al oír un fuerte golpe en la puerta.

—Harper —llamó Amanda desde el pasillo.

¡Joder!, allá íbamos. Respiré hondo.

—Tengo que irme —dije al teléfono, y colgué. Me miré en el espejo de la puerta, me quité un pegote de rímel del rabillo del ojo y me alisé el pelo. Podía soportar estar durante un par de horas con un tipo que era mi jefe y su hija. En especial cuando lo de Las Vegas ya había terminado y cualquier atracción que hubiera sentido hacia él había desaparecido. Iba a ser pan comido.

Me resultó muy extraño ir en un taxi con mi jefe y su hija después de que hubiéramos acordado no tener más sexo. Así que permití que mi simpatía por Amanda anulara toda lógica, como cuando había aceptado ir de compras. Había subestimado lo incómodo que sería pasar tiempo con Max. Había pensado que se reduciría a un simple caso de salvar a una niña de catorce años de un padre inflexible e indiferente. El problema era que había olvidado que el padre en cuestión era mi jefe y que me había visto desnuda.

—¿Estás de acuerdo? —preguntó Amanda, mirando a su padre.

Habíamos cogido un taxi y Amanda había estado hablando todo el rato sobre el tipo de vestido que quería comprar. Max parecía tener poco interés

en ella mientras miraba por la ventanilla.

—Creo que va a llover —comentó.

—¡Papá! —Ella le dio un puñetazo en la pierna, y él le cogió la mano y la envolvió con la suya—. ¿Estás de acuerdo con el vestido o no?

—No me comprometo a nada hasta que lo vea.

—Bueno, si no encontramos algo hoy, iré desnuda.

Max se rio.

—Si fueras un par de años mayor, podría preocuparme. Ahora mismo, creo que tu angustia adolescente es una póliza de seguro contra eso.

—No entiendo lo que acabas de decir —dijo.

—Consideraré eso una victoria doble para mí, cacahuetito. —Al poner su brazo alrededor de los hombros de su hija para acercarla hacia él, se enganchó en la manga de mi chaqueta—. Perdón —dijo, y yo sonreí mirándome las manos, que tenía entrelazadas en el regazo. No tenía claro si estaba imaginándome cosas, así que los observé con atención. Parecían cómodos el uno con el otro, felices de estar en la compañía del otro. Una punzada de celos me atravesó.

—Ya hemos llegado —anunció Amanda cuando el taxi se detuvo.

La humedad me envolvió cuando salí del coche.

—Definitivamente, va a llover —murmuró Max, mirando al cielo.

Mantuvo la puerta abierta y luego me hizo un gesto para que fuera delante de él mientras Amanda entraba en una *boutique*. Esperaba que fuera necesaria solo una parada en esa tienda y para estar de vuelta en casa a la hora del almuerzo.

Cuando empezamos a buscar, Max se sentó en una silla a la entrada de los probadores y se concentró en el teléfono en lugar de su hija. Típico. ¿Para qué había venido?

—¿Qué te parece este? —me preguntó Amanda, sosteniendo un largo vestido púrpura contra su cuerpo mientras se volvía hacia mí.

Sonreí.

—Sin duda deberías probártelo.

Elegimos seis vestidos en total, y Amanda se las arregló para incluir un par de vestidos sin tirantes que, estaba segura, no le gustarían a su padre.

—Podemos elegir los zapatos y el bolso cuando tengamos el vestido —sugerí al ver que Amanda se detenía camino del probador, atraída por un expositor lleno de brillantes bolsos de noche.

Colgué los vestidos que llevaba y luego corrí la cortina.

—Harper, ¿puedes quedarte ahí mientras me cambio para que me veas antes que mi padre? Quiero sorprenderlo con la elección perfecta.

—Por supuesto —respondí, y me apoyé en la pared frente al probador que ocupaba Amanda—. ¿Cuál te vas a probar primero?

—El púrpura. Mmm... —dijo un rato después—. A mi padre no le va a gustar este.

En el momento en que abrió la cortina, supe que tenía razón. Max nunca aprobaría ese vestido. Y no podía culparlo. Incluso una chica de veinticinco años tendría que tener mucha clase para no parecer una zorra con él. El escote era muy bajo, tan bajo que se le veía el sujetador.

—No creo que te convenga —le dije, sin querer herir sus sentimientos ni que sintiera que la opinión de su padre era la única que contaba—. Los entendidos en moda aseguran que una mujer debe usar el vestido, no el vestido a ella. No estoy segura de lo que significa eso, pero creo que estamos en territorio peligroso. ¿Y el otro, el que era más corto?

Luego apareció con un hermoso vestido amarillo con tirantes finos y pedrería en el corpiño, que llevaba una falda de tul que llegaba justo por encima de la rodilla.

—¿Este te gusta? —pregunté, sonriendo.

—Creo que a mi padre le gustará —respondió, pero la expresión de su cara decía que aunque creía que su padre lo aprobaría, aquel vestido no le había robado el corazón—. Pero creo que quiero parecer más... adulta.

Asentí. El vestido le quedaba precioso, aunque era una versión de algo que podría llevar una niña de ocho años. Y le podía gustar a Max, pero a ella no le hacía tilín, así que ni siquiera íbamos a enseñárselo.

—Pruébate el azul. Creo que quedaría muy bien con tu pelo negro, y con unos accesorios plateados irías perfecta. Sería muy sofisticado.

Cuando se giró y se retiró el pelo a un lado, me di cuenta de que me pedía que le bajara la cremallera. —¿Tú lo llevarías? —me preguntó mientras la ayudaba a quitárselo.

Asentí.

—Sí. Es precioso. Aunque yo no voy a sitios donde se deba usar un vestido como ese. —Corrí la cortina para que pudiera vestirse en privado.

—¿Te refieres a una cita? —preguntó—. ¿Ya tienes novio?

Se me revolvió el estómago al recordar la conversación que habíamos

mantenido en la lavandería. ¿Le habría contado a Max algo de lo que yo había dicho? Eché un vistazo a la puerta de los probadores. ¿Podía Max escuchar nuestra charla?

—No, de momento no.

—Eres guapísima. Cuando sea mayor, quiero que me guste mi trabajo, pero también quiero que alguien me quiera. —Yo no había descartado el amor. Se trataba simplemente de que nunca lo había encontrado. Tal vez Grace tenía razón y aspiraba a la perfección—. Mi padre es como tú. Siempre ocupado con el trabajo. Siempre dice que entre el trabajo y yo es más que suficiente para cualquier hombre.

No pude evitar sonreír al oír eso. Era evidente que quería la aprobación de su padre, y me daba la impresión de que los dos eran sinceros. Tal vez estaba más unida a su padre de lo que yo había pensado.

—¿Salís mucho por ahí? —pregunté, bajando la voz.

—¿Mi padre y yo? Sí. Todo el tiempo —respondió.

Antes de que tuviera la oportunidad de hacerle a Amanda más preguntas sobre su relación con Max, descorrió la cortina, sonriendo.

—Este me gusta mucho —dijo, saliendo con una larga falda de crepé plisado que tenía una abertura en el costado.

—Es muy bonito. —Me incliné hacia delante para tocar la falda—. Me encanta. Te queda genial. —Los hombros eran de una tela plateada en contraste que bajaba y se entrecruzaba alrededor de su busto, imitando un estilo griego. No tenía escote, pero al mismo tiempo era muy insinuante—. Y con tu pelo es perfecto. Déjame elegir unos zapatos. Quédate ahí.

Cuando salí de los probadores, mis ojos se encontraron con los de Max en el momento en que él los levantó de la pantalla del teléfono.

—¿Va todo bien? —preguntó.

Asentí.

—Solo voy a elegir unos zapatos.

Cuando pasé, me cogió por la muñeca. Me quedé paralizada, y casi inmediatamente me soltó la mano.

—Lo siento. Solo quería darte las gracias. Esto significa mucho para Amanda.

Asentí de nuevo, pero no lo miré. Mi cerebro estaba teniendo un cortocircuito. Max me agradecía que hiciera feliz a su hija para, al momento siguiente, gritarme porque no había pedido bien su sándwich. Y luego

estaban los besos.

Y no lograba entender la dinámica entre Max y Amanda. Parecía bastante involucrado en la vida de su hija. Más de lo que yo pensaba. Pero si nunca se había casado con su madre, ¿cómo había funcionado eso? Nunca había servido con mi padre.

Elegí un par de sandalias plateadas con tacón bajo y corrí de vuelta con Amanda.

—¿Le gustará? ¿Podemos convencerlo? —preguntó ella, cogiendo las sandalias y sujetándolas contra el pecho—. Es este, ¿verdad?

—Tú lo conoces mejor que yo, pero creo que estás preciosa con él.

—Papáaaaa —gritó—. Voy a salir. Y este vestido me gusta de verdad. Es perfecto, así que no puedes ser malo.

Su sonrisa era tan grande que no pude evitar devolvérsela. Realmente esperaba que lo aprobara. Amanda se merecía llevar ese vestido. Era apropiado para su edad y muy elegante.

Mientras ella salía, yo me fijé en la cara de Max. Tenía las cejas arqueadas por la sorpresa mientras ella giraba dando una vuelta completa delante de él.

—¿Qué te parece? —preguntó.

El negó levemente con la cabeza al ponerse de pie y respiró hondo.

—Creo que pareces demasiado mayor. —Amanda hundió los hombros—. Y estás guapísima. —La abrazó—. Has dado con el vestido, cacahuetito. —Bajó la voz y le dijo algo al oído mientras continuaban abrazándose—. Estás creciendo muy rápido; tienes que perdonarme por querer que sigas siendo mía durante más tiempo del que debería ser.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Sonaba muy real, parecía completamente encandilado con su hija.

—Siempre seré tuya, papá —dijo mientras sonreía.

Él la besó en la mejilla y la soltó, e intentó recuperar la compostura.

—Da otra vuelta —dijo, cogiéndola de la mano para invitarla a girar.

La falda del vestido se levantó cuando ella dio vueltas cada vez más rápido. Max sonrió, y Amanda se rio. Se me encogió el corazón, y me sentí como si estuviera invadiendo lo que debía ser un momento privado. Yo debía tener mis propios recuerdos, así no tendría que robar los de otras personas.

—¿Sabes lo que significa esto? —preguntó Amanda.

Cuando salimos a la acera, el calor nos tragó inmediatamente. Llevábamos dos bolsas blancas con el logo de la *boutique*, una con el vestido y otra con los zapatos y un bolsito que habíamos visto de camino a la caja.

—¿Que dejamos que la pobre Harper disfrute del fin de semana? —respondió Max.

Me dio un vuelco el corazón. ¿Me había quedado demasiado tiempo? Solo estaba tratando de ayudar. No era necesario que Max se mostrara tan desagradecido. Abrí la boca para disculparme, pero Amanda cogió la mano de su padre e intentó arrastrarlo por la calle.

—No digas tonterías. Significa que tenemos algo que celebrar.

Max puso los ojos en blanco.

—Como si necesitaras una excusa.

—Os dejo solos. Tienes un vestido precioso, Amanda.

Amanda entrecerró los ojos.

—No. Tienes que venir con nosotros —dijo—. Es necesario que lo celebres con nosotros. —Me hizo señas para que los siguiera.

—Será mejor que lo celebres con tu padre —respondí, mirando en la otra dirección. Las compras no habían implicado demasiada interacción con Max. La mayor parte del tiempo la había pasado con Amanda, así que, salvo el viaje en taxi, la situación no había sido demasiado incómoda. Y ver a Max con Amanda sugería que tenían una relación mucho mejor y más sana que la que yo había tenido con mi padre. Si me iba en ese momento, todo estaría bien. Había sobrevivido sin llamar imbécil a mi jefe y sin desnudarme. Tal vez existía un punto medio al final. Y con suerte dejaría de realizar esas constantes comparaciones entre la relación de Max y Amanda y la que había mantenido yo con mi padre.

—Quiero que vengas —dijo Amanda.

Sonreí.

—Amanda, Harper tiene cosas que hacer. Ya nos hemos apropiado de demasiado de su tiempo libre —intervino Max antes de que se me ocurriera una excusa. Era evidente que quería deshacerse de mí tanto como yo quería irme. Días después de aceptar mantener las cosas en términos estrictamente profesionales, estaba en la acera con él y su hija. Y aunque quería irme, me dolía un poco que él se mostrara tan ansioso por que me fuera.

Amanda cambió de expresión.

—No quiero celebrarlo sin ella. Si no hubiera sido por Harper, no habría encontrado el vestido perfecto. ¿Estás segura de que no puedes venir? Vamos a ir a mi lugar favorito.

Miré a Max, cuya mirada se interponía entre su hija y yo. Las comisuras de su boca se movieron, como si tratara de reprimir una sonrisa.

—Estoy segura de que tu padre quiere pasar tiempo contigo...

—Papáaaaa —dijo Amanda—. Quieres que Harper venga, ¿no?

Max le revolvió el pelo y ella se alejó rápidamente de su alcance. Se volvió hacia mí y me brindó la sonrisa más grande que jamás hubiera visto, y sus ojos verdes chispearon bajo el sol de Nueva York, enmarcados por unas pestañas casi demasiado largas.

—Harper, nos encantaría que vinieras si tienes tiempo. Pero no sientas que tienes que ceder al capricho de mi hija. Está demasiado acostumbrada a salirse con la suya.

Acepté antes de que mi lado sensato —la parte de mí que disfrutaba de este terreno intermedio— pudiera volver al tomar el control.

—Supongo que debería haberte preguntado antes de decir que sí, pero ¿adónde vamos a celebrarlo? —pregunté mientras nos dirigíamos hacia el este.

—A Serendipity —respondió Amanda—. Es nuestro sitio. Siempre vamos allí en el tren al final del verano y celebramos la vuelta al colegio.

—¿Desde casa de tu madre? —pregunté.

—Desde Connecticut. A veces vienen mi madre y Jason, pero casi siempre lo hacemos solos. ¿Recuerdas ese año que la tía Scarlett nos acompañó? —le preguntó a su padre—. Quería pedir un poco de todo porque no podía decidirse.

—Pidió un poco de todo —corrigió Max—. Lo cual es bastante típico de mi hermana.

—Mi madre y Jason se han mudado a Europa, así que ahora estamos solos mi padre y yo. —Se volvió hacia su padre—. Te encanta que viva contigo todo el tiempo, ¿no?

Max se rio y me miró.

—Me está volviendo loco.

¿Vivían juntos?

—No sabía que vivías en Connecticut —comenté. Me fascinaba que el rey

de Wall Street tuviera una vida secreta lejos de Manhattan. Me sentía como una periodista de investigación, reuniendo pequeños trozos de información.

—Sí, cerca de la casa de mi madre y su marido. Y de la de los abuelos King y del abuelo Bob y la abuela Mary. Y de Scarlett.

—¡Dios! Dicho así, parece como si viviéramos en una especie de comuna. —Max puso el brazo sobre los hombros de su hija—. Todos vivimos cerca. La madre de Amanda, Pandora, y yo estudiamos juntos en el instituto, y tuvo sentido, después de la universidad, vivir cerca el uno del otro. De esa manera —continuó, dirigiéndose a Amanda—, cuando tu madre se cansaba de ti, podía tener un descanso y mandarte conmigo.

Amanda sonrió y puso los ojos en blanco, lo que implicaba que era una explicación que estaba acostumbrada a escuchar.

—¿Así que el apartamento es solo un refugio? —pregunté.

Asintió.

—Sí. Antes acostumbraba a quedarme en Manhattan durante toda la semana y volver al campo los fines de semana, pero ahora solo estoy en la ciudad dos noches a la semana.

Amanda se detuvo bruscamente en la acera.

—¡Oh, Dios mío! ¡Tendrás que venir, Harper! La noche del baile ¿vas a poder venir a ayudarme a prepararme?

No sabía qué decir. Me concentré en tratar de no parecer demasiado sorprendida. Me gustaba mucho Amanda, y Max no dejaba de sorprenderme a cada momento. Quería invadir su mundo un poquito más, pero sabía que era completamente inapropiado.

Max inclinó la cabeza a un lado, indicándole que siguiera andando.

—Amanda. Ya es suficiente. No puedes ponerte a manipular así a la gente.

Volvimos a ir hacia el norte, hacia la Sexta.

—¿Por qué no? La abuela dice que todo mi encanto viene de ella y que Dios se saltó una generación contigo.

Me reí, y Max puso los ojos en blanco.

Por suerte, Amanda ya no tenía la atención puesta en mí.

—Oh, y quería decirte que he decidido que voy a participar en esa competición de piano el próximo semestre —dijo.

—Creía que lo habíamos mirado hace unos meses y que la tarde de ensayo coincide con la hora de gimnasia, ¿o el horario va a cambiar el

semestre próximo? —preguntó Max.

Parecía tener un conocimiento minucioso del horario de su hija, algo que, si alguien me lo hubiera dicho el día anterior, lo habría considerado imposible. Sin embargo, a medida que pasaba el día, estaba claro que estaba más involucrado en la vida de su hija de lo que yo había creído.

—Bueno, la gimnasia es a las seis, y piano a las ocho. Así que creo que puedo hacer las dos cosas si conseguimos que Marion me lleve.

Esa era una versión muy diferente de Max King: cálida, abierta y relajada, alejada del hombre impaciente y despiadado que había fundado King & Associates, del hombre exigente y sexy que había tomado posesión de mi cuerpo como si le perteneciera. Ese Max King era padre y un hombre de familia.

Un trueno estalló sobre nosotros.

—Os dije que iba a llover —dijo Max—. Vamos. —Me tendió la mano y luego, recordando quiénes éramos en realidad y lo que significábamos el uno para el otro, la retiró y señaló con la cabeza la Tercera Avenida, como si estuviéramos cerca y no a dos manzanas de distancia.

No íbamos a lograr llegar sin mojarnos; unas generosas gotas de lluvia comenzaron a puntear el suelo.

—Vamos, Harper —me llamó Amanda cuando Max y ella se pusieron a correr.

Amanda apuntó a un relámpago que se dibujó sobre nosotros y comenzó a contar.

—Un plátano, dos plátanos, tres plátanos, cuatro plátanos. —El trueno puso fin a su cuenta atrás y Amanda soltó un gritito—. Rápido, ya casi está aquí.

Los seguí mientras corríamos entre los turistas, bajo los paraguas. Cuando llegamos a Serendipity, volvieron los rayos y la lluvia empezó a caer con más fuerza.

—Entremos —dije, y nos apiñamos en una entrada ya abarrotada y esperamos a sentarnos.

—¿Parezco una rata ahogada, papá? —preguntó Amanda, mirando a su padre. Era una chica hermosa que había heredado de su padre unos grandes ojos verdes, la piel bronceada y el pelo casi negro.

Max se rio.

—Un poco.

Me limpié debajo de los ojos, tratando de eliminar la inevitable fuga de rímel.

—Yo estoy segura de que me parezco a Alice Cooper —intervine.

—Estás muy guapa, como la protagonista de una película o algo así —dijo Amanda—. ¿No es así, papá?

Negué con la cabeza y un mechón de pelo empapado se me pegó a la mejilla. Para mi sorpresa, Max alargó la mano y me lo puso detrás de la oreja. Un relámpago de calor me recorrió, y quise cogerle la mano y entrelazar mis dedos con los suyos. Pero en lugar de eso me concentré en la camarera que estaba detrás de él, pues me preocupaba perder el control si lo miraba; tal vez lo atacara con un beso como la primera noche que estuvimos juntos.

Rápidamente se volvió hacia Amanda y encerró su cara en sus manos.

—No tan bonita como mi ratita ahogada —respondió.

—Aggg... Por eso nunca voy a tener una hermanita. —Se apartó de él—. Tienes que aprender a hacer cumplidos a las damas, o nunca te casarás.

¿Casarse? Mantuve los ojos clavados en las mesas del restaurante, esperando que el maquillaje ocultara el rojo de mis mejillas. Por primera vez desde que habíamos salido de la *boutique*, sentí que no debía estar allí. Recordé la conversación que había mantenido en la lavandería con Amanda. Ella quería que su padre conociera a alguien. ¿Amanda estaba intentando acorralarnos? No podía saber que Max y yo estábamos...

No estábamos relacionados de esa manera, y nunca lo estaríamos.

10

MAX

El día con Harper y Amanda había sido mucho más fácil de lo que esperaba. Cuando nos subimos al tren de vuelta a Connecticut, Amanda no podía dejar de hablar de su vestido, de Harper y de lo bien que le caía. Y yo no la había detenido.

—Podríamos invitar a Harper a cenar —sugirió Amanda mientras colocaba los cuchillos y tenedores en la encimera de la cocina.

—Tal vez..., en algún momento. —¿Le gustaría venir? ¿Le gustaría que yo estuviera? No estaba seguro.

—Bueno, el baile será pronto y Harper vendrá entonces, estoy segura.

No estaba seguro de que Harper hubiera aceptado esa invitación. Pero Amanda estaba feliz, y eso era todo lo que yo deseaba. El hecho de que Harper hubiera elegido un vestido perfecto no me importaba. Me había preguntado para mis adentros si intentaría algo malo solo para fastidiarme, para que yo quedara como un imbécil. No la habría culpado, pero no lo había hecho. Había estado brillante y adorable con Amanda. Y me encontré queriendo alargar el tiempo que estábamos pasando juntos, mantenerla cerca unas horas más.

—¿Quién es Harper? —preguntó mi hermana Violet. Me olí que se estaba fraguando un interrogatorio, y mi instinto me impulsó a presionar el botón de pausa en esa situación y escapar.

—Ya te lo he dicho, la chica que trabaja con papá que me ha ayudado a elegir el vestido.

—Pensaba que era una amiga tuya la que había ido de compras con vosotros —repuso Violet a Amanda, tratando de llamar mi atención, pero yo, deliberadamente, me concentré en la ensalada.

—Es amiga mía —replicó Amanda—. Vive en el mismo edificio que papá en Manhattan.

—¿Y trabaja con tu padre? —insistió Violet mientras se estiraba por

encima de la encimera y cogía un trozo de pepino para metérselo en la boca. Miré a Amanda, que estaba asintiendo—. Parece una extraña coincidencia. —Bajó la voz—. ¿Es que ahora cuando ves a una chica guapa en el pasillo de tu casa le ofreces un trabajo para sacar punta a tus lápices?

—No seas ridícula —respondí, y le di la ensalada para que la pusiera en la encimera.

Un golpe en la puerta hizo que Amanda soltara un chillido.

—¡Scarlett! —Mis hermanas estaban decididas a invadir mi casa esa noche. Violet vivía en Brooklyn, así que no la veíamos tan a menudo como a Scarlett, pero, aun así, se esforzaba por venir una vez al mes. Quería a mis hermanas, pero cuantas menos hubiera juntas en el mismo sitio en un momento dado, mejor. Cogí una botella de Pinot Noir de la encimera y la descorché.

—Hola, imbécil —saludó Scarlett al entrar en el salón.

—Encantado de verte también. —Le entregué una copa de vino y la besé en la mejilla.

—Lo digo en serio. ¿Por qué no me has llamado? —dijo Scarlett en tono seco.

—¿Cuándo? —pregunté. No recordaba haber recibido ningún mensaje.

—Te dejé un mensaje de voz hablándote sobre mi amiga April —anunció Scarlett mientras dejaba caer el bolso en la encimera y se sentaba en un taburete—. Me pidió que os concertara una cita, aunque Dios sabe por qué.

—No recibí el mensaje. —O tal vez solo lo había escuchado a medias y lo había borrado antes de que pudiera llegar a la parte en la que mencionaba a April—. Lo siento.

—¿Y? —preguntó.

—¿Y qué? —repuse, deseando que cambiara de tema. Me volví hacia el horno para sacar la lasaña que había dejado el Marion. No había querido nunca salir con las amigas de mis hermanas. Me sorprendía que aún siguieran intentándolo. Mi vida me llenaba.

—Entonces, ¿saldrás con ella? —repitió como si yo fuera estúpido. Para ser justos, estaba siendo deliberadamente obtuso. No quería que mis hermanas interfirieran en mi vida amorosa. Me sentía feliz con las cosas como estaban.

—Me parece que April puede tener competencia —dijo Violet. Scarlett la miró y Violet se encogió de hombros—. Esta noche hemos estado hablando

mucho sobre Harper. Y sin duda obtendría el sello de aprobación de Amanda.

Nunca había tenido que preocuparme de si a Amanda le gustaba o no alguna de las mujeres con las que estaba. Mi hija nunca había conocido a ninguna, y así estaba bien. Que Amanda conociera a Harper había sido solo una coincidencia.

Scarlett siguió hablando de April, algo que podía ignorar fácilmente. Olvidarme de Harper era un poco más difícil.

—April proviene de una familia encantadora. Y es rubia, como a ti te gustan.

¿Me gustaban las rubias? No estaba seguro de que el color del pelo fuera un factor decisivo para mí. El cabello de Harper era castaño, pero era casi negro bajo la lluvia. Algunas imágenes de ella en la cola para entrar en Serendipity flotaron en mi cabeza. Estaba hermosa. Sus mejillas sonrosadas por haber llegado corriendo y sus brillantes ojos azules. En un momento dado, se había lamido las gotas de lluvia del labio superior; entonces, solo la presencia de Amanda me había impedido apartarle el pelo mojado de la cara y disfrutar de su suave piel bajo mis pulgares mientras apretaba mis labios contra los suyos. Si hubiéramos estado solos los dos, la habría arrastrado de vuelta al apartamento y le habría hecho pasar la tarde desnuda entre mis brazos, y yo me habría complacido con ella en lugar de con el helado.

—¿Por qué sonríes? —quiso saber Violet.

—No sonrío por nada. —Tenía que deshacerme de esos pensamientos sobre Harper. Se suponía que haberme acostado con ella me curaría de esa obsesión. Esa había sido la justificación para que hubiéramos follado la primera vez, la segunda y la tercera. Pero verla hoy, relajada, cálida y tan centrada en asegurarse de que Amanda fuera feliz, había hecho crecer ese aleteo en el estómago que ya tenía cuando estaba cerca de ella o cuando pensaba en ella. Amanda y Harper se habían reído y habían hablado como viejas amigas, y escucharlas charlar en los vestuarios mientras yo fingía estar concentrado en mi móvil me había hecho sonreír, me había hecho sentir bien.

—¿Puedo enseñarles mi vestido? —pidió Amanda.

—Puedes probártelo después de la cena.

—Papá me ha comprado también los zapatos más bonitos del mundo para

ponérmelos con el vestido. Creo que no quería, pero Harper dijo que me los compraría ella si no lo hacía él.

—Claro que te iba a comprar esos zapatos. Tienes que creerme. Sé que no puedes ir en zapatillas deportivas. —La cara de Harper se había iluminado tanto cuando vio los zapatos que quise pedir unos de su número. Tal vez trataría de buscar algo similar para ella. Después de todo, le había destrozado la blusa.

—Ya me siento intrigada por Harper —dijo Violet—. ¿Qué edad tiene? ¿Es guapa?

Amanda cogió un poco de ensalada y se detuvo, pensando en la pregunta.

—Por Dios, Amanda —dije, tratando de distraerlas de la pregunta—. Sírvetela en el plato.

—¿De mi edad? —insistió Violet.

Amanda asintió, y dejó caer un poco de ensalada en el plato.

—Sí, más o menos. Y es muy guapa.

Tenían razón en eso. Harper era muy sexy.

—Le echo unos veinticinco años —dijo Scarlett—. Es muy guapa, y resulta que trabaja con Max.

Evité las miradas de mis hermanas. Pero Scarlett tenía razón: Harper era muy guapa. Y lista. E increíble en la cama.

—Trabaja para mí, y resulta que vive en el mismo edificio. Amanda le rogó que viniera de compras con nosotros. Estoy seguro de que era lo último que quería hacer.

—Se lo pasó pipa —afirmó Amanda con total confianza. Porque, ¿por qué una veinteañera no iba a disfrutar yendo de compras con su jefe y su hija? Harper había sido excepcionalmente amable. Y me había gustado verlas juntas.

—¿Saldría con tu padre, o es demasiado guapa para él?

Amanda sonrió.

—Oh, Dios mío, eso sería maravilloso. Y sé que no tiene novio.

Fingí que no la estaba escuchando y le quité a Amanda las pinzas para servir la ensalada y terminar de repartirla entre todos. Normalmente ya habría puesto fin a la conversación. Me había esforzado por evitar que hablaran de mi vida amorosa, pero en esta ocasión era algo ligeramente diferente. Descubrí que me gustaba oírles intercambiar opiniones sobre Harper, que disfrutaba de la reacción de Amanda hacia ella. Y no me

importaba que nos consideraran una especie de pareja. No era que fuera a pasar nunca, habíamos estado de acuerdo en que no pasaría. Pero no me importaba que fuera una posibilidad a ojos de mi familia.

El lunes llegué tarde a la oficina. Había ido a comprar los zapatos para Harper. Me había llevado demasiado tiempo decidirme, pues no sabía qué estaba haciendo ni por qué. Por ello iba con retraso y me sentía irritado, y aún no estaba decidido a regalarle los zapatos. Lo siguiente que tenía apuntado en mi agenda era invitar a almorzar a Charles Jayne, como Harper había sugerido.

—Max, tengo a Margaret Hooper, la asistente de Charles Jayne, en línea para hablar contigo —graznó Donna por el intercomunicador.

—Gracias. —Me aclaré la garganta y cuadré los hombros. Los asistentes tenían mucho más poder del que la gente creía, y estaba seguro de que Margaret tenía un considerable poder sobre Charles Jayne.

Cogí el teléfono.

—Señorita Hooper, Max King, de King & Associates, al habla. —Noté, por su respuesta, que fue suave y cercana, que estaba contenta de que la hubiera llamado personalmente, de que no me hubiera limitado a pedirle a Donna que la llamara en mi nombre. Harper había hecho una buena sugerencia. Así que ahora que Margaret estaba de nuestro lado, necesitaba convencerla de que me permitiera llevar a Charles a comer.

—Como sabe, el señor Jayne me ha pedido que vaya a verlo el día 24. No quiero hacerle perder el tiempo.

—Y tiene razón, no tiene demasiado tiempo para nada, así que ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó.

—Quiero que la presentación sea lo más enfocada y útil posible. Por supuesto, es algo que me beneficia, porque le daré al señor Jayne lo que más necesita.

—En efecto, señor King —repuso ella en tono de escepticismo.

—Por favor, llámeme Max.

Casi podía ver su sonrisa al otro lado de Wall Street.

—Bien, Max, ¿qué es lo que quiere?

—Quiero crear una situación en la que todos ganemos. Si entiendo mejor qué es lo que el señor Jayne está buscando, entonces la presentación no será una pérdida de tiempo para nadie. Él quedará contento. Yo quedaré

contento. Si pudiera almorzar con el señor Jayne...

—El problema es que no tiene disponibilidad para almorzar con usted entre hoy y el día 24. Su agenda siempre está llena, desafortunadamente. — Su tono pasó de amigable y cordial a seco y conciso. No estaba seguro de si estaba siendo sincera o de si me estaba rechazando.

—Me encantaría ir a las oficinas de J. D. Stanley personalmente y llevarle el almuerzo al señor Jayne, si eso ayuda. —Sugerí—. Como alternativa, puedo reservar una mesa en La Grenouille si eso le va mejor.

—Lo siento. Si dependiera de mí, me encantaría buscar un hueco. Pero me temo que no está en mi mano. —Eso era un rechazo. Si no, habría dicho que se lo sugeriría a Charles Jayne y que ya me diría algo.

—Qué lástima... —Hice una pausa un segundo, barajando las opciones. ¿Valía la pena intentar presionar un poco más o me ganaría una reacción violenta?

Tal vez debía mencionar el nombre de Harper. Todavía no tenía claro qué era lo que pasaba entre Harper y su padre. No podía ser solo el hecho de que no le ofreciera un trabajo cuando se graduó. Ella ya me había confesado que las cosas iban mal entre ellos antes de eso.

Harper tenía claro que la razón por la que tenía un puesto en el equipo del proyecto era porque era la hija de Charles Jayne, ¿verdad? Así que entendía hasta cierto punto que estaba siendo utilizada. Tener a una becaria como segunda de a bordo en un asunto como ese no era algo usual. Pero al mismo tiempo había hablado de ello con Harper, y quería contar con su aprobación antes de tomar ninguna decisión.

Sin embargo, mi próximo movimiento debía ser rápido o Margaret colgaría... A la mierda. Era la guerra.

—Tenía la esperanza de que el señor Jayne disfrutara viendo a su hija en un ambiente profesional —solté. El silencio al otro lado de la línea me impulsó a continuar—. Tenía previsto que Harper Jayne se uniera a nosotros en ese almuerzo. Pero entiendo que el señor Jayne está muy ocupado.

—Por favor, espere un momento, señor King —respondió, y su voz fue rápidamente reemplazada por los acordes de Vivaldi.

¿Había sido el idiota que Harper me acusaba de ser? ¿Utilizarla para conseguir almorzar con Charles Jayne era peor que aprovecharse de decir que la oferta de Charles Jayne de concertar una reunión estuviera probablemente ligada al hecho de que Harper trabajaba en mi empresa? El

problema era que ninguno de nosotros estaba seguro de si había recibido la llamada de Charles Jayne por Harper. De todos modos, no había sido yo quien había jugado esa carta, ni siquiera sabía que eran familia. Todo lo que había hecho era aprovechar una oportunidad de hacer un negocio. ¡Joder!

Un almuerzo requería una interacción que iba más allá de lo profesional. No tenía ni idea de si Harper pensaría que no era para tanto almorzar con él —después de todo, había aceptado participar en el proyecto— o si me daría un rodillazo en las pelotas y renunciaría a todo.

Debí haber planificado esa llamada con más cuidado de antemano. Tal vez Harper debiera haber estado en el despacho mientras hablaba con Margaret. No era mi estilo. No sabía si Harper me había sacado de mi juego o si era la idea de conseguir a J. D. Stanley como cliente.

Tal vez, cuando Margaret regresara, insistiría en que la agenda de Charles Jayne estaba llena. Me llevé la mano al cuello y me pasé el dedo por el borde de la camisa almidonada. No debía haber actuado tan precipitadamente.

—Señor King, puedo hacer un hueco para usted el miércoles. El señor Jayne los verá a usted y a Harper a las doce y media en La Grenouille.

¡Joder! Esa era la respuesta que quería, pero me hacía sentir incómodo.

Esperaba haber hecho lo correcto.

Después de darle las gracias a Margaret, colgué.

Tal vez no era necesario que se lo dijera a Harper. Tal vez podía ir a almorzar por mi cuenta y disculpar a Harper diciendo que estaba ocupada en la oficina o enferma.

Pero estaba seguro de que Charles Jayne no había fundado un banco de inversión puntero sin tener capacidad de oler las mentiras a distancia. No. Tenía que confesarle a Harper lo que había hecho, y si no quería venir a almorzar, debía cancelarlo todo.

Dios, ¿por qué era tan jodidamente complicado? Había hecho lo que necesitaba para ganar. Si Harper y yo no hubiésemos follado, ¿la habría mantenido en segundo plano?

—¿Lo has conseguido? —preguntó Donna mientras traspasaba el umbral de la puerta.

Asentí y me recliné hacia atrás en la silla.

—El miércoles —informé.

—Bueno, ¿y por qué no pareces más contento por ello? Las cosas están

saliendo bien, tal y como las habías planeado.

Me froté la cara con las manos.

—Sí, tal vez...

—¿Qué te pasa? Es una gran noticia. —Cerró la puerta.

Donna tenía razón; eso era lo que esperaba. Lo que había sido mi objetivo final hacía solo tres semanas ahora estaba empañado por el conocimiento de que lo había obtenido usando a Harper.

La gente decía que era despiadado en los negocios, y puede que fuera cierto, pero nunca había sido deshonesto, y siempre trataba de hacer lo correcto. Quería ser alguien a quien mi hija pudiera admirar, respetar y emular de alguna manera. Quería que fuera ambiciosa y arriesgada. Pero mi mayor deseo era que creciera sabiendo lo que era importante, que se convirtiera en alguien que entendiera que la integridad y el trabajo duro eran el camino que había que seguir. No quería criar a una hija que vendiera su alma por un pedazo de pastel corporativo. Y había trabajado mucho para no ser ese tipo de ejecutivo. ¿Acaso estaba tirando todo eso por la borda?

Siempre había comprobado que los límites éticos estaban claramente dibujados en Wall Street, pero hoy esa línea se había vuelto más borrosa, y no estaba seguro de qué lado estaba.

En lugar de llamar al ascensor cuando llegué a casa después del trabajo, subí por las escaleras. ¿Estaba a punto de hacer una estupidez al regalarle esos zapatos a Harper?

Era muy posible.

Mis zapatos hacían ruido contra los escalones de metal, como si trataran de llamar la atención sobre mi ascenso, lo que era lo último que quería. La bolsa blanca de Jimmy Choo se balanceaba contra mi costado. Me había pasado una hora en aquella tienda de Bleaker Street antes de decidirme, y me habían hecho llegar la compra por la tarde al trabajo. Nunca le había comprado nada a una mujer que no fuera parte de mi familia, nunca. Pero desde el momento en que vi la mirada de alegría pura que iluminó la cara de Harper cuando eligió los zapatos de Amanda, había querido ver esa expresión de nuevo. La sentí emocionada, brillante y llena de entusiasmo. Y dado que era la hija de uno de los hombres más ricos de Nueva York, me había resultado agradable. Debería haber estado acostumbrada al lujo, pero de alguna manera se las había arreglado para hacer sentir especial a

Amanda.

Quería que se sintiera de la misma manera otra vez.

La dependienta había sido muy paciente conmigo. Pero había visto el par de zapatos que quería en cuanto entré. Eran como una versión adulta de los que le había comprado a Amanda. El tacón era más alto y fino, y las tiras más intrincadas, pero estaban cubiertas también por ese acabado brillante que las había vuelto locas el sábado tanto a Amanda como a ella.

Le había arrancado los botones de la blusa, así que se lo debía, ¿no? Recordar la imagen de sus pechos llenos cuando le rompí la blusa me inundaron la cabeza, y traté de borrarlos.

Pero tenía más de una razón para comprarle zapatos. Había encontrado un vestido para mi hija que había reducido al mínimo las posibilidades de que yo fuera a la cárcel por asesinar a cada chico de catorce años que la mirara. Tenía que agradecerse de forma adecuada, y los zapatos eran un regalo apropiado.

Cuando llegué a su piso, me detuve antes de abrir la puerta de incendios. Podía dejárselos en la puerta sin más. Quería que los tuviera más de lo que quería ser yo quien se los diera y ver esa mirada de placer en su cara. Al menos esperaba que fuera de placer. Comprar unos zapatos para una empleada no era algo apropiado para un jefe, aparte de que venían acompañados de un recordatorio de Las Vegas, y no estaba seguro de cómo reaccionaría a eso.

A ver si me atrevía de una vez.

Llamé tres veces a su puerta y flexioné los dedos, tratando de reprimir el zumbido que sabía que sentiría en las manos cuando ella apareciera. Era como si estuviera preprogramado para querer acariciarla cada vez que la viera.

Apareció unos segundos después, vestida con una mallas y una camiseta de Berkeley, con el pelo recogido en una coleta alta, un estilo que nunca la había visto usar en el trabajo. Me pareció impresionante.

—Hola —saludó un tanto boquiabierta.

—Hola. —Sostuve la bolsa en alto.

La miró frunciendo el ceño.

—¿Qué es eso? —preguntó, sin cogerla.

—Un regalo de agradecimiento. Por habernos acompañado el sábado y... Ya sabes, por renunciar a parte de tu tiempo libre durante el fin de semana.

Arqueó las cejas, y una sonrisa se inició en las comisuras de su boca.

—¿En serio? —preguntó—. Estuvo bien. No tienes que regalarme nada.

Y luego frunció el ceño.

No esperaba esa reacción. Quería hacerla sonreír, tal vez sentir sus manos en mi cabello cuando me besara.

—Vale. —Debía contarle lo del almuerzo, para olvidarnos de ese tema—. Y tengo algo que contarte.

Abrió la puerta y la seguí al interior de su apartamento. Dejó los Jimmy Choo bajo el perchero. ¿Ni siquiera iba a abrir la caja? Según se cerraba la puerta, supe al instante que había cometido un error. De repente estábamos de vuelta en Las Vegas. No podía dejar de mirarle el culo, ni de preguntarme si llevaba sujetador debajo de la camiseta. El zumbido que sentía en los dedos se hizo más fuerte, y tuve que respirar hondo para calmar mi pulso, cada vez más acelerado.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó.

—Claro, gracias. —Sujetar un vaso haría que tuviera las manos ocupadas, e impediría que se movieran por propia voluntad hasta el dobladillo de su camiseta en busca de la piel suave que había debajo.

Puso dos vasos en la diminuta encimera que separaba la cocina del salón mientras yo la miraba. No parecía molesta por mi presencia, se mostraba como si no supiera que yo me sentía atraído por ella.

Me dio un vaso de limonada y se apoyó en uno de los muebles de la cocina.

—Tú dirás... —dijo.

Puso sus pequeños y delicados dedos alrededor del vaso, y no pude evitar imaginarme lo que sería sentirlos, fríos por la bebida, bajando por mi pecho.

—Max —reclamó mi atención, y yo levanté la cabeza para mirarla—. ¿Qué tenías que decirme?

¡Joder! Cambié el peso de un pie al otro, tratando de recuperar el control.

—He seguido tu consejo y he llamado a la asistente de tu padre.

—Preferiría que no te refirieras a él como «tu padre».

Asentí. Cada vez me intrigaba más por qué no le gustaba ese hombre. No le hablaba, pero guardaba un expediente de sus inversiones de negocios. No quería tener nada que ver con él, salvo demostrarle que era digna de su atención.

—¿No crees que deberíamos hablar de eso? No entiendo vuestra relación.

Y me gustaría hacerlo.

—¿Hablar de los padres de tus empleados con ellos es algo que haces normalmente? —preguntó, con el ceño fruncido. Se apartó del mueble en el que estaba apoyada y se acercó a mí, haciéndome saber claramente que quería que me quitara de su camino para poder salir de la cocina. Nuestros cuerpos estaban cerca, sentí el calor de su aliento contra mi camisa. No me moví. Me gustaba tenerla cerca. Quería más.

Le pasé el dedo por el cuello expuesto, y separó los labios, pero cuando sus ojos se encontraron con los míos, pasó de largo.

Cuando me volví, la encontré junto a la puerta.

—Deberías marcharte —dijo con los ojos clavados en el suelo.

—Debería... —convine. Pero no quería hacerlo. Quería quedarme y quitarle la camiseta, hacer que se inclinara sobre el sofá y hundirme en ella. Me acerqué a ella y le puse la mano en la cadera.

—¿Qué tenías que decirme?

¡Ah, sí! El almuerzo... La presencia de Harper era como una especie de niebla que nublaba mi cerebro y mi juicio.

Me puso la mano en el brazo y la subió hasta mi hombro. Tuve que obligarme a respirar.

—¿Max?

Su tono ahogado reclamó mi atención.

—Llamé a la asistente de Jayne. Me hizo un hueco en su agenda. — Dando medio paso más, moví la mano desde su cadera hasta la pequeña curva de su espalda.

Arqueó las cejas al tiempo que alzaba la cabeza para mirarme.

—Eso es bueno, ¿no?

Asentí.

—Pero parecía estar muy ocupado hasta que le dije que comerías con nosotros.

Dejó caer la mano de mi hombro y dio dos pasos a un lado.

—Y por eso estás aquí. Con un regalo. Y sin parar de tocarme.

Di un paso atrás, retirando los dedos de su cálido cuerpo.

—¿Qué? No. —¿Era eso lo que parecía? ¿Que estaba tratando de sobornarla? ¿De seducirla para que aceptara almorzar ese día?—. ¡Dios, sé que piensas que soy imbécil! Pero no es eso.

Se encogió de hombros. ¿No me creía? ¡Joder! Por eso era mejor que las

líneas estuvieran claramente trazadas, saber que los negocios eran los negocios y que follar era follar. No debía haber ido allí.

—No vengas a almorzar. —Abrí la puerta—. Regalarte esos zapatos no tenía nada que ver con el trabajo. Los compré antes de llamar a tu padre. — Y mi deseo por ella no tenía nada que ver con Charles Jayne. Era algo que provocaba ella sola.

¡Dios!, no debí haberle comprado los zapatos. No debí haber ido allí. Salí de su apartamento

—Max —me llamó, y yo no respondí; cerré la puerta con firmeza a mi espalda.

11

HARPER

Me detuve junto al escritorio de Donna, con los hombros erguidos, preparada para la guerra.

Eran las once y cincuenta. Teníamos que irnos ya si queríamos estar en el centro de la ciudad a tiempo para almorzar con mi padre, pero Max no estaba en su despacho.

No había hablado con él desde que se había ido de mi apartamento. Había esperado que Donna me enviara una solicitud para la reunión o que me convocara a la oficina de Max para decirme que ir a almorzar con mi padre y con Max era por el bien del equipo. La cosa era que me hacía feliz hacerlo. Vale, no me hacía feliz, pero estaba preparada para almorzar con mi padre. Quería que me viera en el equipo ganador. Un almuerzo de ese tipo solo podía ayudar a mi objetivo porque significaba que teníamos más posibilidades de tener éxito.

Había elegido un vestido azul marino ajustado a la cintura, justo por encima de la rodilla, con el cuello redondo, y una chaqueta sin cuello a juego. Era mi traje de la suerte, pues lo había usado para la entrevista, y lo más parecido a Prada que podía permitirme.

—Donna, tengo que irme —dijo Max mientras pasaba por delante de mí para entrar en su despacho. Donna lo siguió con el dossier que había en su escritorio.

Max apareció en la puerta de nuevo.

—Harper —me saludó, colocándose el cuello de su chaqueta azul marino. Quise dar un paso adelante y pasar mis dedos sobre la tela para alisarla. Iba impecable. Como siempre.

—¿Estás preparado? —le pregunté.

Solo asintió, y fuimos hacia los ascensores.

—Buena suerte —nos deseó Donna desde su mesa.

Nos quedamos de pie, esperando en silencio los ascensores, rodeados de

empleados de King & Associates.

Pensé que quizá debía darle las gracias por los zapatos. Seguramente me consideraba una desagradecida, pero no era así. El regalo me había pillado desprevenida y me había hecho recordar los extravagantes regalos que mi padre solía enviarme cuando era una niña para tratar de compensar el hecho de que se había olvidado de mi cumpleaños o no había aparecido a visitarme cuando había dicho que lo haría.

Tal vez fue cuando desenvolví los preciosos Jimmy Choo lo que me hizo cambiar de opinión, pero mientras pensaba en ello, se me ocurrió que quizá Max no entendía que no había estado oportuno. El regalo había sido de agradecimiento, no de soborno. Era posible que no se hubiera dado cuenta de que parecía que estaba tratando de manipularme con regalos. Con esa certeza alcancé a entender en parte su extraño comportamiento del sábado. Me percaté de que, por alguna razón, se había sentido un poco incómodo conmigo. Eso, evidentemente, no le impedía tratar de seducirme o follarme. Pero dejando a un lado la seducción y el sexo, no parecía demasiado seguro, así que improvisaba.

Cuando nos acomodamos en el taxi, que comenzó enseguida a atravesar a toda velocidad la ciudad hacia nuestro destino, empezamos a hablar al mismo tiempo.

—Quería decirte que lo siento —me disculpé.

—Gracias por venir —dijo.

Nos miramos, y él esbozó una sonrisa.

—Los zapatos son preciosos —dije.

Miró hacia otro lado.

—Fue algo inapropiado. No debería haberlo hecho. —Se pasó la mano por el pelo, y no pude más que admirar sus largos dedos, pues sabía lo que era sentirlos por todo mi cuerpo.

—Me pareció muy agradable.

—El sábado me dio la impresión de que te gustaban los de Amanda.

Sonreí. Los míos eran más altos, más brillantes, más sexis que los de su hija.

—Y sé que te hicimos perder el tiempo. Renunciar a tu tiempo libre fue...

—No fue para tanto. —No podía admitir que había pensado que él pasaba de su hija y que había querido salvarla de la apatía de su padre. No podría haber estado más equivocada. Me había quedado muy claro que adoraba a

Amanda, y ella a él. El rey de Wall Street tenía una identidad secreta en Connecticut como padre soltero y hombre de familia.

Nos habíamos tocado, besado y follado cuando solo lo consideraba un ególatra profesional, despiadado y arrogante. Pero de alguna manera inexplicable, su vida hogareña fuera del trabajo lo hacía más atractivo. Y sabía que tenía que luchar contra ello.

—Y gracias por venir hoy. Pensaba que no me ibas a acompañar — confesó.

Admiré el hecho de que no me hubiera invitado a almorzar de nuevo, que no hubiera intentado insistirme. Pero no lo necesitaba. Quería estar presente.

—Ya te lo he dicho. Deseo que esto salga bien tanto como tú. Solo que por diferentes razones.

—¿Nunca te has llevado bien con tu padre..., lo siento, con Charles Jayne?

Respiré hondo. No quería hablar de ello. Ni en ese momento ni en otro.

Me encogí de hombros, y él no me presionó a decir nada más. Permanecimos allí sentados, con las ventanillas bajadas, mientras los ruidos de Manhattan llenaban el silencio entre nosotros. Debería haber resultado incómodo. Estaba segura de que si no nos hubiéramos acostado, habría tratado de mantener una conversación educada, tal vez incluso habría tratado de impresionar al jefe. Pero de alguna manera todo eso parecía innecesario en ese momento. Incluso ridículo.

En el restaurante sonaba el runrún de las charlas mientras me deslizaba en el asiento de terciopelo rojo. Habíamos sido los primeros en llegar a nuestra mesa, lo cual había supuesto un alivio, porque tuve un poco de tiempo para recomponerme. Hacía años que no comía en La Grenouille, desde la última vez que había visto a mi padre. El lugar no había cambiado en absoluto.

—Esto es muy... —Max miró a nuestro alrededor, con el ceño fruncido y los labios apretados. Estaba segura de que Max era un tipo del Cuatro Estaciones, un hombre que apreciaba y prefería algo más chic y moderno. La decoración en La Grenouille resultaba anticuada. El papel de la pared era dorado y crema, y las lámparas de cristal proporcionaban una luz amarilla que caía sobre los clientes como una pesada manta. El resto de Nueva York celebraba el siglo XXI mientras que allí estábamos fingiendo

que nos encontrábamos en la Francia del siglo XIX.

Tuve que reprimir una risa.

—¿No habías estado aquí antes? —pregunté.

—No. —Frunció el ceño—. Y ahora sé por qué. —Cogió la servilleta y se la puso en el regazo—. Aquí todo es tan viejo como... —Antes de que Max pudiera terminar su frase, el *maître* se acercó con mi padre, que llegaba puntual.

Max se puso de pie, pero mi padre me saludó primero.

—Harper, ¿cómo estás? —preguntó mientras yo me echaba hacia delante para recibir su beso en la mejilla. Sin duda, el orden del saludo era una artimaña para que Max se sintiera lo menos importante posible, aunque imaginé que a Max le importaría una mierda. De hecho, habiéndolo visto con su hija, probablemente pensaba que sería raro de otra manera.

—Y tú debes de ser Max King —adivinó mi padre, dando un paso atrás y tendiéndole la mano, que Max le estrechó.

Había envejecido desde la última vez que lo había visto. Todavía seguía siendo guapo, pero tenía el pelo más canoso, y nunca le había notado tantas ojeras. Seguía siendo tan atractivo que me pregunté si había sido su apariencia lo que había seducido a mi madre y a todas las demás mujeres, más que el dinero o el poder.

—Entonces, Harper —dijo mi padre, cogiendo el menú que le tendía el camarero—, estás trabajando en King & Associates.

Miré a Max, y luego a mi padre.

—Sí. Desde hace unos tres meses.

Asintió y dejó el menú en la mesa, pero no respondió. El silencio era incómodo, pero yo no sabía qué decir. No quería saber nada de él, así que ¿qué sentido tenía hacerle cualquier pregunta? Estaba segura de que si decía algo, saldría escaldada y malhumorada, porque así era como me sentía.

—Estamos encantados de contar con ella. —Fue Max quien llenó el silencio.

Mi padre arqueó las cejas.

—¿Por qué no me lo habías contado?

¿Qué, se había olvidado de que no hablábamos? De vez en cuando intentaba darme dinero a través de sus abogados, y yo me negaba rutinariamente. Ese era el alcance de nuestra relación.

—Ha hecho algunos de los mejores trabajos que he visto de una becaria

—dijo Max, reclinándose. Era, evidentemente, una exageración; aún recordaba todas las marcas de bolígrafo rojo que habían salpicado el informe sobre Bangladesh, pero supuse que Max pensaba que eso ablandaría a mi padre.

Mi padre no respondió. Intenté no girar la cabeza, porque no quería que fuera obvio que estaba mirando a Max, pero quería ver la expresión de su cara. ¿Se sentía tan incómodo como yo?

—Lleva usted años aspirando a convertirme en su cliente, señor King —comentó mi padre, arreglándose la corbata—. ¿Ha contratado a mi hija por esa razón?

Max se tomó su tiempo antes de responder.

—He tenido mucha suerte de conseguir a alguien con tanto talento. Es inteligente y trabaja mucho. —Max sonrió—. En realidad me siento muy contento de que no haya logrado usted convencerla para que trabaje en J. D. Stanley —dijo como si no acabara de soltarle el mayor cumplido de la historia de los cumplidos al revés, y quise sonreírle, tocarlo, darle alguna indicación de que apreciaba su apoyo—. Pero, para responder a su pregunta, no tenía ni idea de que era su hija hasta después de que habláramos por teléfono. No es algo que haya mencionado antes.

—¿En serio? —preguntó.

—Lo primero que debería saber de mí —dijo Max mientras se inclinaba hacia delante— es que yo no miento.

—Pero hace tiempo que quiere que sea su cliente —dijo mi padre.

—En eso tiene razón. Es algo que deseo. Al igual que el resto de mis competidores.

El camarero nos llenó los vasos de agua y yo acerqué el mío hacia mí antes de pasar el dedo por el borde.

—Usted es un poco más tenaz que los demás. Un poco más dispuesto a hacer lo que sea necesario —comentó mi padre.

—Me alegro de que haya notado mi tenacidad —repuso Max—. Es lo que ha ayudado a hacer de King & Associates la empresa de investigación geopolítica con más éxito de Estados Unidos. —Mi padre me miró y yo bajé la vista a mi regazo—. Eso y la calidad del trabajo que hacemos.

Estaba claro que a Max no le faltaba confianza, y con razón. Debía sentirse orgulloso, y en ese momento yo estaba más que satisfecha de conocerlo.

—¿Sabía usted que Harper estaba trabajando con nosotros cuando me llamó? —preguntó Max, cambiando las tornas. Me sentía desesperada por conocer la respuesta a esa pregunta. Dada mi experiencia, las acciones de mi padre eran motivadas casi siempre por razones egoístas, y si había llamado a Max porque sabía que yo trabajaba en King & Associates, yo no entendía por qué.

—¿Cambiará algo mi respuesta? —preguntó mi padre.

—Por supuesto que no. Sé que cuando pueda valorar nuestro trabajo y entienda lo que podemos hacer por usted, la razón por la que me haya llamado ya no importará.

Mi padre se llevó el puño a la boca y tosió con discreción.

—Se comenta que es el mejor en lo que hace. —Hizo una pausa—. Y esa es la razón por la que le llamé. No sabía que Harper trabajaba para usted hasta que se lo dijo a Margaret.

Tomé un trago de agua. Estaba segura de que mi padre estaba diciendo la verdad. ¿Por qué iba a saberlo? Hasta ese momento no se había interesado por mi vida; ¿por qué iba a cambiar ahora?

—¿Te gusta tu trabajo, Harper? —preguntó.

Asentí.

—Me encanta. Elegí trabajar en King & Associates porque son los mejores. No presenté el currículum en ningún otro sitio. —Sentí la mirada de Max clavada en mí. Trabajar con él se había convertido casi en una obsesión, y había estado completamente decidida a conseguir un trabajo con él. Había adaptado mis proyectos en la escuela de negocios a todo lo que había pensado que llamaría la atención de King & Associates cuando presentara mi currículum, e incluso había visitado el vestíbulo del edificio donde estaba su sede cuando viajé a Nueva York para ver a Grace el fin de semana del 4 de julio el año anterior. Siempre había sabido que yo debía formar parte de King & Associates.

—Ya sabes que puedes hacer lo que quieras con el dinero de tu fondo fiduciario ahora que tienes veinticinco años. No tienes que trabajar en nada, si no quieres —dijo mi padre, alisándose la parte delantera de su corbata.

¿Estaba realmente hablando de mi fondo fiduciario delante de mi jefe? ¿El fondo fiduciario con el que yo no quería tener nada que ver? ¿Estaba tratando deliberadamente de hacerme sentir avergonzada? ¿De que Max se sintiera incómodo? Pensaba que estábamos allí para hablar de negocios.

—Quiero trabajar en King & Associates. He luchado mucho para tener esa oportunidad. Y no necesito tu dinero. —¿Era tan difícil para él creer que yo era lo suficientemente buena? ¿Que quería trabajar con Max? Ese almuerzo debía tratar sobre negocios, tendría que estar empezando a demostrarle a mi padre que no necesitaba su fondo fiduciario—. ¿Puedo preguntarte por qué estás pensando en subcontratar parte de la investigación de inversiones geopolíticas en este momento? ¿Ha cambiado tu perspectiva? —pregunté.

Clavé los ojos en Max, que asentía, alentando mi pregunta, y me permití relajarme un poco.

Mi padre suspiró.

—Bueno, creo que es bueno mantener alerta a la gente que trabaja para uno, y he estado siguiendo lo que hace King y he pensado que me gustaría saber un poco más al respecto.

Me mantuve callada durante el resto del almuerzo, concentrándome en las respuestas que mi padre daba a las preguntas de Max, grabándolas en mi memoria. Intenté olvidarme de que el hombre que se sentaba en la esquina estaba genéticamente relacionado conmigo y me concentré en él como cliente.

Era la primera vez que veía a Max en acción, y, observándolo, era fácil entender por qué tenía tanto éxito. Poseía un encanto fácil que hacía que mi padre le revelara cosas que no estaba segura de que hubiera planeado revelar. Y Max lo hizo todo sin facilitar nada de sí mismo. Dejó que mi padre dominara la conversación en términos de número de palabras dichas, pero la forma en la que Max lo empujaba hacia ciertos temas significaba que Max era el que movía los hilos.

Era tan brillante como decían.

Yo sabía que era inteligente, pero no esperaba el resto: el carisma, el control. Era como ver a un mago trabajando, lanzando hechizos sobre la gente para que le contaran sus secretos.

—Y, por supuesto, Harper trabajará en la presentación —comunicó Max, llamando mi atención mientras lo miraba. Yo le sonreí a mi padre de soslayo.

—¿En serio? —preguntó, y parecía sorprendido—. ¿Con tan poca experiencia?

Genial. Otro insulto delante de mi jefe. Me pregunté si sabía que no tenía

que verbalizar cada idea que se le pasaba por cabeza.

Lo peor de todo era que estaba bastante segura de que no lo había dicho para tratar de menospreciarme. Tenía tan poca consideración por mis sentimientos que no se le había ocurrido que estaba resultando hiriente.

—Sí, señor. He puesto a mi mejor gente a trabajar en esta cuenta —dijo Max.

—Bien, si eres tan bueno como dices que eres, debería confiar en tu juicio —respondió mi padre, y sonrió con firmeza.

Miles de recuerdos sobre él, de esperar la llegada de su coche en mi cumpleaños o una llamada por Navidad, interrumpieron mi concentración. El valioso regalo que a veces llegaba después para disculparse por no haber aparecido me engañaba y conseguía que me volviera a ilusionar con él hasta la siguiente vez que me decepcionaba. Estaba notando el mismo nudo apretado que se me hacía en el estómago cuando mi madre se disculpaba por su ausencia en la función de baile o en las obras de teatro del colegio. Y cómo se me calentó la piel por la humillación que sentí cuando supe que le había ofrecido a mi hermanastro menor un trabajo en J. D. Stanley justo después de su graduación.

Había pensado que no sentiría nada si lo veía en un almuerzo después de todo el tiempo que había pasado, que podríamos tener tratos de negocios.

Pero su abandono había sido demasiado doloroso para olvidarlo.

No debería haber asistido al almuerzo. Había sido como abrir una vieja cicatriz. Él no merecía mi tiempo ni mi atención. No merecía que sangrara por él. Ya no.

De pie en la cocina, me serví un poco de Patron en un vaso de chupito con un dibujo del Golden Gate que había puesto en la encimera y dejé la botella al lado. El tequila haría que el día se desvaneciera y me ayudaría a dormir.

Max había ido a otra reunión en el centro de Manhattan después del almuerzo, dejando que volviera a Wall Street por mi cuenta. Había agradecido disponer del espacio, del tiempo para recomponerme antes de volver a la oficina. No había podido hacer nada productivo durante el resto de la tarde, y me había pasado el tiempo mirando el reloj, deseando que se acelerara. Me fui tan pronto como pude para poder volver a casa y beber.

Y allí estaba con el tequila. El alcohol me haría olvidar la sensación de pérdida, de abandono, de vergüenza al ser consciente de que él aún tenía el

poder de herirme.

Llamaron a la puerta justo cuando cogía el vasito. Podía tratarse de Grace, pero era poco probable, dado que ella habría llamado antes para asegurarse de que estaba en casa. No, sería Max.

Pensar en el cuerpo duro de Max sobre el mío, penetrándome, llenándome, sonaba todavía mejor que el tequila.

Abrí la puerta de par en par, para invitarlo a entrar. Traspasó el umbral y dejé que la puerta se cerrara de golpe.

—Hola. Solo quería comprobar...

—¿Quieres un trago? —pregunté.

Cuando entrecerró los ojos y negó con la cabeza, me di la vuelta y fui a la cocina.

Cogí el vaso, y antes de que pudiera llevármelo a los labios, Max me lo quitó de la mano.

Esperaba que vaciara el chupito, pero en vez de eso, arrojó el vaso y su contenido al fregadero. El sonido del vidrio roto golpeando el metal resonó en el silencio entre nosotros.

Fingí haber visto que él no acababa de hacer eso, y metí la mano en el armario para sacar otro vaso de chupito con el Space Needle estampado. Lo llené de tequila, y luego lo agarré con fuerza para que Max no pudiera quitármelo. Me lo arrancó de la mano como si no hubiera opuesto ninguna resistencia.

—No lo rompas —le dije cuando fue a tirarlo al fregadero—, ese me gusta.

—El alcohol no ayudará —dijo, vertiéndolo en el fregadero y dejando el vaso en el fondo. Luego cogió la botella y la tapó.

Yo me crucé de brazos.

—Eres muy aburrido. —Era consciente de que sonaba como una adolescente, pero él estaba acostumbrado a ello.

Dejó la botella encima de la nevera y se acercó a mí.

—Lo sé. —Me levantó la barbilla y me miró—. ¿Cuánto has bebido?

Me encogí de hombros, sin querer decirle que él había puesto fin a mi diversión antes de que empezara.

—Dímelo, Harper. —Me pasó el pulgar a lo largo de la mandíbula, en un gesto áspero e íntimo a la vez. Mi cuerpo se relajó como si hubiera tomado el tequila al final, y cerré los ojos después de parpadear.

Dejé caer los brazos.

—Nada.

Asintió y me abrazó, envolviéndome con sus largos brazos, envolviéndome en ese aroma que ahora asociaba con el sexo, el confort y la paz. Dejé que me abrazara, apretando la cara contra su pecho y los brazos alrededor de su cintura.

—No soy psicólogo, pero creo que hoy han salido a la palestra algunos temas sensibles. —Me apretó con un poco más de fuerza cuando no le contesté—. ¿Quieres hablar de ello en vez de beber?

—Sin duda no —respondí. El hecho de que él estuviera ahí, abrazándome, hizo que todo pareciera mucho mejor—. Siento lo de los zapatos. Son preciosos y me encantan. A veces no se me da bien aceptar los regalos.

Se rio.

—¿Puedo preguntar por qué?

Me encogí de hombros, y él no me preguntó nada más.

Permanecemos en la pequeña cocina de mi apartamento durante lo que me parecieron horas, abrazándonos.

—Estoy bien. —Logré decir finalmente. Y su pecho amortiguó mis palabras. Suspiró, y noté que su caja torácica subía y bajaba contra mis pechos.

—Debería irme —afirmó, pero no me soltó.

—No —susurré.

—No quiero. —Parecía cansado. Como si, al abrazarlo, le hubiera robado parte de su energía—. Y esa es la principal razón por la que debería irme. Dijimos que no habría más viajes a Las Vegas.

Lo habíamos cumplido, y había sido lo correcto. El problema era que cuanto más tiempo pasaba con él, más tiempo quería estar.

—Entonces, vayamos a otro lugar —sugerí, pasándole las manos por la espalda, moviendo las caderas provocativamente.

—Harper —susurró.

—Aruba —dije—. O París.

Bajó la cabeza y me besó en el cuello. Las rodillas se me debilitaron por el alivio. Era lo que había estado esperando desde que había llegado, desde el almuerzo..., desde la última vez que me había tocado.

—O quedémonos aquí —susurré, arrastrando los dedos por sus costados y alrededor de su cuello—. Bésame. Quédate aquí conmigo.

Me agarró el culo y me frotó los labios con los suyos, primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Yo quería más; lo quería a él. No sabía si estaba tratando de atormentarme o todavía sopesaba las ventajas y desventajas de estar conmigo de nuevo.

Deslicé las manos por su pecho y me agarró las muñecas antes de que pudiera empezar a convencerlo de que se quedara.

—Me deseas, ¿eh? —preguntó al tiempo que me ponía las manos en la encimera, a mi espalda.

Quería olvidar ese día.

—Bésame.

—Piensas que esto podría hacerte sentir mejor por lo que ha ocurrido hoy. Pero no es así —dijo, sin apartar los ojos de mi cara—. Se trata de esto. —Sus manos recorrieron mis brazos y me acariciaron la cara—. De lo que sientes cuando te toco. —Se echó hacia delante y me dio un beso en la comisura de los labios, jugando conmigo, haciéndome esperar—. De lo mucho que necesitas que te folle, incluso más de lo que necesitas tu próximo aliento. —Me separó las piernas con las rodillas.

No podía discutir con él. Nada de lo que decía era mentira.

Lo deseaba. Cada segundo. Desde antes de conocerlo.

Incluso cuando pensaba que era un imbécil, lo deseaba.

Pero no iba a admitirlo.

Me retorcí cuando deslizó la mano por la cintura de mis *leggings*, cuando sus insistentes dedos indagaron dentro de mis bragas.

—¿Ves? —preguntó—. Ya estás mojada.

Pasó dos dedos entre mis pliegues, desde mi clítoris hasta mi entrada, sin proporcionarme alivio alguno. Contoneé las caderas para intentar sentirlo más profundamente, más intensamente.

—Admítelo —dijo—. Admite cuánto me deseas.

Quitó las manos de la encimera, donde él las había colocado, y agarré su camisa con fuerza, destrozando los botones.

—No —dijo, quitando las manos de mi ropa interior y apartándolas.

Me quejé con frustración.

—Admítelo —dijo.

—Quiero que me follen. —Y era cierto.

—Eres la mujer más exasperante que conozco. E implica un listón muy alto teniendo en cuenta a las mujeres de mi vida. —Me levantó la camiseta,

haciéndome estremecer cuando me rozó la piel con las palmas de las manos—. ¡Joder...! —suspiró cuando se dio cuenta de que no llevaba sujetador—. Dímelo. Dímelo ya.

—¿Quieres sentirte especial? —pregunté, burlándome de él—. ¿Necesitas saber que las mujeres te desean más que a nadie?

Negó con la cabeza lentamente.

—Solo contigo. Necesito escucharlo de ti.

—¿Por qué? —insistí mientras se inclinaba para capturar un pezón con la boca para dar vueltas con la lengua sobre él mientras tiraba con los dedos del otro.

—Porque es la verdad —dijo, y me besó de nuevo en los labios—. Porque es lo que siento cuando pienso en ti, cuando estás cerca.

El calor corrió hacia mis miembros, y le rodeé el cuello con los brazos, mirándolo a los ojos. Me observó fijamente y me levantó hasta sentarme en la encimera.

Asentí.

—Es verdad. Te deseo a ti —confesé. Las palabras sonaban tiernas al decirlas. ¿Se había dado cuenta?

—Lo sé —afirmó, y dirigió la mirada a mi boca justo antes de apretar los labios contra los míos. Suspiré aliviada. Una capa de calma nos envolvió como si nuestras mutuas admisiones nos hubieran unido. Mi lengua encontró la suya, y en lugar de ser urgente y posesiva, me permití ir a su ritmo. Lo animé a seducirme.

Se echó hacia atrás y me dio un beso en la nariz.

—Si todavía llevas ropa, estoy haciendo algo mal —aseguró mientras tiraba de mi cintura.

¿Qué acababa de admitir ante él? ¿Había dicho que quería más? No estaba segura, pero solo podía concentrarme en sus dedos, que me bajaban los *leggings*, en la mirada vidriosa de sus ojos mientras examinaba cada centímetro de mi piel como si no pudiera creer lo que estaba viendo. Nada más parecía importar.

Cuando mi ropa cayó al suelo, me bajó de la encimera y me acompañó a la cama. Cuando habíamos estado juntos en ocasiones anteriores, ambos habíamos actuado como si fuéramos contrarreloj. Tirando el uno del otro, desesperados por hacernos sentir bien lo antes posible por si acaso alguien tocaba la campana y nos decía que nuestro tiempo se había acabado. En ese

momento era diferente. Nuestros besos eran perezosos, nuestros movimientos lánguidos. Pasó las palmas por mi cuerpo y llevó una mano al interior de mi muslo mientras se tumbaba a mi lado.

—Todavía llevas corbata —susurré.

—Como ya he dicho, eres una de las becarias más brillantes con las que he trabajado.

Sonreí y estiré la mano, le quité la corbata del cuello, abrí los dos botones superiores de la camisa y deslicé la mano contra la piel, justo debajo de su cuello. Suspiré. Él haría que el día de hoy desapareciera.

Rápidamente, se puso de pie y se desnudó por completo en segundos, lanzando su traje de tres mil dólares detrás del sofá. Luego, sin preguntar, abrió el cajón de mi mesita de noche y sacó un condón.

—¿Estás saliendo con alguien? —preguntó mientras se unía a mí en la cama—. No. No respondas a eso.

Le acaricié la mejilla y me miró.

—¿Estás saliendo con alguien tú? —pregunté yo.

—No —respondió—. Es que...

Le pasé el pulgar por los labios. No necesitaba darle explicaciones. No me importaba, porque fuera lo que fuera que estuviera pasando en su mundo, o en el mío, quería que esto sucediera. No quería pensar en el mañana, ni considerar las consecuencias. Quería beber de la forma en la que sus ojos, su lengua y sus manos parecían adorarme.

Se echó hacia delante y me besó, capturando mi labio inferior entre sus dientes antes de mordérmelo hasta que me dolió, y luego buscó mi lengua con la suya. Pensé que podría estar besándolo siempre, que, si se le cayera la polla, podría ser feliz durante el resto de mi vida solo con su lengua. Sin dejar de besarme, se puso el condón.

—Me encantan tus besos —confesé antes de tener tiempo para pensar que tal vez eso era algo que no debía decir.

Gimió contra mi boca.

—¿Y qué más? —preguntó al tiempo que rozaba con la punta de los dedos el interior de mi muslo.

—Tus dedos, tu cara, tu polla. —Las palabras salieron de mi boca, y antes de que tuviera tiempo de retirarlas, él estaba sobre mí, penetrándome, lenta pero muy profundamente. Levanté las rodillas todo lo que pude, abriéndome lo más posible para él.

—¿Así? —preguntó mientras hacía una pausa en mi interior.

Asentí, con los dedos clavados en sus hombros.

—Relájate —dijo—. Solo somos tú y yo.

Solté el aire. Éramos solo él y yo. Nada más importaba.

Abrió más los ojos, como si me preguntara si estaba preparada, y yo le puse las manos por el culo en respuesta. Se retiró casi tan despacio como me había llenado y yo gemí, abrumada por las sensaciones.

—Harper —susurró—. Mírame.

Vi cómo me penetraba. Levanté la vista y él se hundió de golpe mientras yo me aferraba a sus brazos.

—Adoras mi polla. Lo has dicho, nena, y ahora la vas a tener. Voy a darte todo lo que necesitas.

Se sumergió en mí, y esta vez no me dio tiempo para recuperarme antes de que se retirara y volviera a hundirse. Gimió con los dientes apretados.

Solo podía pensar en lo que le hacía sentir.

Ese hombre, del que parecía que Gucci hacía trajes solo porque existía, gemía por mí.

Ese hombre, cuyos hermosos ojos verdes les decían a todos los que lo conocían que era el jefe, me estaba follando.

Ese hombre, que gobernaba Wall Street, que ostentaba el poder que se ocultaba detrás del rendimiento de los principales bancos inversores de Manhattan, tenía que concentrarse para no correrse demasiado rápido por mi culpa.

Tenía al rey de Wall Street rendido a mis pies.

—Dios, Harper...

Le empujé para que se detuviera. Los dos íbamos a corrernos en unos segundos si seguíamos así. Me moví debajo de él.

—¿Qué? Era perfecto —protestó.

—Demasiado perfecto —respondí, y me puse boca abajo. Verlo tan descontrolado me empujaría al límite demasiado pronto.

Deslizó las manos bajo mis muslos y tiró de mí hacia él, directa a su polla. Se me arqueó la espalda cuando el placer me recorrió las piernas, rebotó en la punta de mis pies y luego irradió al resto de mi cuerpo. Me apoyé sobre las manos, tratando de participar de alguna manera, pero no pude.

—Eres tan estrecha... Eres tan perfecta... —gimió.

En unos segundos llegaría al borde; el cambio de posición no había hecho

nada para amortiguar mi deseo de él, para evitar mi orgasmo. Su contacto hacía que todo fuera igual de intenso.

—¡Max! —grité.

Me penetró de nuevo, más fuerte.

—Otra vez —gimió con la voz ahogada.

—Max. Por favor. Dios. Max. —No pude aguantar más tiempo.

Mientras bajaba en espiral desde mi clímax, Max gritó mi nombre y se desplomó sobre mí, encima de mi espalda, y luego rodó hacia un lado, arrastrándome con él.

OceanofPDF.com

12

MAX

Cuando salí del cuarto de baño, descubrí que Harper no había movido un músculo. No podía culparla; habíamos pasado la mayor parte de la noche follando y estaba exhausta.

—Por lo que he visto hoy, tu padre no se rinde.

Harper se tapó la cara con la sábana.

—¿En serio? ¿Estás ahí, desnudo como Dios te trajo al mundo, mirándome mientras todavía tengo tu semen entre las piernas, y vamos a hablar de mi padre?

—No tienes mi semen entre las piernas. Acabo de tirar el condón.

Salió de debajo de la sábana para mirarme con el ceño fruncido.

—Lo he dicho en sentido figurado.

Me parecía tan impresionante su aspecto cuando se cabreaba conmigo que me olvidé rápidamente de lo que estábamos hablando.

—Estás guapísima. —Me arrastré por el colchón. Quise acercarla a mí, pero me golpeó en el brazo y se fue al baño.

—No aceptas dinero de él, ¿verdad? —le dije a su espalda. Se pagaba su apartamento, su ropa. No estaba recibiendo ninguna ayuda, por lo que podía ver. Me gustaba eso de ella. Era independiente. Incapaz de ser comprada.

—¿Por qué lo preguntas? —Apareció en la puerta del baño y se apoyó con una mano en el marco, totalmente indiferente a su desnudez. Me gustaba mucho eso de ella. Me gustaba la forma en que se redondeaban sus caderas, enfatizando su pequeña cintura. Me gustaba la forma en que sus tetas sobresalían como si quisieran unirse a la conversación. Mi polla se puso dura.

—¿Max? —me dijo, y yo levanté mi mirada hacia la suya—. Eres un perverso.

—Estás desnuda. ¿Qué voy a hacer aparte de mirarte?

—No lo sé, ¿contestarme?

Incluso su sarcasmo me ponía duro.

Se retiró el pelo hacia atrás como si fuera a sujetárselo, lo que hizo que sus pechos se elevaran y su abdomen se alargara.

—Ven aquí antes de que empiece a masturbarme.

Se soltó el pelo y se acercó a la cama. La agarré, tirando de ella hacia abajo, contra mí, y envolví sus piernas con las mías, apretándola contra mi pecho. No podía acercarme lo suficiente para saciar mi sed de ella.

—Tienes razón. No acepto dinero de él. Sí empecé a hacerlo cuando fui a la universidad. Me imaginé que al menos me debía eso. Pero no me gustaba cómo me hacía sentir. No conocía a ese hombre.

La acerqué más a mí. En el almuerzo se habían comportado como extraños; él le hacía las preguntas más básicas, preguntas cuya respuesta cualquier padre debería saber. No había afecto por parte de Harper. Era el tipo de hombre que yo nunca había querido ser para Amanda.

—¿Se divorció de tu madre? —pregunté.

—No. —Soltó el aire bruscamente—. Para empezar, nunca tuvo la decencia de casarse con ella.

¡Oh!

—Pandora y yo tampoco nos casamos —respondí.

—Sí, me lo dijiste. ¿No querías casarte con ella? —preguntó. Después de haberla visto con su padre, me pregunté si hacía mucho tiempo que quería hacerme esa pregunta.

Me puse un brazo detrás de la cabeza.

—Ninguno de los dos quería casarse.

—Pero tú querías a Amanda. Quiero decir, que te mantuviste en contacto con ella.

Pasé el pulgar por encima de su cadera.

—Claro. Pandora y yo hablamos de casarnos, y no tengo claro por qué no lo hicimos. Los dos estábamos a punto de empezar la universidad y tal vez sabíamos que cometeríamos dos errores en lugar de uno. —Había sido la decisión correcta—. No es que Amanda sea un error. Solo que el embarazo no fue planeado. Evidentemente. —Harper me miró y yo le sonreí—. Pandora y yo éramos muy buenos amigos, y justo antes de la graduación una cosa llevó a la otra... Nunca fue más que una despedida. —Suspiré—. Que nos unió para siempre.

Harper apretó los labios contra mi pecho.

—¿Nunca quiso casarse, ni siquiera después de que Amanda naciera?
Le besé la frente.

—No lo creo. Conoció a Jason cuando Amanda tenía un año.

—¿Eso te molestó? —preguntó.

—No, en absoluto. —Y era cierto, nunca lo había hecho. Me caía bien Jason. Era bueno con Pandora y con mi hija—. Creo que sus padres estaban preocupados, pero siempre quise que Pandora fuera feliz. Éramos amigos desde siempre. Y eso no me impidió querer ser el mejor padre que pudiera.

Harper no respondió, pero supe que tenía más que decir. Estaba contento de estar abrazados en silencio.

Finalmente suspiró.

—Acepté ir a comprar el vestido porque supuse que Amanda se sentía mal yendo de compras contigo. Imaginé que te interesabas tan poco por Amanda como mi padre por mí.

Me eché un poco hacia atrás para mirarla.

—¿En serio? —pregunté—. Le encanta ir de compras. No le importa con quién sea, y me gusta llevarla. Creo que desde que Pandora se ha ido, ella echa de menos... —Casi dije «a su madre», pero no quería que Harper malinterpretara lo que estaba diciendo—. Ya sabes, las cosas de chicas. Scarlett está saliendo con una docena de hombres, y Violet es...

—¿Violet? —preguntó.

—Mi otra hermana —le expliqué—. Y las dos abuelas quieren que Amanda siga siendo una niña el mayor tiempo posible. Por lo tanto, tenemos objetivos comunes. —La acerqué a mí y ella apretó la mejilla contra mi pecho—. Le encantó que vinieras. No dejó de hablar de ti cuando llegamos a casa... Y me hizo muchos gestos con las cejas.

—¿En serio? —preguntó—. ¿Qué tipo de gestos?

—De esos sugerentes y entrometidos. Supongo que porque trabajamos juntos y vivimos en el mismo edificio. Creo que mis hermanas piensan que... —¿Qué habían pensado? ¿Que estábamos saliendo?

—¿Violet es más joven que tú? —preguntó, y yo me sentí agradecido de que sus preguntas tomaran una dirección diferente.

—Sí, y una metomentodo. Siempre interfiriendo en los asuntos de los demás. Es una entrometida. —Me reí cuando me di cuenta de que podría ser algo genético—. Se parece mucho a Amanda en ese aspecto. —Amanda decía constantemente que quería tener una hermanita como si fuera un

interés personal, pero yo estaba bastante seguro de que solo quería que yo fuera feliz—. Tienen mucho en común.

—Me da la impresión de que tienes todo el tiempo ocupado. Incluso sin King & Associates.

Suspiré.

—Ambos mundos ocupan dos espacios diferentes en mi cerebro.

—Tal vez —dijo. Movié el cuerpo contra el mío, y di la vuelta con ella entre mis brazos hasta que ella quedó boca arriba en la cama y yo pude mirarla de frente.

—Tú eres la excepción —dije—. Parece que te has instalado en ambos espacios. —Rocé mi nariz con la suya y me eché hacia atrás para seguir mirándola—. Me he dado cuenta hoy en el taxi. Me gustó que pudiéramos estar juntos, cerca el uno del otro. Sin hablar, sin tocarnos.

Ella asintió brevemente.

—Esto es nuevo para mí —continué. No estaba seguro de qué era «esto». Si solo tenía una relación personal con alguien con quien trabajaba, o si tenía sexo con alguien de quien conocía algo más que su apellido. O si era el hecho de que cada vez que la veía, cada vez que pensaba en ella, cada vez que la tocaba, quería más. Todo era nuevo.

Incliné la cabeza para besarle la nariz mientras ella me envolvía con las piernas, acercándome a su cuerpo hasta que apreté la polla contra ella.

Me había tirado a muchas mujeres atractivas con culos firmes y bonitos, piernas largas y delgadas y tetas enormes. Harper era atractiva, incluso hermosa, pero con ella lo que me ponía duro, lo que me hacía gemir, no solo era su físico. Me gustaba la forma en que los silencios resultaban cómodos, la forma en que me hacía reír, la forma en que parecía abrirse cuando me dirigía hacia ella.

—¿Quieres un poco de esto? —pregunté, meciéndome contra ella. Ella sonrió y yo negué con la cabeza—. Eres insaciable... —asegué mientras bajaba apoyando los antebrazos y le lamía la clavícula. Ella pasó las manos por mi nuca, lo que me puso la piel de gallina. Le cogí los pechos, le rocé los pezones con la lengua y luego otra vez con los dientes. Se arqueó contra mí, lo que hizo que mis pezones se pusieran puntiagudos y duros. Mi polla palpitaba ante su reacción, pero no encontraría alivio pronto. Provocar su lujuria me ponía duro, su deseo arrastraba el mío.

—Quiero verte con los zapatos que te compré —dije con la voz ronca.

Imaginarla desnuda con esos zapatos había sido una imagen que no se iba de mis pensamientos desde que los había pagado.

Me sonrió y se escabulló por debajo de mi brazo para acercarse al armario. Me tendí de espaldas, esperándola. Al salir se apoyó en el marco de la puerta con las manos, a ambos lados; el alto tacón de un zapato acariciaba el lateral de la otra pierna, larga y bronceada. No pude detener el gemido que salió de mi pecho. La abracé, pero en vez de eso se dio la vuelta, moviendo las caderas de un lado a otro.

—¿Cómo me quedan desde atrás? —preguntó. No sabía dónde concentrarme: en el espeso y suave cabello que le llegaba a la mitad de la espalda, en su pequeña cintura, en su alto y apretado trasero que parecía sobresalir para llamar mi atención o entre sus muslos, donde sabía que estaba tan suave y húmeda. Los zapatos magnificaban cada centímetro de su cuerpo perfecto.

—Ven aquí y déjame demostrarte lo que pienso de ti con esos zapatos.

Dio unos pasos cortos hacia la cama, y su coño perfectamente depilado me hipnotizó al acercarse. ¡Joder, no podía tener suficiente!

Se agarró los pechos, amasándolos mientras se acercaba a la cama. Me puse de rodillas para ir a su encuentro, queriendo hacer desaparecer el espacio que había entre nosotros. Metí una mano entre sus muslos, le agarré el culo y le clavé mis dedos.

—Eres perfecta —susurré. Ella esbozó una pequeña sonrisa y echó la cabeza hacia atrás mientras yo hundía más los dedos.

La sangre corrió a mi polla, y quise cogérmela para meterla en su coño, pero no quería soltarla. Trastabilló un poco; estaba tan subyugada por mis dedos que no podía mantenerse en pie.

—Te quiero de espaldas, con los pies en el aire —le dije, y la llevé a la cama.

La besé hasta el ombligo. Se movía, cada vez más inquieta, retorciéndose y contoneándose debajo de mí. Me moví más abajo y agarré sus muslos, empujándolos para separarlos, con los tacones en el aire a ambos lados de mí.

Gritó cuando le soplé en el sexo. Sus sonidos me excitaron. Separé los labios de su sexo, exponiendo su clítoris. Se puso tensa. No estaba seguro de si era de anticipación o de vergüenza. Me incliné hacia delante y rodeé el nudo de nervios con la lengua. Su respiración se hizo más fuerte y profunda

mientras se lo succionaba antes de lamer su entrada.

No había probado nada así. Era como una primavera, cálida, fresca y tentadora. No podía tener suficiente mientras me sumergía en ella, lamiendo la humedad que aún no había cubierto del todo mi barbilla.

Pensé que podría quedarme así, con la cara enterrada en ella, durante el resto de mis días. Me cogí la polla, dura como una roca, que estaba desesperada por probar la dulzura que cubría mi lengua. Subí el puño y me obligué a soltármela; aún no estaba dispuesto a correrme. Tan pronto como la penetrara, me descontrolaría, mi cuerpo se dejaría llevar por cada impulso que pudiera para complacerla en un esfuerzo por llegar a mi orgasmo.

Le apreté los muslos para abrirlos aún más, busqué su clítoris con la lengua mientras la penetraba con los pulgares, dilatando su entrada, girando y volviendo a girar. Su cuerpo empezó a temblar y oí el susurro de mi nombre en sus labios. Quería oírlo más fuerte. Aumenté la presión de mi lengua y sus manos volaron hacia mi pelo.

—Max, Dios mío, Max... —clamaba.

Su orgasmo se extendió a través de su cuerpo como una descarga eléctrica, su coño se contrajo, oprimiendo mis pulgares. Retiré las manos y deslicé la lengua hacia atrás para calmarla, sintiendo su pulso justo debajo de la superficie de su piel.

La miré, y tenía los brazos por encima de la cabeza mientras su espalda empezaba a bajar al colchón. Era la primera vez que tenía ganas de filmar a una mujer. No necesitaría volver a tener citas si tuviera grabado cómo Harper se corría en mi lengua.

Dios, era perfecta cuando estaba en éxtasis.

Me acerqué a su lado mientras abría los ojos y me sonreía.

—Se te da muy bien eso —dijo.

—¿Qué se supone que debo decir? —Me reí entre dientes.

—Aprende a aceptar un cumplido —contestó mientras se levantaba; luego se montó sobre mí a horcajadas—. Simplemente di «gracias».

Negué con la cabeza, y mis manos fueron a sus caderas. Su humedad me cubrió la polla mientras se movía hacia atrás y hacia delante.

Gemí, su calor se filtró en mis venas. No iba a aguantar mucho tiempo. Desesperado, busqué la mesilla de noche. Tanteé el cajón, estirándome para llegar al interior. La madera se me clavó en la muñeca mientras buscaba un

condón.

Sonriendo, ella cogió el envoltorio cuadrado antes de que yo tuviera la oportunidad de decir nada y me puso el condón, tentadoramente despacio, los dos mirando mi polla, que sobresalía entre sus manos.

—No ha pasado mucho tiempo, pero ¿recuerdas lo bueno que es? —preguntó mientras me apretaba la base—. ¿Lo apretada que estoy?

Gemí, necesitando que me lo recordara.

Se levantó y puso la punta en su abertura.

—¿Lo profundamente que te metes?

—Joder, Harper. ¿Intentas matarme?

Se recogió el pelo y lo dejó caer de nuevo, luego se pasó las manos sobre los pechos mientras retorció las caderas y me conducía un poco más profundamente.

—¿Recuerdas lo bien que te introduces? Eres casi demasiado grande. —Me acogió un poco más—. «Casi». —Un poco más—. Siempre pienso que me va a doler, pero no. —Apoyó las manos en mi torso, equilibrándose, lo que hizo que le apretara las tetas, empujándolas hacia mí. Echó la cabeza hacia atrás, y yo casi me corrí—. Es demasiado bueno para ser doloroso —continuó, contoneando las caderas, burlándose de mí, sabiendo que yo quería llegar al fondo—. ¿Recuerdas lo bueno que es?

Le cogí las caderas, tratando de hacer todo lo posible para clavarle mi polla tan profundamente que no volvería a caminar.

Dejó que me hundiera hasta el fondo, abriendo los ojos con cada movimiento, y luego se quedó quieta.

—Yo nunca lo recuerdo —susurró—. Siempre olvido lo bueno que es.

Perdí la paciencia, gruñí y me senté, la puse de espaldas sobre la cama y embestí de nuevo.

—Me aseguraré de que no vuelvas a olvidarlo.

Quería follármela hasta la eternidad.

Después de pasar la noche con Harper, había tardado más de lo normal en terminar todo lo que tenía que hacer, así que cogí el tren más tarde.

—¡Estoy en casa! —grité. Podía oír la televisión en la sala de estar. Normalmente, cuando volvía a Connecticut durante la semana, me encontraba a Marion limpiando la cocina, pero su coche no estaba en el camino de acceso. ¿Amanda estaba sola?—. ¡Amanda! —grité. Supuse que

ya no necesitaba que la cuidaran, pero no me gustaba la idea de que estuviera sola mientras esperaba a que yo volviera.

—¡Aquí! —gritó por encima del ruido de la música. Me quité la chaqueta y la coloqué en el respaldo de uno de los taburetes y dejé mi móvil en la encimera. Necesitaba una buena copa de Pinot Noir. Había sido una semana dura. Puse el vaso en la encimera y saqué la botella de la nevera del vino.

—¿Puedo tomar yo también una? —preguntó Scarlett a mi espalda.

—Hola. —Cogí otra copa—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Se sentó en el taburete del medio.

—No quería quedarme sola esta noche. ¿Puedo quedarme a dormir?

Asentí. Era evidente que quería hablar. Vertí el vino en su copa mientras ella la sujetaba.

—Estoy pensando en mudarme a Manhattan —dijo, inclinando la cabeza a un lado mientras miraba cómo se llenaba la copa—. A veces siento que debería estar en Connecticut dentro de diez años en lugar de ahora. ¿Tiene sentido? —preguntó.

—Es bueno cambiar, supongo. Nunca has vivido en Manhattan. ¿Y el trabajo? —Trabajaba en un banco inversor a las afueras de Westhaven.

Se encogió de hombros.

¡Joder!, esperaba que no me pidiera un trabajo.

—He pensado solicitar un traslado. Hay un puesto vacante en Manhattan en este momento. Es un nivel superior, pero tengo la experiencia requerida.

Asentí, aliviado de que no estuviéramos a punto de tener una conversación difícil. Mi teléfono vibró encima de la encimera cuando recibí un mensaje; el nombre de Harper apareció en la pantalla. Observé que Scarlett leía el mensaje y luego buscaba mi mirada. No dijo nada, así que cogí el móvil y leí el mensaje.

«Manhattan no es divertido cuando el rey no está en casa».

Sonreí y miré a Scarlett, cuyas cejas estaban tan arriba que casi se confundían con el nacimiento del pelo.

—¿Algo que quieras contarme?

Me tragué la sonrisa y cogí mi copa.

—Es solo trabajo. —Tomé un sorbo.

—Sí, eso parecía trabajo.

Los pensamientos de tratar de mantener mis sentimientos por Harper apartados de lo profesional habían desaparecido hacía tiempo. Harper había sido clara cuando me dijo que no quería ser la chica que se tiraba al jefe, y yo no quería enturbiar las aguas entre lo profesional y lo personal más de lo que ya lo había hecho. En la oficina habíamos acordado evitarnos mutuamente. Era fácil de hacer, ya que las reuniones matinales sobre J. D. Stanley eran las únicas ocasiones en que realmente coincidíamos. Y mantener distancia en la oficina era bueno.

Pero toda esa distancia desaparecía tan pronto como volvíamos a su apartamento; por alguna razón se negaba a venir a mi casa, aunque era más grande.

—Hola, papá —dijo Amanda, interrumpiendo el silencio.

—Hola, preciosa —respondí, inclinándome para saludar a mi hija. Me preguntaba cuándo dejaría de querer besarme. Los padres no paraban de darme todo tipo de advertencias sobre la adolescencia, asegurándome que nuestro desacuerdo sobre su vestido era solo la punta de un gran iceberg.

—¿Vas a devolverle el mensaje a Harper? —preguntó Scarlett, sonriéndome. Si el Pinot Noir no hubiera estado tan bueno, habría vertido el resto de la botella sobre su cabeza. Mi hija iba a pillar esa referencia, y Scarlett lo sabía.

—¿Harper te ha enviado un mensaje? —inquirió Amanda, como era predecible—. ¿Puedes preguntarle si vendrá a ayudarme a prepararme para el baile? Quiero que me haga la raya del ojo como la lleva ella.

Puse el teléfono en la encimera.

—No, no le voy a pedir a Harper que venga a Connecticut para ayudarte a maquillarte. No es tu estilista personal.

—Está demasiado ocupada atendiendo las necesidades de otra persona de esta familia, ¿no? —bromeó Scarlett, y yo le lancé una mirada letal.

—¿Qué? —preguntó Amanda.

—Hablemos de tu vida amorosa, ¿vale, Scarlett? —contraataqué.

Inclinó la cabeza a un lado.

—Oh, ¿entonces admites que Harper es parte de tu vida amorosa?

Mierda. Normalmente era mejor evitar los interrogatorios de Scarlett. Me volví hacia la nevera.

—¿Has comido? —Intenté desviar el tema con Amanda al tiempo que trababa de ignorar a mi hermana.

—Háblame más sobre Harper, Amanda.

Gemí para mis adentros.

—Quiero ser como ella cuando sea mayor. La has visto, ¿verdad? —Amanda detalló lo genial que era Harper, lo sabía que era acerca de los chicos y el gran sentido de la moda que tenía. Parecía que Amanda la conocía desde hacía años en lugar de haber estado con ella solo dos veces.

—Entonces, ¿qué cenamos? —pregunté, esperando que cambiaran de tema.

—¿Hay lasaña ahí dentro? —preguntó Amanda, señalando a la nevera.

Me pareció una gran idea. Marion incluso había dejado también una ensalada.

—Harper es genial, ¿no? —insistió Scarlett.

Observé a mi hermana, que me miró fijamente.

—¿Crees que le gusta tu padre? —le preguntó a Amanda.

—Scarlett —le advertí.

—¿Tiene novio? —Scarlett no perdía comba, pero esa era una pregunta que me interesaba un poco más. ¿Había hablado Harper con Amanda de alguien?

—No, dice que está demasiado centrada en el trabajo —respondió Amanda—. Cuando hablé con ella, estuvo de acuerdo en que los chicos son unos imbéciles que deben ser evitados a toda costa.

No pude contener una risa, lo que me hizo ganarme una mirada suspicaz de mi hermana.

—Es una mujer muy sensata.

Puse la ensalada en la encimera.

—¿Puedes coger los platos? —le pregunté a Amanda. Se bajó del taburete y empezó a poner la mesa mientras yo servía la lasaña.

—Sabes que solo queremos que seas feliz —dijo mi hermana, bajando la voz—. Y, por lo que puedo recordar, Harper es muy guapa —Hizo chocar mi copa con la suya antes de tomar otro sorbo—. Está claro que a Amanda le gusta.

Le pasé un plato de comida, fingiendo que no estaba escuchando.

—¿Has pensado en invitarla a salir?

Ignorando a Scarlett, puse la lasaña en mi plato y en el de Amanda, y luego volví a meter la fuente en la nevera. Mi hermana me daba la lata con lo de que tuviera novia casi tanto como Amanda, pero ¿por qué se estaban

obsesionando con Harper? Eso ya lo hacía yo. Cuando volví a la encimera, Amanda y Scarlett me miraban fijamente, como si estuvieran esperando que yo dijera algo.

—¿Qué? —pregunté, sentándome junto a ellas y empezando a comer.

—¿Has pensado en pedirle una cita a Harper, papá? —preguntó Amanda, como si yo fuera la persona más ridícula con la que había tenido que tratar.

Tragué y me serví un poco de ensalada en el plato.

—¿Qué os pasa a las dos? Ya os lo he dicho, Harper trabaja para mí. ¿Por qué estáis tan obsesionadas con ella?

—Me gusta. —Amanda se encogió de hombros.

Scarlett sonrió.

—Y esa debería ser razón suficiente. ¿Por qué no la llevas a cenar? ¿Quedar una noche te puede doler?

Poco sabían que tratar de limitar el tiempo que pasaba con Harper a una sola noche sería imposible. Los límites que había establecido con ella habían sido derribados y sobrepasados. Nunca habíamos estado realmente en Las Vegas. Bueno, de todas formas no lo había logrado. Incluso aquí, con mi hermana y mi hija, en una situación que era absolutamente familiar, me preguntaba qué estaría haciendo Harper, con quién pasaría el tiempo. ¿Ella sentiría lo mismo que yo? Y si lo hacía, ¿entonces qué? ¿Vendría a Connecticut? ¿Querría conocer a mi familia?

¿Quería yo que lo hiciera?

—Crees que debería tener una cita, ¿eh? —indagué. Scarlett tenía razón: era bueno que a Amanda pareciera gustarle Harper. Si mi hija estaba abierta a ello, tal vez debía invitar a Harper a salir. Oficialmente.

Amanda me dio un golpecito en la cabeza con el puño.

—Venga, papá, ¿qué? Si llevo diciéndotelo toda mi vida...

—Vale —dije.

—¿Qué significa «vale»? —dijo Amanda.

—Significa que, por favor, no hables con la boca llena —dije, mirando a mi hija.

Se rio y tragó.

—Lo siento. Pero ¿qué significa «vale»?

—Significa, bueno, que me pensaré invitarla a salir. —La situación con Harper me parecía ya un rompecabezas con demasiadas piezas. Que Harper trabajara para mí complicaba las cosas, y que su padre fuera el fundador de

J. D. Stanley también. Además, vivíamos en el mismo edificio. Nunca había tenido una cita antes; estaba destinado a estropearlo todo. Había muchos inconvenientes. Quedar con una de las amigas de Scarlett sería mucho menos complicado; habría menos réplicas si no funcionaba.

Pero no sería Harper.

—¿Lo harás? —dijo Amanda en tono agudo—. ¿Eso significa que puede venir a ayudarme a prepararme para el baile? ¿Puedo llamarla ahora para preguntarle?

—He dicho que me pensaría si invitarla a cenar, no si iba a contratarla para que te maquille. Por Dios...

Amanda hizo una pausa, lo que significaba que estaba pensando, lo que solo podía ser malo.

—Podrías hacerle la cena aquí. Después de que me vaya al baile...

Podría... Estaría bien ver a Harper en Connecticut. No era la peor idea que Amanda hubiera tenido jamás.

—Lo pensaré —claudiqué, y Amanda volvió a chillar.

Eché un vistazo a Scarlett, que me miró con una sonrisa.

—¿Qué? —espeté.

Se encogió de hombros.

—Nada.

Amanda abandonó su plato de comida y se dirigió al salón, sin duda en busca de su teléfono.

—¿Puedo llamarla ahora, para comprobar si está libre? Esto va a ser muy divertido. Será la mejor noche del mundo.

—Es necesario que bajes tus expectativas —le dije a mi hija—. Y prepárate para la posibilidad de que ella pueda decir que no.

Se detuvo y se giró para mirarme.

—¿Y qué hacemos si lo hace? Siempre me has dicho que no aceptas un no por respuesta.

No podía discutir eso. Estaba acostumbrado a conseguir lo que quería. Y en ese momento quería a Harper.

13

HARPER

No recordaba haber estado tan nerviosa en mi vida. Había ensayado y preparado la presentación de Goldman, y hacía solo treinta minutos me había sentido llena de confianza. Pero a medida que se acercaba la cita, el corazón había empezado a acelerárseme como si estuviera corriendo sobre brasas calientes.

—Entonces, ¿crees que podrás responder cualquier pregunta sobre el proceso? —preguntó Max.

Asentí, y noté que me picaba la piel por el dobladillo de la falda mientras estábamos sentados en la parte de atrás de un taxi hacia el centro de la ciudad. Ojalá hubiera llevado un poco de agua. Sentía la garganta seca. Podría beber un poco de agua cuando llegáramos, ¿no?

Esa era la pregunta que más me preocupaba. Había estado ensayando la presentación. Me la había tomado como un calentamiento para el proyecto de J. D. Stanley, pero aun así era importante. Se perderían unos beneficios de seis cifras si la cagaba. Podía ser solo una gota en el océano de Wall Street, pero personalmente me parecía mucho dinero.

Con respecto a la parte que me tocaba defender en la presentación, la llevaba controlada. A diferencia de Max, al que parecía gustarle improvisar, yo me había escrito un guion y lo había memorizado. Había practicado en voz alta en casa una y otra vez. Sabía exactamente cuándo hacer una pausa, en qué momento pedirle a la gente que pasaran de página y si debía hacer énfasis en una palabra. Salvo que perdiera el guion, todo iría bien. Moví un poco los pies para coger el maletín y me aseguré de que los papeles seguían allí dentro; lo estaban. Como las treinta y seis últimas veces que lo había comprobado.

—No estés nerviosa —dijo Max, alisándose la corbata—. Todo irá bien. El ensayo fue todo un éxito.

¿Cómo podía saber él si iba a ir bien? Claro, había visto el ensayo, pero

cuando alguien actuaba bajo presión, no se podía prever cómo resultarían las cosas. Tenía controlados los nervios y la presión de estar demasiado preparada, pero no podía adivinar las preguntas, al menos no todas.

—Para ti es fácil decirlo —respondí.

—Lo digo en serio —dijo, poniéndome la mano en la rodilla.

Se la quité de allí. Lo último que necesitaba era recordarlo desnudo.

—Lo siento, necesito... —No estaba segura de lo que necesitaba.

Él miró por la ventanilla.

—No pasa nada, lo entiendo. ¿Y si te pidiera un favor? Quizá te ayudaría a olvidarte de los nervios —preguntó.

No respondí; no me sentía segura con nada de lo que se saliera de mi guión.

—Amanda quiere que la ayudes a prepararse para el baile. Le dije que te lo pediría.

Eso no era lo que esperaba en absoluto.

—¿En Connecticut? —pregunté.

Asintió.

—No tienes que venir, pero sé que a Amanda le gustaría que lo hicieras. Me sugirió que tú y yo podíamos cenar juntos cuando se fuera.

—¿Está intentando liarnos? —Me reí.

—Creo que sí. Es una gran admiradora tuya. —Max sonrió—. Parece que es cosa de familia.

Sonreí. Max y yo no habíamos hablado de lo que sentíamos el uno por el otro, así que su comentario me resultó inesperado. En ese momento quise abrazarlo, besarlo, pero no lo hice. Necesitaba mantener la cabeza fría y centrada en el trabajo.

—A mí también me gustaría que vinieras —insistió.

Me caía bien Amanda, pero no sabía qué pensar sobre que nos apañara una cita a Max y a mí.

—¿Es raro que tu hija te intente liar con alguien?

Max inclinó la cabeza a un lado.

—Debería serlo, supongo. Pero es al contrario: no deja de insistir en que salga con alguien. Estoy acostumbrado a ello.

—¿Le has dicho que estamos...?

—¿... follando como conejos? Evidentemente, no —dijo riéndose.

¿Era eso lo que estábamos haciendo? ¿Solo follar? No estaba segura. Max

me gustaba, me gustaba de verdad, pero era mi jefe y tenía una hija, y toda una vida secreta en Connecticut que nunca había visto.

—Creo que es posible que se haya dado cuenta de que me gustas —confesó. Y las mariposas que sentí en el estómago me hicieron olvidar lo acelerado que tenía el pulso—. Sé que mi hermana es consciente de ello.

¿A mí me gustaba él? ¿Significaba eso que no solo quería follar con él? Tampoco estaba segura de que él solo quisiera eso.

—¿Scarlett? —indagué.

—Sí, ha hecho algunos comentarios cuando tu nombre ha salido a relucir. —Puso el brazo en el respaldo del asiento—. Mira, no te sientas presionada, pero me gustaría que vinieras, aunque no sea por el baile; faltan tres semanas y podrías tener planes.

—No los tengo.

Arqueeé una ceja.

—¿No tienes planes? —preguntó. Negué con la cabeza—. ¿Y? ¿Significa eso que vendrás?

—Claro. —Sonreí y noté que él esbozaba media sonrisa. Me daba cuenta de que los dos queríamos tocarnos, echarnos hacia delante para besarnos, pero había a nuestro alrededor una especie de campo de fuerza imaginario cuando llevábamos ropa de trabajo.

El taxi se detuvo en la Quinta Avenida. Mierda, ya habíamos llegado...

—Max King, tengo cita con Peter Jones —arguyó cuando llegamos a recepción.

Fuimos hacia el ascensor.

—He hecho esto un millón de veces, Harper —dijo mientras subíamos—; si te veo muy nerviosa, intervendré.

Sabía que él quería tranquilizarme, pero yo no quería que interviniera. Quería hacerlo perfecto para que la presentación a J. D. Stanley me resultara fácil. O más fácil... Quería que mi padre fuera consciente de lo que había sido capaz de hacer a pesar de él. Quizá entonces se preguntaría si no había metido la pata; se daría cuenta de que regalarle dinero a una persona no significaba que la conocieras, influyeras sobre ella o le inspiraras.

—Soy muy buena —aseguré con una sonrisa de oreja a oreja muy profesional—. Todo irá bien.

Cuando entramos en la sala de reuniones, los tres hombres que había allí

sentados se levantaron de sus sillas, en el otro extremo de la mesa ovalada de caoba, para saludarnos. Todos eran blancos, todos estaban calvos y todos lucían un ligero sobrepeso. De hecho, podrían haberse intercambiado cualquier parte de ellos mismos y estaba segura de que nadie se daría cuenta.

Después de las presentaciones, nos sentamos al otro lado de la mesa.

—Caballeros, tenemos algunas diapositivas que nos gustaría presentarles —dijo Max mientras yo deslizaba tres copias de la presentación por la mesa.

Ninguno de ellos hizo un movimiento alguno para coger los papeles.

El hombre del traje gris apoyó los dedos en la mesa, delante de él.

—¿Por qué no nos habla de la experiencia que tiene en Asia? La mayoría de sus competidores tienen oficinas locales, y me gustaría entender un poco mejor cómo podrá proporcionarnos un apoyo real desde sus despachos, aquí en Manhattan.

Mierda... Mierda... Mierda... Mierda... Mierda...

No iba como estaba planeado. Yo me sentía segura con la presentación.

Miré a Max, que parecía tan relajado como si le hubieran preguntado el apellido de soltera de su madre. Se sentó en su silla y asintió.

—Claro. Me complaceré en hablarles de las opciones estratégicas que ofrecemos en términos de alcance internacional.

Continuó explicando de qué forma sus bajos gastos generales le permitían destinar el dinero a emplear expertos en el terreno, que podían ser diferentes según el proyecto que hubiera sobre la mesa, mientras que sus competidores tenían que utilizar a las personas que tenían empleadas en su oficina local, independientemente de que estuvieran o no cualificadas.

—Cuando ves a alguien tras un escritorio en Kuala Lumpur, sigue estando en una oficina, no está fuera conociendo a la gente, ni averiguando lo que está sucediendo en el terreno. Mi red de contactos son las personas que viven la realidad diaria en las situaciones geopolíticas de muchas industrias.

—Max se echó hacia delante mientras hablaba, mirando a su audiencia como si fueran las personas más importantes del mundo y él tuviera una información preciosa que compartir con ellos. Parecía que lo encontraban tan convincente como yo.

Max se encargó de cada una de las preguntas como si fuera Nadal devolviendo el servicio, y a medida que la reunión avanzaba, los hombres

se relajaban visiblemente, llegando incluso a reírse de algunos de los comentarios irónicos de Max.

—¿Creen que el proceso real supone algo que no hayamos visto antes? — El hombre del medio tamborileó con los dedos contra el brazo de la silla—. Es, claramente, una parte de su ventaja competitiva.

Max se volvió hacia mí. Esta era la parte de la presentación que había preparado.

—Harper, ¿podrías añadir algo aquí?

Levanté la comisura de mi boca, tratando de fingir una sonrisa, aunque quería cubrir el hecho de que mi mente se había quedado en blanco. Completamente en blanco.

—Sí, bueno. —Revisé la copia de la presentación que había quedado sin abrir—. Como usted ha dicho, vemos esto como una ventaja competitiva clave sobre el resto del mercado... —Levanté la vista y escaneé los tres pares de ojos que me miraban. Entonces cogí el vaso de agua y bebí un sorbo. Mi mente estaba en blanco. Había pasado por eso cientos de veces, pero necesitaba un punto de partida—. Nos gusta llevar los asuntos hasta su conclusión —dije. Ese era uno de mis puntos clave, ¿no? Pero no sabía lo que estaba diciendo. Empecé a hojear mi presentación con frenesí—. Esto... Si pudiera encontrar...

Max me puso la mano en el antebrazo.

—Harper tiene razón. Una de las cuestiones clave que nos diferencia de los demás competidores en el mercado son las conclusiones seguras. — Varias veces Max se detuvo y se volvió hacia mí, lo que me habría permitido intervenir y decir algo si hubiera podido pensar algo coherente.

Finalmente, desconecté y me desplomé en mi asiento.

Me habían ofrecido una gran oportunidad y había salido derrotada por completo. ¿Qué demonios me pasaba? Había preparado la presentación perfectamente. No podría haber hecho más. ¿Acaso mi subconsciente pensaba que no merecía estar ahí? ¿Quizá los comentarios que me había dirigido mi padre en el almuerzo de la semana anterior me habían afectado más profundamente de lo que pensaba? Quería demostrarle a mi padre con mucho ahínco que era digna de ese trabajo, pero no estaba segura de creerlo en realidad.

Traté de borrar de mi cabeza la horrible presentación en Goldman Sachs,

pero darme un baño no ayudaba. Ni siquiera el aceite de baño de Jo Malone o la música relajante que se filtraba desde el dormitorio. Trataba de relajarme, de calmarme, y nada funcionaba. Todo lo que conseguía era revivir mentalmente la desastrosa reunión del día anterior una y otra vez.

Me deslicé bajo el agua, hundiendo la cabeza con la vana esperanza de que eso limpiara mi vergüenza.

Subí a tomar aire. No, todavía quería morirme.

Max debía de haber pensado que era una idiota.

Contuve el aliento cuando llamaron a la puerta. Justo a tiempo. Ahí estaba él para decírmelo en persona. Bueno, no tenía por qué abrir la puerta. Lo ignoré.

—Harper, sé que estás ahí. Abre la puerta.

No debería haber puesto música. Me levanté y me envolví en una toalla.

Max se puso a golpear la puerta.

—¡Ya voy! —grité. Abrí, luego me di vuelta inmediatamente y fui de vuelta al cuarto de baño.

—Yo también me alegro de verte —murmuró. Dejé caer la toalla y me metí de nuevo en la bañera.

Esperaba que me siguiera, pero en vez de eso oí que abría las puertas de los muebles de la cocina. ¿Qué estaba haciendo?

Cuando apareció —descalzo, sin chaqueta ni corbata—, llevaba dos copas de vino en la mano. En ese momento lo consideré el hombre perfecto.

—Tienes un trasero tenso y muy atractivo —dije arrancándole una sonrisa—. Y siento mucho haberla cagado.

Me tendió una copa, que cogí llena de gratitud. Definitivamente había traído la botella con él: yo no tenía nada tan bueno. Supe sin que me lo dijera que debía de costar un mes de mi salario.

Suspiró, cerró la puerta del baño y comenzó a desabrocharse la camisa. Cuando abrió el último botón, apuró un trago de vino y puso la copa al lado de la bañera antes de quitarse el resto de la ropa.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté cuando entró en la bañera.

No respondió, solo se sentó en el extremo opuesto, y colocó mis piernas sobre las suyas.

—Hoy te has bloqueado —comentó antes de tomar otro sorbo de vino.

—Sí, ya. Gracias, Capitán Obvio. Si estás aquí para hacerme sentir peor, puedes irte por donde has venido.

Actuó como si no me hubiera oído, y me acarició la pierna que tenía apoyada en su muslo.

—¿Conoces a Michael Jordan?

—¿Ahora iba a hablar de deporte? Genial. Justo lo que necesitaba.

Asentí.

—Es el mejor jugador de baloncesto de todos los tiempos, ¿verdad? Un ganador consumado.

—Eeeh... sí. —¿A dónde diablos iba con eso?

—Bueno, algo que le oí decir una vez ha sido el mejor consejo de negocios que he recibido nunca. Era lo siguiente: «He fallado más de nueve mil tiros en mi carrera y he perdido casi trescientos partidos». —Pasó las manos arriba y abajo por mis piernas—. «Veintiséis veces me han confiado el tiro ganador de un partido y he fallado. He fallado una y otra vez en mi vida. Y es por eso por lo que tengo éxito».

Se detuvo y nos miramos fijamente.

—Todos la cagamos alguna vez, Harper. Todos nos ahogamos. Así es como mejoramos.

Suspiré y rocé la parte superior del agua con las palmas de las manos.

—Sí, ya, pero yo no juego al baloncesto —murmuré.

—Por supuesto que sí. Todos lo hacemos. No saliste del útero por ciencia infusa. ¿Cuántas veces te caíste antes de aprender a caminar? No puedes rendirte cuando fallas la primera vez. —Me cogió el pie, y se puso a apretar los pulgares contra la planta—. El problema es que llega un momento en la vida en el que pasa mucho tiempo hasta que vuelves a cagarla. Aprendes a hacer bien los exámenes, te gradúas, consigues un trabajo. Todo va genial. Pero es una falsa sensación de seguridad, porque si vas a aprender y crecer, la cagada es inevitable.

—Si estás diciendo que mi bloqueo era algo predecible, ¿por qué me has llevado a la presentación? —Intenté apartar la pierna, pero él la retuvo con fuerza.

—Puede que sea bueno, pero no soy un maldito adivino. Nadie sabe cuándo va a fallar, solo que lo hará en algún momento.

La opresión en mi pecho se hizo más grande. Max tenía razón. Por supuesto que la tenía.

—Pero odio que me pase eso.

—Estoy seguro de que Michael Jordan odiaba fallar la canasta que habría

dado la victoria de un partido.

No dije nada. Era nueva e inexperta, y se notaba.

—Harper, por eso quería que hicieras la presentación de Goldman. No quería que te bloquearas delante de tu padre.

¿De verdad había estado tratando de protegerme? Una cálida sensación se extendió por todo mi cuerpo. No estaba acostumbrada a que alguien me cubriera la espalda de una forma tan obvia. Al menos no un hombre. Y me gustaba. Más que gustarme, me encantaba.

Quitó mi pie de sus manos y me puse a horcajadas sobre él.

—Siempre dices exactamente lo que uno necesita oír.

Se rio.

—Creo que mi hija no estaría de acuerdo.

Le rodeé el cuello con los brazos y le besé la mandíbula.

—Estás muy sexy mojado —dije.

—Tú estás sexy todo el tiempo —repuso.

—Exactamente lo que quiero oír —susurré, y apreté los labios contra los suyos. Su lengua alcanzó la mía.

Se movió, alejándose.

—Venga, sal. Quiero follarte sin que nos interrumpan los vecinos quejándose de que el agua les cala el techo.

Bueno, tampoco podía discutir con esa lógica.

Me abrazó con fuerza mientras me sacaba de la bañera y me dejaba caer en la cama, hundiéndose a mi lado. Abrió mi toalla como si me estuviera inspeccionando en busca de pistas, estudiando mi cuerpo desnudo.

—Eres preciosa —aseguró, entrecerrando los ojos mientras lo decía, como si no pudiera creerlo.

Una ráfaga de pánico me golpeó el pecho mientras le pasaba los dedos por el pelo. No podía imaginarme no tener eso, no tenerlo a él, para hablarle, para besarlo, para follármelo. ¿Qué haría cuando todo eso terminara?

—Estoy deseando que vengas a Connecticut —dijo—. Quiero estar contigo en mi cama para variar. —Bajó la cabeza y rodeó uno de mis pezones con la lengua.

La sensación en mi estómago ahuyentó el pánico y moví las caderas hacia los lados, enredando mis piernas con las suyas. Su toalla se había abierto, y busqué su dura y pesada polla. Me estremecí mientras la apretaba en mi puño arriba y abajo. Él siseó entre dientes, echando la cabeza hacia atrás.

—Llevo todo el día pensando en tener tus manos alrededor de mi polla — confesó—. Eres una distracción constante.

—Y exasperante, ¿recuerdas?

Buscó mi coño, y yo levanté mis caderas para encontrarme con sus dedos, siempre ansiosa de sentir su contacto.

—Eso también es parte de la distracción, parte de la atracción. —Hundió los dedos dentro de mí, su pulgar presionó mi clítoris y la frustración y la vergüenza del día se disolvió bajo su mano.

—¿Tú piensas en mí? —preguntó, moviendo lentamente las dedos—. ¿Piensas en esto? —Me rozó el hombro con los dientes y luego me mordió, haciéndome gemir.

—Todo el tiempo. —Era cierto. La única forma de sobrevivir en la oficina era evitándolo, pero eso era como tratar de evitar la gravedad. Mi atracción por él era inevitable.

Le solté la polla y empezó a deslizarla por mi sexo, jugueteando conmigo, prometiendo placer. Me acerqué a la mesilla de noche, pero fue él quien se hizo cargo de coger un condón.

—Tengo que estar dentro de ti ahora mismo —susurró—. Llevo todo el día deseándolo. —Se detuvo en su ritmo y yo gemí angustiada—. Lo sé, Harper, yo también lo necesito.

Nunca había sido tan vulnerable sexualmente con un hombre, nunca había ofrecido tanto de mí misma. Pero con él no era una elección; era obligatorio. No era posible nada más.

Me puso las palmas de las manos debajo del culo y tiró de mí hacia él mientras se sentaba de nuevo sobre los talones. En esa posición, el calor de sus ojos era reemplazado por su calor corporal.

Su mirada se clavó en mí mientras me penetraba. No se tomó su tiempo, pero tampoco se precipitó, solo se acercó a mí con un envite fuerte y confiado que casi me hizo llegar al clímax: la sensación de estar totalmente poseída por él mental y físicamente me empujaba al borde y amenazaba con lanzarme al vacío.

—¡Max! —grité.

—Estoy aquí. Te estoy follando, te necesito, te poseo.

Tenía razón. Me poseía.

Levanté las rodillas y él gruñó:

—Un día te voy a follar sobre mi escritorio mientras miras Manhattan,

con la falda alrededor de la cintura y el culo al aire. —Volvió a embestir—. Te quiero en mi cama en Connecticut, en las escaleras, contra la pared del vestíbulo de este apartamento. Te quiero en cada taxi que compartamos. Nunca he deseado así a nadie.

Sus palabras se deslizaron sobre mí como rayos de sol, calentando mi piel, liberando mi cerebro de las sombras.

Lo deseaba tanto que resultaba casi aterrador. Antes de que el miedo se apoderara de mí, el placer irradió de mi vientre y bajó por mis miembros.

—Max... —susurré, con mis uñas clavadas en su piel.

—Lo sé. Lo sé. Lo sé. —Me conocía, lo entendía todo.

En ese momento estábamos unidos; estábamos conectados; éramos inseparables.

14

MAX

—Buenos días —dije al pasar por el escritorio de Donna. Ella me miró con expresión de sospecha, posiblemente porque yo estaba sonriendo.

—¿Estás bien? —preguntó desde la puerta mientras me quitaba la chaqueta.

La miré, todavía sonriendo.

—Yo estoy genial, ¿cómo estás tú? —La noche con Harper había sido genial. El sexo siempre había sido una parte importante de mi rutina, de mi vida, pero con Harper existía un nivel de conexión que nunca había tenido con nadie más. Tal vez esa fuera la razón por la que mi familia me daba la lata continuamente para que encontrara novia. Tal vez se habían dado cuenta de que las relaciones estables podían ser así de buenas, que podían ser así de fáciles con alguien en concreto. Harper me hacía reír, me calentaba y me volvía loco en un lapso de diez segundos. No me cansaba de ella.

—Estoy bien, gracias. Estoy un poco preocupada porque los ladrones de cuerpos se han apoderado de mi jefe, pero, oye, estamos en Manhattan, así que era de esperar.

—Eres demasiado joven para ser tan cínica, Donna —le respondí.

—Vale, ahora estás empezando a asustarme. ¿Quieres un café? Tal vez eso te haga volver a la normalidad —bromeó mientras empezaba a sonar su teléfono—. Vuelvo enseguida —aseguró, y luego cerró la puerta.

Me senté y giré la silla para mirar el centro de negocios de Manhattan. Estaba a punto de subir a la cima de J. D. Stanley, mi Everest personal. Amanda era feliz y estaba sana. Estaba follando con la chica más guapa que jamás hubiera visto. No, estábamos haciendo más que follar. ¿Estábamos saliendo? Me volví hacia mi escritorio. Pensé que tal vez, cuando viniera a Connecticut, deberíamos tener una conversación sobre lo que estábamos haciendo en realidad. Quería que conociera a Scarlett y a Violet de forma

apropiada, que pudieran venir a tomar algo esa noche, pero también la quería para mí solo cuando Amanda se fuera al baile. Tal vez un *brunch* a la mañana siguiente sería mejor. Esperaba que Harper tuviera planeado quedarse a dormir. Una vez que la tuviera en mi casa, sabía que me sería difícil dejar que se fuera.

—Apreté el botón del altavoz cuando Donna hizo que mi teléfono sonara.

—Charles Jayne por la línea uno.

Desconcertado, levanté el teléfono. El almuerzo había ido bien. Tenía todo lo que necesitaba y estábamos a punto de clavar la presentación de la semana siguiente. Esperaba que no intentara cancelarlo todo.

—Max King al habla. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quiero hablar con usted sobre la presentación de la semana que viene.

¡Joder!, iba a cancelarlo. Me incorporé en la silla. No iba a permitir que supusiera que estaba nervioso.

—Sí, señor, estamos en ello. Harper está haciendo un trabajo excelente. Estoy seguro de que le impresionará.

—Precisamente quería hablarle sobre la participación de Harper.

Agarré el teléfono con más fuerza.

—Le escucho —respondí en un tono un poco más conciso que antes.

—Me gusta mantener mi vida laboral y mi vida personal separadas —comenzó Charles. Esa había sido mi política antes de que Harper borrara las líneas entre las dos. Y todavía creía que era una buena política, pero Harper era alguien a quien no podía resistirme. Sin embargo, Charles había empleado a sus hijos en el negocio, así que lo que decía no tenía mucho sentido.

—¿Y? —respondí.

—No creo que sea buena idea que Harper trabaje en la cuenta de J. D. Stanley. ¿Ha entendido?

Empujé la silla lejos de mi escritorio.

—No estoy seguro de ello —respondí.

—No quiero que nadie piense que la decisión que tomo sobre King & Associates tiene que ver con Harper. Los negocios son negocios.

—Pero quiero ofrecerle a nuestros mejores trabajadores...

—Depende totalmente de usted —afirmó—. No le estoy obligando a hacer nada. Pero si hace la presentación la semana que viene, no quiero que Harper forme parte del equipo.

Mierda. Lo entendía, en serio. Y pensaba que estaba en la misma onda. No estaba seguro de que Harper fuera tan comprensiva. Pero Stanley era un cliente potencial, un cliente que estaba desesperado por conseguir.

—Por supuesto, señor. Depende totalmente de usted con qué equipo quiere trabajar.

—Me complace que lo entienda. Estoy deseando ver lo que tiene que ofrecerme.

Colgué y me derrumbé en la silla. ¿Debería haber dicho que no? ¿Cómo se lo iba a decir a Harper? Supuse que podría retirarme. Pero esa era la oportunidad que había estado esperando, y Harper lo sabía. Ella lo entendería, ¿no? No se trataba de nada personal. Era un negocio.

¡Joder! Me puse en pie y cogí la chaqueta. Necesitaba un poco de aire fresco y mucho sentido común.

—Voy a Joey's a tomar un café —comuniqué a Donna mientras iba hacia los ascensores.

—¿Va todo bien? —preguntó a mi espalda. No pude responder.

Harper lo entendería. De hecho, podría sentirse aliviada. Podría tomarse más tiempo, ganar confianza después de la forma en que se había bloqueado en Goldman.

Pero algo me decía que ella no iba a pensar eso. Puede que eso fuera un negocio para mí, pero se trataba de algo muy personal para Harper.

Era como si Charles Jayne hubiera lanzado una granada, y yo me hubiera quedado quieto, preparándome para la explosión pero esperando que no ocurriera.

Tres..., dos..., uno.

—¿Puedes avisar a Harper? —le pedí a Donna por el altavoz, limpiando la pantalla con el pulgar.

—Claro.

Me levanté, me quité la chaqueta y me remangué la camisa. El café y una conversación con Joey sobre béisbol me habían ayudado a decidirme a decirle a Harper que la habían echado del equipo de J. D. Stanley, y debía hacerlo lo antes posible. Como era un asunto de trabajo, tenía que decírselo en el despacho. Una parte de mí quería llevar una botella de vino a su apartamento, tomar un baño y decírselo cuando los dos estuviéramos relajados por el alcohol. De esa manera podría abrazarla si se cabreaba.

Pero Harper me había dejado claro que no quería recibir un trato especial en el trabajo.

—Hola —dijo Harper cuando apareció en la puerta.

—Hola. —Me salió un graznido, así que me aclaré la garganta—. Cierra la puerta y siéntate.

Frunció el ceño e hizo lo que le había pedido.

Respiré hondo.

—Quiero hablar contigo sobre la cuenta de J. D. Stanley. —Tenía las manos apretadas contra los brazos de la silla—. Voy a hacer cambios; Marvin será mi segundo en la presentación de J. D. Stanley.

Esperé la explosión.

Bajó la mirada al regazo, y luego volvió a subirla buscando mis ojos.

—¿Esto es porque me bloqueé en la presentación de Goldman? —preguntó.

Por supuesto, eso era lo primero que ella pensaría. Tenía una salida. Podría decirle que necesitábamos un orador más experimentado. No tenía que confesarle lo que su padre había dicho. No tenía que hacerle daño.

—¿Cómo se supone que voy a aprender de mis errores si no me das otra oportunidad? —Se echó un poco hacia delante—. Estoy muy preparada. Conozco el material al dedillo, incluso todas las secciones.

Estaba preparada. Por la forma en que se desenvolvía en las reuniones matutinas, podía ver que no había permitido que el fracaso de Goldman minara su confianza; por el contrario, la había alimentado.

Junté las manos encima del escritorio. ¿Debía mentirle? ¿Podía hacerlo?

Me gustaba conseguir lo que quería. Y quería hacer la presentación de J. D. Stanley sin Harper y que ella estuviera de acuerdo. Pero no podía ocultar datos para hacer que eso sucediera. No iba conmigo.

—Sé que estás preparada. No se trata de eso.

—Lo digo en serio, Max. Puedo demostrártelo. En serio. Puedo ensayar la presentación ante toda la compañía, traer incluso a gente de la calle. Puedo hacerlo.

¡Joder!, iba a ser más difícil de lo que esperaba. Ella estaba demasiado comprometida con esa presentación, daba igual que sus razones no fueran totalmente profesionales, su actitud sí lo era. Asentí.

—Sé que no hay una persona que pueda hacer mejor el trabajo.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó, golpeando los brazos de la silla con

las manos.

—Tu padre me ha llamado esta mañana. —Ella se echó hacia delante en el asiento, y yo respiré hondo—. Me ha dicho que no te quería en la presentación.

Se dejó caer en la silla y miró mi escritorio fijamente, con los ojos vidriosos. Nunca había experimentado nada como eso. En el trabajo todo estaba claro para mí. En casa todo era gris y siempre se cuestionaban mis decisiones. Decirle a Harper eso había sacado a la luz un lado diferente de mí. Quise acercarme a ella y consolarla.

—¿Y te ha dicho por qué? —preguntó ella.

—Solo que no quiere mezclar lo personal con lo profesional. Una razón que entiendo.

Se puso de pie.

—Tiene empleados a sus tres hijos varones. ¿No es eso mezclar lo profesional con lo personal?

Me froté la cara con las manos. ¿Cómo podía conseguir que todo saliera bien?

—Entiendo que esto es frustrante para ti.

—¡¿Frustrante?! —gritó—. ¿Estás bromeando? Ese tipo es un imbécil. Está tratando de boicotear mi carrera.

Yo, en cambio, tenía la impresión de que solo estaba siendo egoísta.

—Tal vez se sintió un poco incómodo porque los dos estáis distanciados. —Pensaba que yo me sentiría igual—. Estoy seguro de que no estaba tratando de hacerte quedar mal.

Harper puso las manos sobre el escritorio, y se inclinó hacia mí.

—¿Y qué, te has limitado a decirle «Sí, señor, gracias, señor»? ¿A quién le importa si jodo a la chica con la que llevo jodiendo las últimas semanas? ¿A quién le importan sus sentimientos? «Mientras siga aspirando a la cuenta, haré todo lo que usted diga». ¿Así fue la conversación?

Había verdadero veneno en su tono, y estaba fuera de lugar. Había actuado para el mejor interés de King & Associates, y si ella fuera racional, lo vería.

—No, he dicho que pensaba que eras la mejor persona para el trabajo. —¿Esperaba que yo discutiera con él? En última instancia, él era un posible cliente. Podía elegir al equipo.

Negó con la cabeza.

—¿Y aun así le has dicho que me cambiarías?

—Harper, él es el cliente. Tiene potestad para elegir a quién quiere que trabaje para él.

Se movió y se puso una mano en la cadera.

—¿Sabes qué, imbécil? Tú también puedes elegir para quién trabajas. ¿No te das cuenta? Te está poniendo a prueba. Te ha pedido que saltes, a ver si tú le preguntabas a qué altura. Es un gilipollas de mierda que está decidido a destruirme. —Se cubrió la cara con las manos, y el corazón se me encogió en el pecho. Joder, odiaba que me hiciera eso. Yo no había hecho nada malo. Lo último que quería era molestarla. Quise consolarla con desesperación, pero eso era un negocio.

Se alisó la falda y echó hacia atrás los hombros.

—Te ha pedido que eligieras entre él y yo —dijo en voz baja—. Y has tomado una decisión. Así que buena suerte. —Se dio la vuelta y fue hacia la puerta.

Quise correr tras ella, hacer que lo entendiera, pero salió antes de que me levantara. Y no quería hacer una escena, darle todavía más importancia a la situación. Saldría pronto del trabajo, pero en lugar de irme a Connecticut esa noche, me acercaría a su casa y podríamos hablar.

15

HARPER

Al salir del trabajo fui directa al apartamento de Grace, donde llegué con los ojos llenos de lágrimas. En el viaje en metro, traté de averiguar por qué estaba tan enfadada y con quién estaba más enfadada, si con mi padre o con Max; no había llegado a ninguna conclusión.

—¿Crees que lo sabía? —preguntó Grace.

Me senté en el sofá gris de cinco mil dólares que decoraba el apartamento de Brooklyn, y pasé la mano por el brazo de terciopelo, como si eso pudiera proporcionarme cierto consuelo. Grace me ofreció una copa de vino tinto y se sentó.

—¿El qué? ¿Que mi padre lo estaba poniendo a prueba? —pregunté. ¿Se trataba de eso? ¿De una prueba? ¿O era una muestra de poder?

Al salir del despacho de Max, había ido a mi escritorio, había imprimido mi renuncia, la había metido en un sobre y se la había dado a Donna para que se la entregara a Max. No tenía muchos objetos personales en la oficina, así que me las arreglé para meterlos todos en el bolso que llevaba al trabajo.

Lloré todo el camino hasta Brooklyn.

—No; ¿crees que tu padre sabe que Max King se estaba follando a su hija?

Levanté la cabeza.

—¿Cómo iba a saberlo? Y, de todos modos, ¿por qué le podría importar?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Los padres suelen mostrarse protectores con sus hijas.

Resoplé.

—Ya, bueno, los donantes de esperma no lo son. —Estaba segura de que Charles Jayne no había sentido ni un ápice de instinto paternal en su vida.

—Solo creo que es un poco extraño que aceptara la invitación a almorzar y luego no quiera que trabajes en la cuenta.

Muchas de las cosas que hacía Charles Jayne no tenían sentido. Debía saber que J. D. Stanley era una cuenta muy jugosa, y que si pedía que me echaran del equipo, me haría quedar mal—. No me quiere cerca. —Hundí la uña en el espeso terciopelo.

Grace tomó un sorbo de vino.

—Tal vez...

—¿Tal vez? —pregunté.

—Me da la impresión de que no tenemos todos los datos.

Dios, ¿desde cuándo Grace le daba a mi padre el beneficio de la duda? Ella sabía lo imbécil que había sido a lo largo de los años.

—¿Te pones de su lado?

Hizo girar el tallo de la copa entre los dedos.

—No, en absoluto. Para mí solo hay un bando: el tuyo. Solo digo que las cosas no tienen sentido.

Di un trago a mi vino, desesperada por alcanzar la relajación mágica que traía el líquido.

—Vale, así que tu padre es gilipollas. Tomemos eso como certeza. Y, por alguna razón, no quiere que trabajes en su cuenta. —Apretó los labios como si tratara de evitar decir lo que diría después—. Me preocupa lo irritada que estás por ello. Y que hayas renunciado a un trabajo por el que has trabajado tanto. ¿No estarás dejando que tu padre te controle?

Cuando surgió el proyecto de J. D. Stanley, pensé que sería una oportunidad para liberarme de mi padre.

—Pensaba que esta vez yo tenía la ventaja. Que iba a tener la oportunidad de apretarle la nariz contra el cristal y demostrarle lo que se había perdido.

—Debería haberlo imaginado. Nunca había tenido ventaja en la relación con mi padre.

—Supongo que él lo sabía y no quería verlo. La mayoría de los gilipollas no quieren que se les recuerden sus fallos. O reinventan una realidad en la que no son gilipollas, o evitan cualquier situación que se lo pueda recordar.

—Grace hablaba por experiencia, y de repente me sentí mal por estar allí y echarle todos mis problemas encima. Su padre había engañado a su madre más de una vez, y ella siempre decía que después era como si hubiera usado un cincel imaginario y hubiera revisado los recuerdos de la gente, rehaciendo la historia—. Tu padre es un hombre poderoso, y a los hombres poderosos no les gusta equivocarse.

—Pero no le importó ir a almorzar. —Limpié una inexistente gota de vino del exterior de la copa—. ¿Por qué aceptó almorzar a pesar de que sabía que yo estaría allí y luego tuvo tantos inconvenientes con que yo trabajara en la cuenta?

Grace asintió.

—Es probable que tuviera curiosidad. Querría saber si lo habías perdonado.

El almuerzo había estado bien. Educado y profesional. ¿Realmente había esperado algo más?

—Y es probable que no pensara en cómo te sentirías al respecto —continuó Grace—. Estoy segura de que es como la mayoría de los hombres, y está demasiado centrado en sí mismo para preocuparse por los demás.

Mi padre era la definición de egoísta. Cuando era pequeña y no aparecía en el momento que decía que lo haría, hacía creer a mi madre que no era para tanto. Recordaba que él la hacía llorar, que la hacía llorar mucho, y que lloraba más si ella veía que me decepcionaba a mí. Así que había aprendido pronto a ocultar mi dolor y mi disgusto. Pero pronto también había reemplazado esas emociones por la ira y la frustración, y eso no lo encubría tan bien.

Levanté la vista de la copa y encontré a Grace preparada para rellenar las copas.

—Me sorprendería que intentara sabotear tu carrera —dijo ella mientras el vino caía en mi copa—. Estoy segura de que podría haber evitado que consiguieras un trabajo en Wall Street con suma facilidad si eso era lo que hubiera querido. ¿Le dijo a Max que te despidiera?

Negué con la cabeza.

—No creo. Solo dijo que no quería que trabajara en la cuenta porque quería mantener separado lo personal de lo profesional.

Tal vez Grace tenía razón y no se trataba tanto de que mi padre tratara de sabotearme como de que se protegiera a sí mismo. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Me cubrí la cara con la mano libre en un esfuerzo inútil para evitar que se derramaran.

Si no me hubiera avergonzado tanto el hecho de que mi padre no quisiera que trabajara en el proyecto, como no me había querido cuando nací, las cosas podrían haber sido diferentes. Que un cliente cualquiera pidiera un cambio en el equipo habría sido un golpe, pero lo habría superado. Que mi

padre pidiera que no trabajara en su cuenta podría haber sido soportable si hubiéramos estado en buenos términos, pero había sido Max el elemento que lo hacía tan humillante. De alguna manera, el haberle hablado de mi padre, el haber confiado en él, hacía que su decisión de acatar los deseos de mi padre fuera, sin duda alguna, un cuchillo oxidado que hacía el corte más profundo.

Había querido trabajar para Max King desde que recordaba y lo había estropeado todo acostándome con él.

—Ha sido una gran traición. —Me las arreglé para no sollozar. Noté que se hundían los cojines a mi lado y moví la mano cuando Grace me quitó el vino. Sonrió.

—Lo siento. No puedo permitir que derrames vino tinto sobre este hermoso sofá. Venga, desahógate, llora un poco, pero no sostengas una copa de vino tinto mientras lo haces.

Me reí; su preocupación por su sofá me sacó de la pena.

—Tienes razón. Este sofá es demasiado bueno para estropearlo por un hombre. Finges que no te gustan las cosas finas de la vida, amiga mía, pero no puedes evitar que se te note la alta cuna.

Tomó un sorbo del vino que me acababa de quitar.

—Lo sé. Por mucho que lo intente, no puedo evitar que me salga de dentro. Tengo muy buen gusto.

Me reí.

—Sí. Y por mucho que luches, siempre serás una princesa de Park Avenue.

—Ahí lo tienes, ¿ves? Al menos puedo hacerte reír con mis ridículas elecciones en la vida. —Grace se sentó con las piernas cruzadas en el sofá delante de mí, ofreciéndome toda su atención—. Hablando de elecciones ridículas, explícame lo de presentar la dimisión.

—Max ha tenido que tomar una decisión. Sabía lo que sentía por mi padre y no ha dudado en elegirlo a él en vez de a mí. —Negué con la cabeza—. Si no hubiera sido mi jefe, si no le hubiera contado cómo me abandonó mi padre, podría haber asimilado que me echaran de la cuenta de J. D. Stanley. Pero la forma en la que ha elegido tan fácilmente los negocios en vez de a mí ha sido demasiado. —Había sido como si hubiera dibujado una línea en la arena y me hubiera dicho que mis sentimientos nunca serían más importantes que su trabajo.

—No me había dado cuenta de que vuestra relación se había vuelto tan seria —dijo.

—No es tan seria. —Aunque tal vez se había vuelto más seria de lo que yo pensaba.

—Pero sí lo suficiente como para que quieras que te escoja a ti en lugar de a su trabajo —dedujo Grace. No le respondí. No sabía qué decir—. ¿Qué excusa te ha puesto? —preguntó Grace.

—Ha terminado diciendo que el cliente puede elegir al equipo que lleva su cuenta.

Grace hizo una mueca.

—No te atrevas a decir que tiene razón. —No tenía razón, ¿verdad?—. Sería diferente si Max y yo no estuviéramos follando, pero lo estamos. Lo estábamos. No soy solo su empleada. —No estaba segura de lo que éramos el uno para el otro, y supuse que ya no importaba. Pero me debía algo. Algún tipo de lealtad. ¿No era verdad?

—No estoy segura de que estuvieras tan molesta, tan irritada como para presentar la renuncia si «solo» estuvierais follando. Dices que no es nada serio, pero suena como si para ti lo fuera. ¿Sientes algo por él?

Me aparté el pelo de la cara como si eso me ayudara a ver más claramente. ¿Sentía algo por él?

—Ahora mismo siento que quiero pegarle un puñetazo en la cara; ¿eso cuenta? —pregunté mientras Grace me frotaba la espalda.

Pero no quería golpear a Max, no de verdad. No estaba enfadada. En realidad me sentía rota, como si hubiera recibido un gancho de derecha en el estómago. En algún momento desde que lo conocía, lo había dejado entrar, había disfrutado estando con él, había sido feliz, y no solo cuando teníamos sexo. No podía recordar un momento en el que eso hubiera sido así en cualquiera de mis otras relaciones. Mi padre se había asegurado de que creciera con el corazón roto, las cicatrices de esa mala relación creaban una barrera entre otros hombres y yo. Nadie había atravesado nunca esa barrera. Nadie salvo Max. Al principio había sido sexo increíble y luego, en algún momento, él se mostró como era en realidad y me obligó a hacer lo mismo. Me había abierto y había comenzado a sentir.

—Creo que tal vez sientes más por él de lo que admites en tu interior —dijo Grace.

Por supuesto que sentía algo por él.

Max era el único hombre con el que había estado con el que no sabía cómo o cuándo terminaríamos antes de que hubiera empezado con él. Sabía que lo dejaría con mi novio de la universidad cuando nos graduáramos. Sabía que el tipo con el que salía a veces en Berkeley no dejaría nunca el norte de California y que yo nunca me quedaría. Siempre veía el final antes de que comenzara algo. Y eso me convenía. Significaba que no me encariñaba, que no albergaba falsas expectativas. Con Max no había visto el final, y me sentía engañada por el tiempo que podríamos haber estado juntos en el futuro. Mis expectativas con respecto a él, a nosotros, habían sido demasiado altas porque no tenían límites.

Ansiaba con desesperación que Max le dijera a mi padre que si no quería que trabajara en la cuenta, él no quería que fuera su cliente. Quería que por fin un hombre me pusiera a mí primero. Por delante del dinero, por delante de los negocios. Quería que Max se levantara y me reclamara como mi padre no lo había hecho nunca.

Entendía que ahora mi corazón estaba cerrado a cualquier futuro feliz. Cerrado. Todo hombre que viniera después de eso siempre tendría límites.

Me quedé quieta en el vestidor de Grace, rodeada de la ropa de diseño que había estado tomando prestada desde que había llegado hacía poco más de una semana. Puede que no la usara a menudo, pero tenía un montón de ropa preciosa. Sin embargo, no podía evitar ir a Manhattan durante más tiempo. Me imaginé que no me encontraría con Max si volvía un sábado, y necesitaba pasar por mi apartamento.

—¡Esto es de Gucci! —grité desde el dormitorio, sacando una falda tubo de color negro.

—Dios, no hables tan alto. Creo que prefiero que seas muda.

No había tenido mucho que decir durante los primeros días de estancia en casa de Grace. Era como si el dolor que me provocaba alejarme de mi vida me hubiera robado las palabras. Pero después de pasarme el tercer día en la cama, Grace me arrastró al salón y me obligó a ver la televisión y a comentar un episodio tras otro de *Real Housewives*. A partir de entonces, todo mejoró, y pude contener la melancolía. Pero seguía ahí, acechando, esperando a que estuviera sola para poder tomar el control.

—Sí, esa falda queda genial con la blusa de seda gris de YSL.

—No puedo ponerme nada de Gucci para recoger algunas cosas en mi

casa y arrastrar la maleta al metro. —No estaba segura de cómo iba a pagar el alquiler, pero algo me había impedido dar aviso para dejar el apartamento. Había esperado mucho tiempo poder vivir en Manhattan y trabajar en King & Associates, así que no estaba preparada para dejarlo todo todavía. De mala gana, volví a llevar la falda al armario.

Grace apareció en la puerta del vestidor y se apoyó en el marco de la puerta.

—Me quieres, ¿verdad?

Volví la cabeza de golpe. Cuando Grace empezaba una frase así, sabía que seguía algo que no quería oír.

Estudié los estantes llenos de ropa.

—No sé, depende de lo que vayas a decir a continuación —repuse.

—Bueno, estaba pensando que mientras estés en Manhattan, tal vez quieras llamar a tu padre.

Me volví para mirarla, completamente confundida.

—¿Y por qué querría hacer eso?

—Para obtener algunas respuestas. Y escuchar lo que tiene que decir.

—¿Por qué voy a concederle parte de mi tiempo o mi energía? —Que Grace pareciera estar reconsiderando la relación con sus padres y su dinero no significaba que yo tuviera que hacerlo también.

—¿Sinceramente? —preguntó—. Porque creo que le dedicas demasiado tiempo y energía a él. Todo lo que haces parece ser una reacción a tu padre.

Levanté la vista del montón de camisetas que estaba examinando.

—¿Cómo puedes decir eso? No he aceptado nada suyo desde la universidad.

—¿Crees que terminar trabajando en King & Associates, el único lugar de Manhattan que no trabajaba para tu padre, no ha tenido nada que ver con él? Y has renunciado a un trabajo que supuestamente adorabas por su culpa.

—No se trataba de él, sino de Max —respondí—. Te equivocas en tus conclusiones.

Soltó el marco de la puerta, se detuvo delante de mí y me puso las manos sobre los hombros.

—Max tomó una decisión de negocios con respecto a J. D. Stanley, el negocio de tu padre. A pesar de tu deseo de evitarlo, está en todas las partes de tu vida, empujándote por un camino u otro, ya sea para evitarlo o para demostrarle sus errores. —Bajó las manos y separó los dedos—. ¿No estás

agotada de ello?

Me sentía aturdida. ¿Era eso lo que pensaba? Me hundí de rodillas en el suelo y crucé las piernas.

—¿Crees que tengo algún tipo de obsesión con mi padre?

Grace me siguió al suelo.

—Mira, no eres una obsesionada como Kathy Bates en *Misery*, pero, sí, creo que le has dejado que se inmiscuyera demasiado en tu vida, que te robara energía... —Grace hizo una pausa—. Que controlara tu felicidad.

La miré. Quería ver alguna duda en sus ojos, pero no la había. Sabía que me quería y que deseaba lo mejor para mí.

—Pero nos abandonó a mi madre y a mí. Se tiró a todas las mujeres de la zona. Y todos sus hijos trabajan...

—Mira, no estoy diciendo que estés equivocada. Lo que quiero es que consigas cerrar todo eso para que puedas olvidarte de ello. No permitas que gobierne tu vida. Eres adulta.

—¿Así de simple? ¿Olvidarme de ello? —Siempre iba a ser mi padre, y siempre iba a ser gilipollas. Eso no iba a cambiar.

—Bueno, es evidente que no es tan fácil, no estamos en un musical de Disney, pero tal vez te venga bien tener una conversación con él. Dile cómo te sientes. No veo que tengas nada que perder. Esto te está destrozando la vida.

Resoplé.

—Estás siendo un poco dramática, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Tal vez me equivoque, pero me estás hablando desde el suelo del vestidor. —Puso los brazos en jarras—. Estás convencida de que tu padre está tratando de destrozarte la vida. Bueno, pues tú lo estás permitiendo.

Me tumbé en el suelo; necesitaba pensar. ¿Estaba dejando que mi padre dirigiera mi vida? Al no aceptar su dinero pensaba que estaba haciendo lo contrario. Y me había ido bien en mi carrera sin él. Había presentado la renuncia porque Max había antepuesto los negocios a mí. En ese caso, el problema no era mi padre... Salvo que estábamos hablando de la cuenta de J. D. Stanley.

—No digo que tu padre no sea imbécil. Ni que vaya a ganar el premio al padre del año en un futuro próximo. Y entiendo que cuando eras pequeña te decepcionó una y otra vez. —Y me había decepcionado—. Y no digo que

tengas que tener con él algún tipo de relación idílica. Solo acepta la realidad de la situación y sigue adelante con tu propia vida. Creo que una conversación con él podría ayudarte a hacerlo.

Tenía razón. Desde que me había mudado a Nueva York, mis pensamientos sobre mi padre se habían ido amontonando como las olas cuando se dirigen a la orilla. Y resultaba que acababan de llegar a la playa.

Mi obsesión con King & Associates había sido realmente por culpa de Max King. No tenía nada que ver con mi padre ni con el hecho de que Max no trabajara con J. D. Stanley. Pero una parte de mí siempre había sabido que ir a la escuela de negocios había sido para probarle a mi padre lo que se estaba perdiendo por no conocerme, para probarle que yo era tan buena como mis hermanastros. Y Grace tenía razón: parte de la razón por la que había presentado la dimisión había sido porque mi padre no me quería... y porque en las heridas que ello me había producido había otra persona más presionando.

Sintiéndome decepcionada con mi padre no iba a ninguna parte. Era un halo a mi alrededor como una mala aura, que me influía tan sutilmente que no me había dado cuenta de su poder sobre mí. Grace tenía razón de nuevo: tenía demasiado poder sobre mí.

—Tienes que atacar la raíz del problema —comentó Grace—. Mi abuela siempre decía: «Si solo cortas las malas hierbas, vuelven a salir». Hasta ahora, nunca se ha equivocado.

Tal vez, si me enfadara con él, expulsaría todo el veneno y sería libre. No tenía nada que perder enfrentándome a él, explicándome cómo me sentía, cómo me había hecho sentir siempre.

Me puse de pie y revolví su ropa.

—¿A qué blusa de YSL te referías?

Aunque no tenía dinero ni trabajo y el precio de la tarifa sería parecido al de un coche pequeño, acepté la sugerencia de Grace y cogí un taxi a Manhattan. Me detuve en la acera, donde hacía un calor casi insoportable, junto a la casa de mi padre en el Upper East Side.

No tenía ni idea de si mi padre estaba dentro. Incluso aunque se hallara allí, podría tener compañía o estar ocupado. Probablemente debería haber llamado primero, pero no podía soportar la idea de que me dijera que no, y no quería acobardarme esperando otra ocasión.

Subí la escalera y apreté el timbre. Al instante, se oyeron unos pasos detrás de la puerta.

—¿Hola? —La persona de servicio de mi padre me miró con los ojos entrecerrados.

—Hola, Miriam, ¿está mi padre en casa?

—¿Harper? Dios mío, niña, hacía años que no te veía. —Me hizo entrar en el vestíbulo—. Estás muy delgada. ¿Quieres algo de comer? La sopa que estoy haciendo no estará lista hasta dentro de unas horas, pero ayer comimos pollo asado. Podría hacerte un sándwich.

—Gracias, pero estoy bien. —No esperaba esa calidez, ni que fuera bienvenida o tratada como si formara parte de la familia—. Me alegra verte como siempre.

—Vieja, querida, así es como estoy, pero eso es lo que soy. —Empezó a recorrer el pasillo, haciéndome señas para que la siguiera—. Déjame llamarlo; está en el estudio.

No pude oír la reacción de mi padre a mi llegada, pero la conversación fue corta, y no parecía que sintiera ninguna complacencia por verme.

—Puedes subir, preciosa. Es en el segundo piso, la primera puerta a la derecha.

Sonreí y respiré hondo. Iba a hacerlo de una vez por todas.

Mientras subía las escaleras, miré hacia arriba. Mi padre estaba allí, observándome desde lo alto.

—Harper... Qué alegría verte.

Actuaba como si no fuera completamente ridículo que yo estuviera ahí. Había estado en esa casa tres o cuatro veces en toda mi vida, y no la había pisado durante los cinco últimos años.

—Gracias por recibirme —respondí. No sabía muy bien cómo manejar esa bienvenida.

—Por supuesto. Estoy encantado. —Cuando llegué a lo alto de la escalera me cogió por los brazos y me besó en la mejilla—. ¿Miriam te ha ofrecido algo de comer o beber?

Me reí a mi pesar.

—Creo que me habría servido una comida entera si hubiera querido comer algo.

—Vale, vale. Entra.

Fuimos a su despacho, una habitación en tonos azules pálidos y blancos

que me recordaba al mar. Había sido redecorada desde la última vez que había estado ahí. Me senté en la silla frente a su escritorio. Él se acomodó, y luego se levantó de nuevo.

—Lo siento, no deberíamos estar a cada lado de un escritorio como este. Podemos ir abajo. O salir al jardín. No se me ha ocurrido.

Él estaba nervioso, yo no. Rara vez lo había visto alterado, siempre actuaba como si todo saliera exactamente como lo tenía planeado.

—Estoy bien —aseguré, negando con la cabeza—. Aquí estoy bien.

Se sentó de nuevo.

—Si estás segura... Miriam te ha hecho subir aquí porque no me gusta bajar las escaleras desde que me lesioné la rodilla jugando al tenis el verano pasado.

No recordaba que mi padre fuera tan abierto, ni que compartiera algo tan personal conmigo.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, sí, pero cada vez soy más mayor y mi cuerpo ya no se recupera como antes. —Se reclinó hacia atrás en la silla—. De todos modos, es muy agradable verte. —Asintió, como si tratara de convencerse a sí mismo—. No llegamos a hablar como esperaba en el almuerzo. ¿Cómo estás? ¿Te gusta vivir en Nueva York?

Sentía como si hubiera ido al teatro y al volver a mi asiento después del intermedio me hubiera encontrado con que estaba viendo una obra completamente diferente. Mi padre me hablaba como si hubiera estado fuera durante un verano en lugar de haber estado ausente de su vida.

—Todo bien. —Retorcí las manos en el regazo—. Me imagino que te estás preguntando por qué estoy aquí...

—No te culpo de que desde King & Associates cancelaran la reunión, si eso es lo que piensas. No debí haber pedido que te reemplazaran. Solo se me ocurrió que sería más fácil si...

—¿Qué? —¿Más fácil? Más fácil para él, tal vez.

—Pero bien está lo que bien termina. Y tú estás aquí.

La conversación no iba como yo había planeado. Esperaba hacerle preguntas, que él respondiera con medias verdades y mentiras y que yo acabara insultándole. No tenía ni idea de lo que estaba pasando. —No te sigo. ¿Desde King & Associates cancelaron la reunión contigo?

—Sí, pero no pasa nada. Tenemos excelentes recursos internos.

¿Por qué haría eso Max? J. D. Stanley podría haberlo hecho considerablemente más rico de lo que ya era.

—Fue ayer. —Arqueó las cejas—. ¿No lo sabías?

Pensar en Max cancelando la presentación hizo que creciera un remolino de culpabilidad en mi estómago. ¿No era eso lo que yo quería? Negué con la cabeza. Necesitaba concentrarme allí en ese momento, no distraerme pensando en Max.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Mi padre parecía un poco incómodo, pero asintió.

—¿Por qué nunca me has ofrecido trabajo en J. D. Stanley?

Ya lo había soltado. Ya estaba. Y aunque no obtuviera una respuesta, me inundó una sensación de alivio al hacer la pregunta.

Mi padre abrió la boca, pero no dijo nada. Suspiró al tiempo que dejaba caer la cabeza. Durante unos incómodos segundos permanecimos sentados en silencio antes de que él hablara.

—Mira, sé que no he sido un buen padre.

Nunca había esperado escuchar esas palabras. Se me revolvió el estómago, e instintivamente miré a mi alrededor en busca de una papelería, o en su defecto algo donde pudiera vomitar. Había abierto una puerta y ya no la podía cerrar. Había perdido el control de la situación y me sentía como si estuviera cayendo por el túnel del Conejo Blanco.

—No me comporté demasiado bien con mis hijos cuando eran pequeños. No tuve demasiada relación con sus madres, y siempre me sentía mal, como si fuera un fraude e intentara engañar a alguien, cuando pasaba tiempo con alguno de vosotros. Era más fácil arreglarlo con dinero y seguir con mi vida.

—¿Un fraude? —pregunté. ¿No sería que estaba diciendo simplemente que se había sentido incómodo y había tomado el camino más fácil?

Arqueó una ceja.

—Nadie podría describirme como un hombre de familia, y tu madre era buena persona.

—Lo sé. —No quería que hablara de mi madre—. Lo hizo lo mejor que pudo.

—Y viendo cómo eres, lo hizo muy bien. Eres una mujer guapa, inteligente y con éxito. Y no puedo decir que sea gracias a mí.

Los dos estábamos de acuerdo en eso, pero era incómodo escucharlo.

Esperaba que tuviera argumentos, que justificara lo que había hecho. En cambio, estaba entonando un *mea culpa*. No sabía cómo reaccionar.

¿No me estaría diciendo lo que quería oír?

—Es una excusa de mierda, pero supongo que sentía que no podía hacer nada más que empeorar la situación. La mejor manera de contribuir era con dinero.

¿Sabía que eso también había contribuido a mi inseguridad, a mi dolor, a mi falta de confianza en mí misma? Se estaba centrando en lo que me había dado en lugar de en lo que me había quitado.

—Era joven y trabajaba veinte horas al día, y... —Abrió mucho los ojos—. Ya sabes... Me gustaban las mujeres. Así que supongo que me sentía como un hipócrita, tratando de parecer un hombre de familia.

—Supongo que eso tuvo sentido la primera vez que dejaste embarazada a una chica. —Mi madre fue la primera, pero debería haber aprendido la lección.

Asintió.

—Tienes razón. No solo he cometido errores en mi vida, sino que los he repetido. Pero debo responder por mis otros hijos, sobre su situación. Estoy describiendo las razones por las que actué contigo como lo hice.

—No has respondido a mi pregunta.

Suspiró.

—¿Por qué iba a ofrecerte un trabajo cuando me despreciaste de una forma tan contundente? Era diferente con tus hermanos, ellos me permitieron hacer las paces.

Me reí.

—De acuerdo. Así que esto es culpa mía. —Típico. Esperaba que él cambiara las tornas, así que no debería sorprenderme.

—No te estoy culpando, pero de alguna manera construí una relación con tus hermanos.

Los celos me comían por dentro. ¿Por qué ellos sí habían terminado teniendo un padre?

—Esperaba que hiciéramos lo mismo, pero mientras estabas en la universidad, cortaste todo contacto.

—¿Y tú intentaste arreglar la situación recurriendo al dinero y estableciendo el fideicomiso? —pregunté.

—Supongo. Me dije que, si al menos estabas bien financieramente

durante el resto de tu vida, no me sentiría más culpable.

—Entonces, ¿no fue porque soy una mujer?

—¿Qué? —Se echó a reír con una expresión de sorpresa en la cara—. Por supuesto que no. Dejaste claro que no querías tener relación conmigo, y si te soy completamente sincero, no quería un recordatorio constante de que había fallado contigo. Es difícil aceptar que tu hijo te odia, que te ve como una especie de monstruo. Pero es aún más difícil saber que está justificado de alguna manera.

No podía hablar. ¿Había dejado que la falta de una oferta de trabajo alimentara mi resentimiento? ¿O esos sentimientos habían estado ahí todo el tiempo?

—¿Por eso le dijiste a Max que me echara del equipo?

Respiró hondo.

—En parte. Pero también porque no podía contratar a una compañía por una cantidad de dinero tan grande cuando mi hija estaba involucrada en el proyecto. —Levantó una mano, indicando que no había terminado—. Sé que he empleado al resto de mis hijos, pero sus salarios son considerablemente menores que los que habría gastado con King & Associates. —Se pasó la mano por el pelo—. Debería haber mencionado algo en el almuerzo, o haberte llamado después. Pero parecía que todo era muy civilizado entre nosotros y no quería estropearlo.

Se rio y hundió la cabeza en las manos.

—Es como si perdiera cualquier clase de juicio cuando se trata de ti. Me equivoco por mucho que lo intente.

Todo lo que decía tenía sentido, pero en vez de sentirme aliviada o feliz, me sentía estafada. Como si alguien me hubiera robado la justificación para odiarlo. La había cagado, se había equivocado. Pero por la forma en que lo explicaba, sus acciones no sonaban maliciosas. O era el mejor mentiroso con el que me había cruzado o era solo un ser humano que cometía errores. Tal vez había un poco de las dos cosas. Era como si hubiera estado sufriendo un dolor crónico durante años y, ahora que había desaparecido, hubiera olvidado quién era sin él. Mi odio se había convertido en parte de mí, y sin él, no sabía qué hacer. Aun así, Grace tenía razón: me sentía más ligera al hablar con él.

—Nunca he querido hacerte daño, pero no sabía cómo evitarlo —confesó.

Entrecerré los ojos, tratando de reprimir las lágrimas que se formaban en

mis ojos. Me había hecho daño. Una y otra vez. Pero no creía que estuviera mintiendo al decir que no había sido a propósito. Asentí.

—Te creo.

Se pellizcó el puente de su nariz.

—No sé cómo decirte... —Hizo una pausa y solo asintió—. Me gustaría tener la oportunidad de hacerlo mejor, si te interesa..., claro. Tal vez podríamos pasar algún tiempo juntos, cenar o algo así.

Me estaba pidiendo la oportunidad para enmendar lo que había hecho mal. Incluso después de que no hubiera hablado con él desde hacía años. No me culpaba, no mostraba ningún resentimiento, solo estaba triste y arrepentido, y eso había neutralizado mi ira hacia él.

Respiré hondo y me puse de pie.

—Necesito tiempo para digerir esto.

Se puso de pie, metió las manos en los bolsillos y rodeó el escritorio hacia mí, con la mirada fija en el suelo.

—Lo comprendo. —Pensaba que le estaba dando la espalda, cuando en realidad estaba luchando contra años rechazándolo antes de que él pudiera rechazarme a mí.

—Tal vez la próxima vez pueda quedarme a tomar algo de beber y un sándwich. —Las palabras salieron roncadas de mi garganta reseca, pero estaba decidida a decirlas. No era capaz de expresarlo bien, pero sabía lo que sentía. Me había aferrado a los sentimientos que había tenido de niña y les había dado una importancia y una justificación adultas. Y aunque esos sentimientos no habían desaparecido, los veía como algo sin sentido y sin utilidad. Tenía razón al decir que lo había visto como un monstruo. Ya era lo suficientemente mayor para saber que el miedo a los monstruos era tanto cuestión de imaginación como de realidad.

Levantó la cabeza.

—Me encantaría. Decide cuándo.

Me di la vuelta y salimos del despacho.

—Tal vez el próximo fin de semana —mencioné.

—Me gustaría mucho —dijo, y la voz se le quebró al final.

Cuando llegamos a las escaleras, me volví hacia él y sonreí.

—Cuídate esa rodilla. Nos vemos el sábado.

—Ah, sí, y una última cosa —dije mientras le hacía a Grace un resumen de

la conversación con mi padre. Era una buena amiga: me había dado una copa de vino a los noventa segundos de entrar por la puerta—. Me ha dicho que Max canceló la cita.

¿Max había hecho eso por mí? Había tratado de pensar en otras posibles motivaciones, pero sabía cuánto quería Max que J. D. Stanley fuera su cliente.

—Vaya. —Las cejas de Grace desaparecieron debajo del flequillo—. Así que ahora puedes hacer las paces con Max.

Casi me ahogué con el vino.

—¿De qué estás hablando? Max es historia —escupí cuando me recuperé—. Necesito pasar página.

Lo cierto era que Max nunca estaba lejos de mi mente. Me preguntaba constantemente con quién estaría, en qué andaría trabajando. Era como una herida abierta constantemente empapada en vinagre. Intentaba con todas mis fuerzas que no se notara; no nos conocíamos desde hacía tanto tiempo, y me sentía estúpida por tomármelo tan a pecho.

Grace suspiró.

—Te conozco desde hace mucho tiempo, Harper. No puedes engañarme.

—No sé lo que quieres decir.

—Si Max fuera historia, no te habrías ido de tu apartamento.

—Lo estoy evitando porque se ha acabado. —Parte de la razón por la que no había encendido mi teléfono era porque no quería encontrarme con que Max no me había llamado ni enviado un mensaje.

—No, lo estás evitando porque no quieres que sea así. Primero, renunciaste a tu trabajo porque él no te antepuso a un acuerdo de negocios —enumeró, levantando un dedo—. Luego, estuviste prácticamente catatónica durante los primeros días después de la separación, y aunque ahora ya te estás moviendo, sigues deprimida. —Levantó un segundo dedo—. No enciendes el teléfono porque estás evitando sus mensajes. —Alzó un tercer dedo—. En mi opinión, es la versión más guapa del hombre más guapo del planeta, y estás enamorada de él.

—¿Enamorada de él? —Resoplé—. No seas ridícula. —No era amor lo que sentía. Era dolor, traición, ira. ¿O no?

—Y el hecho de que se haya retirado del proyecto con J. D. Stanley, bueno, eso es...

—¿Eso qué? Debería haber empezado por ahí.

—¿Estás loca? Max tenía razón: el cliente puede elegir a su equipo. Si solo hubierais estado follando, como dices, él te habría dicho que te aguantaras. Es evidente que se preocupa por ti.

¿Esperaba demasiado de él? Sentía algo muy fuerte por él; solo quería que él sintiera lo mismo.

—Estabas esperando que te decepcionara, que estuviera a la misma altura de lo que pensabas de tu padre —afirmó Grace.

Había empezado pensando que Max King era un gilipollas, pero había descubierto que había alguien muy diferente bajo la superficie, un hombre cariñoso, generoso y especial. Mi corazón se relajó como si se despidiera después de una siesta.

Lo echaba de menos.

—No es como mi padre. —Pero ¿en serio había esperado que me decepcionara? ¿Lo había buscado incluso?

—Entonces, enciende tu teléfono. En realidad, no, lo haré yo. —Grace fue a la cocina, donde había dejado mi móvil, encima de la nevera. Sabía que si lo tenía en la habitación por la noche, me sentiría tentada de encenderlo.

Grace no se atrevería a encenderlo sin que yo se lo dijera, ¿verdad?

Por supuesto que sí, y no me quedaba energía para discutir. Estaba harta de echarlo de menos. Anhelaba los brazos de Max a mi alrededor, sus sabias palabras diciéndome que todo iba a salir bien, sabía que solo tenía que abrazarme para hacerme sentir mejor. Sentí mariposas en el estómago.

Grace me lanzó mi teléfono, que no dejaba de pitar.

—Te aseguro que vas a tener más de cien mensajes y mensajes de voz de él. No muchos hombres pueden atravesar ese campo de fuerza invisible que tienes alrededor del corazón, mi hermosa amiga. No pienses que ya es tuyo, así que arregla las cosas antes de que sea demasiado tarde.

16

MAX

—Pareces decaído —dijo Scarlett mientras se metía una aceituna en la boca. Se suponía que me iba a ayudar a preparar la cena mientras Amanda y Violet estaban en el salón. En cambio, se había sentado ante la encimera, desde donde me miraba cocinar mientras tomaba una copa de vino—. ¿Qué te pasa?

—Siempre piensas que estoy decaído —le contesté, pero tenía razón. No había dormido bien desde que Harper había presentado la renuncia en King & Associates hacía diez días. Luego había desaparecido; el portero no la había visto; no respondía al teléfono. Podría estar tirada en una zanja, o solo ignorándome.

—Cierto, pero esto es diferente. Venga, confiésate con tu hermana. ¿Es por algo del trabajo? —Jadeó—. ¿Te has vuelto adicto al juego? ¿Has perdido todo tu dinero? ¿Has descubierto que tienes una horrible enfermedad en la polla?

Suspiré.

—Para. Solo estoy muy ocupado en la oficina. —Empecé a cortar los tomates, ignorando a Scarlett. Normalmente se me daba bien ocultar lo que sentía. ¿Acaso mi preocupación por Harper estaba empezando a notarse?

—Eso es mentira. Sé cómo te pones cuando estás ocupado con trabajo.

Levanté la vista.

—No es nada. Una chica del trabajo ha desaparecido y estoy un poco preocupado. Eso es todo.

—¿Cómo que ha desaparecido? ¿La han secuestrado?

Puse los ojos en blanco.

—Siempre imaginas el escenario más dramático posible, ¿no?

Se bajó del taburete y cogió el vino de la nevera.

—Bueno, si te tiene sombrío y deprimido, con ojeras, supongo que ha pasado algo muy malo.

—No estoy triste y deprimido —dije—. Harper ha presentado la dimisión y no puedo ponerme en contacto con ella.

—¿Harper? —preguntó.

Por el tono de su voz y la sonrisa que apareció en su boca, me di cuenta de que acababa de abrir la caja de Pandora. ¡Joder! Debería haber mantenido la boca cerrada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Violet mientras ponía la copa en la encimera—. ¿Le falta mucho a la cena? Me muero de hambre.

—Harper ha presentado la renuncia y Max no puede comunicarse con ella —informó Scarlett, ralentizando sus palabras como si tratara de transmitir el significado a Violet. Era idiota si no pensaba que me daba cuenta de lo que estaba haciendo.

—No es para tanto —intervine—. ¿Quieres que te rellene la copa? —le pregunté a Violet.

—Claro. ¿Adónde crees que ha ido? —indagó Violet.

Fue como si su tono realista activara un interruptor. Estaba harto de mantener todo eso dentro.

Solté el cuchillo encima la tabla de cortar.

—No tengo ni idea. —Me llevé las manos a los ojos—. La he llamado un millón de veces, pero no responde. Espero que sea porque esté enfadada y no, ya sabes..., herida. —Me resultaba difícil incluso pensar que podía estar mal por algo que yo hubiera hecho. Lo peor era que no podía hacer nada para arreglarlo. Esa pérdida de poder no era algo a lo que estuviera acostumbrado ni que me hiciera sentir cómodo. Desde que había nacido Amanda, había trabajado con tesón para ser la persona que tenía una solución para todo. Era parte de la razón por la que estaba tan concentrado en el trabajo, ya que sabía que el dinero resolvía muchos problemas.

Ignoré la mirada que intercambiaban mis hermanas. Me sentía demasiado frustrado para preocuparme. No conocía a ninguno de los amigos de Harper, no sabía qué lugares frecuentaba. Juntos nos habíamos recluido en una burbuja perfecta, y me gustaba. O me había gustado. Ahora solo deseaba haberla conocido mejor. En parte porque podría saber dónde estaba, y en parte porque me había dado cuenta de que había mucho más por conocer. Y me odié a mí mismo por haberlo estropeado todo y perderme todo lo que faltaba.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Scarlett.

—Lo he tirado todo por la borda. Eso es lo que he hecho. La aparté de un gran proyecto, y ella ha presentado su dimisión. —Les expliqué todo lo que había pasado con J. D. Stanley, y que Charles Jayne era el padre de Harper. Apenas me detuve a respirar... ¡Me sentía tan bien al sacarlo! Me culpé de no haber tenido en cuenta los sentimientos de Harper cuando le había dicho que ya no formaba parte del equipo. Cuando los clientes me pedían cambios en los equipos que llevaban sus cuentas, nunca había tenido que preocuparme por los sentimientos de la persona que recibía la noticia. Solo eran negocios. Pero la decisión de Charles Jayne de rechazar a Harper era personal. Y debería haberme dado cuenta de ello. Haber aceptado su ultimátum tan fácilmente me hacía sentir incómodo, un poco sucio. Estaba seguro de que no quería hacer negocios con un hombre que tomaba decisiones tan frías en relación con su hija. Para mí, Amanda estaba por encima de los negocios, de mi orgullo. De todo. Nunca dejaría de ponerla a ella en primer lugar. Charles Jayne no era un hombre en el que se pudiera confiar.

—Siento que te estás reservando una parte importante de la historia —adivinó Scarlett—. No estoy segura, pero cambiar a una empleada de un equipo y que ella dimita por ello normalmente no te haría sentir así.

No supe qué decir. Nunca había hablado de mujeres con mis hermanas. Nunca hablaba con nadie sobre lo que me angustiaba ni de una pelea con una novia, porque nunca había experimentado ninguna de esas cosas. Cogí la botella de Pinot Noir que Violet había dejado en la encimera y llené, impaciente, mi copa de vino hasta arriba.

—¿Ella te gusta? —preguntó Violet.

Asentí.

—Gracias a Dios... —dijo Scarlett, casi para sus adentros.

—¿Y eres correspondido? —intervino Violet.

Respiré hondo. ¿Era así? Pensaba que todo iba bien entre nosotros.

—¿Eso cómo se sabe?

La sonrisa de Violet iluminó su rostro como si hubiera estado esperando esa conversación toda su vida.

—Bueno, ¿ella busca contacto visual contigo? ¿Hay complicidad?

—Dios, Violet, ¿es que no conoces a nuestro hermano? No es que sea un monje precisamente; ya sabe cuándo las mujeres lo desean. Pregunta cómo sabe si ella siente algo por él. ¿Tengo razón o no? —aclaró Scarlett.

Asentí.

—Sí. —Eso era insoportable. Rara vez me encontraba en una posición en la que Scarlett tuviera más control en la conversación que yo.

—Así que os acostabais, ¿no? —intervino Violet.

Scarlett dio un golpe con la mano en la encimera.

—A ver si sigues el hilo...

—¡¿Qué?! —gritó Violet—. Nadie me había dicho que se estaba acostando con ella. ¿Tú lo sabías?

—Lo sospechaba.

—No es verdad —dije—. Lo dices ahora, pero no sabías nada.

—Supe, cuando la conocí en el ascensor, que había algo entre vosotros. —Scarlett se encogió de hombros—. Tengo un sexto sentido para esas cosas. De todos modos, centrémonos en el hecho de que nuestro hermano ha desarrollado sentimientos por alguien. Es decir, esto no había pasado nunca. Tenemos que mantenernos centrados. ¿Desde cuándo tenéis sexo?

No tenía sentido sugerir que no quería hablar de ello ahora, ese barco ya había zarpado. Y, de todas formas, sí que quería hablar de ello. Necesitaba saber si había algo que pudiera hacer. Quería tener la oportunidad de decirle a Harper lo que sentía, quería que volviera conmigo.

—Fue algo espontáneo; en realidad, no hemos tenido ninguna cita. —¿Ella pensaba que solo había sido sexo?—. Debí pedirle una cita. Tenía pensado hablar con ella sobre todo esto cuando viniera a ayudar a Amanda para arreglarse para ir al baile.

—¿Qué? ¿Solo fue una serie de quedadas para tener sexo? —se interesó Violet.

¿Era eso lo que había sido? Para mí no, pero, mirándolo en perspectiva, tal vez eso era lo que había sido para ella.

—No hemos tenido citas —admití—. Vivimos en el mismo edificio y estoy aquí la mayor parte del tiempo... —Desde fuera parecía solo sexo. Pero para mí, desde que había empezado a trabajar en King & Associates, había captado mi atención como ninguna otra mujer.

—¿Hacéis cosas juntos? ¿Cocinar? ¿Algo que no implique sexo? —insistió Violet.

Hice una mueca.

—Hemos pedido comida a domicilio, ¿eso cuenta?

Aparentemente no, o eso decían las expresiones de las caras de mis

hermanas.

—Pasábamos la noche juntos. Hablando. —O sumergidos en la bañera, aunque no lo iba a admitir delante de mis hermanas. Me encantaba oírla hablar del mundo. Era valiente, aunque mostraba también cierto idealismo. Una combinación perfecta.

—Bien, eso es bueno. Y aún estabais empezando, ¿verdad?

—Sí —respondí, pero era como si todo encajara cuando estaba con ella. Cuando nos encontrábamos juntos era como si no quisiera apresurarme a seguir adelante, porque el espacio en el que estábamos era demasiado bueno y quería exprimir hasta la última gota.

—¿Y presentó la dimisión porque la echaste del equipo que llevaba el proyecto de su padre? —preguntó Violet.

—Sí. Su padre me llamó y me dijo que no quería que estuviera trabajando en la cuenta porque quería mantener los negocios y lo personal separados.

—¿Y te pareció bien porque así es como te gusta trabajar también a ti? —intervino Scarlett.

—Sí. Lo vi como un cliente potencial pidiendo un simple cambio de equipo, en lugar de un padre que no antepone a su hija a todo lo demás.

—Sinceramente —dijo Violet—, me da la impresión de que ese tema tiene poco arreglo.

—Renuncié a la cuenta —dije.

—¿En serio? —se extrañó Scarlett—. Bien. ¿Y ella lo sabe?

Negué con la cabeza.

—No, lo hice después de ver lo cabreada que estaba, y me di cuenta de que a él no le importaba una mierda. Si estaba dispuesto a hacerle eso a su hija, ¿qué le haría a un socio? —No era la primera vez que rechazaba a un cliente porque no me gustaba su manera de enfocar los negocios. Ahora solo quería poder explicarle que sabía que había tomado la decisión equivocada—. Pero ella se ha ido, simplemente ha desaparecido.

—Creo que estás colado de verdad por esa chica —dijo Scarlett con una sonrisa—. Nunca te he visto así.

—Deja el dramatismo a un lado. No estoy diciendo que la ame, solo... —Me sentía perdido. En un nuevo territorio y sin mapa—. Pero si ella no me habla, no me contesta al teléfono ni me abre la puerta, ¿qué puedo hacer?

Scarlett giró la cabeza.

—¡Amanda! —gritó.

—No le digas nada —le susurré.

—Dame un poco de crédito, anda...

Amanda entró en la cocina, aunque tenía la mirada clavada en su teléfono. No entendía que no se rompiera algún hueso de vez en cuando. Nunca miraba por dónde iba.

—Baja el teléfono mientras te mueves. Un día te vas a poner delante de un autobús, obsesionada como estás con Snapchat.

Amanda puso los ojos en blanco, pero se metió el teléfono en el bolsillo de sus vaqueros.

—¿Está lista la cena? Tengo hambre.

—¿Tienes ganas de ir al baile mañana? —le preguntó Scarlett. Aunque no sabía cuál, evidentemente mi hermana tenía un plan.

Los ojos de Amanda se iluminaron.

—Sí, va a ser perfecto. Callum me pidió ayer que fuera su pareja, pero le dije que iba a ir sola. No necesito a un chico.

Las chicas King la felicitaron por su decisión y chocaron la mano con ella. Por mi parte, solo podía esperar que fuera el primer paso de mi hija hacia una vida de celibato.

—¿Tienes el vestido preparado? —preguntó Scarlett.

Amanda se encaramó en el taburete frente al mío.

—Sí, lo has visto, ¿verdad? Es el que Harper me ayudó a elegir.

—¿Harper es la chica con la que trabaja tu padre y con la que te gusta tanto hablar? —dijo Violet. Dios, estaban compinchadas...

Amanda asintió y miró a sus dos tías y luego a mí.

—Tú la conoces, ¿verdad, Scarlett? Es muy guay y guapísima ¿No es así, papá?

Oír el nombre de Harper me aceleró el pulso. Sonreí con pesar.

—Sí, es guapísima.

—Violet, te la presentaré. Vendrás a ayudarme a prepararme para el baile, ¿verdad?

Mierda, ¿cómo iba a decirle a mi hija que la que no iba a venir era Harper?

—Por supuesto. No me lo perdería por nada del mundo. —Mi hija era la única persona del mundo que podía hacer que mis hermanas hicieran cualquier cosa.

—Tenemos que hablar sobre Harper, cariño —intervine.

—¿Qué? No necesita que la vayas a buscar a la estación, porque viene en coche.

¿Qué? No había llegado a hablar con Harper sobre cómo iba a llegar a Connecticut.

—No estoy seguro de que vaya a venir, cacahuetito. Pero estarán tus tías. Y podemos poner a tu madre en Skype mientras te preparas.

Amanda me miró con los labios apretados.

—¿De qué hablas? Por supuesto que Harper va a venir. Me ha dicho esta mañana que estaría aquí a las cuatro. Traerá su maquillaje.

El corazón se me aceleró. ¿La había escuchado bien? ¿Amanda había estado con contacto con Harper? Me sujeté a la encimera, tratando de encontrarle sentido a lo que decía.

—¿Has hablado con ella? —preguntó Scarlett.

—Por supuesto que sí. Es mi amiga. —Amanda nos miró a los tres—. ¿Qué os pasa? Estáis actuando de forma muy rara.

Harper estaba de camino allí. Iba a tener la oportunidad de explicarle, de decirle que era importante para mí. Más que importante. No la dejaría marchar hasta que escuchara todos mis argumentos y entendiera que lo sentía. No dejaría que me alejara de ella. Estaba acostumbrado a conseguir lo que quería, y Harper Jayne no sería una excepción.

—Que haya aceptado venir a ayudar a Amanda no significa que quiera tener algo que ver conmigo —le recordé a mi hermana poco después de las tres y media de la tarde—. No crees que esto es demasiado? —Miré a mi alrededor. En el comedor estaba la mesa puesta con la vajilla y la cristalería que mi madre me había obligado a comprar cuando cumplí los treinta y decidió que por fin era adulto, a pesar de que llevaba siendo padre durante más de una década en ese momento.

—No, no es demasiado —aseguró Scarlett—. Y, de todos modos, ¿qué tienes que perder? En el peor de los casos, no estarás peor de lo que estabas antes de que entrara.

Tuve que seguir recordándome a mí mismo que sabía cómo ir detrás de lo que quería. Lo hacía para ganarme la vida. Iba a tener la posibilidad de conquistar a Harper de nuevo, ¿no?

—He pulido la plata tal y como me enseñó la abuela King —comentó Amanda, uniéndose a Scarlett y a mí en la mesa. Me dio una palmadita en

la espalda—. Todo está perfecto. No podrá resistirse a tu lasaña, papá. Es la mejor del mundo.

No tuve corazón para decirle que no tenía ni idea de si Harper me escucharía.

Tuve que admitir que la mesa quedaba bien, pero faltaba algo.

—Nos hemos olvidado de las flores —caí.

Amanda me había ayudado a elegir algunas en el jardín que podíamos usar como centro de mesa. No pude encontrar un jarrón, así que improvisamos y usamos un vaso de agua. Amanda desapareció en la cocina para prepararlas.

—¿Y qué hago? ¿Os lleváis a Amanda y luego me doy la vuelta y le pregunto a Harper si tiene hambre? —dije mirando a Scarlett.

—Dios, Max, ¿es que te has quedado sin pelotas? —preguntó Scarlett—. Pídele que hable contigo unos minutos. Luego te disculpas y admites que eres un idiota. Observa cómo reacciona. Si necesitas disculparte de nuevo, hazlo, y luego dile cómo te sientes. Por Dios, hombre, diriges una compañía multimillonaria; no es tan difícil.

Esto era mucho más difícil que cualquier cosa que hubiera hecho, pero Scarlett tenía razón: necesitaba echarle huevos a la cuestión. Le explicaría a Harper cómo me sentía. Le diría que no deberíamos permitir que los negocios se interpusieran en nuestro camino.

Iba a ser fácil, ¿verdad?

—No te irás a poner eso, ¿verdad? —se escandalizó Violet mientras entraba.

—Punto para ti —dijo Scarlett—. Ve a ponerte tus mejores vaqueros y una camisa. Las camisetas con mensaje no son lo tuyo.

—¿Eh? Esto es *vintage* —me defendí.

—Sube a cambiarte —dijo Violet.

¿Tenía tiempo para darme una ducha? Miré mi reloj y se me revolvió el estómago. Solo faltaban veinte minutos para que ella estuviera aquí. En mi casa. En el lugar donde me había imaginado follándola en cada habitación. Harper era la única mujer que quería traer aquí, a mi casa, a mi vida.

Subí las escaleras, volando por los escalones de dos en dos. Necesitaba repasar lo que quería decir, y no quería que nadie me molestara.

Era la presentación más importante de mi vida y no había ensayado.

OceanofPDF.com

17

HARPER

—¿Que has hecho qué?! —grité al altavoz del teléfono cuando salí de la I-95. El GPS me decía que me faltaban seis minutos para llegar. Odiaba conducir, en especial por rutas que no conocía, y era la primera vez que visitaba Connecticut—. Es una idea horrible.

—Es una idea genial —afirmó Grace—. Y, de todos modos, pase lo que pase, has hecho lo mejor para Amanda.

Le había prometido a Amanda que la ayudaría a prepararse para el baile, y no iba a decepcionar a una niña de catorce años. Sabía lo que se sentía al ser decepcionado por un adulto, y nunca infligiría conscientemente esa sensación a otra persona.

—¿Qué es lo que llevas al final? —dijo Grace—. Por favor, dime que te has puesto una falda. A los hombres les gustan las faldas.

—Llevo unos pantalones cortos.

—¿Esa combinación tan sexy que usas con la blusa y los pantalones cortos, que casi parecen de putilla?

Sonreí, complacida en secreto por su apoyo.

—No son de putilla. Solo muy cortos. —Vale, eran un poco de putilla.

Amanda era solo una de las razones por las que había pedido prestado el coche a Grace para ir a Connecticut. Quería ver a Max. Necesitaba saber si el dolor que sentía en los huesos se aliviaría cuando lo viera. Para saber si era amor o solo pena lo que me embargaba el corazón.

Antes de conocer a Max, los hombres siempre habían sido una parada en el camino hacia otra cosa. Siempre había visto la salida, nunca me había sumergido por completo. Con Max no estaba constantemente buscando una salida. Me sentía feliz cada momento que compartía con él, le contaba mis cosas, hablábamos, disfrutábamos estando juntos... Mis sentimientos por él se habían ido consolidando sigilosamente, sin que me diera cuenta, y solo los había percibido cuando Max ya no estaba

—Vale, bueno, no la necesitarás..., pero buena suerte.

¿Cómo podía decir eso? Había una posibilidad real de que Max estuviera furioso conmigo. Había renunciado al trabajo sin preaviso. Le había gritado en su despacho, luego había apagado el teléfono y había ignorado cada uno de sus mensajes.

Lo peor de todo era que Max no había hecho nada malo cuando estuvo de acuerdo en sacarme del equipo. Tal vez había sido un poco insensible, sí, pero la relación que yo tuviera con mi padre no era problema de Max. Ni tampoco era cierto que la única razón por la que King & Associates había conseguido ese posible proyecto fuera porque yo trabajaba allí.

Se me revolvía el estómago al pensar que ya no era una empleada de King & Associates. Había trabajado mucho para llegar allí. Pero no me arrepentiría. Ahora conocía a Max, y lo que fuera que había pasado entre nosotros siempre formaría parte de mí. Me había obligado a tratar con mi padre. Pensaba que King & Associates me ayudaría a iniciar mi carrera, pero en realidad me había ayudado a remendar mi alma.

Cuando me detuve frente a una casa de dos pisos con el tejado gris, los nervios se apoderaron de mí. No conocía al hombre que vivía ahí. El lugar parecía muy... hogareño. Había un jardín a un lado, y lo que parecía un granero al otro. Conté cuatro coches en la entrada de grava. Vaya. ¿Es que estaban haciendo una fiesta?

Alargué la mano hacia el asiento trasero y saqué la sidra que había traído con mi maquillaje.

—Hola, Harper.

Cuando salí, vi a Amanda saludándome desde la puerta. Sonreí, incapaz de devolverle el saludo de otra manera porque tenía las manos ocupadas.

—¡Hola, ¿cómo estás?! —grité, mirándola por encima del techo del coche—. ¿Estás nerviosa?

—No estoy nada nerviosa —repuso mientras yo cerraba el coche—. En especial ahora que estás aquí.

Las voces se hicieron más fuertes cuando Amanda y yo cruzamos la entrada de suelo de pizarra. La casa proporcionaba una sensación completamente diferente a la del despacho de Max. Había fotografías de Amanda por las paredes. Las puertas, los marcos y las vigas del techo estaban teñidos de un color cálido, como la miel caliente, y el espacio era grande y ventilado, con puertas abiertas que daban a una zona de piscina.

Mientras íbamos hacia la cocina, apareció Max.

El dolor que sentía desapareció, mi cuerpo se relajó por el alivio como si hubiera estado sediento y hubiera encontrado finalmente un oasis.

Consciente de todos los que nos rodeaban, evité el contacto visual. Si estaba enfadado conmigo, no estaba segura de cómo reaccionaría.

—Harper —dijo—. Adelante. Eres muy amable al venir hasta aquí. No sé lo que ha hecho Amanda para merecerlo. —No parecía cabreado en absoluto, así que levanté la cabeza y lo encontré sonriéndome. Traté de cubrir mi deleite, asintiendo mientras miraba detrás de él, a las dos mujeres que nos miraban.

A su hermana Scarlett ya la había conocido. ¿Quién era la otra? Sabía que la madre de Amanda no había vuelto de Europa. ¿Acaso era demasiado tarde? ¿Max se había mudado? No, debía de ser Violet. Se parecía a Max y a Amanda.

—Sube. No tenemos mucho tiempo —dijo Amanda.

—Te quedan dos horas, así que puedes presentar a Harper a tus tías —le contradijo Max.

Estaba segura de que mi alivio fue evidente en mi fuerte exhalación. Sí, tías.

—Hola —dije, haciendo un gesto. Ambas se bajaron de los taburetes para saludarme.

—Soy Scarlett, nos conocimos en el ascensor —dijo la rubia mientras me abrazaba como si la conociera de toda la vida.

—Y yo soy Violet, la hermana pequeña. —El abrazo de Violet fue un poco menos efusivo, pero un poco más familiar de lo que esperaba.

Tuve la clara impresión de que había sido objeto de alguna conversación entre las dos.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Max.

Yo sostuve la sidra en alto.

—Ya he traído esto. —Miré a Max y luego a su hija.

—Deberías saber qué hacer cuando alguien te trae un regalo —comentó Max.

Amanda se cubrió la boca con ambas manos.

—Lo siento mucho —dijo con rapidez—. Es muy amable por tu parte y no tenías que hacerlo.

Era una chica tan cariñosa...

—Ha sido un placer —respondí.

—¿Por qué no te metes en la ducha? Violet puede llevarte un poco de sidra cuando vaya a arreglarte el pelo.

Amanda subió las escaleras, dejándome en la cocina con Max y sus dos hermanas. Esperaba tener a Amanda como amortiguador mientras estuviera ahí. Y no sabía si la amistosa iniciativa de Max desaparecería una vez que ella saliera de la cocina. Respiré hondo. Podía hacerlo. Max se merecía el humilde pastel que estaba a punto de servir.

—Por si te interesa, tengo la alternativa «madura» a la sidra —dijo él.

—¿A qué te refieres? —No pude evitar sonreír. Llevaba tanto tiempo sin verlo que había olvidado cómo eran las cosas. Había olvidado que cada vez que estaba cerca de él quería tocarlo. Y ahora que estaba allí, quería hablar con él, disculparme, preguntarle si era demasiado tarde para volver a como estaban las cosas entre nosotros.

—A champán —repuso con una sonrisa. No parecía enfadado, pero lo había visto en la comida con mi padre: era muy bueno haciendo que la gente se sintiera cómoda. ¿Estaría actuando?

—¿Alguien te ha dejado caer de cabeza de un árbol? —preguntó Scarlett —. Yo siempre estoy pidiendo una copa de champán.

Max se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? No voy a desperdiciar champán en mi hermana. —Me miró de reojo mientras sacaba tres copas y las ponía en la encimera.

¿Intentaba impresionarme? Apreté los labios, tratando de reprimir una sonrisa ante esa idea.

—Es muy amable de tu parte venir desde Manhattan —dijo Violet, dejando la frase un poco en el aire. ¿Estaba siendo ridícula al ir hasta allí por una chica de catorce años a la que apenas conocía? ¿Sabría que aunque realmente quería hacer de esta noche algo especial para Amanda también quería ver a Max? Tenía que disculparme.

Le eché un vistazo, queriendo decirle a Max que había venido por él tanto como por su hija.

—Amanda es una chica encantadora y... —Me encogí de hombros, sin poder decir las palabras todavía.

—Bueno, sé que mi hermano está encantado de que hayas venido.

Mi corazón dio un vuelco. ¿Max estaba contento de que yo estuviera allí?

Pero ¿por Amanda o porque quería verme?

Max me tendió una copa, y cuando la cogí nuestros dedos se rozaron. Lo miré y él sonrió. ¿Debería llevarlo a un lado y disculparme en ese mismo momento?

—Violet, Harper —llamó Amanda desde arriba—. Necesito a mi equipo de estilismo a domicilio. Ya estoy fuera de la ducha.

Me reí.

—¿Estilismo a domicilio? Tiene catorce años, ¿verdad?

Max puso los ojos en blanco.

—Qué va... Ya son veintisiete...

—¡Ya voy! —grité, agachándome para recoger el bolso. Odiaba ver adolescentes demasiado maquilladas, y sabía que Max no quería que su hija pareciera la chica de veintisiete que ella creía que era, así que junto con algunas muestras de mi maquillaje, había llevado una crema hidratante con color y un brillo de labios con mucho *gloss*. Si añadía un poco de rímel, no pensaba que ella necesitara mucho más.

—Seguiré preparando las bebidas —comentó Max colocando una bandeja mientras Violet y yo subíamos las escaleras. Al pasar junto a la mesa del rellano, me incliné para ver más de cerca una foto de boda.

—Preciosa... —me dije a mí misma. Amanda, vestida de damita de honor, estaba junto a los novios, a los que no reconocí.

—Es de la boda de Pandora y Jason —dijo Max a mi espalda.

¿Tenía la foto de la boda de su ex en casa?

—Vaya, qué... —Quería decir «raro», porque lo era, pero también era un gesto tierno y amable, y todas las demás cosas que sabía que era Max.

—Pandora es muy guapa —dije, mirando a Max por encima de mi hombro. Él asintió como si fuera una declaración de hechos.

La habitación de Amanda era todo lo que esperaba de una chica normal de catorce años. Un póster de Pitch Perfect sobre su cama, una colcha de rayas azules y blancas y estanterías repletas a todo lo largo de la pared. A pesar de que la casa era grande, era un hogar. No había ni pizca de pretensión ni de superficialidad.

—¿Qué te parece que te ponga una mascarilla mientras Violet te seca el pelo? —sugerí.

Amanda sonrió.

—Eso sería increíble.

Max dejó la bandeja.

—Gracias, papá. Asegúrate de poner el horno para la lasaña. —Cogió la copa de sidra que le ofrecía su padre, que obviamente quería hacerla sentir especial—. Te va a encantar, Harper. Mi padre es un gran cocinero, y la pasta es su especialidad.

Era muy dulce por su parte pensar que me quedaría a cenar. No necesitaba aclarar nada. Hablaría con Max antes de que fuera a llevar a Amanda, y cuando tuviera la oportunidad de considerar lo que yo tenía que decir, tal vez me llamaría después. Con suerte, me perdonaría.

—Gracias, cacahuetito, pero creo que puedo manejarme en la cocina. —Continuó hablando, pero me miró fijamente, y no pude apartar la vista—. Y, de todos modos, Harper no ha aceptado quedarse a cenar todavía.

Mi corazón dio otro vuelco, y, de repente, latió el doble de rápido. Quería que me quedara a cenar. Pero aún no me había disculpado...

—Pero lo hará, ¿no es así, Harper? ¿Te quedarás haciendo compañía a mi padre mientras estoy en el baile?

—Amanda... —advirtió Max.

—Papá, pregúntale. No puede decir que sí hasta que lo hagas. Díselo tú también, Violet.

—Puede parecer que mi hija está obligándome a invitarte, que es lo último que quiero que pienses. —Suspiró, moviendo la cabeza hacia su hermana y su hija—. Y agradezco mucho tener la oportunidad de preguntártelo delante de las dos mujeres más entrometidas del planeta. —Max se giró para mirarme—. Pero me gustaría que te quedaras a cenar para que podamos hablar, y, con suerte, arreglar las cosas entre nosotros. —Se pasó las manos por el pelo.

Traté de ocultar la sonrisa. No estaba segura de lo que significaba «arreglar las cosas entre nosotros». Esperaba que al menos significara que no nos íbamos a llevar mal. Pero una gran parte de mí quería más, más de lo que merecía. Quería a Max. Tenía que creer que no era demasiado tarde.

—La lasaña es mi plato favorito —respondí.

—¡Oh, Dios mío!, me acuerdo de cuando nació —dijo Violet mientras bajábamos las escaleras después de haber preparado a Amanda durante todo el tiempo que pudimos—. Parece que fue ayer. Y ahora...

Max dejó el teléfono en la encimera y arqueó las cejas, disfrutando al

instante de aquel momento con su familia a pesar de cualquier emergencia corporativa que le estuviera preocupando.

—¿Ya está lista? —preguntó. Nos había dejado a solas para que ayudáramos a prepararse a su hija, pero estaba tan interesado en el evento como nosotras.

Asentí.

—Ahora viene.

Violet había moldeado algunas ondas en el cabello de Amanda, así que se le veía muy natural sobre sus hombros. Y aunque había pasado mucho tiempo trabajando en su maquillaje, podría haberse hecho en dos minutos: era solo un poco de rímel y un toque de brillo en los labios. Con suerte, Max lo aprobaría.

Vi a Max mientras miraba a su hija bajar las escaleras con el vestido azul y plateado que habíamos elegido. Se le pusieron los ojos vidriosos e inclinó la cabeza a un lado.

—Cacahuetito, estás preciosa.

Noté una opresión en el corazón, y quise abrazarlo.

Él se acercó a ella, que retrocedió, levantando las manos para impedir que se acercara.

—No puedes tocarme; me estropearás el pelo o el maquillaje.

Se rio, se inclinó y le besó la parte superior de la cabeza.

—Te estás haciendo muy mayor. ¿Vas a hacer un FaceTime con mamá?

Negó con la cabeza.

—Se emocionaría demasiado. Haremos fotos. Se las enviaré mañana.

Puede que solo tuviera catorce años, pero preocuparse por los sentimientos de su madre en una situación que era tan importante para ella evidenciaba su carácter. Una personalidad que había sido formada en parte por el hombre al que tan estúpidamente yo había abandonado.

Me quedé atrás mientras Scarlett y Violet recogían sus cosas y llevaban a Amanda a la puerta. Max la siguió, y luego se detuvo para apoyarse en la puerta.

Antes de entrar en el coche, Amanda se dio la vuelta y se despidió de mí con la mano.

—Adiós, papá. Adiós, Harper. Disfrutad de la cita.

Me dio la impresión de que Amanda se sentiría muy feliz si la cena se convirtiera en algo más que una disculpa y un reencuentro, y eso me dio

esperanzas de que conociera las intenciones de su padre.

Las vimos alejarse hasta que las luces traseras del coche desaparecieron por completo.

—Es guapísima, Max —dije.

—Lo es. Gracias por estar aquí, por ayudarla. Quería que esto fuera especial; estaba muy emocionada.

—Ha sido un placer. ¿No querías ir con ellas? —pregunté mientras Max cerraba la puerta.

—Amanda no me dejó. Creo que le preocupaba que le diera una patada en el culo a ese tal Callum Ryder si se me presentaba la oportunidad. Y, de todas formas, tenemos mucho que hablar —respondió. Me sostuvo la mirada, y contuve la respiración.

Tenía que disculparme.

—Max, no sé qué decir. Lo siento mucho. He sido una idiota y una egoísta, y perdí cualquier rastro de cordura con lo de J. D. Stanley. No has hecho nada malo... —Mis palabras volaban; quería sacarlas todas antes de que él tuviera la oportunidad de decir algo que me hiciera más difícil decirlas, quería hacerle ver que entendía que no había hecho nada malo. Me cubrí la cara con las manos.

—Yo soy el que lo siente. —Me quitó las manos de la cara y pasó los dedos por mi mejilla—. Hay algo entre nosotros, y no pensé en las consecuencias de aceptar el ultimátum de tu padre. No tengo experiencia en mezclar lo personal con lo profesional, así que no pensé en ti ni en tus sentimientos. Debería haberlo hecho.

—No era que fuéramos en serio, pero si lo hubiéramos ido...

Me apretó las manos y el calor subió por mi cuerpo.

—Tal vez te di la impresión de que era solo sexo, pero no estoy seguro de que fuera así para mí. Quiero salir a cenar contigo, que estés aquí conmigo y con Amanda. Quiero que hablemos, nos riemos y nos despertemos juntos.

—Suspiró y negó con la cabeza—. Pensaba que teníamos tiempo, y pospuse la parte en la que te decía lo importante que eras para mí. Ya sabes que no tengo ninguna práctica en estas cosas.

Noté mariposas en el estómago.

—¿«Era» importante? —¿Significaba eso que él había pasado página con respecto a mí?

—Eras y eres —dijo—. Siento mucho haberlo fastidiado.

¿Cómo me lo podía poner tan fácil? Esperaba tener que intentar convencerlo, hablar con él.

No era demasiado tarde. Cerré los ojos, tratando de recomponerme.

—No lo has hecho. No nos habíamos prometido nada, y mis problemas con mi padre no son tus batallas.

—Quiero que sus batallas sean mis batallas —respondió.

Curvé las comisuras de los labios.

—¿Ah, sí?

Asintió.

—Y estoy listo para hacerte cualquier promesa. Quiero ser el hombre que te merezca. El hombre que hará cualquier cosa por la mujer que ama.

Tragué saliva.

—¿Amor? —Me acerqué a él hasta que nuestros cuerpos casi se tocaron.

Se encogió de hombros.

—Sí. Te quiero, y necesito que lo sepas. Y quiero que me des una oportunidad. Voy a meter mucho la pata. No he tenido práctica. Necesito que estés conmigo.

—Max, nunca he confiado en un hombre. No sé hacerlo. Nunca he aspirado a que una relación funcionara, nunca lo he necesitado. Tendrás que ser paciente conmigo, pero te prometo que haré todo lo posible si me das otra oportunidad.

—Puedes tener toda una vida de oportunidades —aseguró—. No puedo pensar en nada que no te perdonara. —Sus ojos eran tiernos, y yo estiré la mano y le acaricié la mandíbula. Todavía era impresionantemente guapo, pero de alguna manera las fotografías que había visto de él antes de conocerlo no le habían hecho justicia. No mostraban lo hermosa que era su alma, lo maravilloso que era como padre.

Incliné la cabeza hacia un lado.

—¿Sabes?, alguien me contó una cosa que Michael Jordan dijo una vez. —Le solté las manos y le puse las mías en el pecho, mientras lo miraba fijamente—. «He fallado más de nueve mil tiros en mi carrera y he perdido casi trescientos partidos...».

Max arqueó una ceja.

Continué.

—«He fallado una y otra vez en mi vida. Y por eso tengo éxito».

Encogí a medias los hombros mientras él deslizaba las manos alrededor

de mi cintura.

—Me lo dijo un tipo del que estoy enamorada. Creo que él diría que deberíamos seguir intentándolo hasta que ganemos.

La sonrisa de Max hizo que las mariposas se descontrolaran en mi estómago.

—Parece un tipo listo. —Hizo una pausa—. Y es un hombre con suerte. —Me acercó a él y apretó sus labios contra los míos—. Te he echado mucho de menos.

Arrastró la lengua a lo largo de mis labios antes de empujarla en busca de la mía. Había olvidado lo apasionada que era su boca, lo intensos que podían ser sus besos. Cada segundo que pasaba, mis rodillas se debilitaban, mi respiración se entrecortaba, pero quería más.

Nos separamos, jadeando, y dejamos que nuestras frentes descansaran una contra otra.

—Yo también te he echado de menos. —Le deslicé los brazos alrededor del cuello. Y cuando me levantó, envolví mis piernas alrededor de su cintura.

—La lasaña tendrá que esperar —afirmó mientras me llevaba hacia las escaleras—. He fantaseado con tenerte en esta casa un millón de veces. He soñado con inclinarte sobre la mesa de la cocina y follarte desde atrás, te he imaginado encima de la mesa del comedor, devorándote el coño con la lengua hasta hacerte estremecer. Pero ahora mismo voy a hacerte el amor en mi cama.

Cuando llegamos al dormitorio, me solté del cuerpo de Max y le saqué la camisa de los vaqueros, desabrochando los botones que mantenían su piel alejada de la mía. Quería tener tiempo para observar dónde me encontraba, para saber más sobre Max, para escuchar las historias de aquellas fotografías en blanco y negro que cubrían las paredes de su dormitorio y para entender por qué había elegido la enorme cama de caoba con cuatro postes. Pero sus caricias borraron temporalmente todas las preguntas de mi cabeza.

—Estos pantalones me ha estado volviendo loco —dijo, y metió una mano por debajo de mis pantalones cortos para pellizcarme el culo.

—Entonces han tenido el efecto deseado —respondí.

—Harper, podrías aparecer cubierta por una bolsa de basura y provocarías en mí el mismo efecto.

—Me suena la sensación —dije.

Cuando los dos estuvimos desnudos, nos quedamos mirándonos a los ojos. Max ahuecó las manos sobre mi cara.

—Todavía no me creo que estés aquí —susurró—. He echado de menos tu hermosa y tersa piel. —Me pasó las manos por los pechos, alrededor de la cintura y por encima del trasero—. Tu coño mojado. —Hundió la mano entre mis piernas y gimió—. He echado de menos esto. Tus sonidos, tu humedad.

Me estremecí, con la piel de gallina.

—Tengo que estar dentro de ti. Me tomaré más tiempo contigo más tarde, pero ahora necesito sentirte a mi alrededor. Necesito estar cerca de ti.

Era lo que yo también necesitaba.

Me hizo girar, y luego me empujó contra la pared. Me levantó una pierna y frotó el glande a lo largo de mi sexo.

—Max, el condón —dije, sin aliento y desesperada.

Negó con la cabeza.

—Acabo de hacerme los análisis anuales. Estoy bien.

Oh. Yo no me había acostado con nadie más que con él desde la última vez que me habían hecho las pruebas.

—Yo también, y estoy tomando la píldora.

Gemí cuando me penetró y se quedó quieto.

—Perfecto —dijo.

—Max. —Apreté los dedos alrededor de sus brazos. Necesitaba que esperara unos segundos para que me adaptara a él. Después de no haberlo tenido dentro durante tanto tiempo, en esa posición parecía llenarme más de lo normal.

Comenzó a aumentar el ritmo.

—No voy a poder aguantar mucho tiempo, y cuando termine, te follaré en la cama, y luego en la ducha. Voy a estar dentro de ti durante horas.

Pensar en la implacable entrada y salida de su polla me hizo contener el aliento.

—Una vez nunca es suficiente contigo. Te necesito todo el tiempo, siempre.

Me sentí como si estuviera yendo en bicicleta hacia la cima de una montaña, jadeando y gimiendo, desesperada por alcanzar la cumbre. Cuando Max se hundió en mí otra vez, cuando clavó su polla dentro de mí,

me encontré en lo más alto. Arqueé la espalda cuando empecé a bajar libremente por el otro lado.

—Te amo —susurré al viento.

Max se corrió justo después de mí, gruñendo mi nombre en mi oído mientras me clavaba sus caderas tan bruscamente que me habría dolido si no hubiera sido porque estaba en pleno orgasmo.

—Te amo —exclamó.

Su piel estaba caliente y pegajosa por el esfuerzo cuando le puse los brazos alrededor, y apreté los pechos contra su torso, esperando poder adherirme a él para siempre. Me levantó el culo y le rodeé la cintura con las piernas mientras caminaba hacia la cama, todavía unidos, con él todavía dentro de mí. Se sentó en el borde de la cama, y mis rodillas descansaron a ambos lados de sus caderas.

—Recuéstate —pedí. Me miró aturdido mientras hacía lo que le pedía—. No ha sido suficiente... —murmuré mientras empezaba a mover las caderas, solo un poco, disfrutando de la sensación de tenerlo dentro.

Se centró en mis pechos, frotándome los pezones con los pulgares mientras miraba hacia arriba. Su caricia me licuó. Contraje los músculos, tratando de contener la humedad que su contacto liberaba.

Gimió, y deslizó la mano hasta mi clítoris.

—¿No ha sido suficiente...?

No estaba segura de poder decir las palabras con las que explicárselo. Ya lo deseaba de nuevo, quería volver a subir la montaña, aunque todavía estuviera sin aliento desde el primer viaje.

—Me preocupaba que estuvieras... —Jadeé cuando él incrementó la presión sobre mi clítoris—. Yo estaba... —No pude hablar ni moverme mientras las cintas del placer se extendían por encima de mí y me atravesaban. Mi cerebro no tenía capacidad para más.

Como si lo entendiera, Max levantó las caderas de la cama y yo me quedé quieta, feliz de estar sentada en él, para que fuera él quien se moviera.

—Dime qué te preocupaba —dijo Max, con los músculos del cuello en tensión.

Apreté las palmas de las manos contra su pecho.

—Que fuera demasiado tarde para nosotros —confesé.

Me agarró de las caderas y me hizo darme la vuelta hasta quedar boca arriba.

—Nunca —afirmó mientras me penetraba—. Nunca.

Era justo lo que necesitaba oír. Levanté una mano y puse los dedos sobre sus cejas.

—Te amo. —No podía dejar de repetir esas palabras. Nunca se las había dicho a un hombre antes. Ninguno las había merecido antes de Max.

El orgasmo me envolvió, atravesando mi cuerpo como un temblor: silencioso, intenso y poderoso.

—Oh, Dios, me encanta verte la cara cuando te corres. —Max gruñó y embistió de nuevo, penetrándome hasta el fondo.

Se giró, y luego me puso encima de él.

—Cuando recupere el aliento, voy a besar cada centímetro de tu piel, y luego haré que te corras con la lengua.

—Puede que se nos acabe el tiempo. —Le acaricié el pelo—. Tengo que volver a Manhattan.

Me abrazó más fuerte.

—Quédate. No te vayas nunca.

Me reí entre dientes.

—Eres ridículo.

—Quizá.

—Las cosas son aquí un poco diferentes —comenté. Tal vez porque estábamos lejos de la ciudad. Tal vez porque sabía lo doloroso que era perderlo y sabía que trabajaría mucho para no volver a cometer ese error—. No sé por qué, solo que...

—Creo que sabes que es como el principio de la eternidad —respondió con sencillez.

EPÍLOGO

MAX

TRES MESES DESPUÉS

—Adelante —ladré sin apartar la vista del portátil. Pensé que era el último que quedaba en la oficina. Estaba ansioso por terminar ese trabajo y volver al apartamento para desnudar a mi chica, y no quería ninguna interrupción.

—Estoy buscando al rey de Wall Street —dijo Harper mientras abría la puerta.

Empujé la silla hacia atrás desde el escritorio.

—Hola... Pensaba que nos veríamos en el apartamento.

Caminó hacia mí, rodeando el escritorio, y arrastró las manos por los papeles apilados en él.

—No podía esperar —respondió, poniendo el bolso en la mesa que había junto a la ventana.

Giré la silla para quedarme de cara a ella.

—¿Qué tal la cena con tu padre? —Harper y su padre se habían visto un par de veces en los últimos meses.

—Ha estado bien. —A veces me preguntaba si valían la pena las lágrimas que a menudo seguían a una de esas reuniones, pero me aseguró que lloraba por cómo había sido su historia y no por el futuro. Si ella quería intentar construir una relación con su padre, yo la apoyaría, feliz, en cualquier cosa que hiciera—. En realidad es muy bonito todo. Nos conocemos un poco mejor ahora. —Se inclinó hacia delante y me desató la corbata—. Y al acabar, se me ha ocurrido pasar por aquí y asegurarme de que estabas concentrado. —Me quitó la corbata del cuello con suavidad y se sentó en el escritorio—. Recuerdo que solías decirme que no podías concentrarte cuando trabajaba aquí —dijo, subiéndose un poco la falda para enseñarme sus largos muslos bronceados.

—Sí —recordé, un poco aturdido por la mujer que estaba delante de mí—. Es mucho mejor para la empresa que no trabajes aquí.

—Estoy de acuerdo —dijo, empujando mi silla con el pie, para ponerme frente a ella.

—Me gustan tus zapatos —comenté. Era el primer par que le había comprado de Jimmy Choo. Me estaba convirtiendo en un cliente habitual. Nunca se los había visto usar fuera del dormitorio, y me parecían demasiado para ir a cenar con su padre.

Empezó a desabrocharse la blusa.

—Recuerdo que me dijiste que solías pensar en mí... —se abrió la camisa de seda color crema, revelando sus altos y apretados pechos— aquí. —Se inclinó hacia atrás—. En tu escritorio.

Dios... La sangre me inundó la polla. Había pensado en poco más mientras Harper trabajaba en King & Associates. Y a pesar de que ahora éramos pareja, no pude persuadir a Harper para que volviera a trabajar para mí. Quizá fuera mejor en todos los aspectos.

—Cuéntame lo que solías imaginar. —Arqueó la espalda y deslizó los pies sobre mis muslos.

Le cogí las piernas y se las separé, subiéndole la falda alrededor de la cintura. Sí, así era como la imaginaba.

—Dios, Harper, no llevas ropa interior.

Inclinó la cabeza a un lado.

—¿Fue así como lo imaginabas?

Le levanté las piernas, me las puse sobre los hombros y hundí la cabeza entre ellas.

—Sí, mojando mi escritorio. —Soplé sobre su coño. Gimió, y su tono fue elevándose mientras lamía su sexo antes de meter un pulgar en su entrada—. Fantaseé con hacer que te corrieras en este escritorio. —Le rodeé el clítoris con la lengua y se tendió boca arriba como si admitiera la derrota, con los dedos hundidos en mi pelo. Había venido a que la follara en la oficina, y estaba a punto de conseguirlo.

Sus gemidos se hicieron más y más fuertes, y noté que su coño se empapaba más y más. Durante un breve momento me preocupó que nos escucharan, pero a la mierda: yo era el jefe y podía hacer lo que quisiera con la mujer con la que iba a estar el resto de mi vida.

Me tanteé la bragueta; mi erección estaba dolorosamente tensa contra la cremallera. La liberé y me la sostuve en la mano. Quería devorarla allí, volverla loca con mi lengua, con las luces de la ciudad a mis espaldas, con

la riqueza de Manhattan a nuestro alrededor, sintiéndome un puto rey.

—Tengo que follarte —dije, colocando sus piernas alrededor de mi cuello y levantándome. Me bajé los pantalones y me hundí en ella. Dios, siempre estaba jodidamente apretada. Vi que aferraba con las manos el borde del escritorio mientras intentaba resistir mis envites, que la impulsaban hacia el otro lado. Era perfecta. Le rodeé la cintura con las manos y la atraje hacia mí con más fuerza cuando empezó a contonear las caderas. Estaba demasiado cerca, era demasiado pronto.

—Creo que tú también has tenido fantasías con esto —dije, penetrándola una y otra vez.

—¡Max! —gritó. Que gritara mi nombre siempre era el pistoletazo de salida para mi orgasmo. Yo me clavaba hasta el fondo y ella gritaba con todas sus fuerzas—. Max, Max... ¡Oh, Dios mío!

Justo antes de correrme me retiré de ella y la levanté.

—Inclínate, quiero ver ese hermoso trasero tuyo doblado sobre mi escritorio. —Si ella quería cumplir mi fantasía, no iba a rechazarlo.

Sonrió y se giró; los altos tacones elevaban su firme y apretado trasero en el aire. Extendió los brazos por el escritorio, haciendo que los papeles salieran volando.

—¿Me quieres así? —preguntó.

Respondí separándole un poco las piernas y penetrándola de nuevo. Mi fuerza la empujó hacia el escritorio y ella curvó los dedos alrededor del borde como si su vida dependiera de ello.

—Sí —gemí—. Así es como te quería tener el primer día que entraste en mi despacho. —Se estremeció debajo de mí, y el inicio del orgasmo le erizó la piel—. Y he pensado en ello todos los días desde entonces.

—Max —gimoteó, levantando la cabeza con la energía que le quedaba—. Por favor, Dios, Max. —Se tensó y luego se relajó, por lo que me permití un empujón final antes de derramarme en ella y colapsar sobre su espalda.

Nos quedamos allí un minuto más o menos, jadeando, con la ropa medio colgando y arrugada, sudorosos.

—Bueno, ha sido una buena sorpresa —dije mientras me incorporaba y me abrochaba los pantalones.

Harper se tambaleó cuando se levantó del escritorio, y yo la abracé para que recuperara el equilibrio.

—He pensado que era raro que nunca hubiéramos follado aquí, dado que

es donde todo empezó —dijo, y miró a su alrededor mientras se arreglaba la blusa.

Inclinándome hacia delante, le di un beso en los labios.

—No tiene que ser una ocasión única —aseguré—. Estoy a favor de trabajar hasta tarde si esta es la recompensa que me espera. —No trabajaba hasta tarde en el despacho muy a menudo. Solo pasaba dos noches a la semana en Manhattan, y esas dos noches siempre estaba con Harper.

—Vas a tener muchas recompensas, amigo mío —dijo, poniéndome la mano en el pecho.

Le sujeté la muñeca.

—Quiero más.

Abrió un poco la boca, y me di cuenta de que tenía una respuesta sarcástica en la punta de la lengua, pero luego cambió de opinión sobre compartirla conmigo.

—¿Más? —preguntó.

Asentí.

—Más para nosotros, para ti y para mí. Quiero que sigamos follando sobre el escritorio cuando tengamos noventa años, llevemos casados sesenta y tengamos cuatro hijos.

Harper dio un paso atrás.

—¿De qué estás hablando? —Negó con la cabeza—. No pienso ir a ninguna parte...

—¿Lo prometes? —pregunté.

—¿Quieres que te prometa que me follarás encima del escritorio cuando tengas noventa años? —preguntó, riéndose.

—Cásate conmigo, Harper. —No era lo que había planeado. Suponía que estaríamos juntos para siempre y había pensado en hacerle una propuesta, pero no esperaba que las palabras salieran de mis labios en ese momento.

Mis ojos buscaron los suyos, y le rodeé la cintura con las manos.

—Cásate conmigo —repetí—. Puedo hacerte una gran propuesta en otro momento, con un anillo y un cuarteto de violines, pero dime ahora que responderás que sí. No quiero pasarme ni un día más sin saber que vas a ser mi esposa.

Asintió y me brindó una pequeña sonrisa.

—Vale, pero quiero dos propuestas, ¿eh? Esta y otra con un anillo.

—Dios, siempre tan exigente.

Se encogió de hombros.

—Solo estoy confirmando cuál era la oferta.

—Sí, dos propuestas. Y aceptas ser mi esposa, tener diez hijos conmigo y dejar que te folle encima del escritorio cuando tenga noventa años.

—Trato hecho —dijo, y me puso una mano en el cuello para hacerme bajar la cabeza y que mi boca se encontrara con la suya.

HARPER

UN AÑO DESPUÉS

—¡Mierda! —grité desde el baño de abajo.

—Te lo dije —respondió Max.

Volví a la cocina, sujetando entre los dedos la prueba de embarazo.

—Vamos a necesitar un barco más grande —confirmé.

Max sonrió. Me había dejado embarazada de Amy hacía un año, la noche en que follamos por primera vez sobre su escritorio, algo que había sucedido varias veces desde entonces. El embarazo me había puesto más caliente que de costumbre.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Amanda mientras levantaba a su hermanita de la sillita y la colocaba contra su cadera—. No tenemos barco.

Cuando llegué junto a Max, me puso el brazo en los hombros y me acercó a él para besarme en la cabeza.

—Felicidades.

—¿Qué me has hecho? —pregunté, negando con la cabeza.

—Lo que mejor hago —dijo—. Sin duda es otra niña, porque no hay suficientes mujeres en mi vida.

—¿De qué estáis hablando? —repitió Amanda entrecerrando los ojos mientras miraba a uno y a otro.

—Harper está embarazada —anunció Max.

—¿Otra vez? —preguntó Amanda.

Sonreí.

—Otra vez.

Amanda me entregó a Amy y nos abrazó a los dos.

—Es increíble. He querido tener una hermana durante muchísimo tiempo y ahora voy a perder la cuenta.

—Vas a tener que casarte conmigo ahora —dijo Max.

—No veo por qué. Te he dicho que no hay prisa, y, de todos modos, si lo dijeras en serio, me lo propondrías adecuadamente. De rodillas, con un anillo. Ese era el trato. Recuerda que el esfuerzo siempre se ve recompensado, señor King. —Puse los brazos en jarras.

—¿Alguna vez haces lo que te dicen? —preguntó, poniendo los ojos en blanco.

—Al parecer, me quedo embarazada a la primera. ¿Eso cuenta?

—Yo hago todo el trabajo duro en lo que a eso respecta. —Sonrió.

Puse los ojos en blanco.

—Oh, ¿en serio?

—Es el momento, Harper.

—Max, estoy embarazada. ¿Te has perdido algo? No pienso a ir al altar mientras estoy embarazada.

—En serio, quiero ser dama de honor —pidió Amanda—. De hecho, me compraré un vestido y me lo pondré por casa si no os ponéis de acuerdo.

—Señor King. —Uno de los chicos de la empresa de *catering* entró en el comedor desde el área de la piscina. Gracias a Dios que habíamos tenido ayuda. Vivíamos en un estado de caos permanente, y eso en los mejores días. Ese día era todavía más caótico, pues estábamos celebrando una barbacoa de bienvenida a casa para Pandora y Jason—. Estamos preparados y listos para cuando lleguen sus invitados. Voy a empezar a servir algunas bebidas.

Me dirigí a Max.

—Joder. Otro año sin beber alcohol.

—Bueno, estarás en buena compañía —dijo Max, abrazándome mientras Amy le tiraba del pelo.

Pandora y Jason también estaban embarazados. Era la razón por la que volvían a América. Eso y que echaban de menos a Amanda.

—No estoy seguro de que en esta fiesta vayan a encajar todos —murmuré. La fiesta era solo una ocasión familiar, pero la lista crecía día a día. Además de mi madre, esperábamos a los padres de Max, a los padres de Pandora, a Scarlett y a su nuevo novio, a Violet, a Grace y al hermano de Jason.

—Hablé con un arquitecto la semana pasada —anunció Max, cogiendo a Amy. A Max King nunca le faltaba atención femenina de ningún tipo, así que por supuesto Amy era su ojito derecho.

—¿Con un arquitecto? —pregunté, abriendo la nevera. Ahora que tenía una explicación para ese antojo de queso, iba a ceder a él.

—Tienes razón, necesitamos más espacio. He pensado que tal vez podríamos añadir una casita en la piscina, también, porque necesitamos ayuda permanente en casa. —Max salió de la cocina en mitad de la conversación, antes de que pudiera decirle que estaba segura de que podíamos arreglárnoslas sin que nadie viviera en ella.

Era como si la vida se hubiera acelerado: Max y yo vivíamos juntos, Amy, un segundo bebé...

—Chicas —nos llamó Max desde el estudio.

Cerré la puerta de la nevera con la cadera

—¿Qué es lo que quiere? —le pregunté a Amanda.

—No lo sé, pero vamos —respondió ella, empujándome hacia el estudio.

—¿Hueles eso? —pregunté—. ¿Y de dónde viene esa música?

Abrí la puerta del estudio y me encontré la habitación vacía, pero las puertas que daban al jardín estaban abiertas, las cortinas blancas se movían con la brisa.

—¿Qué pasa, Amanda? —pregunté. Se encogió de hombros, empujándome hacia las puertas del jardín. Cuando salí, vi a Max justo delante de mí, de rodillas, rodeado de rosas de todos los colores que existen. Miré a mi alrededor. Las flores cubrían el suelo, y unos enormes jarrones estaban esparcidos por el césped, añadiendo color allá donde mirara. A mi izquierda había un violonchelista, e instantáneamente reconocí la música como una de las *suites* de Bach, la misma pieza que Max había puesto a todo volumen la primera noche que dormimos juntos.

Amy estaba en la alfombra junto a Max, mirándome, sonriendo, con sus ojos de un hermoso tono verde, igual al de su padre.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté—. ¿Cómo...? ¿Cuándo...? —Me volví hacia Amanda, cuya sonrisa me decía que estaba claramente involucrada en todo aquel montaje.

—Bueno, cuando se requiere esfuerzo, no hay excusa para no hacer las cosas perfectas —dijo—. Y pensé que ya somos cuatro, y ahora con el número cinco en camino... —Respiró hondo—. No puedo imaginar nada

más perfecto que eso.

Abrió la caja roja que sostenía, revelando un anillo con un enorme diamante de corte princesa.

—Harper, te he amado desde el momento en que puse mis ojos en ti. Ya eres parte de mi corazón, de mi alma, de mi familia, y ahora quiero que todo el mundo lo sepa. Soy el rey de Wall Street, y necesito que seas mi reina. Cástate conmigo...

Sonreí. ¿Cómo una chica podía decir que no a una propuesta como esa?

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias por leer *El rey de Wall Street*. Ha sido una locura de año para mí, y sé que algunas de vosotras hubierais querido leer algo mío mucho antes. Gracias por esperar pacientemente. Espero que no tengáis que aguardar tanto para el próximo. Me encanta leeros en las redes sociales. ¡No dejáis que me sienta sola! ¡Todavía me despierto todos los días sin creer que puedo compartir mis historias con vosotras y que las vais a leer! Gracias. ¡Os quiero!

Elizabeth, eres la mejor. Gracias por tu paciencia y la sabiduría que aportas en este viaje.

Nina, mi hermana-esposa. ¿Qué haría yo sin ti? ¿Con quién hablaría mientras me hago las exploraciones de mama? ¿Quién me haría derretirme como tú, o gritar? Eres increíble. P. D.: Dale las gracias a Charlie por su consejo para la portada.

Jessica Hawkins. ¿Quién es una buena amiga? ¡Ja! Te quiero. Adoro tu forma de escribir. Me encantan tu actitud y tu apoyo. Estoy deseando pasar al postre solo para que puedas llevarme en coche.

Karen Booth, ¡tengo mucha suerte de que formes parte de mi vida virtual! ¡La forma en que te has apoderado del mundo este año es impresionante! Ojalá sigas así durante mucho tiempo. Seguro que usas tus poderes mágicos en los borradores.

A todas las increíbles autoras que constantemente me ofrecen ayuda y apoyo... Adoro esta comunidad y estoy muy orgullosa de ser miembro de ella.

Najla Qamber, gracias por la impresionante portada y por acudir en mi rescate. Tienes mucho talento.

Letitia Hasser, esa fuente es tan buena que quiero comérmela. Gracias.

Jules Rapley Collins, gracias por ser un gran apoyo. Megan Fields, eres un encanto. Gracias por decirme siempre la verdad.

Gracias a Jacquie Jax Denison, Lucy May, Lauren Hutton, Kingston Westmoreland, Lauren Luman, Mimi Perez Sanchez, Ashton Williams Shone, Tina Haynes Marshall, Susan Ann Whitaker, Vicky Marsh y Sally

Ann Cole.

Twirly, tu aporte es imposible de medir, como siempre. ¿Has averiguado ya qué idiota se sienta en una silla de oro? La referencia clásica es por ti, evidentemente.

¡Estemos en contacto!

Inscríbete en mi lista de correo para recibir las últimas noticias y novedades.

<http://eepurl.com/bjHtfH>

Me encanta saber de mis lectores... ¡Contacta!

Página web: www.louisebay.com

Twitter: (@louisesbay)

Facebook: www.facebook.com/louisesbay

www.facebook.com/authorlouisebay

Instagram: [@louiseSbay](https://www.instagram.com/louiseSbay)

Pinterest: www.pinterest.com/Louisebay

Goodreads: www.goodreads.com/author/show/8056592.Louise_Bay

OceanofPDF.com

SINOPSIS DE EL REY DE WALL STREET



Mantengo separados mis dos mundos.

En el trabajo, soy el rey de Wall Street. Los millonarios de Manhattan acuden a mí para ganar todavía más dinero. Hacen lo que yo les digo, porque siempre tengo razón. Soy astuto, exigente, y algunos dicen que despiadado.

En casa, soy un padre soltero que trata de conseguir que su hija de catorce años siga siendo una niña el mayor tiempo posible. Pero ella no quiere hacer nada de lo que le digo, y nada de lo que le sugiero le parece bien.

Pero cuando Harper Jayne entró a trabajar en mi empresa, las barreras entre mis dos mundos empezaron a desdibujarse por su culpa; es la mujer más irritante con la que he trabajado nunca.

No me gusta la forma en que se inclina sobre la fotocopidora, hace que me vuelva loco. Odio la forma en que se muestra ansiosa por hacer un buen trabajo, porque eso me excita. Y no soporto la forma en que se recoge el pelo, dejando a la vista su largo cuello, porque me dan ganas de desnudarla, ponerla sobre mi escritorio y deslizar la lengua por todo su cuerpo.

Si mis dos mundos van a colisionar uno contra otro, Harper Jayne tendrá que aprender que soy el jefe tanto en la oficina como en el dormitorio...

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

LOUISE BAY adora la lluvia, Londres, los días en los que no tiene que maquillarse, disfrutar de tiempo a solas, estar con sus amigos, los elefantes y el champán. Todas sus novelas son auténticos *best sellers*.

El rey de Wall Street es la segunda novela de la autora en Phoebe, después del éxito conseguido con *Una semana en Nueva York*.

lousebay.com
IG: louisebay
TW: @louisebay
FB: @authorlouisbay
GR: Louise Bay



**OTROS TÍTULOS
DE LA AUTORA
EN PHOEBE ROMÁNTICA**

UNA SEMANA EN NUEVA YORK



Anna está harta de citas. Está cansada de que le rompan el corazón. Es sexy, divertida e inteligente..., pero también es un imán para hombres que no la merecen. Salir de Londres y pasar una semana de vacaciones en Nueva York es la mejor solución para superar su última ruptura y poder tener una aventura veraniega con un desconocido. Pero para proteger su dañado corazón decide imponerse ciertas reglas: nada de contarse sus vidas, nada de intercambiar números de telé

fono y nada de decirse los nombres reales. Solo será una noche divertida y excitante.

Lithan, exitoso seductor «en serie», también tiene sus reglas: nada de citas, nada de quedarse a dormir y nada de hacer promesas.

Todo parece perfecto..., pero las reglas se hacen para romperse...

Captura en el código
los primeros capítulos de
Una semana en Nueva York

